



Cecelia Ahern
Una cita con mi vida

Lectulandia

¿Has pasado demasiado tiempo ignorando tu vida sin darte cuenta?

¿Eres realmente quien quieres ser?

¿Te levantaste un día, y, de repente, te diste cuenta los años han pasado, y tú no has hecho nada?

¿Y si tu vida te mandara cartas pidiéndote una cita, irías?

Lucy Silchester suele esconder su cabeza debajo de la almohada. Ha pasado demasiado tiempo ignorando la vida sin querer darse cuenta de ello. Recibe una invitación de su vida, un personaje masculino que como un pepito grillo la obligará a pasar cada segundo de su vida presente y de forma auténtica hasta lograrlo por completo. Lucy ganará en seguridad personal, aprenderá a amarse y a no ocultarse y a mantenerse más cercana a los demás, con menos miedo y relacionándose con las inseguridades de la vida de forma más orgánica. Para todo ello realizará un largo viaje personal a través de su familia, sus amigos, sus compañeros de trabajo y sus relaciones en general.

Lectulandia

Cecelia Ahern

Una cita con mi vida

ePub r1.0

Titivillus 25.04.16

Título original: *The Time of my Life*

Cecelia Ahern, 2011

Traducción: Claudia Conde

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PROYECTO SCRIPTORIUM



3º Aniversario

Para Robin, mi niña preciosa

«Antes eras mucho más... “muchomásica”.
Has perdido tu muchedad».

El sombrero loco a Alicia, en la película
Alicia en el país de las maravillas (2010)

1

Querida Lucy Silchester:

Tienes cita para el lunes 30 de mayo de 2011.

No me hizo falta leer el resto. No fue necesario; sabía exactamente de quién era aquella carta. Lo supe desde el momento en que llegué del trabajo a mi pequeño apartamento y vi el mensaje en el suelo, a medio camino entre la puerta de entrada y la cocina, justo encima de la quemadura que hizo el árbol de Navidad dos años atrás, cuando cayó (y se estrelló) y las luces chamuscaron los pelos de la moqueta. Era una alfombra vieja, de un material barato, escogido por el tacaño de mi casero: un tejido industrial gris y desgastado, que parecía más pisoteado que los testículos supuestamente «afortunados» del mosaico del toro de la Galería Víctor Manuel II de Milán. El tipo de tejido se parecía al de la moqueta del edificio de mi oficina, un lugar más apropiado, porque allí nadie lo pisaba descalzo, sino en una corriente continua de lustrosos zapatos de piel, que fluía del despacho a la fotocopidora, de la fotocopidora a la máquina de café y de la máquina de café a la escalera de emergencia para fumar a escondidas ya que, irónicamente, era el único sitio donde el humo no hacía saltar la alarma de incendios. Yo había colaborado en el esfuerzo para encontrar un lugar donde fumar y, cada vez que el enemigo nos descubría, emprendíamos una nueva campaña para encontrar otro refugio seguro. El nuevo lugar había sido fácil de localizar: marcaban su emplazamiento cientos de colillas apiladas en el suelo, colillas con la vida succionada por sus ávidos usuarios en temeroso frenesí, el alma flotando en el interior de los pulmones y el envoltorio material tirado, pisoteado y abandonado. Era el lugar más sagrado de todo el edificio, más que la máquina de café, más que las puertas de la salida a las seis de la tarde y mucho más, desde luego, que la silla frente a la mesa de Edna Larson, la jefa, que se tragaba las buenas intenciones del mismo modo que una máquina expendedora rota se traga las monedas pero no escupe la barra de chocolate.

La carta yacía en ese sucio suelo chamuscado: un sobre de color crema con grandes letras de tipografía elegante que proclamaban mi nombre en incuestionable tinta negra y, junto a las letras, un sello dorado en relieve con tres volutas unidas entre sí.



La triple espiral de la vida. Lo sabía porque ya había recibido otras dos cartas

similares y había buscado el símbolo en Google. No había acudido a ninguna de las dos citas anteriores. Tampoco había llamado al teléfono indicado para cambiarlas o cancelarlas. No había hecho caso de los mensajes; los había barrido debajo de la alfombra (o lo habría hecho si las luces del árbol de Navidad no hubieran quemado el tejido enmarañado) y los había olvidado. Aunque, en realidad, no era cierto que los hubiera olvidado. Nunca se nos olvidan las cosas que hemos hecho, cuando sabemos que las hemos hecho mal. Se nos quedan en la cabeza y nos rondan como un ladrón que estudiara una casa para un trabajo futuro. Las vemos por ahí, acechando descaradamente cerca, en su monocromatismo a rayas, ocultándose de un salto detrás de los buzones en cuanto volvemos la cabeza para mirarlas. O son una cara en la multitud que vislumbramos un momento y después perdemos de vista, un incómodo *¿Dónde está Wally?* encerrado para siempre bajo llave y oculto en cada pensamiento de nuestra conciencia. Lo malo que hicimos siempre está ahí, para que lo recordemos.

Un mes después de no hacer caso a la segunda carta me había llegado ésta, con una nueva cita y sin ninguna mención a mi anterior falta de respuesta. Aquel mensaje actuaba igual que mi madre, cuya amable manera de no reconocer mis defectos me hacía sentir todavía peor.

Sostuve el lujoso papel por una esquina, entre el pulgar y el índice, y ladeé la cabeza para leerlo cuando se inclinó hacia un lado. El gato se había meado encima. Irónico, a decir verdad. No era culpa suya. Por mi tenencia ilegal de una mascota en un edificio de apartamentos en pleno centro de la ciudad y mi trabajo de jornada completa, el gato no tenía ocasión de salir al aire libre para hacer sus necesidades. Para tratar de superar mi sentimiento de culpa, había colgado fotos enmarcadas del mundo exterior por todo el apartamento: la hierba, el mar, un buzón de correos, guijarros, el tráfico, un parque, una colección de otros gatos y Gene Kelly. Esta última fotografía era para mí, obviamente, pero esperaba que las otras ayudaran a satisfacer cualquier anhelo de salir al exterior que pudiera tener el gato. O de respirar aire fresco, hacer amigos o enamorarse. O de cantar y bailar.

Como yo salía de casa a las ocho de la mañana cinco días a la semana y, con frecuencia, no regresaba hasta las ocho de la noche y a veces ni siquiera volvía, lo había adiestrado para que «evacuara» (como solía decir el entrenador de gatos) sobre papel, para que se habituara a usar la bandeja de arena. Y esa carta, el único trozo de papel tirado en el suelo, fue seguramente un motivo de confusión para él. Vi que se movía en actitud incómoda por la periferia del salón. Sabía que había hecho algo mal y eso le rondaba por la cabeza.

Detesto los gatos, pero éste me gustó. Le puse de nombre *Señor Pan*, por Peter Pan, el conocido niño volador. El *Señor Pan* no era un niño que nunca crecería, ni era capaz de salir volando, pero había una semejanza extraña y en su momento me pareció apropiado. Lo encontré una noche en un callejón, dentro de un cubo de basura, ronroneando como presa de un intenso malestar. O quizá fuera cosa mía. Lo que yo estaba haciendo ahí pertenece a la esfera de lo privado; pero estaba lloviendo

a cántaros, llevaba puesta una gabardina *beige* y, tras llorar la pérdida de un novio perfecto sobre un exceso de tequila, me empeñé en encarnar a Audrey Hepburn persiguiendo al animal y llamándolo «¡Gato, gato!» en tono claro y vibrante, aunque angustiado. Resultó ser un gatito de un solo día, que había nacido hermafrodita. Su madre, su dueño, o quizá ambos, lo habían abandonado. Aunque el veterinario me informó de que su anatomía era más masculina que femenina, llamarlo «él» me hizo sentir como si yo sola hubiese asumido la responsabilidad de elegir su sexo. Pensé en mi desengaño amoroso y en la promoción que se me había negado por las sospechas de mi jefe de que estaba embarazada (aunque en realidad acababan de pasar las fiestas navideñas y sólo me había faltado un jabalí para que mi atracón anual hubiese estado a la altura de un banquete de los Tudor, y el cólico me había durado todo un mes particularmente espantoso); además, un vagabundo había intentado meterme mano una noche en el tren, y cuando había tratado de hacer valer mi opinión en la oficina, mis colegas varones me habían llamado perra, así que decidí que la vida sería más fácil para el gato si era un macho. Pero creo que fue una mala decisión. A veces lo llamo *Samantha*, *Mary* u otro nombre femenino y entonces él levanta la vista y me mira con una expresión que sólo puedo describir como de agradecimiento, antes de ir a sentarse sobre uno de mis zapatos y contemplar con anhelo el tacón de aguja y el mundo que le ha sido negado. Pero me estoy yendo del tema. Volvamos a la carta.

Esta vez iba a tener que acudir a la cita. No había forma de eludirlo. No podía mirar para otro lado como si no hubiera recibido el mensaje; no quería irritar todavía más al remitente.

¿Quién era?

Con la página mojada sujeta por una esquina, volví a ladear la cabeza y leí el papel ondulado.

Querida Lucy Silchester:

Tienes cita para el lunes 30 de mayo de 2011.

Atentamente,

La vida

La vida. Claro, ¿quién si no?

Mi vida me necesitaba. Estaba pasando una época difícil y hacía tiempo que no le prestaba suficiente atención. Había perdido la concentración, había estado ocupada en otras cosas: las vidas de mis amigos; los problemas en el trabajo; el coche, que iba cada vez peor y siempre necesitaba alguna reparación, ese tipo de cosas. Tenía a mi vida completamente abandonada. Y la vida me había escrito, me había convocado y sólo podía hacer una cosa. Tenía que acudir a la cita y encontrarme cara a cara con ella.

Había oído decir que este tipo de cosas pasan y por eso no hice un gran drama al respecto. De todos modos, no suelo emocionarme demasiado por nada; no soy de esa clase de personas. Tampoco me sorprende fácilmente por nada, tal vez porque sé que puede pasar cualquier cosa. Quizá con esto parezca que soy una crédula, pero no es así necesariamente. Lo expresaré mejor: simplemente, acepto las cosas que pasan. Todas. Por eso, el hecho de que mi vida me escribiera podía parecerme inusual, pero no sorprendente; era más bien un engorro. Sabía que iba a acaparar gran parte de mi atención en un futuro próximo y que no iba a ser fácil para mí porque, de lo contrario, no habría recibido esas cartas.

Rompí el hielo del congelador con un cuchillo y, con la mano amoratada, rescaté una caja de pastel de carne y puré de patatas. Mientras esperaba a que pitara el microondas, me comí una tostada. Después, un yogur. Como todavía no estaba listo el pastel, lamí la tapa del yogur y decidí que la llegada de la carta me autorizaba a abrir una botella de pinot grigio de 3,99 euros. Me puse a apuñalar el resto del hielo del congelador, mientras el *Señor Pan* corría a esconderse en una bota de lluvia rosa con dibujos de corazones, cubierta todavía con el barro seco de un festival de música de tres años atrás. Extraje una botella de vino que había olvidado en el congelador, convertida en un bloque sólido de alcohol, y la sustituí por una botella nueva. Esta vez no la olvidaría. No debía olvidarla. Era la última botella que quedaba en la bodega-armario esquinero, bajo la caja de las galletas. Eso me trajo a la mente las galletas. Mientras esperaba, me comí también una galleta doble rellena de chocolate. Por fin el microondas pitó. Vacíé el pastel en un plato: una desordenada pila poco apetitosa de carne picada y puré de patatas, aún fría, en el centro. Sin embargo, no tuve la paciencia de poner el pastel otra vez en el microondas y esperar treinta segundos más. Me puse a comerlo de pie, junto a la encimera, picoteando las partes calientes de los bordes.

Antes cocinaba. Cocinaba casi todas las noches. Y cuando no lo hacía yo, cocinaba el que entonces era mi novio. Nos gustaba mucho. Teníamos un piso grande en una fábrica de pan restaurada, con rejas de acero en los ventanales enormes y ladrillo visto de la obra original en la mayoría de las paredes. Teníamos la cocina y el comedor en un solo espacio diáfano y casi todos los fines de semana venían amigos a cenar. A Blake le encantaba cocinar, le encantaba recibir amigos y le encantaba la idea de que todos nuestros amigos e incluso nuestras familias vinieran a casa. Disfrutaba con el ruido que hacían diez o quince personas riendo, hablando, comiendo y discutiendo. Le gustaban los olores, el vapor y las exclamaciones de admiración. Se plantaba en mitad de la cocina y narraba una historia perfecta, mientras picaba una cebolla, regaba con vino un *boeuf bourguignon* o flameaba una

tortilla noruega. Nunca medía nada, pero siempre acertaba con la medida justa. Acertaba con la medida justa de todo. Escribía libros de gastronomía y viajes, y le encantaba viajar a todas partes y probarlo todo. Tenía espíritu aventurero. Los fines de semana siempre hacíamos cosas. Nos íbamos a escalar esta o aquella montaña, y en verano visitábamos países de los que yo nunca había oído hablar. Saltamos dos veces desde un avión y en tres ocasiones practicamos el *bungee jumping*. Era perfecto.

Pero murió.

No, es broma. Está bien. Vivito y coleando. Una broma cruel, lo sé, pero me ha hecho reír. No, no ha muerto. Sigue vivo. Sigue perfecto.

Pero yo lo dejé.

Ahora tiene un programa de televisión. Firmó el contrato cuando todavía estábamos juntos. Trabaja en un canal de viajes que solíamos ver todo el tiempo, y de vez en cuando lo pongo y lo veo a él caminando por la Gran Muralla China, o sentado en un barco en Tailandia, comiendo *pad thai*, y siempre, después de su perfecta reseña, con su ropa perfecta (incluso después de semanas de escalar montañas, cagar en la selva y no ver una ducha), mira a la cámara con su cara perfecta y dice: «Ojalá estuvieras aquí». Es el nombre del programa. En las semanas y los meses posteriores a nuestra traumática ruptura, cuando me llamaba llorando por teléfono, me contó que le había puesto ese nombre por mí y que cada vez que lo dijera se estaría refiriendo a mí, solamente a mí y a nadie más que a mí. Quería volver conmigo. Al principio me llamaba todos los días. Después, cada dos días. Con el tiempo empezó a llamarme sólo una vez por semana y yo sé que pasaba los días luchando con el teléfono, obligándose a aplazar ese momento único de hablar conmigo. Al final dejó de llamarme y empezó a mandarme mensajes de correo electrónico, mensajes largos y detallados sobre los sitios donde había estado y cómo se sentía sin mí, mensajes tan deprimentes y solitarios que a partir de cierto punto ya no pude leerlos. Dejé de contestarle. Después, sus mensajes se volvieron más breves, menos emotivos, menos minuciosos, pero siempre con el ruego de que accediera a verlo, siempre con el deseo de que volviéramos a estar juntos. A mí me tentaba la idea, no lo voy a negar. Era un hombre perfecto, y a veces es suficiente con que un hombre perfecto y apuesto quiera estar contigo para que tú quieras estar con él, pero sólo lo sentía en los momentos de debilidad de mi vida solitaria. Yo no quería volver con él. Tampoco había conocido a otra persona. Se lo decía y se lo volvía a repetir, aunque tal vez habría sido más fácil fingir que había otro hombre, porque entonces él habría podido aceptarlo y seguir su camino. Pero no había nadie más. Yo no quería a nadie más. Sólo quería detenerme por un tiempo. Quería frenar las cosas y dejar de moverme. Sólo quería estar sola.

Dejé el trabajo y conseguí otro en una empresa de electrodomésticos por la mitad

del sueldo. Vendimos el piso. Alquilé este estudio, que es la cuarta parte de cualquiera de los otros sitios en los que he vivido. Encontré un gato. Algunos dirían que lo robé, pero en cualquier caso el gato, o la gata, ahora es mío, o mía. Visito a mi familia cuando me siento amenazada a punta de pistola. Salgo con los amigos de antes, cuando él no está (mi ex novio, no el gato), lo que sucede muy a menudo ahora que viaja tanto. No lo echo de menos, y cuando lo echo de menos pongo la tele y recibo una dosis suficiente de él como para sentirme bien otra vez. No echo de menos mi trabajo. Echo un poco de menos el dinero cuando veo algo que me gusta en una tienda o en una revista; pero entonces salgo de la tienda o paso la página y lo supero. No echo de menos los viajes. No echo de menos las cenas.

Y no me siento desgraciada.

Ni por asomo.

De acuerdo, es mentira.

Me dejó él.

Estaba a mitad de la botella de vino cuando conseguí reunir el..., no, el coraje no; no necesitaba coraje, porque no tenía miedo; necesitaba interés. Me llevó media botella de vino reunir el interés suficiente para devolverle la llamada a mi vida. Entonces marqué el teléfono que aparecía en la carta. Le di un bocado a una chocolatina mientras esperaba a que se estableciera la comunicación. Al primer tono de llamada, contestaron. No me dio tiempo a masticar, ni menos aún a tragar el chocolate.

—Perdón —dije como pude—. Tengo la boca llena de chocolate.

—No importa. Tómese su tiempo —respondió en tono desenfadado y optimista una señora mayor con acento del sur de Estados Unidos.

Mastiqué rápidamente, tragué y bebí un sorbo de vino para bajar el chocolate. Me vinieron arcadas.

Tosí un poco para aclararme la garganta.

—Ya está.

—¿Cuál es?

—Galaxy.

—¿De caramelo o de burbujas?

—De burbujas.

—Mmm, mi preferido. ¿En qué puedo ayudarla?

—Recibí una carta para una cita el lunes. Me llamo Lucy Silchester.

—Sí, señora Silchester, la tengo en el sistema. ¿Le parece bien a las nueve?

—Bueno, en realidad no llamo por eso. Verá, no podré acudir a la cita, porque ese día trabajo.

Esperaba que dijera: «¡Oh, no puedo creer que le hayamos dado cita para un día laborable! ¿Le parece bien que lo cancelemos todo?», pero no lo dijo.

—Creo que podremos encontrar una solución. ¿A qué hora sale?

—A las seis.

—¿Le parece bien a las siete?

—No, tampoco podrá ser, porque es el cumpleaños de una amiga y vamos a cenar.

—¿Y en la pausa para el almuerzo? ¿Le parece bien a la hora de comer?

—Tengo que llevar el coche al taller.

—Entonces, resumiendo, no puede acudir a la cita porque trabaja durante el día, tiene que llevar el coche al taller a la hora del almuerzo y cena con amigos por la noche.

—Sí, así es —afirmé, frunciendo el ceño—. ¿Lo está apuntando todo?

Oía ruido de teclas al fondo. Me resultó molesto. La cita me la habían pedido ellos, y no al revés. Iban a tener que ocuparse de encontrar el momento adecuado.

—¿Sabe una cosa, querida? —me dijo, arrastrando las palabras con su acento sureño (casi podía ver el trozo de tarta de manzana que se le resbalaba de los labios y caía sobre el teclado, y el teclado que siseaba y empezaba a arder, y mi cita que se perdía y se borraba para siempre de la memoria)—. Se nota que no está familiarizada con este sistema.

Hizo una pausa para respirar y yo me apresuré a decir algo, antes de que la crema caliente de manzana tuviera ocasión de derramarse otra vez.

—¿Acaso alguien lo está?

La había sacado del hilo de sus pensamientos.

—¿Disculpe?

—Cuando se ponen ustedes en contacto con la gente, cuando la vida le envía a alguien una citación —continué—, ¿encuentran por lo general que la gente está familiarizada con el procedimiento?

—Bueno —respondió, arrastrando interminablemente las vocales—, hay personas que sí y hay personas que no, pero para eso estoy yo. ¿Qué le parece si se lo ponemos más fácil y le pedimos a él que vaya a visitarla a usted? Accederá, si se lo pido.

Me detuve a pensarlo un momento y, de pronto, reaccioné:

—¿Es un hombre?

Soltó una risita entre dientes.

—Eso también suele sorprender a la gente.

—¿Siempre son hombres?

—No, no siempre; a veces son mujeres.

—¿En qué circunstancias son hombres?

—Es cosa del azar, querida, no hay ninguna razón concreta, como tampoco la hay para que usted y yo hayamos nacido como hemos nacido. ¿Le supone algún problema?

Lo pensé un momento. No veía por qué iba a suponerme un problema.

—No.

—Entonces ¿a qué hora le iría bien que la visitara?

Tecléo un poco más.

—¿Visitarme? ¡No! —grité al teléfono. El *Señor Pan* dio un salto, abrió los ojos, miró a su alrededor y volvió a cerrarlos—. Siento haberle gritado. —Recuperé la compostura—. Aquí no puede venir.

—Pero ¿no ha dicho que no le supondría ningún problema?

—He dicho que no me supone ningún problema que sea un hombre. ¿No me había preguntado eso?

Se echó a reír.

—¿Por qué iba a preguntarle semejante cosa?

—No lo sé. A veces lo preguntan en los salones de belleza, ¿sabe?, por si una no quiere que el masajista sea hombre...

Volvió a reír entre dientes.

—Le garantizo que este hombre no le masajeará ninguna parte de su anatomía.

Lo dijo como si «anatomía» fuera una palabra sucia. Sentí un escalofrío.

—Bueno, dígale que lo siento mucho, pero que aquí no puede venir.

Miré a mi alrededor y vi el desastroso aspecto de mi apartamento, el sitio donde me sentía a gusto. Era un lugar para mí, mi pequeña choza personal, pero no un sitio donde recibir invitados, ni amantes, ni vecinos, ni parientes, y ni siquiera los servicios de emergencia cuando se incendió la alfombra. Era sólo para mí. Y para el *Señor Pan*.

Estaba acurrucada contra el apoyabrazos del sofá, unos pocos pasos por delante de los pies de la cama de matrimonio. A mi derecha tenía la encimera de la cocina; a mi izquierda, las ventanas, y al lado de la cama, el cuarto de baño. No había mucho más que eso. Pero no me incomodaba ni me avergonzaba el tamaño del apartamento, sino más bien su estado. El suelo se había convertido en mi armario. Me gustaba contemplar mis pertenencias dispersas por el suelo como si fuera mi camino de baldosas amarillas o algo así. El contenido del vestidor de mi anterior ático de millonaria ocupaba más sitio que todo mi apartamento actual, por lo que muchos de mis excesivos pares de zapatos habían tenido que aposentarse a lo largo del alféizar de la ventana, y mis abrigos y vestidos de fiesta colgaban de perchas a ambos lados de una barra para cortinas y yo los desplegaba o los amontonaba según lo requirieran el sol o la luna, como si fueran cortinas normales. La moqueta era tal y como la he descrito antes; el sofá monopolizaba la pequeña zona de estar, desde la ventana hasta la encimera de la cocina, por lo que era imposible caminar a su alrededor, y había que saltar por encima del respaldo para sentarse. Mi vida no podía venir a visitarme en mitad de este caos. Me daba cuenta de que resultaba irónico.

—He mandado a limpiar las alfombras —dije, y enseguida suspiré, como si ni siquiera soportara la molestia de pensarlo. No era mentira. Mis alfombras realmente necesitaban una limpieza.

—Para otra vez, le recomiendo al Mago de las Alfombras —dijo con entusiasmo, como si de pronto hubiera pasado a la pausa de la publicidad—. Mi marido tiene la mala costumbre de lustrarse las botas en el salón, pero los del Mago de las Alfombras quitan las manchas negras de betún. ¡Hay que verlo para creerlo! También ronca. A menos que me duerma antes que él, no puedo pegar ojo en toda la noche, así que veo los infocomerciales, y una noche vi a un hombre que se lustraba los zapatos encima de una alfombra blanca, lo mismo que mi marido, y enseguida presté atención. Era como si el anuncio estuviera hecho especialmente para mí. Sacaban la mancha en un periquete, así que fui corriendo y los llamé. El Mago de las Alfombras. Apúnteselo.

Lo dijo con tanto entusiasmo que de pronto me encontré deseando invertir en betún negro de zapatos para poder comprobar las virtudes de esa mágica compañía de limpiadores de alfombras, y de inmediato me puse a buscar un bolígrafo, que conforme a la Ley Orgánica de los Bolígrafos desde el Principio de los Tiempos, nunca estaba a la vista cuando lo necesitaba. Con un rotulador en la mano, miré a mi

alrededor en busca de algo donde escribir, y al no encontrar papel, hice la anotación en la moqueta, lo que me pareció bastante apropiado.

—¿Por qué no me dice qué día puede venir a hablar con él? Así nos ahorramos idas y venidas.

Mi madre había convocado una reunión familiar especial para el sábado.

—¿Sabe una cosa? Sé que es muy importante recibir una convocatoria de la vida y todo eso, y aunque tengo una cita familiar importante, me encantaría reunirme con él este mismo sábado.

—Hum, verás, querida... Pondré una nota especial, dejando constancia de que estaba dispuesta a perderse ese día tan especial con su familia para reunirse con él, pero creo que debería dedicar esas horas a sus seres queridos. Sólo Dios sabe cuánto tiempo más los tendrá con usted y nosotros podemos verla al día siguiente: el domingo. ¿Qué le parece?

Gruñí, pero sin demasiada fuerza, por dentro, en lo profundo. Fue un sonido largo, agónico y doloroso, procedente de un punto agónico y doloroso de mi interior. De ese modo quedó fijada la fecha. El domingo nos reuniríamos, chocarían nuestras trayectorias y todo lo que consideraba seguro y firme en mi vida de pronto resbalaría, se deslizaría y cambiaría hasta volverse irreconocible. Es lo que había leído en la entrevista a una mujer que había acudido a una cita con la vida. Habían puesto fotos suyas de antes y después, pensando en los lectores poco instruidos, incapaces de formarse imágenes mentales. Curiosamente, antes de encontrarse con la vida, no se peinaba el pelo con secador, pero después sí; no se maquillaba ni usaba bronceador sin sol, pero después sí. Antes, iba vestida con mallas y camiseta de Mickey Mouse, y aparecía fotografiada bajo una luz dura y directa; después, sin embargo, llevaba un vestido asimétrico con un suave drapeado y la habían fotografiado en una cocina de estudio perfectamente iluminada, junto a una fuente llena de limas y limones dispuestos de manera artística, que demostraba que la vida le había enseñado a apreciar un poco más los sabores cítricos. Antes de encontrarse con la vida, usaba gafas; después, lentillas. Me pregunté quién la habría cambiado más, si la revista o la vida.

En menos de una semana, iba a encontrarme con mi vida. Y mi vida era un hombre. Pero ¿por qué yo? Sentía que mi vida marchaba de la forma adecuada. Me sentía bien. Todo en mi vida era perfecto.

Entonces me recosté en el sofá y me puse a estudiar la barra de la cortina para decidir qué me pondría.

El infausto sábado que estaba temiendo antes incluso de saber de su existencia, me detuve delante de la verja eléctrica de la casa de mis padres, al volante de mi Volkswagen Escarabajo de 1984, que había subido petardeando toda la cuesta de la exclusiva urbanización, atrayendo más de una mirada reprobatoria de sensibles vecinos ricos. No había crecido en la casa a cuyas puertas estaba esperando, por lo que no tenía ninguna sensación de volver al hogar. Ni siquiera tenía la sensación de estar visitando la casa de mis padres. Era la casa donde vivían cuando no estaban ni en la casa de la playa ni en la de la montaña. El hecho de estar esperando en la verja, pendiente de autorización para pasar, hacía que mi distanciamiento resultase todavía mayor. Tenía amigos que entraban directamente a través del sendero del garaje de sus padres, que se sabían las contraseñas y los códigos de las alarmas, o que usaban sus propias llaves cuando iban a visitarlos. Yo ni siquiera sabía dónde guardaban las tazas de café. Los grandes portones obraban el efecto deseado de disuadir a vagabundos y a gente de mal vivir (hijas incluidas), aunque para mí la disuasión estaba en el interior. Un ladrón habría trepado la verja para entrar en la casa; yo la habría trepado para salir. Como si hubiera adivinado mi estado de ánimo, mi coche, a quien yo llamaba *Sebastian* en honor a mi abuelo, que siempre tenía un puro en la mano y por eso mismo contrajo una tos seca y persistente que lo llevó a la tumba, pareció quedarse sin fuerza en cuanto notó adónde nos dirigíamos. La ruta hacia la casa de mis padres era un complicado sistema de carreteras estrechas y sinuosas en Glendalough, que subían y bajaban, torcían y giraban en torno a una interminable sucesión de mansiones gigantescas. *Sebastian* se detuvo resoplando. Bajé el cristal de la ventana y pulsé el botón del intercomunicador.

—Hola, acaba de llegar al Hogar Silchester para perversos sexuales. ¿Cómo podemos satisfacer sus necesidades? —dijo al otro lado del aparato una voz masculina que respiraba audiblemente.

—Déjate de tonterías, papá.

Del altavoz brotó una explosión de carcajadas, que hizo que dos rubias con la cara inflada de bótox, practicantes del *power walking*, pusieran fin a su parloteo secreto y se volvieran para mirarme, haciendo restallar las coletas como látigos. Les sonreí, pero en cuanto me vieron —una insignificancia castaña metida en un trozo de chatarra— se volvieron otra vez y siguieron su camino, meneando los culitos enfundados en mallas de *lycra* que no marcaban las líneas de la ropa interior.

Los portones hicieron un ruido tembloroso, se despegaron y empezaron a separarse.

—Bueno, *Sebastian*, allá vamos.

El coche avanzó a sacudidas, sabiendo lo que le aguardaba: una espera de dos

horas junto a una pandilla de automóviles pretenciosos con los que no tenía nada en común. ¡Cuánto se parecían nuestras vidas! El largo sendero de grava desembocaba en una zona de aparcamiento, con una fuente en la que un león con la boca abierta escupía agua turbia. Aparqué lejos del Jaguar XJ verde botella de mi padre y de su Morgan Plus Four de 1960, al que llamaba su «coche de los fines de semana» y que conducía con su atuendo de los fines de semana: guantes de cabritilla y anteojos protectores, como si fuera Dick Van Dyke en *Chitty Chitty Bang Bang*. También se ponía ropa con ese atuendo para que la imagen no resultara más perturbadora de lo que habría deseado. Además de los coches de mi padre, estaba el todoterreno negro de mi madre, que había pedido específicamente un vehículo que requiriera un esfuerzo mínimo por su parte. Tenía tantos sensores de aparcamiento en todos los ángulos que, si detectaba otro coche a tres carriles de distancia por una autopista, se ponía a pitar para indicar su proximidad. Al otro lado de la extensión de grava estaban el Aston Martin de Riley, mi hermano mayor, y el Range Rover familiar de mi hermano mediano, Philip, con todos los extras posibles, incluidas pantallas de televisión en el reverso de los apoyacabezas para que los niños se entretuvieran en el trayecto de diez minutos entre la clase de *ballet* y el entrenamiento de baloncesto.

—Mantén encendido el motor. Saldré dentro de dos horas, como máximo —dije, y a continuación le di a *Sebastian* unas palmaditas en el capó.

Miré la casa. No sé de qué estilo sería, pero lo que es seguro es que no era «georgueduardiana», como había bromeado yo en la fiesta de Navidad de los Schubert, para gran regocijo de mis hermanos, disgusto de mi padre y orgullo de mi madre. Era una mansión impresionante, construida originalmente como casa solariega por lord Nosequién, que había perdido toda su fortuna en las mesas de juego y la había vendido a un tipo que escribió un libro famoso, lo que nos imponía la obligación legal de poner una placa de bronce con su nombre por fuera de la verja para que la vieran los fanáticos de la literatura y sobre todo las practicantes de *power walking*, que pasaban por delante con sus culitos avejentados, la miraban y fruncían el ceño, porque ellas no tenían una placa de bronce en la verja de sus casas. El Escritor Famoso había tenido una relación ilícita con un Poeta Depresivo, que había mandado construir el ala este para poder estar solo. La casa tenía una biblioteca impresionante, que contenía la correspondencia entre lord Nosequién y *lady* Nosequé, las misivas mucho más cariñosas entre lord Nosequé y *lady* Secreta mientras él estaba casado con *lady* Nosequé, y varios escritos autógrafos del Escritor Famoso, enmarcados y colgados de las paredes. Las obras del Poeta Depresivo se conservaban sin protección alguna en un estante, entre un atlas del mundo y la biografía de Coco Chanel. Nunca fue un éxito de ventas, ni siquiera después de muerto. Tras una tumultuosa y bien documentada relación, el Escritor Famoso se dio a la bebida y perdió todo su dinero. La casa fue vendida a una familia alemana de fabricantes de cerveza, que vivía en Baviera y quería la mansión para las vacaciones. Los bávaros le añadieron una impresionante ala oeste y una pista de tenis, que a juzgar por las desvaídas fotografías

en blanco y negro no debió de ser del agrado de su hijo Bernhard, un niño gordo y de expresión desgraciada, vestido con traje de marinerito. También era posible encontrar una botella original de la cerveza de la familia, conservada en una vitrina de nogal, en el bar de los Silchester. El recuerdo y la huella de esas otras vidas eran palpables en la casa y yo a menudo me preguntaba qué dejarían mis padres, aparte de las últimas creaciones de interiorismo de Ralph Lauren.

Dos animales que seguía sin poder identificar me recibieron con expresión feroz al pie de la escalera de piedra que conducía a la puerta principal. Parecían leones, pero tenían cuernos y dos patas retorcidas, unidas entre sí, en una postura que sólo podía describirse como debilitadora, como si los cientos de años que llevaban mirando la fuente les hubieran infundido una necesidad imperiosa de ir al baño. A menos que Ralph Lauren estuviera pasando por una fase oscura, supongo que sólo pudieron elegirlos el Escritor Famoso o el Poeta Depresivo.

Se abrió la puerta y mi hermano Riley me sonrió como el gato de Cheshire.

—Llegas tarde.

—Y tú eres un imbécil.

Me refería al breve diálogo por el intercomunicador.

Se echó a reír.

Subí pesadamente los peldaños y franqué el umbral hacia el vestíbulo con suelo de mármol blanco y negro, donde una lámpara de araña del tamaño de todo mi apartamento colgaba del techo de doble altura.

—¿Qué? ¿Ningún regalo? —preguntó, mientras me abrazaba y prolongaba el abrazo más de lo que yo hubiese querido, sólo para molestarme.

Gruñí. Lo había dicho en tono de broma, pero yo sabía que lo decía en serio. Mi familia pertenecía a una religión muy seria, llamada la Iglesia del Protocolo Social. La autoridad máxima de su iglesia era La Gente. Todas sus acciones y cada una de sus palabras estaban inspiradas en lo que diría La Gente. Parte de ese protocolo imponía la obligación de llevar un regalo cada vez que uno iba de visita, aunque los dueños de la casa fueran parientes cercanos y uno estuviera solamente de paso. Pero nosotros nunca íbamos de paso. Planificábamos las visitas, concertábamos citas y pasábamos semanas e incluso meses tratando de reunir fuerzas.

—¿Qué has traído tú? —le pregunté.

—Una botella del vino tinto favorito de papá.

—Pelota.

—Sólo porque quiero bebérmelo yo.

—No abriré la botella. Es capaz de esperar hasta que todos sus seres queridos estén muertos y enterrados, antes de pensar siquiera en encerrarse en un cuarto bajo llave y abrir la botella para él solo. Te apuesto diez pavos. No, te apuesto veinte —necesitaba dinero para la gasolina— a que no la abriré.

—Tu conocimiento de papá es casi conmovedor, pero yo le tengo confianza. Acepto la apuesta.

Me tendió la mano.

—¿Qué le has traído a mamá? —preguntó.

Recorrí el vestíbulo con la vista para ver si encontraba algo que pudiera servirme de regalo.

—Una vela y un frasco de aceite para el baño; pero antes de que hagas ningún comentario, te aclaro que los tenía en casa. Los había comprado para aquella novia tuya, como fuera que se llamara, que se reía como un delfín.

—¿Le habías comprado un regalo a Vanesa?

Íbamos andando por los interminables espacios de la casa, pasando por una habitación tras otra entre zonas de estar y chimeneas, sofás donde nunca nos permitirían sentarnos y mesitas donde nunca podríamos apoyar nuestras copas.

—Como premio de consolación por salir contigo.

—No le habría gustado.

—Era una mala pécora.

—Una mala pécora con risa de delfín —convino él, y los dos sonreímos.

Llegamos a la última sala, al fondo de la casa. Había sido el gabinete de *lady* Nosequé y el lugar donde el Poeta Depresivo componía sus rimas, pero ahora era la sala donde recibían el señor y la señora Silchester, con una barra de madera de nogal, cerveza de barril y un espejo ahumado en la pared del fondo. En la caja de cristal a lo largo de la barra se conservaba la botella original de cerveza alemana del siglo XIX, junto a una fotografía en blanco y negro de la familia Altenhofen posando en la escalera delantera de la casa. La habitación tenía mullidas alfombras de color salmón, en las que se hundían los pies, sillas altas tapizadas de cuero junto a la barra de cócteles y butacas más bajas de piel, distribuidas en torno a varias mesas de nogal. Su rasgo principal era el ventanal, que dominaba el valle y las colinas lejanas. En el parque había una roaleda de más de una hectárea, un jardín vallado y una piscina al aire libre. La doble puerta del bar, que estaba abierta, conducía por un sendero de gigantescas losas de piedra hasta un estanque en el centro del césped. A un lado del estanque, junto al borboteo del arroyuelo formado por una fuente, había una mesa ya servida, con mantel blanco, copas de cristal y cubiertos de plata. En mi familia no existía la informalidad. La imagen era preciosa. Era una pena que yo tuviera que estropearla.

Mamá flotaba en torno a la mesa, con un traje Chanel de *tweed* largo hasta la rodilla y zapatos planos a juego, ahuyentando las avispas que amenazaban con invadir su fiesta en el jardín. No tenía ni un pelo fuera de su sitio en la cabeza rubia y mantenía siempre la misma sonrisita en los labios color de rosa, independientemente de lo que sucediera en el mundo, en su vida o en la habitación. Compuesto y arreglado, mi hermano mediano Philip, propietario del Range Rover, teórico especialista en cirugía plástica reconstructiva y arreglador de tetas en la práctica, ya había ocupado su puesto en la mesa y hablaba con mi abuela, que estaba sentada en su pose habitual, con un vestido de motivos florales ideal para una fiesta en el jardín,

la espalda recta como para jugar al póquer, el pelo recogido en un rodete, las mejillas y los labios apropiadamente sonrosados, perlas en el cuello, las manos entrelazadas sobre el regazo y los tobillos juntos, tal como le habían enseñado, indudablemente, al terminar el colegio. Estaba sentada en silencio, sin mirar a Philip y probablemente sin escucharlo, mientras vigilaba a mi madre con su mirada de constante desaprobación.

Bajé la vista para mirarme el vestido y me lo alisé.

—Estás estupenda —dijo Riley, desviando la mirada y tratando de hacerme sentir que no lo decía solamente para infundirme confianza—. Creo que mamá tiene algo que decirnos.

—Que no es nuestra verdadera madre.

—Oh, no lo dices en serio —oí una voz detrás de mí.

—¡Edith! —dije, antes de volverme.

Edith servía en casa de mis padres desde hacía treinta años. Estaba ahí desde que yo tenía memoria y nos había criado más que cualquiera de las catorce niñeras contratadas para cuidarnos a lo largo de nuestras vidas. Venía con un jarrón en una mano y un gigantesco ramo de flores en la otra. Dejó el jarrón y me tendió los brazos.

—¡Edith, son unas flores preciosas!

—¿Verdad que sí? Las compré hoy mismo. Fui a ese mercado nuevo que hay en... —Se interrumpió y me miró con suspicacia—. No, Lucy, nada de eso. —Apartó las flores de mi alcance—. No, no, no pienso dártelas. La última vez me quitaste la tarta que había hecho para el postre.

—Ya lo sé. Fue un error que no se repetirá —dije con expresión sombría—, porque desde entonces no deja de pedirme que vuelva a hacer esa tarta. ¡Por favor, Edith! —añadí enseguida—. Deja solamente que las vea. ¡Son preciosas, realmente preciosas! —exclamé, batiendo las pestañas.

Edith se resignó a su destino y yo le quité las flores de las manos.

—A mamá le encantarán, gracias —le dije, sonriendo con descaro.

Ella se esforzó por reprimir una sonrisa. Incluso cuando éramos pequeños, le costaba mucho enfadarse con nosotros.

—Te mereces lo que te va a caer; es todo lo que puedo decirte.

Se volvió en dirección a la cocina, mientras el miedo en mi interior crecía y amenazaba con estallar. Riley abrió la marcha y yo empecé a bajar con dificultad los anchos peldaños con el ramillete entre los brazos, lo que me obligaba a dar dos pasos por cada uno de los suyos. Él llegó antes que yo al pie de la escalera, y la cara de mi madre se iluminó como por efecto de la pirotecnia cuando vio que su adorado hijo iba a su encuentro.

—Lucy, cariño, son preciosas. No deberías haberte molestado —me dijo después, recibiendo las flores que yo le entregaba y exagerando el agradecimiento, como si acabaran de elegirla *Miss Mundo*.

Le di un beso a mi abuela en la mejilla y ella lo aceptó con una leve inclinación de la cabeza, pero sin moverse.

—Hola, Lucy —dijo Philip, poniéndose de pie para besarme en la mejilla.

—Tenemos que dejar de vernos de este modo —le dije en voz baja, y él se echó a reír.

Habría querido preguntarle por sus hijos y sabía que eso era lo correcto, pero Philip es una de esas personas que llevan demasiado lejos las respuestas y habría prorrumpido en una diarrea verbal sobre cada una de las cosas que sus hijos habían dicho o hecho desde la última vez que nos habíamos visto. Adoraba a sus hijos, me encantaban, pero no me interesaba demasiado lo que habían desayunado esa mañana, aunque estaba bastante segura de que tendría algo que ver con mangos de cultivo ecológico y dátiles deshidratados.

—Voy a ponerlas en agua —dijo mamá, admirando aún las flores como homenaje a mi atención, aunque hacía tiempo que ya no era necesario.

—Ya lo hago yo —repliqué, aprovechando la oportunidad—. He visto un jarrón perfecto ahí dentro.

Riley meneó la cabeza con incredulidad por detrás de mi madre.

—Gracias —dijo mamá, como si acabara de ofrecerme para pagar sus facturas por el resto de su vida. Me miraba con expresión de adoración—. Estás cambiada. ¿Te has hecho algo en el pelo?

De inmediato me llevé la mano al caos castaño.

—Hum. Anoche me fui a dormir con el pelo mojado.

Riley se echó a reír.

—Ah, bueno. Te queda muy bien —dijo mamá.

—Cogerás un catarro —intervino mi abuela.

—No lo he cogido.

—Pero lo puedes coger.

—Pero no lo he cogido.

Silencio.

Me puse a trotar con los tacones por la hierba para llegar a la escalera de piedra. Al final, me di por vencida y me quité los zapatos. Las piedras bajo mis pies estaban calientes por el sol. Edith se había llevado el jarrón del bar, pero eso me alegró, porque así tendría que buscar algo y perdería más tiempo. Calculé mentalmente que desde mi llegada con retraso hasta la búsqueda del jarrón para las flores habrían transcurrido unos veinte minutos sobre el temido total de dos horas.

—¡Edith! —llamé sin mucha convicción, más para mí misma que para ella, mientras pasaba de una habitación a otra y me alejaba cada vez más de la cocina, donde sabía que podía encontrarla. Había cinco grandes habitaciones que daban al jardín trasero: una de la época del Escritor Borracho, dos pertenecientes a la planta original de la casa y otras dos construidas por la familia de cerveceros alemanes. Cuando hube atravesado todas las habitaciones, conectadas entre sí por puertas dobles enormes, salí al pasillo y volví atrás. Al otro lado del pasillo vi que la doble puerta de roble macizo del estudio de mi padre estaba abierta. Era el lugar donde el

Escritor Famoso había creado su famosa novela, el lugar donde mi padre repasaba montañas interminables de papeles. En algún momento había llegado incluso a preguntarme si de verdad habría algo escrito en los papeles o si sólo le gustaba su tacto, si no tendría quizá una predisposición nerviosa que lo impulsaba a tocar papeles y pasar páginas.

Mi padre y yo tenemos una relación fabulosa. A veces nuestros pensamientos son tan similares que es casi como si fuéramos la misma persona. La gente, cuando nos ve, se sorprende de nuestra unión, de lo mucho que me respeta y de la admiración que yo le profeso. Con frecuencia, se toma días libres sólo para venir a buscarme y llevarme a alguna aventura. Sucedió lo mismo cuando era pequeña: al ser la única niña de la familia, era su ojito derecho. La niña de papá, me llamaban todos. Telefoneaba durante el día, sólo para saber cómo estaba, y me enviaba flores y tarjetas de San Valentín para que no me sintiera sola. Es un tipo muy especial y nuestra relación es fantástica. A veces me llevaba a un campo de cebada, cuando hacía viento, y yo tenía puesto un vestido que flotaba con la brisa, y entonces corríamos por todas partes a cámara lenta y él se convertía en el monstruo de las cosquillas e intentaba atraparme. Me perseguía hasta que yo me caía entre la cebada, que me rodeaba por los cuatro costados y se balanceaba con el viento. ¡Cómo nos reíamos!

De acuerdo, es mentira.

Supongo que era obvio, por la imagen del campo de cebada a cámara lenta. En eso me he pasado un poco. A decir verdad, él casi no me aguanta ni yo a él, pero nos soportamos lo mínimo, justo lo suficiente para no alterar la paz mundial.

Debió de darse cuenta de que yo estaba en la puerta de su estudio, pero no levantó la vista, sino que se limitó a pasar otra página misteriosa. Había mantenido esos folios fuera de nuestro alcance durante toda nuestra vida, de tal manera que yo llegué a obsesionarme con descubrir lo que tenían escrito. A los diez años conseguí colarme en su estudio una noche que olvidó cerrar la puerta con llave y, cuando por fin pude ver los papeles, con el corazón desbocado en el pecho, no entendí ni una sola palabra de lo que leí. Lenguaje jurídico. Era juez del Tribunal Supremo, y, a medida que me hice mayor, fui entendiendo cada vez más su enorme prestigio como principal experto en derecho penal irlandés. Presidía juicios sobre asesinatos y violaciones desde su nombramiento para el Tribunal Supremo, veinte años atrás. No era precisamente la alegría de la huerta. Sus puntos de vista conservadores sobre muchas cosas habían sido como mínimo controvertidos; algunas veces, de no haber sido porque era mi padre, yo misma habría salido a la calle a protestar, o quizá lo habría hecho precisamente porque se trataba de mi padre. Era hijo de dos académicos: su padre había sido catedrático de universidad y su madre (la anciana con vestido de motivos florales sentada en el jardín), científica, aunque aparte de la tensión que creaba cada vez que entraba en una habitación, no sé exactamente qué investigaba. Algo relacionado con las lombrices de tierra en ciertos climas, creo. Mi padre fue

campeón universitario europeo de debate y estudió en el Trinity College de Dublín y en la Honourable Society of King's Inns, cuyo lema es *Nolumus mutari*, «No nos cambiarán», lo cual ya dice mucho de él. Todo lo que sé de mi padre es lo que proclaman al mundo los diplomas colgados en las paredes de su estudio. Antes solía pensar que todo lo demás era un gran misterio que algún día se me revelaría, que averiguaría un secreto y de pronto todo tendría sentido, y que al final de sus días, cuando él fuera un anciano y yo una profesional de éxito, bella y responsable, con un marido estupendo, piernas más largas que nunca y el mundo a mis pies, intentaríamos recuperar el tiempo perdido. Ahora me doy cuenta de que no hay ningún misterio: él es como es, y no nos aguantamos, porque no hay ni siquiera una pequeñísima parte de ninguno de los dos que sea capaz de entender una minúscula parte del otro.

Lo miré desde la puerta de su estudio con paneles de madera; tenía la cabeza gacha y las gafas caídas sobre la nariz, mientras leía sus papeles. Paredes enteras de libros llenaban la habitación, y el olor a polvo, cuero y humo de cigarro seguía siendo denso, aunque hacía diez años que había dejado de fumar. Sentí un infinitesimal impulso de afecto hacia él, porque de repente me pareció viejo. O por lo menos mayor. Y las personas mayores son como los bebés: algo en su comportamiento las vuelve adorables, a pesar de su personalidad ignorante y egoísta. Llevaba ahí cierto tiempo, observando el lugar y reflexionando sobre esa repentina sensación de afecto, y no me pareció natural marcharme sin decir nada, por lo que me aclaré la garganta y decidí dar un par de torpes golpecitos con los nudillos en la puerta abierta, maniobra que hizo crujir estruendosamente el envoltorio de celofán del ramo de flores. Aun así, no levantó la vista. Entré.

Esperé con paciencia. Después con impaciencia. Después sentí deseos de arrojarle las flores a la cabeza. Después imaginé que arrancaba cada flor y se la tiraba a la cara, pétalo a pétalo. Lo que había empezado como la leve alegría innata de volver a ver a mi padre se trocó en los sentimientos habituales de frustración e ira. Siempre me lo ponía todo tremendamente difícil, siempre ponía barreras, siempre me hacía sentir incómoda.

—Hola —dije, y me sentí como si volviera a tener siete años.

No levantó la vista. En lugar de eso, terminó de leer la página, le dio la vuelta y terminó de leer esa otra también. Puede que no fuera más de un minuto, pero me parecieron cinco. Por fin, levantó la cabeza, se quitó las gafas y bajó la mirada hacia mis pies descalzos.

—Os he traído flores a mamá y a ti. Estaba buscando un jarrón.

Probablemente fue lo más parecido al «He traído una sandía» de *Dirty Dancing* que había dicho en mi vida.

Silencio.

—Aquí no hay ninguno.

Mentalmente lo oí añadir: «¡Pedazo de gilipollas!», aunque él nunca usa expresiones malsonantes. Es una de esas personas que emplea eufemismos como

«gilipuertas», lo cual me resulta profundamente irritante.

—Ya lo sé, pero he pasado a saludarte mientras voy de camino a buscarlo.

—¿Vas a quedarte a comer?

Intenté descifrar la pregunta. O bien quería que yo me quedara, o bien no quería. Tenía que significar algo, porque todas sus palabras responden a un código y normalmente implican que soy una imbécil. Busqué el significado oculto y sus posibles consecuencias, pero al no encontrar nada de eso dije:

—Sí.

—Entonces te veré en el almuerzo.

Eso quería decir: «¿Para qué vienes descalza a molestarme en mi estudio con tu ridículo “hola” cuando vamos a vernos dentro de unos minutos en el almuerzo, so gilipuertas?». Volvió a ponerse las gafas y siguió leyendo sus papeles. Una vez más, habría querido arrojarle las flores a la cabeza, estrellárselas una por una en la frente, pero, por respeto al ramillete de Edith, di media vuelta y salí del estudio, haciendo un ruidito agudo con los pies cada vez que daba un paso. Cuando llegué a la cocina, eché las flores en el fregadero, picoteé algo de comida y volví a dirigirme al jardín. Mi padre ya estaba fuera, saludando a sus hijos: firmes apretones de manos, voces graves y unas cuantas manifestaciones más del tipo «somos hombres»; después, devoraron un par de muslos de faisán, entrechocaron las jarras de peltre, magrearon dos o tres tetas, se limpiaron las bocas grasientas, soltaron sonoros eructos (o al menos yo imaginé todo eso) y se sentaron a la mesa.

—No has saludado a Lucy, cariño. Estaba buscando un jarrón para las preciosas flores que nos ha traído.

Mamá volvió a sonreírme como si yo concentrara en mí todo lo bueno del mundo. Es algo que hace muy bien.

—Ya la he visto dentro.

—Ah, perfecto —dijo mamá, estudiándome otra vez—. ¿Has encontrado un jarrón?

Miré a Edith, que estaba poniendo los panecillos sobre la mesa.

—Sí. En la cocina, al lado del cubo de la basura.

Le sonreí dulcemente, segura de que entendería que había tirado las flores a la basura. No era cierto, pero me gustaba tomarle el pelo.

—En el mismo sitio donde está tu cena —dijo Edith, sonriéndome a su vez, para confusión de mi madre—. ¿Vino? —preguntó, mirando por encima de mi cabeza a todos menos a mí.

—No, no puedo beber. Tengo que conducir —respondí de todas formas—. Pero Riley beberá una copa del vino tinto que le ha traído a papá.

—Riley tiene que conducir —dijo mi padre, sin dirigirse a nadie en particular.

—Puede beber un vasito.

—La gente que bebe y conduce debería estar en la cárcel —replicó secamente.

—No te importó que bebiera un poco la semana pasada.

Intenté hacer ver que no estaba polemizando con él, pero no me salió del todo bien.

—La semana pasada no había salido un niño despedido por el parabrisas de un coche porque el gilipueñas del conductor había bebido demasiado.

—¡Riley! —exclamé, como si no cupiera en mí del asombro—. ¡No puedo creer que hayas sido tú!

Fue una broma de mal gusto, lo sé, pero supongo que hasta cierto punto quería que lo fuera para molestar a mi padre, que inició sin más una conversación con mi madre, como si yo no hubiera dicho nada. Riley meneó la cabeza con expresión de incredulidad, quizá por mi inapropiado intento de humor o tal vez porque no había conseguido mojarse los labios con el caro vino de papá. No estaba segura, pero en cualquier caso, mi hermano había perdido la apuesta. Se metió una mano en el bolsillo y me dio un billete de veinte euros. Mi padre contempló la transacción con mirada desaprobadora.

—Le debía dinero —explicó Riley.

Nadie en la mesa creía que yo pudiera prestarle dinero a alguien, por lo que el asunto se volvió contra mí. Otra vez.

—¿Sabes? —empezó a decir mi madre, mirándome, en cuanto Edith terminó de poner la mesa y estuvimos todos sentados—. Aoife McMorrow se casó con Will Wilson la semana pasada.

—¡Cuánto me alegro por ella! —dije con entusiasmo, mientras me metía un panecillo en la boca—. ¿Y quién es esa Aoife McMorrow?

Riley soltó una carcajada.

—Estaba en tu clase de claqué —respondió mamá, extremadamente sorprendida de que yo hubiera podido olvidar a una compañera de la clase de claqué de cuando tenía seis años—. Y Laura McDonald ha tenido una niña.

—Hi-ha-hi-ha-hó —dije yo, como en la canción de la granja del viejo McDonald.

Riley y Philip se echaron a reír. Los otros no. Mamá lo intentó, pero no había entendido la alusión.

—Me encontré con su madre ayer, en el mercado de productos ecológicos, y me mostró una foto de la niña. ¡Qué nena tan preciosa! ¡Está para comérsela! Casada y con una hija, ¡todo en un mismo año! ¿Te lo imaginas?

Sonreí con los labios apretados, sintiendo la mirada intensa de Riley, que me instaba a conservar la calma.

—La niña pesó cuatro kilos y quinientos gramos. ¿Te lo puedes creer, Lucy? ¡Cuatro kilos quinientos!

—Jackson pesó cuatro kilos y cien gramos —dijo Philip—; Luke, tres kilos setecientos cincuenta, y Jemina, tres kilos ochocientos.

Los demás lo miramos y fingimos interés, y después él siguió comiendo pan.

—Es algo maravilloso —dijo mamá, mirando en mi dirección, con la cara arrugada y los hombros encorvados—. La maternidad.

Me siguió mirando así durante demasiado tiempo.

—A los veinte años, yo ya estaba casada —dijo mi abuela, como si se refiriera a una gran hazaña. Después, dejó de untar el pan con mantequilla y me miró directamente a los ojos—. Terminé la universidad a los veinticuatro años y, a los veintisiete, ya tenía tres hijos.

Asentí, como desbordada por la admiración. Ya lo había oído antes.

—Espero que te hayan dado una medalla.

—¿Una medalla?

—Es sólo una expresión. Por hacer algo... asombroso.

Intenté reprimir el tono amargo y sarcástico que luchaba por manifestarse y que ya estaba en una banda del terreno de juego, haciendo ejercicios de calentamiento y rogándome que lo dejara salir en sustitución de la amabilidad y la tolerancia.

—Asombroso no, Lucy. Sólo correcto.

Mamá salió en mi defensa.

—Ahora muchas chicas tienen hijos al final de la veintena.

—Pero ella ya tiene treinta años.

—Todavía me faltan unas semanas —repliqué, acomodando una sonrisa en la cara, mientras el sarcasmo se quitaba el chándal y se preparaba para saltar al terreno de juego.

—Si crees que puedes tener un hijo en un par de semanas es que aún te queda mucho por aprender —dijo mi abuela, antes de morder su panecillo.

—Ahora muchas mujeres tienen hijos más tarde —dijo mamá.

Mi abuela hizo un gesto de desaprobación.

—Muchas mujeres tienen una carrera —prosiguió mamá.

—Pero ella no. Y dime, ¿qué crees que hacía yo en el laboratorio? ¿Amasar pan?

Mi madre se ofendió. Había amasado el pan que estaba en la mesa. Siempre preparaba ella misma el pan. Todo el mundo lo sabía, sobre todo mi abuela.

—Amamantar a tus hijos no, seguro —dije yo entre dientes, pero no importó, porque todos me oyeron y se volvieron para mirarme, y no todas las miradas eran benevolentes. No pude evitarlo. Los suplentes habían saltado al terreno de juego. Sentí la necesidad de explicar mi comentario—. Es que papá no parece la clase de persona que ha sido alimentada con leche materna.

Si los ojos de Riley se hubieran podido abrir más por la incredulidad, se le habrían salido de las órbitas. No consiguió reprimir del todo la risa que estaba intentando sofocar y la dejó escapar en forma de extraña y sonriente explosión de aire. Mi padre cogió el periódico y se aisló completamente de la conversación desfavorable. Desplegó el diario con el mismo movimiento tembloroso que seguramente le estaba sacudiendo la columna vertebral. A partir de ahí, lo perdimos. Se ausentó detrás de otro montón de papeles.

—Veré si ya están listos los entrantes —dijo mamá en voz baja, mientras se deslizaba para levantarse de la mesa.

Yo no heredé la grácil elegancia de mi madre. Riley sí. Suave y sofisticado, rezuma encanto, y aunque se trate de mi hermano, sé que con sus treinta y cinco años es un muy buen partido. Siguió los pasos de mi padre en la carrera jurídica y aparentemente es uno de nuestros mejores especialistas en derecho penal. Al menos es lo que he oído, porque de momento no he tenido ocasión de usar sus servicios de abogado, aunque no lo descarto. Me produce una sensación de calidez y un hormigueo en el estómago el hecho de saber que mi hermano tiene en su poder una tarjeta para salir de la cárcel como la del Monopoly, que puede usar en mi beneficio. A menudo aparece en las noticias, entrando o saliendo de los tribunales junto a hombres que llevan la cabeza cubierta por una sudadera y van esposados a un oficial de policía, y más de una vez me vi en la embarazosa situación de gritar con orgullo «¡Ése es mi hermano!» en un sitio público, para después tener que explicar, al notar las miradas de odio, que no me refería al hombre con la cabeza tapada, acusado de cometer todo tipo de delitos inhumanos, sino al tipo del traje elegante que lo acompañaba, pero para entonces nadie me estaba escuchando. Creo que Riley tiene el mundo a sus pies, y nadie lo presiona para que se case, en parte porque es un hombre y en mi casa se utiliza un curioso doble rasero, pero también porque mi madre lo idolatra y para ella ninguna mujer sería suficientemente buena para él. Nunca le da la lata ni lo fastidia, pero se ocupa de señalarle con mucha precisión los defectos de las mujeres, con la esperanza de plantar para siempre en su mente la semilla de la duda. Habría tenido más éxito si de niño hubiera utilizado simplemente una tarjeta mnemotécnica con el dibujo de una vagina, y hubiera meneado la cabeza con desprecio cada vez que se la hubiera enseñado. Le encanta que viva solo en un piso lujoso en el centro de la ciudad y lo visita algunos fines de semana, lo que le resulta curiosamente emocionante. Me parece que si fuera gay lo querría todavía más, porque no tendría que competir con ninguna mujer y además últimamente queda muy bien eso de tener un hijo homosexual. Se lo oí decir una vez.

Mi madre volvió con una bandeja de cócteles de langosta y con uno de melón para mí, como pasa siempre desde el incidente del marisco en el almuerzo en casa de los Horgan en Kinsale, en el que participamos una servidora, un langostino y una brigada de bomberos.

Eché un vistazo al reloj y Riley lo notó.

—No prolongues más el suspense, mamá. ¿Qué querías decirnos? —preguntó a su manera perfecta, que nos sacó a todos de nuestras maquinaciones personales y nos devolvió a la mesa. Riley tiene la capacidad de unir a la gente.

—A mí no me sirvas. No me gusta la langosta —dijo mi abuela, apartando el cuenco en el aire, antes incluso de que llegara a tocar la mesa.

Mamá pareció algo desalentada, pero después recordó la razón por la que estábamos reunidos y miró a papá. Mi padre siguió leyendo el periódico, sin darse cuenta siquiera de que le habían puesto delante el cóctel de langosta. Mi madre se sentó, emocionada.

—De acuerdo, se lo diré a los chicos —anunció, como si alguien lo hubiera puesto en duda—. Bueno, como sabéis, este mes de julio cumplimos treinta y cinco años de casados. —Nos miró a todos, como diciendo: «No puedo creer que haya pasado tanto tiempo»—. Y, para celebrarlo, vuestro padre y yo... —Recorrió nuestras caras con una mirada emocionada—. Hemos decidido renovar nuestros votos.

La emoción pudo con ella en las tres últimas palabras y la hizo terminar la frase con un histérico gritito agudo. Incluso mi padre bajó el periódico para mirarla y, al descubrir la langosta, dobló el diario y empezó a comer.

—¡Uah! —dije yo.

Muchos de mis amigos se habían casado en los últimos dos años. Parecía una epidemia: en cuanto uno se casaba, los otros se prometían y empezaban a desfilar como pavos reales por el pasillo de la iglesia. Yo había visto mujeres modernas y razonables reducidas a maníacas obsesivas, sometidas a las tradiciones y los estereotipos contra los que habían pasado toda la vida adulta luchando. También había participado en muchos de esos rituales, vestida con trajes baratos y poco favorecedores en tonos pastel, pero lo de ahora era diferente. Se trataba de mi madre, y eso quería decir que iba a ser monumentalmente, catastróficamente peor.

—Philip, cariño, a papá le encantaría que fueras su testigo.

Philip se sonrojó y pareció crecer medio metro en la silla. Inclino la cabeza en silencio, como si la magnitud del honor le impidiera hablar.

—Riley, cielo, ¿querrás entregarme en el altar?

A Riley se le iluminó la cara.

—¡Claro que sí! Llevo muchos años intentando deshacerme de ti.

Todos reímos, incluida mi abuela, que apreciaba las bromas hechas a costa de mi madre. Yo tragué saliva, porque imaginaba lo que me esperaba. Lo sabía. Entonces mi madre me miró y lo único que vi fue una boca, una gran boca sonriente que le ocupaba toda la cara, como si los labios se le hubieran comido los ojos y la nariz.

—Cariño, ¿querrás ser mi dama de honor? Quizá puedas hacerte en el pelo lo mismo que hoy. ¡Te sienta tan bien!

—Cogerá un catarro —dijo mi abuela.

—Pero anoche no cogió ningún catarro.

—¿Quieres correr el riesgo?

—Podríamos encargarnos unos pañuelos bonitos de la misma tela que el vestido, por si acaso.

—Eso será imposible, si se parece remotamente a la tela de tu último vestido de novia.

Era el fin de mi vida tal como la había conocido.

Miré el reloj.

—Es una pena que tengas que irte tan pronto. ¡Tenemos tanto que planificar! ¿No podrías volver mañana para hacer un repaso general de todo? —preguntó mamá, entusiasmada y a la vez desesperada.

Ahí se me planteó el dilema. La vida o la familia. Y las dos opciones eran igual de malas.

—No puedo —dije, y mi respuesta fue acogida por un prolongado silencio.

Los Silchester no rechazamos las invitaciones. Rechazarlas se considera una grosería. Tenemos que hacer malabarismos con las citas y bajar a los infiernos, si es necesario, para aceptarlas todas; tenemos que contratar clones y hacer viajes en el tiempo para mantener cada una de las promesas que hayamos hecho e incluso las que haya hecho un tercero en nuestro nombre, sin nuestro conocimiento.

—¿Por qué no, cariño?

Los ojos de mamá intentaban transmitir preocupación e interés, pero en realidad estaban gritando: «¡Me has traicionado!».

—Bueno, quizá pueda venir, pero tengo una cita al mediodía y no sé cuánto tiempo durará.

—¿Una cita con quién? —preguntó mi madre.

Pensé que tendría que decírselo antes o después.

—Tengo una cita con mi vida —dije como si fuera lo más normal del mundo, pero convencida de que no tendrían la menor idea de lo que estaba diciendo. Esperaba que preguntaran y juzgaran, y pensaba explicarles que era una especie de sorteo que podía tocarle a cualquiera, lo mismo que la obligación de hacer de jurado, y que no debían preocuparse, porque mi vida iba bien, completamente bien.

—¡Oh! —exclamó mi madre con un gemido agudo—, ¡oh, santo cielo! No me lo puedo creer. —Miró a su alrededor, al resto de la mesa—. Eso es muy sorprendente, ¿verdad? ¡Estamos todos tan asombrados! ¡Cielos! ¡Qué sorpresa tan grande!

Miré primero a Riley. Tenía una expresión rara, con la vista fija en la mesa. Repasaba con un dedo los dientes de un tenedor y los hacía vibrar suavemente, uno a uno, en actitud meditativa. Después miré a Philip, que tenía las mejillas ligeramente arboladas. Mi abuela miraba hacia otro lado, como si flotara en el aire un mal olor del que fuera culpable mi madre, pero no hubiera en ello ninguna novedad. A mi padre no pude mirarlo.

—Ya lo sabíais.

Mamá se sonrojó.

—¿Ah, sí?

—Lo sabéis todos.

Mi madre se encorvó en la silla, desolada.

—¿Por qué lo sabéis?

Acababa de levantar la voz. Los Silchester nunca levantamos la voz.

Nadie quiso responder.

—¿Riley?

Finalmente, Riley levantó la vista y me miró con una sonrisita.

—Tuvimos que firmar, Lucy, sólo eso, para dar nuestra aprobación personal al procedimiento.

—¿Tuvisteis que qué? ¿Tú lo sabías?

—No es culpa suya, cariño; él no ha tenido nada que ver con esto. Yo se lo pedí. Se necesitaban dos firmas como mínimo.

—¿Quién más firmó? —pregunté, mirando a mi familia, uno tras otro—. ¿Firmasteis todos?

—No levantes la voz, jovencita —dijo mi abuela.

Habría querido arrojarle a mi madre el pan a la cabeza o meterle el cóctel de langosta por la garganta, y quizá fue muy evidente, porque Philip rogó que conservásemos la calma. No oí cómo terminó la conversación, porque ya me estaba alejando por el jardín (a paso rápido pero sin correr, porque los Silchester nunca salimos corriendo), tratando de poner tanta distancia como fuera posible entre ellos y yo. Por supuesto, no me había levantado de la mesa sin excusarme. No recuerdo con exactitud qué dije, supongo que mascullé algo acerca de que se me hacía tarde para un compromiso y me despedí amablemente. Sólo cuando cerré detrás de mí la puerta principal, bajé precipitadamente la escalera de piedra y sentí la grava bajo los pies, me di cuenta de que me había dejado los zapatos en el jardín. Caminé con dificultad por las piedras, mordiéndome los labios por dentro para reprimir la necesidad de gritar, y conduje a *Sebastian* a toda velocidad sendero abajo, hasta la verja. El petardeo del coche por el sendero sonó como una especie de «¡Ahí os quedáis!», pero mi gran evasión no pasó de ahí, porque llegué a la verja eléctrica y ya no pude seguir adelante. Bajé el cristal de la ventana y pulsé el botón del intercomunicador.

—Vamos, Lucy —dijo Riley—, no te enfades.

—Déjame salir —repliqué, negándome a mirar al intercomunicador a la cara.

—Lo hizo por ti.

—No hables como si no hubieras tenido nada que ver en esto.

—Muy bien, de acuerdo. Lo hicimos por ti.

—¿Por qué? Estoy bien. Todo está bien.

—Es lo que dices todo el tiempo.

—Porque es lo que pienso todo el tiempo —le respondí secamente—. Ahora, abre la verja.

Domingo. Llevaba toda la semana sintiendo que ese día se cernía amenazante sobre mí, como el gorila gigante de la película en lo alto del edificio, y al final me había atrapado en sus malvadas garras. Había tenido una noche llena de diferentes versiones de mi encuentro con la vida. Algunas terminaban bien; otras no tan bien, e incluso había una totalmente musical, con bailes y canciones. Había tenido todas las conversaciones imaginables con la vida (a la extraña manera de los sueños, que pierden todo el sentido en cuanto te despiertas), y ahora que me había despertado, estaba agotada. Cerré otra vez los párpados, los apreté con fuerza y me obligué a tener un sueño picante con el tipo guapo del tren. No lo conseguí. La vida no dejaba de sorprendernos, como un padre riguroso que descubriera cometiendo una falta a un adolescente conflictivo. El sueño se negaba a venir; mi cabeza se había despertado y no dejaba de hacer planes: cosas ingeniosas que decir, respuestas rápidas, réplicas agudas, puntos de vista inteligentes y maneras de cancelar la cita sin ser ofensiva; pero lo que hacía sobre todo era planificar mi vestimenta. Con todo eso en la cabeza, abrí los ojos y me senté en la cama. El *Señor Pan* se movió en la suya y me miró.

—Buenos días, *Hilary* —le dije, y me respondió con un ronroneo.

¿Qué quería contarle de mí a mi vida? Que yo era una mujer inteligente, ingeniosa, llena de encanto, atractiva, despierta y con gran sentido del estilo. Quería hacerle saber que todo iba bien, que estaba bajo control. Contemplé mis vestidos en la barra de la cortina. Los había desplegado para tapar la luz del sol. Estudié mis zapatos, más abajo, en el alféizar de la ventana. Después, miré por la ventana para ver qué tiempo hacía, y volví a mirar los zapatos primero y los vestidos después. No me lo estaba creyendo. Habría tenido que hacerlo con el armario. Me incliné un poco y abrí la puerta del armario, que antes de abrirse del todo dio un golpe contra el borde de la cama. No me importó. Podía ver lo suficiente. La bombilla de dentro llevaba más o menos un año quemada, pero busqué la linterna que tenía al lado de la cama y la dirigí al interior. Me decidí por un pantalón de vestir de corte ceñido, chaqueta tipo esmoquin (con hombreras, como toque retro de los años ochenta), chaleco negro y tacones de ocho centímetros y medio. El conjunto me hacía pensar en Jennifer Aniston y su reciente portada en *Grazia*, pero esperaba que a mi vida le sugiriera una persona serena, relajada, y a la vez capaz de tomarse las cosas en serio, tan en serio como para ponerse traje de chaqueta. También podía sugerirle que había muerto alguien y yo me había vestido para su funeral, pero esperaba que la vida no estuviera pensando en la muerte. Dejé al *Señor Pan* sentado sobre una sandalia *peep-toe* de doble plataforma, mirando a Gene Kelly vestido de marinero en *Un día en Nueva York*, con vagas promesas de sacarlo fuera dentro de unos días. Desde el ascensor, oí la puerta de mi vecina. Aporreé el botón para cerrar, pero no tenía escapatoria. Una

zapatilla de deporte se interpuso entre las dos puertas que se cerraban y apareció ella.

—Casi te me escapas —dijo sonriendo.

Se abrieron las puertas y vi el cochecito. Maniobré para meterlo en el reducido espacio y casi tuve que salir para que entrara la bolsa con las cosas del bebé que mi vecina llevaba colgada del hombro.

—Te prometo que cada día tardo más en prepararme para salir —dijo, enjugándose la frente reluciente.

Le sonreí, sin saber muy bien si me lo estaba diciendo a mí (nunca hablamos), y me puse a mirar por encima de su cabeza los números que se iluminaban mientras bajábamos.

—¿Te molestó mucho anoche?

Miré al cochecito.

—No.

Pareció asombrada.

—Pasé media noche levantada, con el niño chillando como para echar abajo las paredes. Estaba segura de que el edificio entero vendría a quejarse. Le están saliendo los dientes al pobre. Tiene las mejillas encendidas.

Volví a mirar y no dije nada.

Mi vecina bostezó.

—Al menos hace buen tiempo este verano. No hay nada peor que tener que quedarse encerrada en casa con un bebé.

—Sí —respondí, cuando finalmente se abrieron las puertas—. Que pases un buen día.

Y salí a toda prisa delante de ella, antes de que intentara reanudar la conversación en la calle.

Habría podido ir andando a las oficinas donde tenía la cita con la vida, pero cogí un taxi, porque el tío guapo no estaría en el tren a esas horas y, después de la excursión a la montaña del día anterior, no podía confiar en *Sebastian* para que me llevara a ningún sitio. Además, no estaba muy segura de la dirección y no se me ocurría nada peor que encontrarme con la vida con ampollas en los pies y las axilas sudadas. El edificio se distinguía a dos kilómetros de distancia: una construcción horrenda, una oprimente torre marrón sobre pilares, con ventanas de acero, tributo a la arquitectura de los años sesenta, cuando construir al estilo de Lego se consideraba aceptable. Como era domingo, el edificio estaba desierto y el aparcamiento debajo de la torre estaba vacío, con excepción de un coche solitario con un neumático pinchado, el único que no había podido largarse de allí. La cabina del guardia estaba desocupada y la barrera levantada. A nadie le habría importado que izaran la torre por el aire y se la llevaran a otro planeta; así de fea y desoladora era. Una vez dentro, el edificio olía a humedad y a ambientador con aroma de vainilla. El pequeño vestíbulo estaba dominado por un mostrador de recepción tan alto que apenas se distinguía detrás la culminación de un peinado cardado y sostenido con laca. Mientras me

acercaba, descubrí que lo que había tomado por ambientador era en realidad perfume. La mujer se estaba pintando las uñas de color rojo sangre, con tantas capas de barniz que el efecto era casi gelatinoso. Estaba viendo un episodio de *Colombo* en un pequeño televisor que tenía sobre el mostrador.

—Sólo una cosa más... —Oí que decía Colombo.

—Ya está —rió la mujer entre dientes, sin mirarme, pero dando a entender que había notado mi presencia—. Ya sabe que ha sido ese tipo. Se le nota.

Era la Señorita Sureña que me había atendido por teléfono. Mientras Colombo le pedía al asesino un autógrafo para su señora, ella se volvió finalmente hacia mí.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Hablamos por teléfono esta semana. Soy Lucy Silchester y tengo una cita con la vida —dije, rematando la frase con una risita aguda.

—Ah, sí, ahora la recuerdo. Lucy Silchester. ¿Ha llamado a esa compañía que limpia alfombras?

—Hum... No, todavía no.

—Bueno, aquí la tiene. No puedo recomendársela más de lo que ya se la he recomendado.

Puso la tarjeta de visita de la empresa sobre el mostrador y la deslizó hacia mí. No supe muy bien si la había traído especialmente para mí o si era tan fanática de la compañía de limpiadores de alfombras que llevaba consigo un maletín de tarjetas de visita para repartirlas entre los transeúntes.

—¿Me promete que llamará? —insistió.

Divertida por su perseverancia, le dije que sí.

—La anunciaré. —Levantó el telefonillo—. Lucy está aquí para verlo. —Forcé cuanto pude el oído para distinguir la voz de su interlocutor, pero no lo conseguí—. Sí, desde luego. Le diré que suba. —Se volvió hacia mí—. Coja el ascensor y suba al décimo piso. Gire a la derecha, después a la izquierda y entonces lo verá.

Cuando me disponía a marcharme, me detuve un momento.

—¿Cómo es?

—Oh, no se preocupe. No estará asustada, ¿verdad?

—Claro que no. —Descarté la idea con un gesto de la mano—. ¿Por qué iba a estarlo?

Lo dije con la clase de risita capaz de revelar a todo el mundo en tres kilómetros a la redonda que estaba aterrorizada. Me dirigí al ascensor.

Tenía diez pisos para preparar mi entrada triunfal.

Me arreglé el cabello, controlé la postura, fruncí los labios de manera *sexy* pero despreocupada y compuse una pose perfecta, con dos o tres dedos de una mano metidos en el bolsillo. Todo ello transmitía exactamente lo que yo quería transmitir, pero entonces se abrieron las puertas del ascensor y vi frente a mí una butaca desvencijada de cuero, una manoseada revista femenina que había perdido la portada y una puerta de madera en un tabique de cristal con estores torcidos. Cuando pasé por

la puerta, me hallé en una sala del tamaño de un campo de fútbol, con un laberinto de cubículos separados por tabiques grises. Había mesas diminutas, ordenadores antiguos, sillas con el tapizado gastado, fotos de hijos, perros y gatos sobre los escritorios, alfombrillas de ratón personalizadas, bolígrafos con pompones de color rosa atados a un extremo, fotos de las vacaciones como salvapantallas, tarjetas de cumpleaños, muñecos de peluche dispersos y tazas de café con leyendas que eran de todo menos divertidas. Había todo lo que pone la gente para sentirse como en casa en su pequeño metro cuadrado. Era exactamente igual que mi oficina y de inmediato sentí deseos de fingir que fotocopiaba algo para perder un poco de tiempo.

Me abrí paso entre el laberinto de mesas, mirando a izquierda y derecha, preguntándome qué demonios encontraría y tratando de conservar el mismo aspecto calmado y amable, mientras por dentro sentía la frustración de que mi gran encuentro con la vida fuera a producirse en ese agujero de mala muerte. Y de pronto lo vi: mi vida. Estaba encorvado sobre un escritorio barato, haciendo garabatos con la cabeza baja sobre un bloc costoso, con un bolígrafo que a juzgar por los constantes garabateos no debía de escribir. Vestía traje gris arrugado, camisa gris y corbata también gris, con la triple espiral de la vida impresa en relieve. Tenía el pelo negro entrecano y parecía descuidado, con barba de varios días. Levantó la vista y me vio. Dejó el bolígrafo, se puso de pie y se limpió las manos en el traje, dejando dos huellas húmedas y arrugadas. Tenía ojeras oscuras y los ojos inyectados en sangre. Parecía resfriado y se habría dicho que llevaba años sin dormir.

—¿Eres...?

Le hice una mueca sonriente y juguetona.

—Sí —dijo él sin muchas ganas—. Tú eres Lucy. —Me tendió la mano—. Hola.

Me dirigí hacia él a grandes zancadas, fingiendo estar e-mo-ciona-dí-si-ma por la ocasión. Le estreché la mano con la mayor de mis sonrisas, deseosa de agradecerle y de demostrarle que yo estaba bien y todo marchaba a las mil maravillas. Su apretón de manos fue blando. Tenía la piel fría y húmeda. Su mano resbaló rápidamente alejándose de la mía, como una serpiente deslizándose fuera de mi alcance.

—¡Bueno! —dije, con excesivo entusiasmo, mientras me sentaba—. ¡Por fin nos conocemos! —añadí con expresión misteriosa, tratando de establecer contacto visual—. ¿Qué tal estás?

Me daba cuenta de que mi tono era demasiado exaltado. La sala era demasiado grande, demasiado desierta, demasiado sosa y demasiado deprimente para mi manera de hablar, pero no lo podía evitar.

Me miró.

—¿Cómo crees que estoy?

Lo dijo de mala manera. De muy mala manera. No me lo esperaba. No supe qué decir. No era así como se hablaba a la gente. ¿Acaso no había que fingir que nos caíamos bien, que estábamos muy felices de encontrarnos y que volveríamos a vernos? Miré a mi alrededor, con la esperanza de que nadie lo hubiera oído.

—No hay nadie —dijo—. Nadie trabaja en domingo. La gente tiene vida.

Me esforcé para reprimir el impulso de contestarle mal.

—Pero ¿no trabajan también en este edificio las vidas de otras personas?

—No. —Me miró como si yo fuera estúpida—. Yo sólo alquilo este espacio. No sé lo que hacen los demás —añadió, refiriéndose a los escritorios vacíos.

Una vez más, me sorprendió. No me esperaba que fuera así.

Se frotó la cara con gesto cansado.

—No he querido ser grosero.

—Pues lo has sido.

—Bueno, lo siento.

Lo dijo sin una pizca de sinceridad.

—No es cierto que lo sientas.

Se hizo un silencio.

—Mira...

Se inclinó hacia adelante y, sin quererlo, yo me eché hacia atrás. Le olía el aliento. Hubo un momento incómodo. Suspiró y enseguida continuó:

—Imagina que tienes una amiga que siempre está disponible para ti y tú siempre estás disponible para ella, pero de pronto deja de estar contigo tanto como antes y tú la entiendes, porque la gente tiene cosas que hacer; pero pasa el tiempo, y cada vez está menos contigo, por mucho que tú intentes estar con ella. Entonces, un buen día, repentinamente, te das cuenta de que no está. Nada. Se ha ido. Así, sin más. Le escribes, pero no te contesta; le vuelves a escribir, y tampoco te responde; al final, le mandas una tercera carta y te cuesta muchísimo fijar un día para verla, porque ella está muy ocupada con su trabajo, sus amigos y su coche. ¿Cómo te sentirías?

—Supongo que te refieres a mí con esa pequeña historia, pero es absurdo —reí—. Es evidente que no es el mismo caso. Yo jamás trataría a un amigo de esa manera.

Compuso una sonrisa amarga.

—Pero a tu vida sí que la tratarías así.

Abrí la boca para decir algo, pero no me salió ni una palabra.

—Bueno, empecemos —dijo, pulsando el botón de encendido del ordenador.

No pasó nada. Seguimos ahí sentados, en una atmósfera terriblemente tensa, mientras aumentaba su frustración con el ordenador. Pulsó varias veces el botón de encendido, comprobó el enchufe, lo desenchufó y volvió a enchufarlo.

—¿Por qué no miras si...?

—No necesito tu ayuda, gracias. Quita las manos del...

—Deja que...

—Te digo que quites las manos del...

—Mira esta conexión, a ver si...

—Te agradecería que no...

—Ya está.

Volví a sentarme. El ordenador empezó a zumbar.

Él inspiró profundamente.

—Gracias —dijo.

No lo decía de verdad.

—¿Cuándo compraste este ordenador? ¿En 1980?

—Sí, más o menos el mismo día que tú compraste esa chaqueta —replicó, con la vista fija en el monitor.

—Eso ha sido infantil.

Me arreglé la chaqueta, me crucé de brazos, crucé las piernas y me puse a mirar para otro lado. Estaba viviendo una pesadilla mucho peor de lo que jamás habría podido imaginar. Mi vida era un absoluto cabrón, lleno de antipatía y rencor.

—¿Cómo te imaginabas que sería? —preguntó, rompiendo por fin el silencio.

—No tenía ni la más mínima idea —dije, todavía enfurruñada.

—Pero habrás imaginado algo.

Me encogí de hombros y después pensé en una de las imágenes que me había hecho de nuestro encuentro: la vida y yo en una canoa, en un lugar pintoresco, con él remando y yo leyendo un libro de poemas, con un bonito sombrero para el sol y un vestido de Cavalli que había visto en una revista y que estaba fuera de mis posibilidades económicas, lo mismo que la revista. Me imaginé en sus páginas, en una entrevista acerca de mi cita con la vida, con un peinado perfecto, bien maquillada, lentillas, vestido asimétrico suavemente drapeado, buena iluminación y tal vez incluso una fuente de limas y limones a mi lado. Suspiré y por fin volví a mirarlo.

—Pensé que sería como una sesión de psicoterapia. Pensé que me preguntarías por mi trabajo, mi familia, si soy feliz, esas cosas...

—¿Has ido alguna vez a una sesión de psicoterapia?

—No.

Me miró fijamente.

Suspiré.

—Sí. Una vez. Cuando dejé el trabajo. Más o menos por la misma época en que dejé a mi novio y compré otro apartamento.

Ni siquiera parpadeó.

—No dejaste el trabajo. Te echaron. Tu novio te dejó a ti y el apartamento es alquilado.

Le sonreí débilmente.

—Te estaba poniendo a prueba.

—Sería bueno para el proceso que no me mintieras.

—No son mentiras, si al final el resultado es el mismo.

Se le iluminó un poco la cara, como si eso fuera posible. En todo caso, su expresión se volvió un poco menos sombría.

—Explícate mejor.

—Verás, si yo dijera que he ganado la lotería, sería una mentira cochina, porque

está claro que no tengo dinero, pero tendría que vivir como una millonaria, lo que me resultaría como mínimo bastante complicado; pero si digo que he dejado mi trabajo, no importa, porque ya no trabajo allí y no tengo que fingir que voy todos los días a la oficina. Si digo que compré un apartamento, no es mentira, porque ya no vivo en el antiguo y estoy viviendo en uno nuevo.

—¿Y la otra cosa que has dicho?

—¿Qué cosa?

—Sobre tu novio.

—Es lo mismo. —Para mi sorpresa, me di cuenta de que me costaba articular esas palabras, porque sabía que él lo estaba esperando—. Decir que... lo dejé yo es lo mismo que decir..., ya sabes..., lo otro.

—Que te dejó él.

—Eso mismo.

—Porque...

—Porque el resultado es el mismo.

—Y el resultado es...

—Que ya no estamos juntos.

Al decirlo, se me humedecieron los ojos. Detesto a mis ojos, porque son unos cabrones delatores. Avergonzada no es la palabra. No podía recordar la última vez que había llorado por Blake. Lo tenía tan superado que ni siquiera valía la pena entrar en el tema, pero fue como cuando alguien te pregunta si ha pasado algo y te lo vuelve a preguntar mil veces, hasta que al final pasa algo y entonces te enfadas tanto que tienes ganas de agarrar a esa persona y hacerle daño físico. Lo mismo estaba pasando entonces, porque él me estaba haciendo decir todas esas palabras y obligándome a decirlas en voz alta, como método para hacerme reconocer algo que en su opinión yo no había asumido, y parecía como si el método estuviera funcionando, porque empezaba a darme pena la persona que él creía que era yo. Pero yo no era esa persona. Yo estaba bien. Todo iba bien.

Me enjuagué los ojos rápidamente, antes de que empezaran a caer las lágrimas.

—No estoy triste —dije con gesto airado.

—De acuerdo.

—Te aseguro que no.

—Muy bien. —Se encogió de hombros—. Entonces háblame del trabajo.

—Me encanta mi trabajo —empecé—. Me produce una enorme sensación de satisfacción. Me encanta trabajar con la gente, la comunicación con el público, el entorno comercial innovador... Siento que estoy haciendo algo valioso, porque ayudo a la gente, conecto con ella, la guío por el camino correcto, me aseguro de que está bien dirigida... Una de las enormes ventajas de...

—Siento interrumpirte. ¿Podrías aclararme qué haces exactamente?

—Sí.

Bajó la vista y leyó.

—¿Traduces manuales de instrucciones para tu empresa?

—Sí.

—¿Y esa empresa fabrica frigoríficos, cocinas, hornos y ese tipo de cosas?

—Sí, son los mayores fabricantes de electrodomésticos de Europa.

—De acuerdo, continúa.

—Gracias. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Una de las enormes ventajas de mi trabajo es la gente con la que colaboro. Son personas que me inspiran y motivan para llegar más lejos y más alto, no sólo en el ámbito de mi empleo, sino en la vida.

—Muy bien. —Se frotó la frente. Tenía la piel descamada—. ¿Esas personas con las que trabajas son las que apodas en privado Graham «el Salido», Quentin «Semáforo», Louise «la Perra Preguntona», Mary «la Ratona», Steve «Salchichón» y Edna «Cara de Pez»?

Mantuve el tipo. Había quedado bastante impresionada por lo imaginativo de mis apodos.

—Sí.

Suspiró.

—Lucy, estás mintiendo otra vez, ¿verdad?

—No del todo. Es cierto que me inspiran para ser mejor persona. Quiero ser mejor que ellos. Me impulsan a llegar más lejos y más alto en la oficina, para perderlos de vista. ¿Lo ves? No es mentira. El resultado es el mismo.

Se reclinó en su asiento y me estudió, mientras se pasaba la mano por la barba incipiente, haciendo un ruido de papel de lija.

—Muy bien, ¿quieres saber toda la verdad sobre ése o cualquier otro trabajo? —propuse—. De acuerdo. Te la diré. No soy una de esas personas que viven y respiran para su trabajo. No me lo tomo tan en serio como para querer quedarme más tiempo del que me pagan, ni para hacer vida social con las personas con quienes comparto la mayor parte de mis horas de vigilia y con las que jamás se me ocurriría intercambiar más de dos palabras en la vida real. Me he quedado más de dos años en ese empleo porque me gusta que venga incluido el acceso gratuito al gimnasio, aunque los aparatos sean una basura y la sala apeste a suspensorios usados. Así no tengo que gastarme el dinero en ir a otro sitio. Me gusta tener la oportunidad de usar los idiomas que pasé tantos años perfeccionando. No tengo muchos amigos que hablen alemán, italiano, francés, holandés y español.

Estaba tratando de impresionarlo.

—Tú no hablas español.

—Eso lo sé yo, aguafiestas, pero mis patrones no —le solté.

—¿Qué pasará cuando se enteren? Que te echarán. Otra vez. ¿Será igual de espectacular que la última vez?

No le hice caso y seguí con mi perorata.

—No suelo usar la palabra «pasión», que tanta gente usa últimamente en relación al trabajo, como si eso les bastara para llenar el día. Yo hago el trabajo que me pagan

por hacer. No soy «trabajodependiente».

—Te falta dedicación.

—¿Estás defendiendo la «trabajodependencia»?

—Sólo digo que se necesita cierta coherencia, ¿sabes?, cierta capacidad de entregarse por completo a algo.

—¿Y qué me dices del alcoholismo? También es una dependencia. ¿Admiras también a los alcohólicos? ¿Qué te parece entonces si me vuelvo alcohólica para que puedas sentirte orgulloso de mi coherencia?

—Has llevado la analogía demasiado lejos —dijo, irritado—. ¿Qué te parece si reconoces directamente que te falta concentración, coherencia y dedicación?

Eso me dolió.

—Pon un ejemplo —repliqué, cruzándome de brazos.

Pulsó unas cuantas teclas y estuvo un momento leyendo.

—Cuando un compañero tuyo sufrió un infarto, mentiste al personal de la ambulancia diciendo que eras pariente cercana para poder ir con él al hospital y salir antes del trabajo.

—Era un posible infarto de miocardio y estaba preocupada por mi compañero.

—Le dijiste al conductor de la ambulancia que te dejara en la esquina de tu casa.

—En realidad no era un infarto, sino un ataque de ansiedad, y se recuperó a los cinco minutos.

—Haces las cosas sin ganas, pierdes el tiempo y nunca terminas nada, a menos que sea una botella de vino o una tableta de chocolate. Siempre estás cambiando de idea. No te comprometes.

Eso finalmente me llegó, en parte porque era insultante, pero también porque era totalmente cierto.

—Estuve cinco años en una relación. ¿Te parece falta de compromiso?

—Ya hace tres años que te dejó.

—Me he estado tomando un tiempo para estar conmigo misma, conocerme y todo eso.

—¿Y ya te conoces?

—Claro que sí. Y me gustó tanto que pienso pasar conmigo el resto de mi vida.

Sonrió.

—O por lo menos los próximos quince minutos.

Miré el reloj.

—Aún nos quedan cuarenta y cinco minutos.

—Te irás antes de tiempo. Lo haces siempre.

Tragué saliva.

—¿Y qué?

—Nada. Sólo lo comento. ¿Quieres que te ponga ejemplos? —Se puso a teclear sin darme tiempo a responder—. La cena de Nochebuena en casa de tus padres, te fuiste antes del postre. El año anterior ni siquiera llegaste al segundo plato, todo un

récord.

—Tenía una fiesta.

—De la que te fuiste antes de tiempo.

Se me abrió la boca.

—Nadie lo notó.

—Bueno, en eso te equivocas. Otra vez. Alguien lo notó.

—No me acuerdo que nadie lo notara.

—No te acuerdas *de que* nadie lo notara —me corrigió, mientras seguía pulsando la tecla de ir hacia abajo.

Habría querido adelantarme hasta el borde del asiento, pero no quise darle esa satisfacción. Me quedé sentada, mirando la oficina a mi alrededor, como si no me importara nada. Y como estaba fingiendo que no me importaba, me di cuenta de que sí me importaba.

Finalmente, dejó de teclear.

Volví la cabeza, como movida por un resorte, para mirarlo.

Me sonrió. Entonces, pulsó de nuevo la tecla de ir hacia abajo por la pantalla.

—Esto es ridículo.

—Lo siento. ¿Te estoy aburriendo?

—A decir verdad, sí.

—Bueno, ahora ya sabes cómo me siento yo. —Dejó de teclear—. Melanie.

Mi mejor amiga.

—¿Qué le pasa?

—Es la chica que se quedó apesadumbrada porque te fuiste antes de tiempo de la fiesta.

—Nadie dice «apesadumbrada».

—Cito textualmente: «Ojalá alguna vez se quedara hasta el final».

Me molestó un poco que lo dijera, porque estaba segura de haberme quedado hasta el final infinidad de veces.

—Cuando cumplió veintiuno.

—¿Qué pasó entonces?

—Fue la última vez que te quedaste hasta el final de una de sus fiestas. De hecho, no pudieron deshacerse de ti, ¿te acuerdas? Te quedaste a dormir.

Tap, tap, tap.

—Con su primo.

Tap.

—Bobby.

Gruñí.

—A ella no le importó.

Tap, tap, tap.

—Cito textualmente: «¿Cómo puede hacerme esto en mi cumpleaños? Todo el mundo sabe que mis abuelos están en casa. Estoy tan avergonzada».

—No me dijo nada de eso.

Se encogió de hombros.

—¿Por qué estamos haciendo un mundo de todo esto? ¿Por qué estamos hablando de estas cosas?

—Porque ellos también hablan.

Tap, tap, tap.

—«Siento mucho que se haya ido, mamá. ¿Quieres que vaya a hablar con ella?». Eso lo dijo Riley, tu hermano.

—Sí, ya veo.

—«No, cariño. Estoy segura de que tenía un lugar más importante adonde ir». Ayer te fuiste de la comida con tu familia, treinta y dos minutos antes de tiempo, en una salida bastante teatral.

—Lo de ayer fue diferente.

—¿Por qué diferente?

—Porque me traicionaron.

—¿Cómo te traicionaron?

—Firmando para hacerme una auditoría de la vida.

Sonrió.

—Ésa ha sido una buena analogía. Pero si no fuera por ellos, ahora no estarías aquí conmigo.

—Sí, y mira lo bien que nos está yendo.

No dijo nada.

—Bueno, vayamos al grano. Me has llamado porque me voy pronto de las cenas y las fiestas.

No era tan malo. Lo podía soportar. Le explicaría por qué me había ido en cada caso y adónde tenía que ir después. Podríamos acabar mucho antes de lo que yo esperaba.

Se echó a reír.

—¡No, nada de eso! Me he ido un poco por las ramas. —Miró la hora—. No tenemos tiempo para hablar de todo. ¿Te parece que concertemos otra cita?

—Todavía nos quedan treinta minutos.

—Menos de cinco, si tenemos en cuenta tu estrategia habitual de largarte.

—Adelante, sigue con lo tuyo —dije.

—Muy bien. —Se inclinó hacia mí—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Qué quieres decir con eso? Estoy aquí sentada, perdiendo el tiempo contigo. Eso es lo que estoy haciendo.

Para la siguiente parte de la entrevista no necesitaba notas, por lo que se limitó a mirarme directamente a los ojos.

—Te levantas a las siete todas las mañanas, excepto sábados y domingos, cuando te levantas a la una del mediodía.

—¿Y qué?

—Comes una barrita nutritiva que sacas del armario esquinero, bebes un capuchino en el Starbucks de tu calle, compras el periódico, a veces vas al trabajo en coche y otras en tren, y entonces haces crucigramas. Llegas a trabajar entre las nueve y las nueve y media, pero no empiezas a hacer nada hasta las diez. A las once haces una pausa para beber un café y fumar, aunque no fumes, porque piensas que no es justo que los fumadores tengan más pausas que el resto de los empleados. Haces la pausa para el almuerzo a la una. Te sientas sola a una mesa y haces crucigramas. Vuelves siempre tarde a tu escritorio. No te pones a trabajar hasta las dos y media, pero por la tarde eres más diligente y terminas el trabajo. Sales a las seis.

—¿Por qué me cuentas cosas que ya sé?

Se lo dije como si no me importara, pero lo cierto es que resultaba de lo más perturbador oírsele decir. Era extraño saber que alguien apuntaba todas las pequeñas cosas que yo hacía en secreto y las cargaba en un ordenador para que una rata de oficina las leyera como si yo fuera una especie de juego del solitario.

—Vas al gimnasio todos los días después de trabajar. Se supone que tienes que correr veinte minutos, pero siempre te paras a los diecisiete, y después estás unos treinta minutos en las máquinas. A veces cenas con amigos, aunque prefieres quedarte en casa, y siempre te marchas pronto. Te metes en la cama y haces crucigramas. Te levantas a las siete.

Guardó silencio un momento.

—¿Empiezas a ver una pauta?

—Que tengo inclinación a hacer crucigramas. ¿Y qué? ¿Cuál es el propósito de esto?

Se reclinó en el asiento y volvió a estudiarme con su mirada fija y cansada.

—¿Cuál es el tuyo?

Tragué una bola seca y grande que se me había formado en la garganta.

—Eso es muy profundo.

—No, realmente no. Es sólo una pregunta. Bueno, creo que voy a hablarte de manera que me entiendas. ¿Sabes qué pasará? Vas a marcharte dentro de treinta minutos, exactamente al final de nuestra reunión, y después intentarás olvidar todo lo que hemos hablado. Lo conseguirás. Pensarás que soy un hombrecito irritante y fastidioso que te ha hecho perder unas horas del domingo, y volverás a vivir tu vida exactamente como antes.

Calló. Esperé a que dijera algo más, pero no dijo nada. Me sentí confusa. No era posible que creyera eso. Entonces lo entendí.

—Eso es mentira.

—No, no lo es cuando el resultado es exactamente el mismo.

No quería preguntar, pero pregunté.

—¿Y cuál es el resultado?

—Estarás igual de sola y aburrida y serás igual de desgraciada que antes de entrevistarte conmigo, pero esta vez será peor, porque lo sabrás. Lo sabrás cada

segundo de cada día de tu triste vida.

Al oír eso, cogí el bolso y me marché, exactamente treinta minutos antes del final de la reunión, como él había dicho.

Los Silchester no lloramos. Fue lo que me dijo mi padre cuando yo tenía cinco años y me caí de la bici, después de que me quitaran por primera vez las ruedecitas. Había estado a mi lado, guiándome por el sendero del garaje de casa, aunque más lejos de lo que a mí me habría gustado; pero no se lo dije, porque sabía que lo defraudaría. Incluso a los cinco años lo sabía. No me hice daño; estaba más bien en estado de *shock*, por la sensación del asfalto duro contra la rodilla cuando me di el golpe y la bicicleta se me quedó aplastada entre las piernas. Le tendí los brazos para que me ayudara, pero al final tuve que levantarme sola, siguiendo sus instrucciones. Todavía recuerdo su voz.

—Separa la bicicleta de la pierna. Ahora ponte de pie sin chillar. Levántate, Lucy.

Me levanté, encorvada como si tuvieran que amputarme la pierna, hasta que él me dijo que me pusiera de pie con la espalda erguida. Yo habría querido que me diera un abrazo; pero no se lo dije, porque sabía que quererlo o pedírselo no estaba bien desde su punto de vista, aunque en el fondo yo sabía que estaba bien. Pero él era así y yo siempre lo había entendido. Incluso a los cinco años. Quitando la época en que Blake me dejó y el día en que la vida me lo recordó, yo casi nunca lloraba y muy pocas veces tenía ganas de llorar.

Todo terminó bastante rápido. Estuvimos cinco años juntos; teníamos una vida sociable, alegre y ajetreada. Habíamos hablado de matrimonio y todas esas cosas, y aunque todavía no estábamos ni remotamente preparados, se sobreentendía que algún día nos casaríamos. Él conmigo y yo con él. Cuando fuéramos mayores. Pero en el proceso de hacernos mayores, lo perdí. En algún lugar del camino. No sucedió de un día para otro, sino gradualmente; fue desapareciendo un poco más cada día. No estoy hablando de su presencia. Siempre estábamos juntos, pero yo sentía que él se había ido a otro sitio, aunque los dos estuviéramos en la misma habitación. Entonces me dijo que me sentara y tuvimos una charla. Y eso fue todo. Bueno, en realidad la charla vino después de una conversación importante.

En esa época acababa de firmar el contrato para hacer su programa nuevo de viajes y había empezado a viajar solo, supongo que para practicar, o al menos eso fue lo que pensé en aquel momento, aunque quizá había algo más. Tal vez estaba buscando algo que no lograba encontrar en nuestra fábrica de pan reconvertida. Ahora pienso a veces que estaba saliendo con otra, pero no tengo absolutamente ninguna razón, aparte de la paranoia, en la que basar mi sospecha. Había viajado a Finlandia y, cuando volvió, cualquiera habría dicho que venía de dar un paseo por la luna o de tener una experiencia religiosa. No dejaba de hablar de la serenidad, el silencio, la paz y la sensación de unión que experimentaba con cualquier otro puñetero ser que consiguiera sobrevivir a cuarenta grados bajo cero. No dejaba de

repetirme que yo no tenía ni idea y que no podía entender ni remotamente lo que quería decir. Yo le dije que lo entendía. Entendía la serenidad, la claridad y la satisfacción con la vida que uno experimenta en esos momentos perfectos. Sí, claro que lo entendía. No usaba las mismas palabras cuando lo describía, ni se me encendían los ojos de un azul puro y gélido, como si estuviera contemplando las puertas del cielo, pero sí, claro que entendía esos sentimientos.

—Lucy, no lo entiendes, te aseguro que tú no puedes entenderlo.

—¿Qué quieres decir con que yo no puedo entenderlo? ¿Cuál es la diferencia tan grande con la otra gente para que yo no pueda entender lo que se siente en un momento de puta perfección? No hace falta ir a Katmandú para encontrar la paz interior, ¿lo sabías? Algunos la encontramos aquí mismo, en la ciudad. En un baño de espuma. Con un libro. Y con un vaso de vino.

Después vino la charla. No fue inmediatamente después; tal vez pasaron unos días o quizá unas semanas. Pero en cualquier caso, fue después. Me dio tiempo a asimilar el hecho de que él me consideraba un tipo de persona diferente a él, alguien que no comprendía sus sentimientos más profundos. Nunca antes lo había notado. Yo siempre había sabido que éramos diferentes, pero no sabía que él lo sabía. Parece un detalle nimio, pero cuando uno se para a pensarlo, acaba siendo lo más importante. Cuando yo viajaba, lo hacía para ver sitios nuevos; cuando él viajaba, lo hacía para encontrar partes nuevas de sí mismo. Supongo que cuando estás tratando de encontrar todas tus partes, es difícil tener una relación con alguien que ya está completo.

Fue entonces cuando hicimos una estupidez que desearía poder cambiar cada día de mi vida. Obviamente, yo estaba alterada. Estaba tan alterada que busqué refugio en la religión: la religión de los Silchester de preocuparnos por lo que pueda pensar La Gente. Me dijo que, si eso me hacía sentir mejor, podíamos decirle a la gente que yo lo había dejado a él. Ahora, en mi actual estado de pasable sensatez, no entiendo cómo pude aceptar semejante cosa. Pero acepté. Me sirvió después de la ruptura. Me dio la fuerza necesaria para tener aquellas conversaciones con los amigos y la familia, en las que podía decir: «Las cosas no funcionaban. Tuve que dejarlo». Porque cuando decía eso, me hacían menos preguntas. Si les hubiese dicho que me había dejado él, me habrían abrumado con su piedad, habrían tratado de decirme en qué me había equivocado y dónde estaba mi error, y habrían tenido miedo de contármelo cuando se lo encontraran o cuando lo vieran con otra chica. Dijimos que yo lo había dejado a él para que todo fuera más fácil. Pero no fue más fácil, porque en realidad él me había dejado a mí y tuve que escuchar todo lo que se decía de él y fingir que no me dolía, y tuve que verlo en su programa de televisión y fingir que no me hacía daño, y tuve que oír a la gente diciendo que no tenía motivos para estar enfadada y que él debía de estar muy herido, el pobre, mientras yo estaba atrapada en esa enorme mentira cochina.

Acabé cargando con ese secreto monumental que nadie conocía, esa bola enorme de dolor que se había convertido en ira y a menudo en tristeza y después en soledad,

porque nunca tuve esas necesarias conversaciones que me habrían ayudado a superar debidamente lo sucedido. Me sentía sola en mi realidad secreta. Así pues, al principio, estaba abrumada por el dolor, el enfado y la pena, y por circunstancias que quizá revele más adelante, me hice despedir de mi empleo respetable y bien remunerado; pero para poder decir que me habían despedido, habría tenido que contar a la gente por qué me habían despedido, y yo no podía contarle, porque después de tanto tiempo, habría sido francamente incómodo admitir una mentira de tal magnitud, así que les dije a todos que me había marchado yo y entonces el resto de mi vida se fue asentando en su nuevo espacio, en torno a una serie de enormes mentiras cochinas. Y no dejaban de ser mentiras cochinas y grandísimas, por mucho que el resultado fuera el mismo.

Eso es todo lo que pensaba reconocer, porque en definitiva estaba satisfecha con el rumbo que había tomado mi vida. Si la vida hubiera intentado citarme dos años antes, lo habría entendido, porque entonces me sentía como si estuviera cayendo a un abismo, pero después no, ya no. Había caído desde una gran altura y había quedado encajada en un lugar de estabilidad quizá precaria, que fácilmente podía partirse, romperse y hacerme caer otra vez; pero me sentía muy feliz e incluso a gusto, y todo estaba bien, perfectamente bien.

Cuando bajé al vestíbulo de la deprimente torre de bloques de Lego, la señora del acento sureño ya no estaba. Le dejé sobre el mostrador la tableta de chocolate que le había llevado, la que había dicho que le gustaba cuando hablamos por teléfono, y salí del edificio, con la idea de olvidar al irritante hombrecito que me había hecho perder unas preciosas horas de domingo. Pero no pude. El irritante hombrecito representaba mi vida y, por una vez, no podía olvidarlo. En ese momento preciso no tenía ninguna distracción que me hiciera pensar en otra cosa (ningún coche que reparar, ningún *e-mail* que enviar, ningún fax que mandar, ningún pariente que esperara una llamada mía y ningún amigo con problemas que analizar), y me encontraba en un estado de leve angustia. Mi vida acababa de decirme que iba a estar sola y me sentiría desgraciada. No sé qué se suponía que debía hacer yo con esa información; no tengo ni idea. No me había dicho qué hacer para no estar sola ni sentirme desgraciada y yo sólo quería luchar contra la realidad, como los pacientes que reciben la noticia de una enfermedad y aun así la niegan, porque les puede diagnosticar una enfermedad sin que sientan síntomas. Vi un café en la otra esquina y encontré la solución. Me gusta el café; me hace feliz de esa manera pequeña que tienen las cosas que nos gustan. Por eso pensé que si entraba en el café, estaría acompañada, y, si pedía un café, tendría algo que me haría feliz. Ya no estaría sola ni me sentiría desgraciada. El café estaba lleno, con la excepción de una mesa pequeña. Tuve que pasar entre las mesas, en un ambiente de ruidosas conversaciones. El ruido me alegró, porque las voces ajenas impedirían que oyera mi voz interior. Pedí un café y me senté, satisfecha de poder escuchar las conversaciones de los demás. Necesitaba dejar de pensar. Mi vida estaba bien, completamente bien. Era una mujer que vivía sola, tenía un trabajo y era feliz.

Necesitaba una distracción, cualquier clase de distracción. Se abrió la puerta del café, sonó la campanilla y la mitad de la sala automáticamente volvió la cabeza. Después, los hombres heterosexuales continuaron con sus conversaciones y el resto de los presentes seguimos mirando, porque acababa de entrar el tipo más arrebatadoramente apuesto que yo hubiese visto jamás en carne y hueso. Recorrió la sala con la mirada y se encaminó hacia mí.

—Hola —dijo sonriendo ese hombre tan guapo, con las manos apoyadas en la silla que yo tenía enfrente—. ¿Estás sola?

—¿Perdón?

—¿Hay alguien sentado aquí? El café está lleno. ¿Te importa que me siente contigo?

En realidad, había un asiento libre detrás de mí, pero no pensaba decírselo. El hombre tenía una cara preciosa, con nariz, labios y ojos perfectamente proporcionados y una línea del maxilar tan definida que casi habría podido rallar queso con la mandíbula. Pensé en mi familia, que había firmado para que la vida me llamara. No podía entenderlo. ¿Por qué demonios me había llamado la vida a mí, cuando había tanta gente desgraciada después de una ruptura? Mi caso no era una emergencia. Yo había seguido adelante. Estaba viviendo mi vida. No tenía miedo de conocer a gente nueva. No había quedado atrapada en el pasado. ¿Dónde estaba el problema?

—Sí, claro —dije, y después terminé mi café de un trago mientras él se sentaba—. De hecho, puedes quedarte con la mesa. Tengo que irme, porque se me hace tarde para encontrarme con mi novio.

Pareció decepcionado, pero me dio las gracias con una inclinación de la cabeza.

Sí, de acuerdo, mentí.

Pero sólo unas pocas horas después, el resultado habría sido el mismo.

—Nos levantamos a las cuatro y media de la madrugada —dijo jadeando, con perlas de sudor que le resbalaban por los lados de la cara y se perdían entre la sombra de barba—. Hemos tardado una hora y media en recorrer el sendero desde el albergue hasta el Machu Picchu. Nos aconsejaron que madrugáramos para poder salir de Wiñay Wayna hacia las cinco y media, y llegar al Machu Picchu antes del alba.

Vestía camiseta azul marino, con mangas ceñidas en torno a los bíceps y marcas de sudor en el pecho, la espalda y las axilas. Llevaba *shorts beige* de combate y botas de senderismo; tenía las piernas bronceadas y musculosas, como el resto del cuerpo. En un plano general donde se lo veía andando por el sendero, pulsé el botón de pausa.

El *Señor Pan* saltó al sofá y se acomodó a mi lado.

—Hola, *Mary*.

Ronroneó.

—Hoy está haciendo el camino del Inca. Pensábamos hacerlo juntos. Veamos con quién lo está haciendo ahora...

Estudié a las chicas que aparecían en el plano general. Ella no estaba. Pulsé el botón de reproducir.

—Como pueden ver, el sendero sigue el contorno de este flanco de la montaña y desciende hacia el bosque nuboso, antes de llegar a un tramo casi vertical de cincuenta peldaños, que conduce al último paso, el de Intipunku, que significa «puerta del sol».

Después venían varios planos donde aparecía él jadeando, tomas del paisaje, primeros planos de su cara, sus botas, su mochila, su nuca, la vista que se abría ante él y el reflejo del paisaje en sus gafas. Todo era nuevo; no había nada que le hubiera comprado yo.

—Y ya llegamos —dijo, sonriendo a la cámara, con sus grandes dientes blancos y perfectos. Miró a lo lejos, se quitó las gafas para revelar sus preciosos ojos y entonces le cambió la cara—. ¡Oh!

Hice otra pausa para verle la cara. Lo observé y sonreí. Sabía que era real, que no habían tenido que filmarlo veinte veces para conseguir su mejor expresión, que se sentía en el séptimo cielo en ese lugar y en ese instante, y, curiosamente, sentí que yo lo estaba viviendo con él, como cuando estábamos juntos, años atrás. La cámara giró y entonces vi lo que veía él: todo el Machu Picchu extendido ante nosotros.

—Ahí está el Machu Picchu, en toda su gloria. Un espectáculo fantástico. Maravilloso —dijo, mientras lo contemplaba.

Un plano general lo mostraba a él, disfrutando de la vista. Hice otra pausa y estudié a las chicas a su alrededor. Tampoco estaba ella. Apreté el *play*. Había un salto a un momento posterior, en el que ya se había secado el sudor de la frente, se

había puesto una versión limpia de la misma camiseta y estaba sentado, después de descansar y recuperar el aliento para las escenas finales de resumen y despedida. Hizo un breve resumen de la jornada y añadió:

—Recuerden que la felicidad no está en el destino, sino en el camino que recorreremos.

Entonces sonrió con esos dientes, esos ojos, ese pelo, esos brazos y esas manos que yo recordaba rodeándome, durmiendo a mi lado, duchándose conmigo, cocinando para mí, tocándome, besándome... Dejándome tirada.

—Ojalá estuvieras aquí —dijo con un guiño, y enseguida desapareció y los créditos ocuparon el lugar donde había estado su cara.

—A mí también me gustaría estar contigo —susurré.

Tragué una bola seca y dura que se me había quedado atascada en la garganta. Tuve una horrible sensación enfermiza en el estómago y el dolor que me sobrevinía en el corazón cuando los créditos terminaban y me daba cuenta de que él ya no estaba conmigo. Esperé a que se disipara el dolor inicial, pulsé el botón de pausa mientras pasaban los créditos y me puse a buscar. Encontré otra vez el nombre de ella. Entré en Facebook con el portátil y comprobé su estado. Soltera.

Me había vuelto psicótica y lo sabía, pero también sabía que la mayor parte del tiempo mi paranoia estaba justificada, y que la mayor parte del tiempo no era paranoia, sino simplemente instinto y casi siempre con razón. Pero habían pasado casi tres años y, según parecía, aún no estaban juntos. Ni siquiera podía saber hasta qué punto estaría presente esa chica en su vida, en su calidad de ayudante de producción; no sabía cómo funcionaban los programas de televisión. Pero cuando él firmó el contrato para hacer el programa, fuimos a conocer al equipo. Cuando la vi, me dio mala espina. Eso fue todo, una de esas sensaciones que tiene una chica cuando su novio mira a otra. Después, cuando nos separamos, la sensación se intensificó y al final se convirtió en algo tan enorme que empezó a rayar en la obsesión. Pero no podía evitarlo. Se llamaba Jenna. Jenna era una mala pécora. Y cada vez que oía ese nombre odiaba sin remisión a la pobre chica que se llamara así, aunque no tuviera ninguna relación con la otra. Era australiana y yo detestaba a todos los australianos. Era muy raro lo que me pasaba. Yo ni siquiera la conocía, y hasta ese momento me había gustado Australia; pero creé ese personaje a su alrededor y empecé a cultivar un gran odio hacia ella, hacia su país y hacia todo lo relacionado con ella, por minúsculo que fuera.

Sólo para darme rabia, los imaginé haciendo el amor en la cima de la montaña nada más apagar la cámara, y me pregunté con quién acamparía él todas las noches, en esa tiendecita diminuta y en esos pequeños albergues atestados de viajeros. Todos los ambientes donde pernoctaba eran demasiado reducidos para que los compartiera con otra mujer, sobre todo si esa mujer era Jenna, sobre todo si era ese personaje cultivado en mi imaginación. Seguro que entraba a gatas en su tienda en plena noche y se le ofrecía desnuda; él intentaba reprimir su impulso, pero no lo conseguía,

porque era un hombre y estaba acalorado por el ascenso a la montaña. El contacto con la naturaleza despertaba aún más su apetito sexual. Cada vez que veía un episodio, me los imaginaba juntos. Ni siquiera sabía lo que hacía una ayudante de producción, aunque lo busqué en Google. No sabía si era ayudante de producción en exteriores o en los estudios, lo que suponía una gran diferencia, porque ser una cosa u otra podía significar que estaba todo el tiempo con él o que sus caminos raras veces se cruzaban. De vez en cuando, repasaba también los otros nombres de los créditos para asegurarme de que no se hubiera colado otra que estuviera durmiendo con él durante el rodaje; pero había investigado con detalle a todas las mujeres gracias al poder de Google y había llegado a la conclusión de que Jenna, la mala pécora australiana, era la única que podía gustarle.

El sonido del móvil me sacó de mi última ensoñación. Era Riley otra vez. Desde la comida del día anterior tenía nueve llamadas perdidas de Riley y dos de mi madre. Los Silchester no ignoramos los mensajes, ni hacemos dramas, ni alborotamos, de modo que les había mandado un SMS, diciéndoles que no podía hablar y que los llamaría en cuanto pudiera. No era mentira. Simplemente, no sabía muy bien cómo estar con ellos. No podía estar enfadada, porque como miembros de la familia preocupados por mi bienestar, sólo habían intentado ayudarme; pero no podía ponerme a charlar con ellos de tonterías intrascendentes, porque me sentía verdaderamente herida e incluso pasmada de que me hubieran visto tan necesitada de ayuda que ni siquiera se hubieran atrevido a decírmelo directamente. Siempre había hecho todo lo posible por no revelar nada de mí a mi familia, ni siquiera a Riley. Aunque era mi cómplice en las reuniones familiares, no era mi mejor amigo. Era mi hermano y hay cosas que los hermanos no necesitan ni quieren saber.

No hice caso de la llamada y, en cuanto dejó de sonar, envié de inmediato un mensaje cortés, diciendo que estaba con unos amigos. Mi hermano me respondió de inmediato con otro SMS:

«Entonces te has dejado la tv encendida, pq estoy en la puerta de tu casa».

Me levanté de un salto. El *Señor Pan* también, pero no me siguió. Su coraje siempre remitía cuando llegábamos a la puerta del baño. Se metió dentro, para defenderme desde su posición detrás de la cesta de la ropa sucia.

—¿Riley? —dije a través de la puerta.

—Sí.

Suspiré.

—No puedes pasar.

—De acuerdo. ¿Puedes salir tú?

Abrí la puerta, en realidad la entreabrí para que no viera el interior del apartamento y me deslicé al pasillo. Él intentó mirar sobre mi hombro, pero yo cerré la puerta.

—¿Estás con alguien?

—Sí. Hay un hombre desnudo y cachondo, con una erección enorme,

esperándome en la cama. Si quieres pasar...

—Lucy —dijo, con cara de reproche.

—Es broma.

—Entonces ¿no hay nadie?

—Sí, estoy acompañada.

No era mentira. Me estaba esperando el *Señor Pan*.

—Disculpa. ¿Es...? Ya sabes...

—¿La vida? No. Fui a verlo antes a su oficina.

—¿A verlo? ¿Es un hombre?

—Sí.

—Qué raro.

—Ya ves.

—¿Cómo fue?

—Bueno, bien. Fue muy amable. Sólo quería verme y charlar un poco, nada más.

Probablemente no tendré que volver.

—¿De verdad?

—¿Por qué te sorprendes tanto? —le pregunté secamente.

—Por nada, por nada. —Se apoyó en el otro pie—. Entonces ¿todo bien?

—Sí, claro. Parecía un poco confuso, porque no entendía muy bien por qué tenía que entrevistarse conmigo.

—¿De verdad?

—Sí, fue como uno de esos controles al azar que hacen en la carretera con el alcoholímetro, sólo que en este caso fue un control al azar con la vida. Me eligieron de forma completamente aleatoria, por desgracia para mí.

—Ah, ya veo.

Dejé que el silencio se prolongara.

—Bueno, he venido porque he encontrado esto. —Sacó un par de zapatos de detrás de la espalda—. Voy recorriendo todo el reino, buscando a la doncella que se los pueda poner.

Sonreí.

—¿Me permites?

Se puso de rodillas, me levantó un pie, se fijó en que llevaba los calcetines desparejados e hizo un esfuerzo visible para no hacer ningún comentario. Me quitó un calcetín y me deslizó el zapato en el pie. Después, me miró con fingida sorpresa.

—¿Y ahora qué? —dije—. ¿Vivimos incestuosamente por siempre jamás? —Frunció el ceño, se apoyó contra el marco de la puerta y se me quedó mirando.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada.

—¿Qué pasa, Riley? Tú no has venido solamente para darme los zapatos.

—No pasa nada —repitió—. Es sólo que... —Me miró como si fuera a decir algo grave—. Es sólo que conocí a un tipo que trabajaba contigo hace unos años en

Quinn & Downing y me contó algunas cosas que...

Me observó un momento; yo intenté parecer intrigada y no asustada, como en realidad estaba, y entonces él cambió de táctica.

—En cualquier caso, probablemente estaba equivocado.

—¿Quién era? —pregunté con frialdad.

—Gavin Lisadel.

Siguió observándome con mirada intensa.

Levanté los ojos al cielo.

—¡La peor reinona fabuladora y cotilla de todos los jefes que he tenido! —A decir verdad, era un tipo perfectamente centrado y discreto—. Me han dicho que va contando toda clase de cosas raras sobre mí. No te preocupes. Diga lo que diga, es mentira. Dicen que engaña a su mujer con un hombre desde hace años. ¿Qué me dices de eso?

Por lo que yo sabía, estaba felizmente casado y llevaba una vida tranquila y familiar. En menos de un minuto, había destruido la imagen perfecta de Gavin; pero no me importaba, porque él también había destruido la mía, aunque la mía no hubiese sido perfecta, e incluso si lo hubiese sido, él probablemente no había mentido. Entonces sentí remordimientos y me apresuré a añadir:

—Pero le cae muy bien a todo el mundo y es muy eficiente en el trabajo.

Riley asintió, sin convencerse aún del todo, pero dispuesto a cambiar de tema.

—Todavía no me puedo creer que hayas dicho lo de que papá no parecía el tipo de persona alimentada con leche materna.

Empezó a reírse y después echó hacia atrás la cabeza y se rió todavía más fuerte.

Al final, me uní a sus carcajadas.

—¿Tú qué crees? ¿Piensas que la abuela se habría molestado en darle la teta? ¿Con esas tetas viejas y arrugadas?

Meneó la cabeza, disgustado por la idea.

La puerta de enfrente se abrió y asomó una cara con expresión contrita y amable.

—Hola, Lucy. Perdona, pero ¿te importaría bajar un poco el volumen? Acabo de... Oh, hola —dijo, al ver a Riley.

—Lo siento —se disculpó Riley—. Ya me iba.

—No, soy yo quien debe disculparse. Es sólo que tengo... —Señaló hacia atrás con el pulgar en dirección a su apartamento, pero no terminó la frase—. ¡Qué parecidos sois! ¿Eres hermano de Lucy? —preguntó, estudiándolo.

—Sí. Me llamo Riley.

Le tendió la mano y ella se la estrechó. Fue un poco incómodo, porque yo ni siquiera recordaba el nombre de mi vecina. Lo olvidé en el instante en que me lo dijo y después me pareció incorrecto volver a preguntárselo, de modo que nunca la llamaba por ningún nombre. Le decía «hola», «eh» y «tú», y sospechaba que probablemente se llamaba Ruth, pero nunca había tenido el valor de llamarla así.

—Yo soy Claire.

Y había hecho bien.

—Encantado, Claire.

Riley le dedicó una de sus mejores miradas cargadas de intención, pero a la vez dulces, fuertes y masculinas, con las que decía «me gustas» y al mismo tiempo «puedes confiar en mí». A mí esas miradas me derretían, pero Claire no se dejó envolver del todo. Se desenredó de su red de silenciosas promesas y rápidamente se despidió.

—Debes de estar perdiendo el toque, Riley.

Me miró con gesto grave.

—No te preocupes, nos pasa a todos.

—No, no es eso...

—¿Qué es, Riley?

—Nada.

Interrumpió lo que estaba pensando y se dirigió al ascensor.

—Gracias por los zapatos —dije, con más amabilidad.

No se volvió; simplemente levantó un brazo a modo de saludo y entró en el ascensor. Cuando yo ya estaba cerrando la puerta de mi apartamento, oí a mi vecina, cuyo nombre se me había vuelto a olvidar, que abría la suya y decía precipitadamente:

—Si alguna vez te apetece venir a tomar un café, ven sin avisar. Estoy siempre en casa.

—Ah, sí. De acuerdo.

Fue un poco raro. Hacía por lo menos un año que la conocía y, aparte de aquella charla en el ascensor, eran las frases más largas que habíamos intercambiado nunca. Ella no solía hablarme cuando nos veíamos. Quizá pasaba tanto tiempo en casa que estaba desesperada por hablar con cualquiera, incluso conmigo.

—Gracias. Eh... Lo mismo digo.

No se me ocurrió nada más que decir, así que cerré la puerta.

Pero yo no quería que ella viniera a tomar el café conmigo, ni tampoco que Riley entrara en mi apartamento. Riley nunca había entrado en casa, ni nadie más de mi familia. Tampoco mis amigos. Era mi espacio. Pero se estaba convirtiendo en un adefesio, incluso para mí. Había que limpiar la moqueta. No se lo iba a decir al casero, porque no quería que viniera a verla y descubriera las quemaduras, ya que entonces querría cobrarme los daños. Busqué el lugar de la moqueta donde había escrito el nombre de aquella empresa y marqué rápidamente el número de información, antes de cambiar de idea. Sabía que estaba ocurriendo algo monumental. Estaba haciendo algo que era preciso hacer y a cada paso sentía el peso de mis actos. El servicio de información me conectó con la empresa y empezó a sonar el teléfono. Pensé en colgar. No era la llamada lo que me molestaba, sino lo que vendría después. Tendría que faltar un día al trabajo, esperar a que viniera un desconocido varias horas después de lo acordado y enseñarle todas las manchas

privadas que era preciso quitar. Qué humillante. El teléfono sonó y sonó, y después pareció como si alguien fuera a contestar o como si fuera a saltar un contestador automático, pero empezó a sonar de nuevo. Estaba a punto de colgar y poner fin a la situación, cuando un hombre respondió.

—¿Diga?

Había ruido de fondo. Ruido de bar lleno de gente. Tuve que alejarme el teléfono del oído.

—¡Lo siento! ¡Un minuto! —gritó la voz y yo hubiese querido gritarle a mi vez que no se preocupara, que me había equivocado de número, en parte porque había cambiado de idea (no quería el engorro de un desconocido en casa) y en parte porque de verdad empezaba a creer que me había equivocado.

Busqué la tarjeta de visita que me había dado la Señorita Sureña para ver si coincidía con el número de mi pantalla. Pero el teléfono de mi interlocutor no estaba junto a su oreja para oír mi explicación, sino apretado contra su cuerpo o contra docenas de cuerpos ajenos, mientras él se abría paso hacia un lugar menos ruidoso.

—¡Un minuto, por favor! —volvió a gritar.

—¡No se preocupe! —grité yo, pese a estar en una habitación silenciosa. Pero otra vez había dejado de escucharme.

Por fin se hizo el silencio y distinguí ruido de pasos, risas a lo lejos y, por último, su voz:

—¡Hola! ¿Sigues ahí?

Me recosté en el sofá.

—Sí, hola.

—Siento haberte hecho esperar. ¿Quién eres?

—Ejem. Creo que vas a molestarte después de todo lo que has tenido que hacer para salir, pero me parece que me he equivocado de número.

—¡Después de todo esto! —dijo él, riendo.

—Sí, lo siento.

Pasé por encima del respaldo del sofá y me planté en la cocina. Miré en el frigorífico. Nada que comer, como de costumbre.

Guardó silencio y, después, oí el ruido de una cerilla y una inhalación.

—Disculpa. Un mal hábito. Mi hermana dijo que conocería a alguien si empezaba a fumar.

—Yo finjo ser fumadora en el trabajo para tener más pausas.

Me sorprendió haberlo dicho en voz alta.

—¿Y si descubren que no fumas?

—Cuando hay alguien más, fumo.

Se echó a reír.

—Eso es mucho esfuerzo por una simple pausa.

—Haría cualquier cosa por una pausa en el trabajo.

—¿Como, por ejemplo, llamar a números equivocados?

—Algo así, sí.

—¿Quieres decirme tu nombre o sería una infracción del código ético de los números equivocados?

—No, no tengo nada en contra de revelarle mi nombre a un completo desconocido. Me llamo Gertrudis.

—Un nombre precioso, Gertrudis.

Distinguí una sonrisa en su voz.

—Gracias.

—Yo me llamo Gepeto.

—Encantada de conocerte, Gepeto. ¿Cómo está Pinocho?

—Oh, ya sabes, contando mentiras y jactándose de no tener ataduras.

—Siempre igual. —Entonces me di cuenta de que si bien me sentía más cómoda que hablando por teléfono con mi propio padre, la situación era un poco rara—. Bueno, ya te dejo que vuelvas al bar.

—En realidad, estoy en un concierto de Aslan.

—Me encanta Aslan.

—Estamos en Vicar Street. Vente.

—¿Estáis tú y quién más?

—Tom y yo.

—Verás, yo iría, pero Tom y yo tuvimos una discusión y sería incómodo que me presentara.

—¿Aunque él se disculpe?

—No se disculpará, créeme.

—Tom siempre está metiendo la pata. No le hagas caso. Tengo una entrada de más. Te la puedo dejar en la taquilla.

Su familiaridad me intrigó.

—¿Y si soy una mujer casada, con diez hijos, sin dientes y con un parche en el ojo?

—¡Santo cielo! ¿Eres una mujer?

Me eché a reír.

—Entonces ¿vendrás?

—¿Siempre invitas a salir a las que se equivocan de número?

—A veces.

—¿Y dicen que sí?

—Una vez, y era una señora casada, con diez hijos, sin dientes y con un parche en el ojo.

—¿Ya han tocado *Down on me*?

—Todavía no han empezado. ¿Es tu preferida?

—Sí.

Abrí el frigorífico. Pollo al *curry* o pastel de carne. El pollo al *curry* estaba una semana pasado de fecha, y el pastel de carne caducaba al día siguiente. Saqué el pollo

al *curry* y pinché el envoltorio con un tenedor.

—¿Alguna vez los has visto actuar en directo?

—No, pero lo tengo en la lista de cosas que me gustaría hacer.

—¿Qué otra cosa tienes en la lista?

—Cenar.

—Apuntas alto, me gusta. ¿Me dirás ahora tu verdadero nombre?

—No. ¿Me dirás el tuyo?

—Don.

—¿Don, qué más?

—Lockwood.

El corazón me dio un vuelco. Me quedé congelada. El *Señor Pan* notó mi sobresalto y se levantó de un salto, mirando a su alrededor, para descubrir de qué tenía que defenderme o de qué había que esconderse.

—¿Hola? —dijo él—. ¿Sigues ahí?

—¿Has dicho Don Lockwood? —pregunté lentamente.

—Sí, ¿por qué?

Intenté recuperar el aliento.

—¿Es broma?

—No. He nacido y crecido con este nombre. Bueno, no, eso es mentira. Cuando nací, me pusieron Jacinta, pero después descubrieron que era un chico. Ahora la diferencia es mucho más notoria, te lo aseguro. ¿Por qué? ¿No te has equivocado de número después de todo?

Yo iba y venía por la cocina. Había perdido todo el interés por el pollo al *curry*. No creía en las señales, porque no era capaz de interpretarlas, pero la coincidencia era increíble y emocionante.

—Es que... Don Lockwood... es el nombre del personaje de Gene Kelly en *Cantando bajo la lluvia*.

—Ah.

—Así es.

—¿Y a ti la noticia te parece muy emocionante, porque eres fan de Gene Kelly, o de la película, o de ambos?

—La mayor fan que existe —dije riendo—. ¡No me digas que nadie te lo había dicho nunca!

—Puedo decirte, sin faltar a la verdad, que nunca me lo había dicho nadie menor de ochenta y cinco años.

—¿Ni siquiera la gente que se equivoca de número?

—Ni siquiera.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté, repentinamente temerosa de estar hablando con un chico de quince años y de que la policía viniera a buscarme en cualquier momento.

—Treinta y cinco y tres cuartos.

—No puedo creer que en tus treinta y cinco años y tres cuartos nadie te lo haya dicho nunca.

—Eso es porque la mayor parte de la gente que conozco no tiene cien años como tú.

—Todavía me faltan por lo menos dos semanas para cumplir cien años.

—Ah, ya veo. ¿Treinta? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta?

—Treinta.

—A partir de ahí, todo es cuesta abajo, créeme.

Ya no dijo nada más, y yo tampoco; la conversación dejó de fluir naturalmente y fuimos sólo dos desconocidos que hablaban por equivocación y querían colgar de una vez.

Fui la primera en reconocerlo.

—Ha sido un placer hablar contigo, Don. Gracias por ofrecerme la entrada.

—Adiós, mujer casada y sin dientes —dijo él, y los dos reímos.

Colgué y me vi fugazmente en el espejo del baño. Era muy parecida a mi madre, sólo que con una gran sonrisa en la cara. La sonrisa se disipó rápidamente, al darme cuenta de que había estado hablando por teléfono con un completo desconocido. Quizá tenían razón. Quizá se me estaba yendo la pinza. Me fui a la cama temprano y a las doce y media sonó el teléfono. Me desperté asustada, miré el número en la pantalla y, al no reconocerlo, decidí ignorarlo y esperé a que dejara de sonar para volver a dormirme. Unos segundos después, empezó a sonar otra vez. Contesté, esperando que no fueran malas noticias. Sólo conseguí oír ruido, alaridos y gritos. Alejé el teléfono del oído y entonces distinguí la música, después oí que alguien cantaba y al final reconocí la canción. Me estaba llamando. Don Lockwood me estaba llamando para hacerme escuchar mi canción favorita.

If you think your life's a waste of time, if you think your time's a waste of life, come over to this land, take a look around. Is this a tragic situation, or a massive demonstration, where do we hide?^[1]

Volví a tumbarme en la cama y escuché la canción; después, cuando terminó, me quedé al teléfono para hablar con él. Pero en cuanto empezó la siguiente canción, colgó.

Sonreí y le envié un SMS.

«Gracias».

Me respondió enseguida con otro mensaje.

«Una cosa menos en tu lista. Buenas noches».

Me quedé un buen rato mirando esas palabras y después añadí su número a la agenda de mi teléfono. Don Lockwood. Me bastaba verlo ahí para sonreír.

Una semana después, me desperté a las siete con un humor de perros. Creo que es el término técnico para describirlo. No era que hubiera pasado una semana durmiendo, sino que el tiempo había transcurrido sin que sucediera nada digno de mención en mi vida. Supe que estaba de mal humor en cuanto abrí los ojos y me di cuenta de que el apartamento apestaba al cóctel de gambas que había dejado en la encimera. Sentí irritación hasta en las entrañas, como ese frío húmedo que cala hasta la médula de los huesos y es imposible quitárselo de encima. También creo que mi cuerpo había intuido la presencia de un nuevo sobre encima de la alfombra quemada, antes incluso de que yo lo encontrara. Podía estar segura de que llevaba poco tiempo ahí, porque no estaba meado y había aterrizado encima de las huellas rosadas de patitas de cuando el *Señor Pan* había volcado el cóctel de gambas y lo había paseado por la moqueta.

Desde mi encuentro con la vida del domingo anterior, había recibido una carta cada día. A ninguna le había prestado atención y ese lunes tampoco pensaba hacerlo. Pasé por encima del sobre, como una niña cuyo único poder fuera ejercer autoridad sobre una muñeca. El *Señor Pan* debía de saber lo que había hecho y seguramente intuía mi estado de ánimo, porque no se me acercó. Me duché, bajé un vestido de la barra de la cortina y me arreglé en cuestión de minutos. Le di al *Señor Pan* su desayuno, hice caso omiso de la carta por segunda semana consecutiva y salí del apartamento.

—Buenos días, Lucy —dijo mi vecina, abriendo la puerta en cuanto puse un pie fuera.

Empezaba a sospechar de su don para las coincidencias; si no me hubiera parecido imposible, habría pensado que pasaba el rato junto a la puerta, esperándome.

—Buenos días —dije, mientras buscaba su nombre en mi irritado cerebro, donde sin embargo no había lugar para la información, sino únicamente para la frustración.

Le volví la espalda y cerré la puerta con llave.

—¿Te puedo pedir un favor?

Su voz parecía temblorosa y de inmediato me volví hacia ella. Tenía los ojos rojos e hinchados, como si hubiera pasado la noche llorando. Sentí que me ablandaba y que mi mal humor pedía tiempo muerto.

—¿Te importaría dejar esto en la portería? He llamado a un mensajero para que venga a recogerlo, pero no subirá hasta aquí. Tengo al niño tan dormidito que...

—Sí, claro, ningún problema.

Le quité de la mano la bolsa de deportes.

Se enjugó los ojos y me dio las gracias, pero la voz se le había quebrado y sólo le salió un susurro.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, gracias. Es sólo que..., eh... —Volvió a temblarle la voz, mientras intentaba recomponerse. Enderezó la espalda, se aclaró la garganta y trató de mantener un porte más o menos digno, pero los ojos se le llenaban de lágrimas y le costaba mucho controlarse—. Ayer ingresaron a mi madre en el hospital. El pronóstico no es muy bueno.

—Lo siento.

Sacudió un poco la mano para tratar de disimular su turbación y reponerse.

—He puesto aquí algunas cosas que creo que necesitará mientras esté allí. No sé, ¿qué se le puede mandar a una persona que...?

Acabó la frase en su fuero interno.

—¿No te dejan visitarla?

—Sí, claro que me dejan. Pero no puedo ir, porque...

Echó una mirada al interior del apartamento.

—Ah. —Yo sabía lo que tenía que decir, pero no estaba segura de querer decirlo, ni de que fuera correcto. Hablé sin muchas ganas—. Si quieres, podría quedarme a cuidar... —No sabía si era niño o niña—. Al bebé.

—Sí, a Conor. —Volvió a aclararse la garganta—. Eres muy amable al ofrecerte, pero no me gusta dejarlo...

—Te entiendo perfectamente —me apresuré a decir, aliviada—. Dejaré esto en la portería.

Volvió a darme las gracias en un susurro. Cuando ya estaba en el ascensor, levantó la voz desde la otra punta del pasillo.

—¡Lucy! Si cambio de idea y te necesito... Si surge..., ya sabes..., una emergencia, ¿qué hago para encontrarte?

—Bueno, puedes esperar a que vuelva, sobre las siete o... —No quería decírselo. No quería darle mi número de móvil, porque sabía que de ese modo abría las puertas a una serie de molestias en el futuro—. Podrías mandarme un *e-mail*... —Miré su expresión, consternada pero esperanzada. Su madre posiblemente se estaba muriendo y yo le decía que me mandara un *e-mail*—. O llamarme al móvil.

Pareció como si se le relajaran los hombros. Le di mi número y me fui. Bebí un capuchino en el Starbucks de la esquina; compré un periódico y tuve que renunciar a ver al tío guapo del tren para poder ir con *Sebastian* al trabajo. Tenía que llevarlo otra vez al taller y me empezaba a dar miedo la factura. Usé el documento de identidad para pasar por los molinetes de la entrada del edificio de mi empresa. Mantic estaba en las afueras de la ciudad, en un nuevo complejo comercial, que por su arquitectura parecía una nave extraterrestre aterrizando. Diez años atrás, sus directivos habían trasladado la fábrica a Irlanda y fusionado las oficinas, en una ingeniosa maniobra para incrementar la productividad. Sin embargo, desde el traslado al actual edificio, donde pagaba un alquiler que bordeaba el chantaje, los beneficios habían caído y había tenido que deshacerse de un centenar de empleados de los mil doscientos que componían la fuerza de trabajo. Mantic era una palabra griega que significaba

«poderes proféticos o de adivinación», lo que en realidad resultaba irónico, teniendo en cuenta el berenjenal en el que se había metido, pero a nadie le hacía gracia el chiste. Al menos por el momento, parecía que la situación se había asentado y nos aseguraban que estábamos a salvo; pero la mayoría sentíamos que nuestro estado era delicado, tras encajar el golpe de tantos despidos. Todavía nos rodeaban las mesas y sillas vacías de los que se habían ido, y aunque sentíamos compasión por los que habían perdido sus trabajos, también nos gustaba tener escritorios mejor situados y sillas más confortables.

Me había sorprendido no ser una de las primeras en irme a la calle. Trabajaba de traductora en la sección de los manuales de instrucciones, que para entonces consistía en un equipo de seis personas. Traducir al alemán, el francés, el español, el holandés y el italiano los manuales de instrucciones de los electrodomésticos que fabricaba la empresa puede parecer un trabajo sencillo, y de hecho lo es. El problema era que yo no hablaba español, o sí lo hablaba, pero no muy bien; por ese motivo externalizaba esa parte del trabajo a un contacto que tenía que hablaba un español muy bueno, un español incluso perfecto, porque la chica era de Madrid. No le importaba hacerme el favor y no era nada que no pudiera arreglar una botella de poitín en Navidad. Hasta ese momento, el invento me había funcionado; sin embargo, con frecuencia mi contacto vagueaba, trabajaba con lentitud y me tenía en vilo, porque me entregaba las traducciones en el último minuto. Yo tenía un grado universitario en lenguas y administración de empresas, y un máster en comercio internacional. Había trabajado un año en Milán y otro en Alemania; había cursado el máster en una escuela empresarial de París, y había tomado clases nocturnas de holandés, por interés personal. Pero a la chica que me servía de salvavidas para las traducciones de español la había conocido en Madrid, en la despedida de soltera de una amiga. Pese a no haber estudiado derecho como mi padre y como Riley, ni medicina como Philip, creo que mi padre estaba moderadamente orgulloso de mis logros universitarios y de mis conocimientos de idiomas, hasta que acepté el trabajo en Mantic y el escaso deleite que le producía mi situación se fue por la ventana.

La primera persona que veía por la mañana en la oficina era la Perra Preguntona, aunque sus padres la habían bautizado como Louise. La llamaré Preguntona para no ofender al buen gusto. Era la administrativa; iba a casarse doce meses después y llevaba planeando el gran acontecimiento desde su primer día de vida intrauterina. Cuando Cara de Pez, la jefa, no estaba en la oficina, Louise «la Preguntona» hojeaba revistas y recortaba figuras con las que creaba *collages* de ideas para su día perfecto. Nunca me he considerado una persona del todo trascendental, pero me gustaba pensar que no era totalmente insustancial, y me cansaba su parloteo incesante sobre cosas superficiales, que habrían sido las mismas independientemente del hombre con quien se casara. Su investigación acerca del «gran día» de otras mujeres era incesante. Se comportaba con la información no tanto como una ardillita, sino como una piraña, porque devoraba cada palabra en cuanto su interlocutor la formulaba. Las

conversaciones con ella eran interrogatorios y yo sabía que cada una de sus preguntas tenía el propósito de orientarla hacia una decisión acerca de su propia vida y nunca era fruto de un amable interés por la mía. Despreciaba las cosas que no le gustaban y, cuando oía algo que le parecía digno de atención, no esperaba al final de la frase y se escabullía hacia su escritorio para documentarse sobre el nuevo hallazgo. Su presencia me producía un intenso disgusto y su costumbre de ponerse camisetas ceñidas con leyendas ridículas que apenas conseguían disimularle los michelines me molestaba cada día más. Los pequeños detalles de cada persona son los que alimentan la semilla de la animadversión; sin embargo, las cosas que más me molestaban de Blake, como su hábito de rechinar los dientes mientras dormía, acabaron por ser precisamente las cosas de él que más echaba de menos. Me preguntaba si a Jenna, la mala pécora australiana, le molestaría que le rechinaran los dientes.

Aquel día, la Preguntona se había puesto un *blazer* encima de una camiseta negra con la cara de Shakespeare y un texto idiota con un juego de palabras que probablemente ni siquiera entendería.

—Buenos días, Lucy.

—Buenos días, Louise.

Le sonreí, esperando la pregunta aleatoria número uno del día.

—¿Has estado alguna vez en Egipto?

Había estado con Blake. Habíamos hecho el paquete completo: ruta en camello por el Sáhara, visita al valle de los faraones, buceo en el mar Rojo y crucero por el Nilo. Sin embargo, la Preguntona me interrogaba por motivos puramente egoístas y no para flotar conmigo en las maravillosas burbujas de mis recuerdos.

—No, lo siento —dije, y vi cómo se desvanecía la esperanza en su cara.

Fui directamente a mi mesa, tiré a la papelera el vaso de mi capuchino, colgué el abrigo y salí para hacerme otro café. El resto del equipo estaba apiñado en la cocina.

—¿Qué es esto? ¿Una reunión secreta?

—Buenos días, princesa —me saludó Graham «el Salido»—. ¿Un café?

—No te molestes. Ya me lo hago yo.

Tuve que pasar por delante de él para llegar a la cafetera. Se separó imperceptiblemente de la encimera para obligarme a rozarle la entrepierna al pasar. Consideré la posibilidad de propinarle un rodillazo. Graham era el macho de la oficina. Había visto demasiados episodios de *Mad Men* y se moría por tener una aventura en el trabajo. Casado y con hijos, claro. Se arreglaba el pelo en una especie de tupé engominado, en un esfuerzo por emular a sus héroes de Madison Avenue, y se ponía tanta loción para después del afeitado que te dabas cuentas de que había llegado por la peste dulzona que quedaba flotando en el aire. Yo no me sentía ni remotamente halagada por sus avances descarados. Quizá habría sido diferente si hubiese querido pasar una noche con la mofeta Pepé Le Pew de los dibujos animados y si él no hubiera intentado lo mismo con todas las mujeres en un radio de varios kilómetros a la redonda. Sin embargo, he de decir en su favor que tal vez en algún

momento de su vida habría sido atractivo, lástima que su apuesta por un compromiso para toda la vida con una misma persona que quería compartirlo todo con él, incluida su alma, pero que en el fondo nunca había entendido su verdadero yo, había matado su chispa interior.

Llené de agua el cazo.

—¿Te has enterado? —dijo Mary «la Ratona», con su voz que siempre parecía estar varios decibelios por debajo del volumen normal.

Tenía los ojos casi el doble de grandes que la cabeza, un asombroso milagro de la naturaleza, y sus labios y nariz eran meros puntos en la cara, de ahí el apodo de la Ratona.

—¿De qué?

—Bueno, bueno, no queremos asustar a Lucy, que acaba de llegar.

Eso lo dijo Quentin, apodado Semáforo por su costumbre de cerrar ambos ojos a intervalos de veinte segundos, y con mayor frecuencia en las reuniones o cuando hablaba en público. Era un buen hombre, sólo que un poco aburrido, y yo no tenía ningún problema con él. Se ocupaba de la presentación gráfica de los manuales, por lo que trabajábamos mucho juntos.

—Habrá una reunión en el despacho de Edna esta mañana —dijo la Ratona, con los rasgos inmóviles y los grandes ojos moviéndose en todas direcciones, como los de un roedor asustado.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Se lo dijo Brian, el de *marketing*, a Louise. Todas las secciones tienen reunión.

—¿Brian Murphy o Bryan Kelly? —preguntó Steve «Salchichón».

Explicar el apodo de Steve es sencillo. El pobre Steve, que Dios me perdone, parecía un salchichón.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó la Ratona, abriendo aún más los ojos.

—El nombre de Brian Murphy se escribe con i latina y el de Bryan Kelly, con i griega —contesté yo, perfectamente consciente de que no era eso lo que había preguntado Mary.

Sentí el aliento del Salido en la nuca cuando se echó a reír por lo bajo y me sentí complacida. Yo era una puta de las carcajadas: me gustaba provocárselas a cualquiera.

—No. Lo que quiero decir es qué puede importar que nos lo diga un Brian o el otro —aclaró ella tímidamente.

—La diferencia es que Brian Murphy se inventa las cosas y Bryan Kelly no —explicó el Salido.

—Yo siempre los he considerado dos personas de muy buena reputación —dijo Semáforo con mucho respeto.

La Ratona abrió la puerta.

—¡Louise!

La Preguntona se reunió con nosotros en la ya atestada cocina.

—¿Qué pasa?

—¿Fue Brian Murphy o Bryan Kelly el que te dijo lo de la reunión?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque Bryan Kelly se inventa las cosas —dije yo, confundiendo deliberadamente el nombre.

El Salido volvió a sonreír. Había sido el único en notar lo.

—Y, por lo visto, Brian Murphy no —explicó la Ratona—. ¿Quién te lo dijo?

—¿Cuál de los dos es Brian Murphy? —preguntó Louise—. ¿El pelirrojo o el que tiene la calva en la coronilla?

Levanté la vista al cielo, terminé de prepararme el café lo antes posible y me abrí paso entre el grupo.

—En cualquier caso, significa que habrá más recortes, ¿no? —dije, sin dirigirme a nadie en particular, y nadie en particular me respondió. Se quedaron con la mirada perdida en la distancia, ausentes en sus pensamientos, considerando los peligros personales que se avecinaban.

—Estoy seguro de que todo irá bien —dijo Semáforo—. No hay de qué preocuparse.

Pero ya estaban preocupados, de modo que volví a mi mesa para hacer mi crucigrama y los dejé entregados a sus inquietudes.

«Corriente, sin originalidad ni ingenio».

Miré a mi alrededor.

«Banal».

Cuando oí que se abría la puerta de la sala, escondí el crucigrama debajo de unos papeles y fingí concentración en los nuevos manuales, mientras entraba Cara de Pez, dejando tras de sí una estela olorosa de cuero y perfume. Edna Larson, la jefa de nuestra sección, era lo más parecido a un pescado. Tenía la frente alta, con la línea del pelo muy retrasada, los ojos saltones y las mejillas chupadas, en un efecto que acentuaba aún más el colorete aplicado en los pómulos para resaltar su evidente altura. Cara de Pez entró en su despacho y yo esperé a que se abrieran las cortinas venecianas. Pero no se abrieron. Miré a mi alrededor y vi que los demás estaban como yo. Al cabo de un momento de esperar a que se convocara la reunión, nos dimos cuenta de que todo seguía como siempre y de que sólo había sido un rumor, lo que dio pie a un pequeño debate sobre el crédito que merecía la palabra de Bryan Kelly comparada con la de Brian Murphy.

Seguimos trabajando con normalidad toda la mañana. La pausa para fumar la hice en la escalera de incendios para no tener que bajar hasta la calle, y, aunque no era fumadora, tuve que fumar porque Graham vino conmigo. Rechacé sus dos invitaciones para comer y cenar, y como si hubiera entendido que ambas cosas me parecían un compromiso excesivo, me hizo la contraoferta de un encuentro puramente sexual, que también rechacé. Después, trabajé durante una hora con Quentin «Semáforo» en el nuevo manual del ultrafabuloso horno de vapor que

ninguno de los dos nos podíamos permitir, aunque lleváramos todos nuestros electrodomésticos a la casa de empeños. Edna seguía sin abrir las venecianas de su despacho y Louise no había quitado ni una vez la vista de las ventanas, aunque estuviera hablando por teléfono.

—Debe de ser algo personal —dijo Louise, sin dirigirse a nadie en particular.

—¿El qué?

—Lo de Edna. Debe de tener algún problema personal.

—O quizá está bailando desnuda, mientras escucha en el iPod las canciones de *Footloose* y las canta en *playback* —sugerí, y Graham se puso a mirar las ventanas con expresión esperanzada, mientras planeaba interiormente nuevas proposiciones.

Sonó el teléfono de Louise y su animada voz telefónica sustituyó por un momento la monotonía de su tono habitual, pero enseguida perdió el entusiasmo y no tardamos en comprender que algo iba mal. Dejamos de trabajar y nos quedamos mirándola. Colgó el teléfono lentamente, con ojos de asombro, y nos miró.

—Todos los departamentos han terminado sus reuniones. Han despedido a Bryan Kelly.

Hubo un silencio grave y prolongado.

—Eso le pasa por inventarse las cosas —dije yo sin levantar la voz.

Graham fue el único que apreció la broma. Aunque me negara a acostarme con él, el hombre se tomaba el trabajo de reírme las gracias y yo se lo agradecía.

—El que se inventa las cosas es Brian Murphy —me corrigió Louise, contrariada. Yo fruncí los labios.

—¿Quién te llamó? —preguntó Salchichón.

—Brian Murphy —dijo Louise.

Ahí no pudimos controlarnos y estallamos en carcajadas, y por un momento, por primera vez en la historia, nos reímos todos juntos en una época terriblemente difícil de sus vidas. Digo «de sus vidas», porque yo no me sentía como ellos. No estaba preocupada, ni nerviosa, ni asustada, porque no creía que tuviera nada que perder. Una indemnización por despido colectivo me habría venido muy bien y habría sido muy gratificante después del despido sin indemnización del empleo anterior. Finalmente, la puerta de Edna se abrió y apareció ella, con los ojos enrojecidos. Nos miró a todos, de una manera que sólo puede describirse como perdida y profundamente contrita. Por un momento busqué en mi interior para ver qué sentía, pero lo único que encontré fue una indiferencia total. Carraspeó y dijo:

—Steve, ¿puedo hablar contigo un momento?

Nos quedamos mirando horrorizados, mientras Steve se dirigía a su despacho. No hubo más risas. Después, ver a Steve salir de la oficina fue como presenciar la mudanza de un ex novio. Guardó sus cosas en silencio, con lágrimas en los ojos: la foto de la familia, la pelota y la canasta de baloncesto en miniatura, la taza con la leyenda «A Steve le gusta el café solo y con un azucarillo» y la fiambarrera con la lasaña que le había hecho su mujer para el almuerzo. Después, nos estrechó la mano a

Semáforo y a mí, recibió una palmada en la espalda de Graham, un abrazo de Mary y un beso en la mejilla de Louise, y se marchó. Quedó una mesa vacía, como si él no hubiera estado nunca allí. Seguimos trabajando en silencio. Edna no abrió más las venecianas y yo no hice más pausas para fumar, en parte por respeto a Steve, pero sobre todo porque normalmente fumaba sus cigarrillos. Aun así, me preguntaba cuánto tiempo pasaría hasta que alguno de los otros empezara a pensar en el escritorio bien iluminado de Steve.

Los dejé a la hora de comer, como hacía siempre, esta vez para llevar el coche al taller por segunda semana consecutiva. Una vez allí, me entregaron en mano otra carta de la vida y volví a la oficina todavía de peor humor.

Me senté maldiciendo entre dientes y enseguida volví a levantarme.

—¿Qué pasa? —preguntó Graham, con expresión divertida.

—¿Quién ha puesto esto aquí? —Levanté el sobre y lo agité por toda la sala—. ¿Quién ha dejado esto en mi mesa?

Se hizo un silencio. Miré a Louise, en la recepción, y ella se encogió de hombros.

—Bajamos todos al comedor a la hora del almuerzo. No lo ha visto nadie. Pero yo también he recibido una, dirigida a ti.

Vino hacia mí con el sobre en la mano.

—Yo también —dijo Mary, mientras le daba la suya a Louise para que me la trajera.

—En mi mesa también había una —dijo *Semáforo*.

—Yo pensaba dártela más tarde —intervino Graham en tono sugerente, sacándose el sobre del bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Qué dicen? —preguntó Louise, mientras reunía todos los sobres para dármelos.

—Es un asunto privado.

—¿Qué tipo de papel es éste? Es bonito.

—Demasiado caro para imprimir invitaciones —respondí cortante.

Se volvió a su sitio, indiferente.

Contando la carta que había recibido esa mañana en mi apartamento y la que me dieron en el taller mecánico, mi vida me había escrito siete veces en un solo día. Esperé a que empezara el rumor habitual del trabajo en la oficina antes de llamar al teléfono que aparecía en la carta. Esperaba que contestara la Señorita Sureña. Pero no. Contestó él.

Ni siquiera esperó a que lo saludara para decirme:

—¿Por fin he conseguido que me prestes atención?

—Sí, lo has conseguido —respondí, intentando controlar el mal genio.

—Hace una semana que no sé nada de ti —dijo.

—He estado ocupada.

—¿Ocupada en qué?

—En cosas que tenía que hacer. ¡Por Dios! ¿Tengo que explicarte hasta el último

detalle?

Guardó silencio.

—Muy bien —proseguí, dispuesta a matarlo con mi monotonía—. El lunes, me levanté y fui a trabajar. Llevé el coche al taller. Fui a cenar con una amiga y me fui a dormir. El martes, fui a trabajar, recogí el coche, volví a casa y me metí en la cama. El miércoles, fui a trabajar, volví a casa y me fui a dormir. El jueves, fui a trabajar, pasé por el supermercado, volví a casa, fui a un funeral y después me acosté. El viernes, fui a trabajar, después fui a la casa de mi hermano y me quedé todo el fin de semana cuidando a sus hijos. El domingo, volví a casa. Vi *Un americano en París* y me pregunté por enésima vez si soy la única que desearía que Milo Roberts y Jerry Mulligan acabaran juntos. Esa francesita no hace más que reírse de él. Esta mañana, me desperté y vine a trabajar. ¿Contento ahora?

—¡Qué emocionante! ¿De verdad crees que si sigues viviendo como un robot conseguirás deshacerte de mí?

—No creo que esté viviendo como un robot, pero es evidente que no puedo deshacerme de ti, haga lo que haga. Hoy llevé el coche al taller y Keith, el mecánico, me dio una carta tuya (¡que él ya había abierto!), y me sugirió en términos nada ambiguos que un revolcón con él podría resolver mis problemas.

—Al menos te estoy ayudando a conocer hombres.

—No necesito ayuda para conocer hombres.

—Tal vez la necesitas para conservarlos. —Fue un golpe bajo y creo que hasta él lo notó—. Entonces ¿cuándo volvemos a vernos?

Suspiré.

—Mira, no creo que todo esto entre tú y yo pueda funcionar. Puede que sea bueno para otra gente, pero para mí no. Me gusta tener mi espacio y poder hacer las cosas sin sentir todo el tiempo el aliento de otra persona en la nuca. Por eso, creo que lo más maduro que podemos hacer es seguir cada uno nuestro camino.

Yo estaba impresionada con mi tono de voz y mi firmeza. Oyendo mis palabras, hasta yo misma quería separarme de mí, y eso era esencialmente lo que estaba intentando hacer, por muy extraño que parezca. Estaba tratando de romper conmigo misma.

Silencio otra vez al otro lado de la línea.

—Tampoco puede decirse que cada momento que pasamos juntos sea una fiesta. No lo pasamos bien juntos. De verdad, lo mejor será que nos dejemos de ver.

Siguió sin hablar.

—Hola, ¿estás ahí?

—Más o menos.

—No puedo atender llamadas personales mientras estoy en la oficina, así que tengo que colgar.

—¿Te gusta el béisbol, Lucy?

Levanté la vista al cielo.

—No sé nada de béisbol.

—¿Has oído hablar de una bola curva?

—Sí, es lo que le lanza el tipo de la bola al tipo del bate.

—Concisa, como siempre. Más específicamente, es una forma de lanzamiento que imprime un giro a la bola y la hace caer siguiendo una trayectoria inesperada.

—Parece complicado —dije, para contentarlo.

—Lo es. Por eso lo hacen. Para sorprender al bateador.

—No importa. Al bat-lo-que-sea siempre lo rescata Robin. Creo que están liados.

—No me tomas en serio.

—Porque me estás hablando de un deporte americano del que no sé nada, en medio de mi jornada de trabajo. Me preocupa tu salud mental.

—Voy a lanzarte una de esas bolas —dijo simplemente, en tono travieso.

—¿Vas a...? —Miré a mi alrededor—. ¿Estás aquí? No está permitido jugar a la pelota dentro del edificio. Deberías saberlo.

Silencio.

—¿Hola? ¿Hola?

Mi vida me había colgado el teléfono.

Apenas unos instantes después, la puerta de Edna volvió a abrirse. Sus ojos habían vuelto a la posición normal, pero parecía cansada.

—Ah, Lucy, ya veo que estás ahí. ¿Podría hablar contigo un momento?

Los ojos de la Ratona se ensancharon todavía más. El Salido me miró con tristeza; no iba a quedarle nadie a quien importunar.

—Sí, claro.

Sentí todas las miradas sobre mí mientras entraba en su despacho.

—Siéntate. No es nada que deba preocuparte.

—Gracias.

Me senté frente a ella, que estaba apoyada contra el borde de su mesa.

—Antes de empezar, ten esto. Lo he recibido para ti.

Me entregó otro sobre.

Levanté los ojos al cielo y lo acepté.

—Mi hermana también las recibía, antes —dijo, estudiándome.

—¿Ah, sí?

—Sí. Se separó de su marido y ahora vive en Nueva York. —La cara le cambió al hablar de la familia, pero sin dejar de parecer un pez—. El tipo era un cabrón. Ahora ella es feliz.

—Me alegro por tu hermana. ¿Sabes si la entrevistaron para una revista?

Edna frunció el ceño.

—No creo, ¿por qué?

—Por nada, no importa.

—Si puedo hacer algo para que te sientas... más feliz en la oficina, dímelo, ¿de acuerdo?

Arrugué el entrecejo.

—Sí, claro. Estoy muy bien, Edna, gracias. Creo que lo de la carta ha sido solamente un error informático o algo así.

—Desde luego. —Cambió de tema—. Bueno, la razón por la que te he llamado es porque Augusto Fernández, el jefe de la oficina alemana, vendrá a visitarnos mañana y me preguntaba si tú podrías recibirlo y presentarlo aquí a la gente. Tenemos que hacer todo lo posible para que se sienta bien recibido y para que sepa que aquí trabajamos duro.

Yo no acababa de entender la propuesta.

—No habla muy bien el inglés —me explicó ella.

—Ah. Por un momento pensé que querías que me acostara con él.

Habría podido pasar cualquier cosa, pero en lugar de ofenderse, estalló en una sonora carcajada.

—¡Lucy! Eres la medicina perfecta. Necesitaba reírme, gracias. Ya sé que a ti te gusta irte sola a la hora del almuerzo, pero esta vez voy a pedirte que te quedes, por si se presenta. Michael O'Connor le enseñará el edificio, claro, pero cuando venga aquí quiero que nuestro pequeño grupo le dé la bienvenida. Cuéntale lo que hacemos cada uno y lo mucho que trabajamos. ¿De acuerdo?

Me miraba como diciendo: «¡Por favor, no dejes que despidan a ninguno más del grupo!». Me gustó que se preocupara por nosotros.

—Ningún problema. Yo me encargo.

—¿Cómo están todos ahí fuera?

—Como el que acaba de perder a un amigo.

Edna suspiró y noté el estrés que debía de estar soportando. Cuando salí de su despacho, los encontré a todos reunidos en torno a la mesa de la Ratona, como pingüinos apiñados para conservar el calor y temerosos de perder los huevos. Me miraron expectantes, con la preocupación de que me hubieran despedido pintada en las caras pálidas.

—¿A alguien le sobra una caja de cartón?

Hubo un coro de voces amargadas.

—Es broma, pero me alegro de que os preocupéis por mí —dije sonriendo y todos se tranquilizaron, aunque parecieron un poco molestos.

Pero entonces caí en algo que me había dicho Edna y de repente me puse tensa. Llamé a la puerta y volví a entrar en su despacho.

—Edna —dije con cierta urgencia.

Ella levantó la vista desde sus papeles.

—Ese Augusto es...

—De la casa central de Alemania. No se lo digas a los demás. No quiero que se preocupen más de lo que están.

Sentí alivio.

—Por supuesto. No es un nombre típicamente alemán.

Sonreí y me dispuse a cerrar la puerta.

—Disculpa, Lucy, ahora entiendo lo que querías preguntarme —dijo ella—. Es español.

Volví a sonreír, pero por dentro estaba llorando. Estaba preocupada, tremendamente preocupada, porque aparte de saber lo suficiente para pedir un cóctel de Baileys y Sambuca y preguntar dónde está la fiesta, no tenía mucho más vocabulario español en la cabeza, y aunque los demás todavía no lo sabían, el grupo dependía de mis habilidades lingüísticas para superar el siguiente proceso eliminatorio. Sólo entonces, cuando me senté y vi las cartas sobre mi mesa, entendí la conversación.

¡Él y sus analogías! La vida me había lanzado una bola curva.

—La semana pasada hizo el camino del Inca, ¿lo visteis? —preguntó mi amigo Jamie a todos los presentes.

Estábamos en The Wine Bistro, en el centro, el restaurante donde solíamos reunirnos para charlar, y nos estaba atendiendo el camarero de siempre, el tipo del falso acento francés. Los sospechosos habituales éramos siete, congregados en torno a una mesa para celebrar el cumpleaños de Lisa. Habíamos sido ocho, antes de que Blake empezara sus viajes; pero esa noche lo mismo habría podido estar sentado a la cabecera de la mesa, justo enfrente de mí, por la manera en que los otros se comportaban. Llevaban veinte minutos hablando de él, más o menos desde la llegada del segundo plato, y yo tenía la sensación de que podían seguir así veinte minutos más, por lo que procuraba tener la boca siempre llena de ensalada. Los Silchester no hablamos cuando comemos; por eso, más allá de un ocasional gesto de asentimiento o una ceja arqueada, no hacía falta que participara. Hablaron del episodio de la noche anterior, en el que había viajado por toda la India. Yo también lo había visto, deseando todo el tiempo que Jenna hubiera contraído la diarrea del viajero. Comentaron lo que Blake había dicho, los paisajes que había visto, la ropa que llevaba puesta y, después, destrozaron con cariño sus untuosos comentarios finales y su empalagosa mirada a la cámara, seguida del guiño, que personalmente era mi parte favorita del programa, aunque no se lo dije a los otros.

—¿A ti qué te pareció, Lucy? —preguntó Adam, matando la conversación entre ellos y dirigiéndola toda hacia mí.

Me tomé un momento para masticar y después tragué unas hojas de lechuga.

—No lo vi.

Me metí más lechuga en la boca.

—¡Oooh! —bromeó Chantelle—. ¡Qué frialdad!

Me encogí de hombros.

—¿No lo has visto nunca? —preguntó Lisa.

Negué con la cabeza.

—No sé si tengo el canal. No lo he comprobado.

—Todo el mundo tiene ese canal —dijo Adam.

—Ah. No lo sabía —sonreí.

—Ibais a hacer ese viaje juntos, ¿no? —volvió a preguntar Adam, inclinándose sobre la mesa y concentrando en mí toda su energía.

Adam fingía estar de broma, pero aunque ya hacía casi tres años de aquello, todavía se sentía agraviado por el abandono de su mejor amigo. Si yo no hubiera sido el objeto de su agresión, mi admiración por su lealtad habría sido mucho mayor. No sé muy bien qué habría hecho Blake para ganarse una devoción tan intensa, pero

fuera lo que fuese lo que hubiera dicho o las lágrimas de cocodrilo que hubiera vertido ante Adam, lo cierto es que había funcionado y yo me había convertido en el enemigo público número uno. Yo lo sabía y Adam quería secretamente que yo lo supiera, pero parecía que nadie más lo había notado. Una vez más, la paranoia se estaba adueñando de mí, y yo fui tras ella.

Asentí a la pregunta de Adam.

—Sí, pensábamos ir para sus treinta años.

—¡Y lo has dejado ir solo, mal bicho! —dijo Lisa, y todos se echaron a reír.

—Con un equipo de rodaje —matizó Melanie, como para defenderme.

—Y cargado de aerosoles de bronceador, por lo visto —añadió Jamie y los demás volvieron a reír.

Y con Jenna. La mala pécora australiana.

Me encogí de hombros una vez más.

—Eso le pasa por prepararme huevos fritos en lugar de huevos escalfados. Una chica no puede permitir que le sirvan un desayuno chapucero en la cama.

Todos rieron, menos Adam. Me lanzó una mirada severa, en defensa de su amigo. Yo me metí más ensalada en la boca y miré el plato de Melanie para ver qué podía robar. Como siempre, estaba lleno de comida. Pinché un tomate cherry; con eso me aseguraba al menos veinte segundos de masticación. El tomate me estalló dentro de la boca y las semillas salieron despedidas garganta abajo y me hicieron toser. Una reacción poco elegante. Melanie me pasó un vaso de agua.

—Bueno, no le fue tan mal, después de todo. Fuimos a Las Vegas para celebrar sus treinta años —dijo Adam, lanzándome una miradita cargada de intención que casi me mata.

Los hombres presentes se miraron con expresiones maliciosas, compartiendo fugazmente el recuerdo de un fin de semana de locura que nunca nos revelarían. Se me retorció el corazón, mientras imaginaba a Blake subido a una barra, con una *stripper* lamiéndole Pernod de los abdominales mientras él atrapaba aceitunas con el ombligo. No era un truco que él soliera hacer en las fiestas locas, sino más bien un truco de mi imaginación.

Sonó mi móvil y apareció el nombre de Don Lockwood en la pantalla. Desde nuestra conversación telefónica más de una semana atrás había tratado de pensar en algún tipo de respuesta a la canción de Aslan, pero no se me había ocurrido ninguna. En cuanto abrí el mensaje, apareció una foto. Era una estatuilla de porcelana que representaba a una vieja con un parche en un ojo y, debajo, un texto que decía:

«Vi esto y pensé en ti».

Me aparté de la conversación y, de inmediato, respondí con un SMS.

«No ha estado bien hacerme una foto sin mi permiso. Si me lo hubieras pedido, te habría regalado mi mejor sonrisa».

«¿No decías que no tenías dientes?».

Sonreí forzosamente y me hice una foto de la dentadura. Pulsé ENVIAR.

Melanie me miró con curiosidad.

—¿Con quién hablas?

—Con nadie. Estaba viendo si se me había quedado lechuga enganchada entre los dientes —dije con soltura. Con demasiada soltura. Cada vez lo hacía mejor.

—Podrías habérmelo preguntado a mí. En serio, ¿con quién hablas?

—Número equivocado. —No era mentira. Abrí el bolso y puse un billete de veinte sobre la mesa—. Ha estado muy bien, chicos, pero tengo que irme.

Melanie gruñó.

—¡Pero si prácticamente no hemos hablado!

—¡No hemos hecho otra cosa! —respondí yo, riendo, mientras me ponía de pie.

—No hemos hablado de ti.

—¿Qué quieres saber?

Cogí mi abrigo de manos del camarero gay con falso acento francés, que antes había señalado el perchero y me había preguntado «¿Es ése su *abggigo*?».

Melanie pareció un poco desconcertada al verse de pronto en el punto de mira.

—Simplemente quería saber qué tal te van las cosas, pero como ya estás con un pie en la calle, no vamos a tener tiempo de enterarnos.

Dejé que el camarero gay con falso acento francés me ayudara a ponerme el abrigo y después le dije:

—*Il y a eu une grande explosion. Téléphonnez les pompiers et sortez du bâtiment, s'il vous plaît.*

Eso quería decir en francés que había habido una gran explosión y que llamara a los bomberos y saliera del edificio. El hombre me miró con expresión cansada, sonrió y se marchó a toda prisa, antes de que lo desenmascarara al estilo de *Scooby Doo*.

—En realidad, no necesitamos mucho tiempo para hablar de mí, porque no me ha pasado nada interesante, créeme. Ya nos pondremos al corriente un día de éstos. ¿Te parece que vaya la semana que viene a una de tus actuaciones y charlemos un poco en la cabina?

Melanie era una DJ en ascenso, con mucha demanda en el circuito de los clubes de moda. Su seudónimo era DJ Darkness («DJ Oscuridad»), pero más que nada porque no veía nunca la luz del día y no por la impresionante cabellera oscura heredada de sus antepasados armenios.

Sonrió, me dio un abrazo y me frotó con afecto la espalda.

—Me parece genial, aunque vamos a tener que aprender los labios. —Estrechó un poco más el abrazo—. Es sólo que me preocupo por ti, Lucy.

Me puse rígida. Ella debió de notarlo, porque me soltó enseguida.

—¿Qué quieres decir con eso de que te preocupas?

Pareció incómoda, como si creyera que había metido la pata.

—No era mi intención ofenderte. ¿Te he ofendido?

—Todavía no lo sé. No sé qué significa que tus amigos te digan que están preocupados por ti.

Para entonces, todos estaban escuchando. Yo intentaba mantener el tono ligero de la conversación, pero quería llegar hasta el fondo de la cuestión. Melanie nunca me había dicho algo semejante. ¿Por qué me lo decía ahora? ¿Qué tenía yo para que de pronto la gente se preocupara por mí? Volví a oír mentalmente su comentario sobre la vez que me marché de una de sus fiestas. Quizá pensaba muchas cosas acerca de mí que yo ignoraba. De pronto, me pregunté si no estarían todos en el ajo y habrían firmado también los mismos papeles que mi familia. Los miré. Parecían preocupados.

—¿Qué? —les pregunté, con una sonrisa radiante—. ¿Por qué me miráis así?

—No puedo hablar por los demás, pero yo esperaba que os pelearais —dijo David—. ¡Una buena lucha! Esperaba que os pellizcarais, que os arañarais y os arrancarais los ojos.

—¡Arráncale la ropa! ¡Retuércele los pezones! —bromeó Jamie y todos se echaron a reír.

—No voy a arrancarle la ropa —sonreí, mientras le pasaba un brazo por el hombro a Melanie—, porque prácticamente no lleva nada puesto.

Rieron.

—Sólo quería saber por qué estaba preocupada por mí, nada más —dije, alegre—. ¿Alguien más en esta mesa se preocupa por mí?

Respondieron por turnos y nunca me había sentido tan querida.

—Sólo cuando te veo al volante de ese coche —dijo Lisa.

—Sólo cuando bebemos y yo acabo tumbado bajo la mesa antes que tú —añadió David.

—A mí me preocupa tu salud mental —dijo Jamie.

—Y a mí, que te pongas ese vestido con ese abrigo —intervino Chantelle.

—Fantástico. ¿Alguien más quiere meterse conmigo? —pregunté riendo.

—A mí no me preocupas en lo más mínimo —dijo Adam.

Nadie lo entendió de la misma manera que yo.

—Y tras ese amable comentario, os dejo. Tengo que levantarme temprano. Feliz cumpleaños, Lisa. Adiós, bombo.

Le di un beso en el vientre.

Me marché.

Cogí el autobús para volver a casa. *Sebastian* estaba recibiendo tratamiento médico intensivo, así que había tenido que quedarse a dormir en el taller mecánico.

Mi teléfono emitió un pitido.

«Unos caninos impresionantes. Si me mandas más fotos, quizá consiga recomponerte. Eso si a tu novio no le importa...».

«Ingenioso».

«No es una respuesta».

«Lo es. Pero no la respuesta que esperabas».

«¿Qué haces mañana?».

«Ocupada. Van a despedirme».

«Novio..., trabajo... No tienes una buena semana. Me gustaría ayudar al menos en alguna de esas cosas».

«¿Hablas español?».

«¿Se lo exiges a tus novios?».

«Una vez más, ingenioso. Pero no. Es un requisito para no perder el trabajo. Están a punto de descubrir que soy una traductora de español que no sabe español».

«Horrible perspectiva. Te diré una cosa en español: *Estoy buscando a Tom*. Me sirvió mucho cuando estuve en España. Es lo único que me permitiré decir».

Más tarde, esa noche, cuando estaba en la cama escuchando la cinta de un curso de español, recibí otro mensaje de texto.

«Poco a poco estoy descubriendo tu verdadera personalidad. Ni desdentada ni casada. Quizá con un parche en el ojo y diez hijos. Mañana seguiré investigando».

Activé el *flash* de la cámara del teléfono y lo puse delante de mi cara. Me hice una foto de los ojos. Necesité varios intentos para que quedara bien. La envié. Esperé con el teléfono en la mano a que él respondiera. Nada. Tal vez me había extralimitado. Más tarde, esa noche, sonó el móvil y me eché encima para cogerlo.

«Tú me enseñaste los tuyos...».

Me desplacé hacia abajo en la pantalla y apareció la foto de una oreja perfectamente formada y sin perforaciones.

Sonreí. Después, cerré los ojos y me quedé dormida.

Tomé un bocado de mi ensalada de tres clases de legumbres (en la que sin embargo sólo distinguía dos), que por primera vez en dos años y medio estaba comiendo en mi escritorio. Louise había robado de algún sitio una silla de ejecutivo tapizada de piel (desde los despidos, las sillas vacantes eran cada vez más corrientes) y entre todos habían montado una versión improvisada del concurso *Mastermind*, en el que los participantes tienen dos minutos para responder una batería de preguntas sobre cultura general y otros dos minutos para preguntas sobre un tema elegido. Semáforo estaba sentado en la silla tapizada correspondiente al concursante y su tema era la interminable serie «Coronation Street» y los principales acontecimientos de la trama entre 1960 y 2010. La Ratona, en el papel de presentadora, lo acribillaba a preguntas que sacaba de internet, mientras Louise le controlaba el tiempo. Hasta ese momento, le estaba yendo bien. Sólo tres veces había dicho que pasaba, y tenía quince puntos. Graham, con la frente apoyada sobre las manos, examinaba el sándwich que tenía abierto sobre la mesa y de vez en cuando se apartaba una mano de la frente para ir a quitar un pepinillo.

—No entiendo por qué no lo pides sin pepinillos. Haces lo mismo todos los días —dijo Louise, mirándolo.

—Concéntrate en el tiempo —dijo la Ratona, que después siguió hablando todavía más de prisa—. ¿Cómo salió Valerie Barlow de la serie en 1971?

Con igual rapidez, Semáforo respondió:

—Se electrocutó con un secador de pelo defectuoso.

En cualquier momento, el señor Fernández iba a entrar por la puerta, y después de dos años y medio en el cargo, yo iba a tener que revelar ante la oficina mi absoluta ignorancia del español. Ya tenía el estómago encogido de vergüenza, pero lo que más me sorprendía era la horrenda sensación de saber que iba a defraudar a mis compañeros, una preocupación que nunca hasta entonces me había embargado. A medida que íbamos quedando menos empleados en la oficina, nos parecíamos cada vez más a una familia disfuncional, y aunque yo siempre me sentía un poco fuera de lugar, me daba cuenta de que si bien no éramos una piña, tampoco éramos un grupo completamente desunido. Había pensado fingir que ese día estaba enferma o contarle a Cara de Pez que en realidad no sabía español, lo que me habría ahorrado la humillación pública delante de mis compañeros, pero habría sido personalmente vergonzoso. Al final, decidí que no iba a hacer ninguna de las dos cosas, porque una parte de mí sentía que quizá era posible jugar al jueguito que me proponía la vida y aprender todo un idioma de un día para otro. Por eso, la noche anterior, después de admirar la oreja perfectamente formada de Don Lockwood, me había puesto a mirar los libros de español, y a eso de las tres de la mañana había descubierto que era

imposible aprender un idioma en un abrir y cerrar de ojos.

Finalmente, Graham terminó de quitar los pepinillos y le hincó el diente al sándwich, mientras contemplaba el juego de *Mastermind* con cara de cansancio. En momentos como éstos, cuando no fingía ser quien no era, yo llegaba a encontrarlo atractivo. Volvió la vista hacia mí e intercambiamos una mirada de común aburrimiento por el juego. Pero entonces me hizo un guiño y volví a detestarlo.

—Muy bien. Es mi turno.

Louise prácticamente levantó a Semáforo de la silla para sentarse.

Aturullado, él se puso de pie y se acomodó las gafas.

—Bien hecho, Semáforo —dije.

—Gracias —dijo él.

Se subió el talle de los pantalones, de tal manera que la barriga le sobresalió por encima y por debajo de la línea del cinturón, y puso cara de orgullo.

—¿Cuál es tu tema elegido? —le preguntó la Ratona a Louise.

—«Las obras de Shakespeare» —respondió Louise muy seria.

Graham estaba en medio de un bocado y congeló el movimiento. Los demás nos quedamos mirándola.

—¡Era broma! «Vida y obra de Kim Kardashian».

Nos echamos a reír.

—Tienes dos minutos, que empiezan ya. ¿A quién defendió el abogado Robert Kardashian, padre de Kim Kardashian, en un controvertido juicio de los años noventa?

—A O. J. Simpson —respondió ella, tan rápidamente que casi no se distinguieron las palabras.

Semáforo se sentó a mi lado para ver conmigo el juego.

—¿Qué estás comiendo? —preguntó.

—Ensalada de tres clases de legumbres, pero sólo he encontrado dos clases. Mira. Él se inclinó sobre el recipiente para estudiarlo.

—Hay habichuelas rojas, garbanzos... ¿Has comido alguna legumbre de otra clase?

—No, seguro que no. Lo habría notado.

—En tu lugar, yo devolvería esa ensalada.

—¡Pero si ya me he comido la mitad! Pensarían que las judías que faltan estaban en la mitad que ya no está.

—Merece la pena intentarlo. ¿Cuánto te ha costado?

—Tres cincuenta.

Meneó la cabeza con expresión de incredulidad e hizo una inspiración.

—Lo dicho. En tu lugar, yo la devolvería.

Dejé de comer y volvimos a mirar el juego de *Mastermind*.

—¿En qué programa, secuela del anterior, Kim Kardashian se va a vivir a otra ciudad y abre una tienda de ropa con su hermana?

—¡En *Kourtney y Kim se van a Nueva York!* —chilló Louise—. La tienda se llama Dash.

—No ganarás más puntos por dar más información —se quejó Graham.

—¡Chis! —Lo hizo callar ella, concentrada en el reloj.

Oí la voz de Michael O'Connor en el pasillo: alta, confiada e informativa, mientras enunciaba los mediocres datos de la planta donde yo pasaba las horas a diario. Edna debió de oírlo también, porque abrió la puerta de su despacho y me hizo un gesto para que me acercara. Me puse de pie y me alisé el vestido, con la esperanza de que la tela sin arrugas, estampada con un motivo de colibríes, mejorara mi capacidad para hablar español. Michael O'Connor saludó a Edna en la puerta, y me llegó el turno de hacer pasar a Augusto a la oficina.

Me aclaré la garganta y salí a su encuentro, tendiéndole la mano.

—*Señor Fernández, bienvenido* —dije en español.

Nos estrechamos la mano. Al descubrir que era extremadamente guapo, me aturullé todavía más. Nos quedamos mirándonos un buen rato, en completo silencio.

—Ejem, ejem.

Tenía la mente completamente en blanco. Todas las frases aprendidas se me borraron al instante de la cabeza, en un evidente acto de sabotaje.

—*¿Hablas español?* —me preguntó él.

—Ajá.

Sonrió.

Por fin, recordé algo.

—*¿Cómo está usted?* —le pregunté en la lengua de Cervantes.

—*Bien, gracias, ¿y usted?*

Hablaba con rapidez y las palabras no sonaban exactamente como la voz de la cinta, pero reconocí algunas, de modo que seguí adelante, tratando de hablar más aprisa que él.

—Hum... *Me llamo...* Lucy Silchester. *Mucho gusto encantado* —continué, convencida de que lo estaba haciendo muy bien.

Él soltó una parrafada larga, rápida y detallada, con expresión a veces seria y a veces sonriente, mientras acompañaba su discurso con ademanes presidenciales. Yo hacía de vez en cuando gestos afirmativos, sonriendo cuando él sonreía y poniendo expresión grave cuando él parecía serio. Al final, guardó silencio y esperó una respuesta.

—*¿Quisiera bailar conmigo?* —le solté yo.

Arrugó la frente. Detrás de la cabeza del señor Fernández vi a Graham, que estaba intentando meter disimuladamente su sándwich en un cajón, como si le hubiera entrado pánico al darse cuenta de que comer en su escritorio a la hora del almuerzo era motivo de despido. Por todas partes rodaban trozos de pepinillo, por lo que decidí dirigirme a la mesa de Semáforo. Tenía pensado empezar mi actuación por la mesa de Graham, pero las circunstancias me obligaron a pasar al segundo párrafo del discurso

que me había preparado mentalmente. Semáforo se puso de pie y se acomodó las gafas, orgulloso como un pavo real.

—Soy Quentin Wright. Encantado de conocerlo —dijo, entre parpadeos y contracciones faciales que hicieron honor a su apodo.

Quentin me miró y yo miré a Augusto. Sentí que tenía la mente en blanco.

—Quentin Wright —repetí, con una especie de acento español, y los dos se estrecharon las manos.

Augusto dijo algo. Yo miré a Semáforo y tragué saliva.

—Quiere saber qué haces en la oficina.

Semáforo frunció el ceño.

—¿Estás segura de que ha dicho eso?

—Hum... Sí.

Pareció desconcertado, pero se embarcó en un largo discurso sobre su experiencia pasada y el gran honor que era para él trabajar en la empresa. Me habría parecido muy emotivo, si no hubiera deseado hacerlo callar después de cada una de sus frases. Miré a Augusto. Sonreí.

—*Eh... Un momento, por favor* —dijo Augusto en español. Eso lo entendí.

—*España es un país maravilloso* —arriesgué yo—. *Me gusta el español.*

Augusto miró a Semáforo y Semáforo me miró a mí.

—Lucy... —dijo Semáforo en tono acusador.

Yo estaba sudando y un rubor caliente me recorría todo el cuerpo. Creo que nunca me había sentido tan avergonzada.

—Hum...

Miré a mi alrededor, buscando una excusa para largarme, y entonces Gene Kelly volvió a rescatarme. Recordé el mensaje de texto de Don Lockwood:

—*Estoy buscando a Tom.*

Los dos fruncieron el ceño.

—Lucy —preguntó Quentin con nerviosismo, haciendo más guiños y contracciones faciales que nunca—, ¿quién es Tom?

—Ya sabes. ¡Tom! —respondí sonriendo—. Tengo que ir a buscarlo. Es muy importante que le presente al señor Fernández.

Después miré a Augusto y repetí:

—*Estoy buscando a Tom.*

La sala empezó a dar vueltas a mi alrededor mientras iba hacia la puerta, pero unos gritos en el pasillo me detuvieron. Sentí tal alivio al encontrar un motivo de distracción, que por un momento me pregunté si no serían imaginaciones mías. Entonces los demás reaccionaron y supe que no me lo estaba imaginando. Michael O'Connor dejó de hablar con Edna y asomó la cabeza por la puerta para ver qué pasaba. Se oyeron más gritos de voces masculinas coléricas. Después, hubo ruido de forcejeos, jadeos y resuellos, como si el enfrentamiento se hubiera vuelto físico, y, a continuación, pasaron varias cosas, todas a la vez. Edna le dijo algo a Michael

O'Connor y éste rápidamente cerró la puerta para resguardarnos a todos de lo que fuese que estaba sucediendo. Al instante, la Ratona y la Preguntona se acurrucaron juntas en un rincón, y el Salido se les sumó rápidamente, con afán protector. Edna tenía cara de haber visto un fantasma, y su expresión me hizo pensar que todo había terminado. Con mucha suavidad, Michael O'Connor se acercó a Augusto, lo cogió con firmeza por el codo, lo llevó al despacho de Edna y cerró la puerta cuando estuvieron dentro, dejándonos a los demás indefensos ante lo que fuera que estaba ocurriendo en el pasillo.

—Edna, ¿qué está pasando?

Edna estaba pálida y desconcertada, y era evidente que no sabía qué hacer. Los gritos subieron de volumen a medida que se acercaban a nuestra puerta, y se oyó el ruido del choque de un cuerpo contra la pared, seguido de un chillido de dolor, que nos hizo dar un respingo a todos. Repentinamente, Edna recuperó la actitud de jefa y habló con voz firme.

—¡Todo el mundo debajo de las mesas! ¡Ahora mismo!

—Edna... ¿Qué es...?

—¡Ahora, Lucy! —gritó ella, y todos nos pusimos a cuatro patas y nos metimos debajo de nuestros escritorios.

Desde mi puesto bajo mi mesa, veía a Mary acurrucada debajo de la suya, llorando y meciéndose adelante y atrás. Graham, que estaba cerca, intentaba alcanzarla con el brazo para consolarla y a la vez hacerla callar. A Louise no la veía, porque estaba en la otra punta de la sala, y Semáforo estaba absolutamente inmóvil, sentado en el suelo, mirando fijamente una foto de su mujer y sus hijos, tomada durante una merienda campestre, una foto en la que aparecían él con el niño sobre los hombros y su mujer con la niña en brazos, y en la que él conservaba aún casi todo el pelo. Me pregunté si habría sido más feliz en esa época, quizá por tener todavía casi todo el pelo. Me asomé para ver dónde estaba Edna, y la vi de pie, haciendo inspiraciones profundas y tirando del borde de la chaqueta, para después hacer más inspiraciones profundas y tirar un poco más del borde de la chaqueta. Cada poco tiempo, levantaba la vista y miraba en dirección a la puerta con expresión determinada, como si fuera capaz de aguantarlo todo, pero enseguida parecía flaquear y empezaba otra vez con las inspiraciones profundas y los estiramientos del borde de la chaqueta. ¿Y qué hacía yo? Lo único que podía hacer era concentrarme en la ensalada de tres clases de legumbres que había volcado al suelo en medio de la confusión, y examinar detenidamente cada ingrediente en busca del tercer tipo de judía. Una habichuela roja, un trozo de tomate, un grano de maíz, un trozo de pimiento, un garbanzo, una habichuela roja, un trozo de cebolla, un trozo de lechuga, un garbanzo, un trozo de tomate... Fue lo único que se me ocurrió hacer para contrarrestar el impulso de mi cuerpo y mi mente, que en ese momento sólo ansiaban entregarse a un ataque de histeria.

Los gritos y los golpes eran cada vez más fuertes. Por la ventana que daba al

pasillo veíamos a gente que pasaba corriendo a toda velocidad, mujeres con los zapatos en las manos y hombres sin las americanas, que no hacían más que correr. Si todo el mundo huía, ¿por qué no podíamos huir nosotros? Mi pregunta no tardó en recibir respuesta. Vi a alguien que corría en dirección opuesta a los hombres y las mujeres que huían, una figura que me resultó familiar. Venía directamente hacia nuestra puerta. Después, vi a varios guardias de seguridad que iban tras él. Nuestra puerta se abrió violentamente.

Era Steve. Salchichón.

Llevaba su maletín en la mano, tenía una manga de la chaqueta desgarrada y sangraba de una brecha en la frente. Me quedé sin habla de la impresión. Miré a Semáforo para asegurarme de que él estaba viendo lo mismo que yo, pero se había tapado la cara con las manos y le temblaban los hombros, como si estuviera sollozando en silencio. Al principio sentí alivio de que fuera Steve. Estaba a punto de salir de debajo del escritorio y correr a su encuentro, cuando él dejó el maletín en el suelo y se puso a arrastrar una mesa cercana para bloquear la puerta. Cuando estuvo satisfecho con el resultado volvió a recoger el maletín y, jadeando como un loco, se dirigió a su escritorio.

—¡Me llamo Steve Roberts y trabajo aquí! —empezó a gritar—. ¡Me llamo Steve Roberts y trabajo aquí! ¡Nadie puede expulsarme del edificio!

Cuando los otros vieron quién era, empezaron a salir lentamente de debajo de sus mesas.

Graham fue el primero en ponerse de pie.

—Steve, hombre, ¿qué haces...?

—¡No te acerques, Graham! —gritó Steve, entre jadeos, mientras la sangre le chorreaba por la nariz y la barbilla hasta la camisa—. No pueden quitarme este empleo. Lo único que quiero es sentarme y ponerme a trabajar. Nada más. No te acerques, te lo digo en serio. A ti también, Mary. Y a ti, Louise.

Quentin seguía debajo de su mesa.

Yo me puse de pie.

—Steve, por favor, no hagas esto —dije, con voz temblorosa—. Te vas a buscar un montón de problemas. Piensa en tu mujer y en tus hijos.

—Piensa en Teresa —dijo Graham, añadiendo el toque personal—. Vamos, Steve —añadió con voz dulce—. No querrás defraudarla.

Steve se estaba ablandando; los hombros se le empezaban a relajar, y la mirada parecía un poco menos acerada, pero tenía los ojos terriblemente negros, oscuros y salvajes. Miraba a su alrededor como si estuviera pasado de revoluciones, como si estuviera drogado y fuera incapaz de concentrarse en un solo asunto.

—Por favor, Steve, no empeores las cosas —dijo Edna—. Podemos acabar con esto ahora mismo.

Pero fue como si hubiera apretado un interruptor, porque Steve volvió a encenderse. La miró con expresión hostil y pareció como si fuera a arrojarle el

maletín a la cara. Sentí que se me aceleraba el corazón.

—Las cosas no pueden empeorar, Edna. No tienes idea de lo mal que están ya. Ni siquiera te lo imaginas. Tengo cincuenta años, y una chica de veinte me ha dicho hoy que soy inempleable. ¿Inempleable? Quitando el día que nació mi hija, no he faltado ni una sola vez al trabajo. —Tenía veneno en la voz y dirigía toda su cólera hacia Edna—. Siempre me he esforzado al máximo por vosotros. Siempre.

—Lo sé. Créeme...

—¡No sabes nada! —gritó él, con la voz grave por la rabia. Tenía la cara roja y las venas del cuello hinchadas—. ¡Me llamo Steve Roberts y trabajo aquí!

Dejó el maletín, separó la silla de la mesa y se sentó. Le temblaban las manos, mientras intentaba abrir el maletín. Al ver que no lo conseguía, soltó un alarido tan fuerte que nos sorprendió a todos, y acto seguido dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Graham, ábrelo tú! —gritó.

Graham dio un salto hacia él, abrió el maltrecho maletín marrón que Steve había llevado todos los días a la oficina y después, muy razonablemente, dio varios pasos atrás, alejándose de la mesa. Steve se calmó un poco y sacó del maletín la taza, la que tenía la leyenda que decía «A Steve le gusta el café solo y con un azucarillo»; pero la apoyó con tanta fuerza sobre la mesa, que el fondo se astilló. Después, volvió a colocar en su sitio el miniaro de baloncesto, con el minibalón, y la fotografía de sus hijos. No había traído almuerzo. Su mujer no había pensado que ese día fuera a ir a la oficina. Sus cosas quedaron repartidas sobre la mesa de cualquier manera, y no como estaban antes. Nada estaba como antes.

—¿Dónde está mi ordenador? —preguntó.

Nadie respondió.

—¡¿Dónde está mi ordenador?! —gritó.

—No lo sé —dijo Edna con voz temblorosa—. Vinieron esta mañana y se lo llevaron.

—¿Se lo llevaron? ¿Quién se lo llevó?

Se oyeron golpes en la puerta. Eran los de seguridad, que intentaban entrar. Pero la puerta no se movió, porque Steve había colocado con mucha habilidad (aunque probablemente por accidente) una de las sillas bajo el picaporte, que había quedado trabado. Oí voces de personas que hablaban a toda prisa e intentaban decidir qué hacer. Podía verse la preocupación en sus caras, pero no creo que se preocuparan por nosotros, sino por los dos jefazos de la empresa que estaban dentro y cuya presencia era de esperar que Steve no descubriera. La agitación en la puerta no era lo más adecuado para calmarle el ánimo. El constante golpeteo de las sillas y la mesa que sujetaban la puerta era como el crepitar de una mecha y todos esperábamos que en cualquier momento se produjera la gran explosión. Steve estaba empezando a dejarse llevar por el pánico.

—Bueno, entonces dame tu ordenador —dijo.

—¿Qué? —preguntó Edna, sorprendida.

—Ve a tu despacho y tráeme tu ordenador. O mejor aún, ¿qué te parece si me quedo tu despacho para mí? ¡¿Te gustaría?! —gritó—. Entonces yo sería el jefe y no podrían echarme. ¡Puede que te echara yo a ti! —vociferó—. ¡Estás despedida, Edna! ¡A la puta calle! ¿Qué te parece?

Era más que perturbador ver a un colega derrumbarse de esa manera. Edna no hacía más que mirarlo y tragar saliva, sin saber qué hacer. Sus dos jefes, que tenían toda su vida en sus manos, estaban escondidos en su despacho.

—No podrás entrar —tartamudeó—. He cerrado la puerta cuando he salido a almorzar y ahora no encuentro la llave.

Lo dijo en tono dubitativo, y todos, incluso Steve en su estado demencial, nos dimos cuenta de que no era cierto.

—¿Por qué me mientes?

—No te miento —dijo ella con un poco más de firmeza en la voz—. Te aseguro que no vas a poder entrar.

—¡¿Por qué no, si es mi despacho?! —gritó él, mientras se le acercaba un poco más. Se puso a gritarle en la cara, haciéndola parpadear con cada palabra—. ¡Es mi despacho y tienes que dejarme entrar! ¡Será lo último que hagas, antes de recoger tus cosas y largarte!

Su actitud realmente intimidaba. Éramos seis personas en la oficina y dos más en el despacho de Edna. Entre todos, habríamos podido reducirlo, pero nos tenía hipnotizados. Estábamos congelados de miedo por lo que pudiera hacer un hombre a quien creíamos conocer.

—¡Steve, no entres! —dijo Graham.

Steve lo miró, confuso.

—¿Por qué? ¿Quién está en el despacho?

—Sólo te digo que no entres, ¿de acuerdo?

—Hay alguien dentro, ¿verdad? ¿Quién?

Graham negó con la cabeza.

—Quentin, ¿quién hay ahí dentro?

Sólo entonces noté que Quentin ya no estaba debajo de la mesa.

—Diles que salgan —le dijo a Edna.

Ella se retorció las manos.

—No puedo —dijo Edna, a punto de ceder, perdiendo toda confianza en sí misma.

—Quentin, abre tú la puerta.

Quentin me miró. Yo no sabía qué hacer.

—¡Te digo que abras la puerta, carajo! —gritó Steve, y Quentin salió disparado a obedecerle.

Abrió la puerta lentamente, sin mirar al interior del despacho, y de inmediato volvió a su mesa para alejarse del centro de la acción.

Steve se acercó un poco más al despacho y se asomó a la puerta. Entonces, se

echó a reír. Pero no fueron carcajadas divertidas, sino demenciales e inquietantes.

—¡Salid! —ordenó a los hombres que estaban dentro.

—Verá, señor... Eh... —Michael O'Connor miró a Edna, pidiendo ayuda.

—Señor Roberts —le susurró ella.

—¡Ni siquiera sabéis cómo me llamo! —exclamó Steve, con la cara enrojecida y la nariz cubierta de sangre, mientras la mancha roja de la camisa se extendía—. ¡Este tipo ni siquiera sabe mi nombre! —nos gritó a los demás—. ¡Ayer me arruinaste la vida y ni siquiera sabes cómo me llamó! —le dijo a él—. ¡Me llamo Steve Roberts y trabajo aquí!

—Todos necesitamos tranquilizarnos. ¿Qué le parece si abrimos la puerta y les decimos a los de fuera que estamos bien? Después podríamos conversar un poco sobre lo sucedido.

—¿Quién es éste? —preguntó Steve, señalando a Augusto.

—Este señor... no entiende el inglés, señor Roberts.

—¡Me llamo Steve! —gritó—. ¡Lucy! —aulló después, y yo sentí que mi corazón se paraba de golpe, después de llevar un buen rato latiendo a cien por hora—. Ven aquí, Lucy. Tú hablas idiomas. Pregúntale quién es.

No me moví. Quentin me miró con preocupación y enseguida supe que él lo sabía.

—Es Augusto Fernández, de la casa alemana, y hoy está de visita —dije, sin poder evitar que se me quebrara la voz.

—Augusto... He oído hablar de ti. Eres el tipo que me despidió —dijo Steve, montando otra vez en cólera—. Eres el hijoputa que me echó a la calle. ¡Yo sé qué hacer contigo!

Se abalanzó hacia Augusto, como si fuera a darle un puñetazo.

Michael O'Connor lo agarró para tratar de apartarlo, pero Steve fue más rápido y le dio un rechazazo en el estómago, que lo mandó volando al despacho de Edna y lo tumbó en el suelo.

Oí el golpe de su cabeza contra el borde del escritorio, pero no creo que Steve lo notara, porque para entonces estaba a pocos centímetros de la cara de Augusto. Nos esperábamos un cabezazo, un puñetazo o alguna otra cosa horrible para la cara española perfectamente bronceada de Augusto, pero no pasó nada de eso.

—Por favor, devuélveme mi empleo —dijo Steve, con una amabilidad que me partió el corazón—. Por favor.

—No puede devolvérselo, señor Roberts —dijo Michael desde el interior del despacho, con acento de dolor.

—Sí que puede. Devuélveme el trabajo, Augusto. ¡Lucy, dile que me devuelva mi empleo!

Tragué saliva.

—Eh...

Intenté pensar en las palabras, traté de recordar todo lo que había aprendido la

noche anterior, pero, sencillamente, no sabía decirlo.

—¡Lucy! —rugió, y se metió una mano en el bolsillo.

Pensé que buscaba un pañuelo. Habría sido lo normal, porque le estaba sangrando la herida de la cabeza y la sangre le cubría la nariz y le manchaba la mano, desde que se la había pasado por la boca. Esperé ver salir un pañuelo de su bolsillo, pero lo que vi fue una pistola. Todos gritaron y se echaron cuerpo a tierra. Todos, menos yo, porque me estaba apuntando a mí y yo estaba inmóvil.

—Dile que me devuelva mi trabajo.

Se me acercó un poco más. Yo sólo podía ver aquella cosa negra apuntando hacia mí, en la mano temblorosa de Steve. Vi su dedo en el gatillo y tuve miedo de que los temblores lo hicieran apretarlo accidentalmente. A mí también me temblaban las piernas y tenía la sensación de que las rodillas se me iban a doblar en cualquier momento.

—Si me devuelve el empleo, no le haré nada. Díselo.

No pude responderle.

Se abalanzó sobre mí, me puso el cañón del arma a pocos centímetros de la cara y me gritó:

—¡Díselo!

—¡Por lo que más quieras, baja la puta pistola! —Oí que gritaba Graham, con terror en la voz.

Entonces, los otros empezaron a gritar también y yo no pude más. Me dio miedo de que tampoco Steve pudiera soportarlo más. Todas aquellas voces aterrorizadas nos confundían aún más las ideas.

Los labios me temblaban y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Por favor, Steve, no hagas esto. Por favor, no lo hagas.

Él pareció endurecerse.

—Deja de llorar, Lucy. Haz simplemente lo que te pagan por hacer y dile a ese tipo que me devuelva mi empleo.

Los labios me temblaban tanto que casi no podía formular las palabras.

—No puedo.

—Sí que puedes.

—No puedo, Steve.

—Hazlo, Lucy —intervino Graham, animándome—. Dile lo que quiere que le digas.

Los golpes en la puerta pararon y me sentí perdida, más perdida que nunca. Pensé que los de fuera nos habían abandonado. Nos habían dejado solos.

—No puedo.

—¡Díselo ya! —gritó Steve—. ¡Díselo de una vez, Lucy! —vociferó, agitando la pistola delante de mi cara.

—¡Por el amor de Dios, Steve! ¡No puedo! ¡Soy incapaz de decírselo! ¿Cómo quieres que te lo diga? ¡No sé hablar español! —le grité.

Se hizo el silencio. Todos me miraron pasmados, como si mi revelación fuera más asombrosa que alguien con una pistola en la oficina, pero enseguida se acordaron de Steve y volvieron a prestarle atención a él.

Steve me estaba mirando, tan pasmado como los demás. En cuanto se repuso de su asombro, se le ensombreció otra vez la mirada y dejó de temblarle la mano.

—Pero me echaron a mí —dijo.

—Ya lo sé. Lo siento, Steve. Lo siento muchísimo.

—No me lo merecía.

—Lo sé —susurré.

En medio de un silencio espeso, mientras Michael rodaba lentamente sobre un costado para ponerse de pie otra vez y los otros seguían encogidos de miedo, Quentin se levantó. Steve se volvió sobre sí mismo con la pistola para hacerle frente.

—¡Por amor de Dios, Quentin, agáchate ahora mismo! —gritó Graham.

Pero Quentin no se movió. En lugar de eso, se volvió hacia el señor Fernández, que estaba aterrorizado en el suelo, y con voz firme empezó a hablarle en un español que me sonó perfecto. Augusto se puso de pie y, con mucha calma, le respondió. Por el tono de voz, su discurso nos pareció creíble y cargado de autoridad, aunque ninguno de los presentes teníamos la menor idea de lo que estaba diciendo. En medio de la locura reinante, Quentin y el señor Fernández tuvieron una conversación en la más absoluta calma. De pronto, se oyó fuera el ruido de un taladro. ¡Por fin se movía algo! El picaporte empezó a sacudirse. Steve miró hacia la puerta y en ese momento pareció como si una pequeña parte suya se diera por vencida.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó a Quentin.

Hablaba en voz baja y casi no podíamos oírlo por el estruendo del taladro.

Quentin, todo guiños y contracciones, recitó la respuesta de Augusto:

—Ha dicho que tu despido fue un error y que lo siente mucho. Está convencido de que todo se debió a un error del sistema, y dice que, en cuanto tenga ocasión, llamará a la central para ordenar tu readmisión. Siente mucho la aflicción que todo esto ha podido causarte a ti y a tu familia, y hará cuanto esté a su alcance para que te reincorpores a tu puesto de trabajo lo antes posible. Dice que es evidente, por tu manera de actuar en el día de hoy, que eres un empleado consciente y devoto, del que la empresa debería sentirse extremadamente orgullosa.

Steve levantó la barbilla con orgullo e hizo un gesto de asentimiento.

—Gracias.

Se cambió de mano la pistola, dio un paso hacia Augusto y le tendió la mano ensangrentada. El otro se la estrechó.

—Muchas gracias —dijo Steve—. Es un honor trabajar para su empresa.

Augusto asintió, agotado y a la vez receloso.

Entonces, cayó el picaporte y la puerta se abrió violentamente. La mesa que la sujetaba salió despedida hacia el otro extremo de la sala y tres hombres se abalanzaron sobre Steve.

En cuanto pude, ese mismo día, hice la llamada.

Me respondió él.

—De acuerdo —dije, con la voz aún temblorosa por la impresión—. Volveremos a vernos.

Habíamos quedado en encontrarnos al día siguiente en el Starbucks de la esquina de mi casa. No fui capaz de ir a verlo el día del incidente en la oficina. Ese día habría preferido no ver a nadie ni a nada, con excepción del *Señor Pan* y mi cama, pero la noticia había llegado a oídos de mi madre, a través de los boletines horarios de la radio, y la pobre estaba loca de preocupación. Mi padre se subía por las paredes. Mamá le había mandado un mensajero a los tribunales para comunicarle que su hija estaba retenida en la oficina a punta de pistola, y él había solicitado un receso en la vista de un controvertido caso de gran repercusión mediática. Después, por primera vez en su vida, había quebrantado todos los límites de velocidad para llegar a casa y poder estar con mamá. Se sentó con ella a la mesa de la cocina y pasaron la tarde juntos, comiendo pastel de manzana, bebiendo té, llorando abrazados y recordando historias de la pequeña Lucy, a quien tanto habían adorado y mimado. Era su manera de devolverme a la vida, como si ese día me hubieran abatido a balazos en la oficina.

De acuerdo, es mentira.

No estoy segura de lo que habrá sentido mi padre (probablemente habrá pensado que me lo merecía, por tener un empleo vulgar entre gente corriente), pero yo no estaba de humor para averiguar su punto de vista al respecto. Me negué a visitarlos, insistiendo en que estaba bien; pero hasta yo sabía esa vez que era mentira, por lo que Riley se presentó en la puerta de mi casa sin avisarme.

—Vuestro carruaje aguarda, señora —dijo, en cuanto abrí la puerta.

—Riley, estoy bien —repliqué, pero me faltó convicción y lo sabía.

—No estás bien —repuso él—. Tienes una cara horrible.

—Gracias.

—Recoge tus cosas y vente conmigo. Iremos a mi casa. Mamá nos está esperando.

—¡Por favor —gruñí—, ya ha sido bastante malo el día!

—No hables así de mamá —dijo él, poniéndose serio para variar, lo que me hizo sentir remordimientos—. Está preocupada por ti. Ha pasado el día oyendo las noticias.

—Muy bien —dije—. Espérame aquí.

Cerré la puerta e intenté recoger mis cosas, pero no podía pensar. Tenía la mente entumecida. Se negaba a funcionar. Al final, reuní fuerzas y cogí el abrigo. Cuando salí al pasillo, mi vecina cuyo nombre había olvidado estaba hablando con Riley. Él se inclinaba hacia ella, completamente ajeno a mi presencia, de modo que me aclaré la garganta, en un carraspeo largo, sonoro y cargado de flemas, que despertó ecos en el pasillo. Así conseguí captar su atención. Me miró, contrariado por la interrupción.

—Hola, Lucy —dijo ella.

—¿Cómo está tu madre?

—Mal —respondió ella, mientras se le marcaban unos surcos profundos en el entrecejo.

—¿Has ido a visitarla?

—No.

—Ah. Bueno, si decides ir, recuerda que estoy aquí para... Ya sabes...

Asintió agradecida.

—Parece simpática tu vecina —dijo Riley, cuando estuvimos en el coche.

—No es tu tipo.

—¿Qué quieres decir con eso? Yo no tengo un tipo.

—Sí que lo tienes: la rubia insustancial.

—No es cierto —replicó él—. También me gustan morenas.

Nos echamos a reír.

—¿Mencionó a su bebé?

—No.

—Interesante.

—¿Estás tratando de quitármela de la cabeza? Porque si es así, contarme que tiene un bebé no va a funcionar. Una vez salí con una mujer que tenía dos hijos.

—Ah. ¿O sea que te interesa?

—Un poco, quizá.

Me pareció extraño. Nos quedamos un rato en silencio y empecé a pensar en Steve apuntándome a la cara con una pistola. No quería saber lo que estaría pensando Riley.

—¿Dónde está su madre?

—Ingresada en un hospital. No sé en cuál, ni sé qué tiene. Sólo sé que es grave.

—¿Por qué no ha ido a verla?

—Porque dice que no quiere dejar solo a su bebé.

—¿Y tú te has ofrecido para cuidarlo?

—Así es.

—Ha sido un buen gesto.

—No soy mala del todo.

—No creo que seas mala, ni del todo ni en parte —dijo él, mirándome. Como yo no le devolví la mirada, volvió la vista a la carretera—. ¿Por qué no va al hospital con el bebé? No lo entiendo.

Me encogí de hombros.

—Sí que lo sabes. Vamos, dímelo.

—No lo sé.

Me puse a mirar por la ventana.

—¿Qué edad tiene el bebé?

—No lo sé.

—¡Vamos, Lucy!

—Te prometo que no lo sé. Lo saca en cochecito. O la saca. No sé si es niño o niña.

Me miró.

—Los niños pequeños son todos iguales para mí. Hasta que tienen diez años, no diferencio un sexo de otro.

Riley se echó a reír.

—¿Su madre no aprueba que sea madre soltera? ¿Es por eso?

—Algo así —respondí yo, tratando de concentrar la atención en el mundo a mi alrededor y no en la pistola que seguía viendo delante de mi cara.

Riley vivía a dos kilómetros del centro de la ciudad, en Ringsend, una zona residencial de las afueras de Dublín, donde ocupaba un ático con vistas a los molinos Boland, en el Grand Canal Dock.

—¡Lucy! —exclamó mi madre, con los ojos muy abiertos por la preocupación en cuanto entré por la puerta.

Dejé que me abrazara, pero mantuve los brazos a la espalda.

—No te preocupes, mamá. Ni siquiera estaba en la oficina —dije sin proponérmelo—. Había salido a hacer un recado y me perdí toda la diversión.

—¿De verdad? —preguntó ella, con cara de alivio.

Riley me miraba fijamente, de una manera que me hizo sentir incómoda. Llevaba varios días actuando de modo extraño, no como el hermano que yo conocía y quería, sino como una persona que sabía que yo estaba mintiendo.

—Mira, te he traído esto.

Saqué las manos de detrás de la espalda y le di el felpudo que había mangado de la puerta del vecino de Riley. Tenía una leyenda graciosa y parecía nuevo.

Mamá se echó a reír.

—¡Lucy, siempre tan atenta! Muchísimas gracias.

—¡Lucy! —exclamó Riley, indignado.

—No seas tonto, Riley. No ha sido ninguna molestia para mí. Además, no me ha costado nada caro.

Le di una palmadita en la espalda y pasé al interior del apartamento.

—¿Está Ray?

Ray era el compañero de piso de Riley, un médico. Nunca coincidían, porque tenían distintos horarios de trabajo. Cuando Ray estaba en casa, mi madre flirteaba con él sin el menor pudor, aunque una vez me había preguntado si no sería el novio de Riley. En realidad, esto último era el reflejo de sus íntimos deseos de tener un hijo homosexual, que estaba de moda y además era la manera de que Riley no la sustituyera por otra mujer.

—Está trabajando —explicó Riley.

—¿Cómo podéis seguir así vosotros dos, sin compartir vuestro tiempo? —pregunté, intentando reprimir la risa. Por un momento pensé que Riley iba a abalanzarse sobre mí para tirarme al suelo, como solía hacer cuando éramos

pequeños. Pero enseguida cambié de tema—. ¿Qué es ese olor?

—Comida paquistaní —dijo mamá, con alegre frivolidad—. Como no sabíamos qué te gustaba, pedimos la mitad de la carta.

A mi madre le encantaba ir de visita a casa de su apuesto hijo soltero y hacer cosas exóticas, como comer platos paquistaníes, ver *Top Gear* y ajustar con el mando a distancia una chimenea con fuego que cambiaba de color. No había ningún restaurante paquistaní cerca de su casa, y mi padre no estaba ni remotamente interesado en hacer el trayecto con ella, ni en ver otro canal que no fuera la CNN. Abrimos una botella de vino y nos sentamos alrededor de una mesa de cristal, junto a los ventanales que daban al río. Todas las superficies reflejaban, brillaban y resplandecían a la luz de la luna.

—Bueno... —dijo mi madre, y por el tono de voz comprendí que iba iniciar una conversación seria e indagatoria.

—¿Cómo siguen los planes para la renovación de los votos matrimoniales? —Me adelanté.

—Eh... —Olvidó lo que iba a preguntarme y pareció animarse—. ¡Tengo tantas cosas que contarte! Estoy tratando de elegir el lugar.

Durante los veinte minutos siguientes la escuché hablar de cosas que nunca pensé que una persona necesitara considerar para escoger cuatro paredes y un techo, ya que al parecer las alternativas de tres paredes o menos, o ningún techo, resultaban poco tentadoras.

—¿Cuántos invitados habrá? —pregunté, tras enterarme de algunos de los lugares que estaba considerando.

—De momento, cuatrocientos veinte.

—¿Cuántos?

Casi se me atraganta el vino.

—La mayoría son colegas de tu padre —dijo—. Por su posición, no podemos invitar a unos sí y a otros no. La gente se ofende con tanta facilidad... —Pero enseguida se corrigió—. Y con toda la razón.

—Entonces, no invites a ninguno —propuse.

—¡Lucy! —exclamó sonriendo—. No puedo hacer eso.

Empezó a sonar mi móvil y el nombre de Don Lockwood apareció en la pantalla. Antes de poder controlar los músculos faciales se me puso cara de niña feliz.

Mamá miró a Riley y arqueó una ceja.

—Perdonadme, pero voy a coger esta llamada ahí fuera.

Salí al balcón. Era una larga terraza que recorría todo el frente del edificio, por lo que pude alejarme lo suficiente para salir de su campo visual y auditivo.

—¿Sí?

—¿Y bien? ¿Te han despedido?

—No del todo. Todavía no. Pero el tipo no sabía quién era Tom. De todos modos, gracias por tu ayuda.

Se echó a reír.

—Me pasó lo mismo en España. Ese Tom es un misterio. No te preocupes. Habría podido ser peor. Habrías podido estar en la oficina donde ese pobre diablo se volvió loco.

Guardé silencio. Por un momento pensé que sería una trampa, pero enseguida se impuso mi sensatez. ¿Cómo demonios iba a saberlo él, si ni siquiera conocía mi nombre? ¿Cómo habría podido adivinar que yo trabajaba allí?

—¿Hola? —preguntó, preocupado—. ¿Sigues ahí?

—Sí —respondí en voz baja.

—Ah, me alegro. Por un momento pensé que había dicho algo malo.

—No, no has dicho nada malo. Es sólo que... Bueno, verás. Era mi oficina.

—¿En serio?

—Sí, por desgracia.

—¡Santo cielo! ¿Estás bien?

—Mejor que él, al menos.

—¿Viste al tipo?

—Salchichón —dije, contemplando los molinos Boland al otro lado del río.

—¿Perdón?

—Es su apodo. Era el hombre más tranquilo y amable del edificio, y me apuntó con una pistola a la cabeza.

—Mierda —dijo él—. ¿Estás bien? ¿Te hizo daño?

—Estoy bien. —No estaba bien y él lo sabía, pero como yo no podía verlo, ni tampoco lo conocía, no me importó y seguí hablando—. Era sólo una pistola de agua, ¿sabes? Lo descubrimos después, cuando... lo inmovilizaron en el suelo. Era de su hijo. La había cogido esa mañana y le había dicho a su mujer que se iba a la oficina para que le devolvieran el empleo. ¡Dios! Una puta pistola de agua hizo que me cuestionara toda mi vida.

—No me extraña. Después de todo, tú no lo sabías, ¿no? —dijo él con suavidad—. Y si hubiera apretado el gatillo, habrías corrido el peligro de que se te encrespara muchísimo el pelo.

Solté una carcajada. Me reí con ganas.

—¡Dios santo! Yo estaba deseando que me despidieran y él arriesgó su vida para que le devolvieran el empleo.

—Yo no diría que arriesgó su vida. La pistola no era precisamente una arma mortal, aunque debo reconocer que nunca te he visto con el pelo encrespado. Pensándolo mejor, no te he visto nunca. ¿Tienes pelo?

Me reí.

—Castaño.

—Ajá, otra pieza del rompecabezas.

—Bueno, Don, cuéntame cómo te ha ido el día a ti.

—Te aseguro que no ha sido tan movido como el tuyo. Déjame invitarte a una

copa. Supongo que la necesitarás —dijo con amabilidad—. Y entonces podré contarte personalmente todo lo que he hecho hoy.

Guardé silencio.

—Nos encontraremos en un lugar lleno de gente, en un sitio que conozcas. Elige tú el lugar y trae si quieres a diez amigos: diez hombres grandes y musculosos. No es que me gusten los hombres grandes y musculosos. En general, no me gustan los hombres. Preferiría que no trajeras a ningún hombre, pero si te lo dijera de entrada, pensarías que quiero raptarte. Y no es verdad. —Suspiró—. No me sé explicar muy bien, ¿no?

Sonreí.

—Gracias, pero no puedo. Mi hermano y mi madre me tienen secuestrada.

—Vaya día que llevas. En otro momento, entonces. ¿Este fin de semana? Tendrás ocasión de comprobar que soy algo más que una oreja izquierda bonita.

Empecé a reír.

—Pareces un tipo muy simpático, Don...

—¿Pero?

—Pero, francamente, estoy hecha un lío.

—Es normal. Cualquiera estaría como tú, después de un día como el que has tenido.

—No, no es sólo por el día de hoy. Mi vida es un caos en general. —Me froté la cara con gesto cansado, notando que a pesar de mi opinión habitual, era cierto que estaba hecha un lío—. Paso el tiempo hablando con un número equivocado y le digo cosas que ni siquiera le cuento a mi familia.

Oí su risa y fue como si su aliento se colara por el teléfono hasta mi oreja. Me estremecí. Era como tenerlo de pie a mi lado.

—Eso es una buena señal, ¿no? —Pareció animarse—. ¡Vamos! Si resulta que soy un monstruo gordo y feo que no quieres volver a ver, entonces podrás marcharte y no volveré a llamarte nunca. O si resulta que tú eres un monstruo gordo y feo, entonces no tendrás que preocuparte, porque no querré verte nunca más. O quizá lo que estás buscando es un monstruo gordo y feo, y en ese caso no tiene sentido que me conozcas, porque yo no soy así.

—No puedo, Don. Lo siento.

—No puedo creer que estés rompiendo conmigo, sin ni siquiera haberme dicho tu nombre.

—Te lo dije. Me llamo Gertrudis.

—Gertrudis —dijo él, un poco alicaído—. Sí, tienes razón. Bueno, pero recuerda que tú me llamaste primero.

—¡Me equivoqué de número! —respondí riendo.

—Muy bien —dijo al fin—, te dejaré en paz. Me alegro de que estés bien.

—Gracias, Don. Adiós.

Pusimos fin a la llamada y yo me apoyé en la barandilla y me puse a mirar el

reflejo de las luces de los edificios en el agua negra del canal. Sonó el tono de un mensaje.

«Un regalo de despedida».

Bajé por la pantalla.

Un par de preciosos ojos azules me devolvieron la mirada. Me quedé estudiándolos, hasta casi imaginar que los veía parpadear.

Cuando volví a entrar, mi madre y Riley tuvieron la cortesía de no preguntarme por la llamada. Sin embargo, cuando Riley se fue a buscar las llaves del coche para llevarme a casa, mi madre pareció hacer una inspiración y sentí que se preparaba para una conversación especial.

—Lucy, no he tenido oportunidad de hablar contigo desde que te fuiste del almuerzo en casa, la semana pasada.

—Ya lo sé. Perdóname por haberme ido tan precipitadamente. La comida estaba deliciosa, pero de pronto recordé que había quedado con alguien.

Frunció el ceño.

—¿De verdad? Yo tuve la sensación de que te marchabas porque yo había firmado los papeles para la cita con tu vida.

—No, no fue por eso —la interrumpí—. De verdad. No puedo recordar qué tenía que hacer, pero era... algo importante, ya sabes. Fui una estúpida y quedé con vosotros y con otra persona a la misma hora. Ya sabes lo olvidadiza que puedo llegar a ser a veces.

—Ah, bueno. Yo estaba segura de que estabas enfadada conmigo. —Me observó un momento—. Si estás enfadada, puedes decírmelo. No pasa nada.

¿Qué estaba diciendo? Los Silchester no revelamos ese tipo de cosas.

—Claro que no. Lo hiciste porque te preocupas por mí.

—Así es —dijo ella, aliviada—. Pero durante mucho tiempo no supe qué hacer. Tardé varias semanas en firmar los papeles. Pensé que si tenías algún problema, vendrías y me lo contarías, aunque sé que a veces confías más en Edith para que te ayude con las cosas que quizá no te apetezca contarle a mamá.

Se hizo un silencio incómodo, incómodo y horrible. Creo que estaba esperando que yo la contradijera, pero como no estaba segura, no dije nada. ¿Dónde estaba mi habilidad para mentir cuando más la necesitaba?

—Al final, lo hablé con tu padre y decidí firmar.

—¿Te dijo él que firmaras? —pregunté con tanta amabilidad como pude, pero sintiendo que la cólera crecía en mi interior. ¿Qué podía saber él de mi vida? Nunca me preguntaba por mis cosas, nunca había mostrado el menor interés por...

—No, en realidad no —dijo mi madre, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos—. Dijo que era un disparate, pero entonces me di cuenta de que yo no estaba de acuerdo con él. No creía que fuera un disparate. ¿Qué mal podía hacerte? ¿Sabes? Si mi vida quisiera verme, creo que me parecería muy emocionante —añadió sonriendo—. Debe de ser maravilloso que te suceda algo tan interesante.

Me impresionó que hubiera actuado contra la opinión de mi padre, y me sorprendió e intrigó su deseo de reunirse con su vida. Pensaba que era lo último que habría querido hacer. ¿Qué habría dicho La Gente?

—Pero, sobre todo, me preocupaba que la culpa fuera un poco mía —continuó—. Soy tu madre, y si hay algo malo en tu vida, entonces...

—No hay nada malo en mi vida, mamá.

—Claro que no. Me he expresado mal, lo siento. Lo que quería decir...

—Ya sé lo que querías decir —la interrumpí con mucha calma— y no es culpa tuya. O mejor dicho, en el supuesto de que hubiera algo malo en mi vida, no sería culpa tuya. Tú no has hecho nada malo.

—Gracias, Lucy.

De pronto, pareció que se hubiera quitado diez años de encima. Hasta ese momento, no se me había ocurrido que ella pudiera sentirse culpable por el estado de mi vida. Creía que esa carga me correspondía solamente a mí.

—Entonces —prosiguió, más animada— ¿la has visto?

—Lo he visto. Lo vi la semana pasada.

—¿Es un hombre?

—A mí también me sorprendió.

—¿Es guapo? —preguntó, con una risita traviesa.

—¡Mamá! Es muy desagradable lo que insinúas. ¡Es mi vida!

—Sí, claro.

Intentó disimular la sonrisa, pero pude ver que seguía albergando una esperanza secreta de campanas de boda. Habría visto un yerno en cualquier hombre, o quizá estaba buscando pareja para Riley.

—No es nada guapo. De hecho, es bastante feo. —Se lo describí tal y como era, con la piel sudorosa, el mal aliento, la respiración sibilante y el traje arrugado—. Pero en cualquier caso, está bien. Estamos bien y no creo que quiera verme de nuevo.

Mi madre volvió a fruncir el ceño.

—¿Estás segura?

Entonces me dejó sola un momento y volvió con una bolsa llena de sobres que tenían la espiral de la vida impresa, todos a mi nombre y con la dirección de su casa.

—La semana pasada recibimos uno de éstos al día, con la correspondencia. Y ayer por la mañana, recibimos otro.

—¡Oh! —exclamé—. Debe de haber olvidado mi dirección. No me extraña que no tuviera noticias tuyas. —Meneé la cabeza y me eché a reír—. ¡Puede que el principal problema de la vida sea la desorganización!

Mi madre me sonrió con cierta tristeza.

Riley salió de su dormitorio con las llaves del coche y vio el sobre que yo tenía en la mano.

—Ah, ¿estamos con esto?

Abrió un cajón de la mesilla del vestíbulo y vino a la mesa del comedor con una

pila de sobres. Los arrojó sobre la mesa y, mientras se metía un trozo de pan papadam en la boca, me dijo:

—Hazme un favor, hermanita. Deja de ignorar a tu vida. Me está bloqueando el buzón con sus cartas.

Al principio, consideraba a mi vida con indiferencia; pero en ese momento, después del día que me había dado, estaba enfadada, y las cartas que había mandado a mi familia hicieron que me enfadara todavía más. Había quedado en encontrarme con él al día siguiente en el Starbucks, tras insistir en que no viniera a mi apartamento. Edna me había llamado para decirme que nos habían dado el día libre en la oficina. Me alegré mucho, no sólo por no tener que ir a trabajar, sino porque estaba realmente avergonzada por el modo espectacular en que mi desconocimiento del español había quedado al descubierto. Haberme puesto deliberadamente en esa situación, sólo para que accediera a reunirme con él, era un acto profundamente despreciable. No sólo había puesto en peligro mi integridad física, sino también la seguridad de todos mis compañeros de oficina. Por la ira que sentía, deseaba que llegara cuanto antes mi segunda cita con la vida.

Al día siguiente, mientras imaginaba las cosas inteligentes y malévolas que iba a decirle, sonó mi móvil. Como la llamada procedía de un número desconocido, no le hice caso. Pero volvió a sonar. Y sonó una vez más. Después, llamaron a la puerta. Fui a abrir. Era mi vecina, cuyo nombre seguía sin recordar, y venía en estado de pánico.

—Disculpa la molestia. Es por mi madre. Ha llamado mi hermano. Me dice que vaya al hospital inmediatamente.

—Ningún problema.

Cogí las llaves y cerré la puerta detrás de mí. Mi vecina estaba temblando.

—No te preocupes. Tienes que ir a verla —le dije con suavidad.

Asintió.

—Es sólo que nunca lo había dejado...

—No te preocupes. Estará bien. Confía en mí.

Me hizo pasar a su apartamento y, hecha un manojo de nervios, me enseñó toda la casa, mientras me daba órdenes.

—He preparado este biberón; caliéntalo antes de dárselo. No se lo toma si no está tibio. Cena a las siete y media, y le gusta ver *El jardín de los sueños* antes de irse a dormir. Sólo tienes que pulsar *PLAY* en el DVD. En cuanto empieza, se queda dormido. Pero no se duerme sin *Ben*, que es ese osito pirata. Si se despierta y está inquieto, cántale «Campanita del lugar» para que se calme.

Me hizo un recorrido por la casa, enseñándomelo todo: anillos de dentición, muñecos de peluche, el esterilizador, por si se me caía el biberón y tenía que prepararlo de nuevo... Finalmente, miró el reloj.

—Tengo que irme. —Se demoró un poco más—. Quizá será mejor que me quede.

—Vete. Todo estará bien.

—Sí, tienes razón. —Se puso el abrigo y abrió la puerta—. Bueno. No espero ninguna visita, y tú tampoco vas a traer a ningún amigo ni nada de eso, ¿no?

—¡Claro que no!

—Y tienes mi número de móvil, ¿verdad?

—Aquí —respondí, agitando el teléfono.

—Muy bien. Gracias. —Se inclinó sobre el parque de juegos—. Adiós, pequeñín. Mamá volverá enseguida —dijo, con lágrimas en los ojos.

Y se marchó, lo cual me supuso un problema.

Llamé a la vida a su despacho, pero no contestó. Tampoco su secretaria cogió el teléfono, lo que significaba que ella había terminado la jornada de trabajo y él ya iba de camino al Starbucks. Esperé hasta la hora de nuestra cita y llamé al café.

—¿Diga? —respondió un tipo que parecía agotado y estresado.

—Hola. Verá, he quedado en encontrarme allí con una persona y tengo que decirle...

—Dígame el nombre —me interrumpió.

—En realidad, no sé su nombre. Pero viste traje y corbata, y probablemente parece cansado y nervioso, y...

—¡Eh, usted! ¡Tiene una llamada! —gritó el hombre en mi oído y se marchó.

Oí que le pasaba el teléfono a otra persona.

—¿Sí?

—Hola —dije con mi voz más amigable—. No vas a creerte lo que ha pasado.

—Espero que no llames para cancelar la cita —dijo él de inmediato—. Espero sinceramente que sólo se te haya hecho tarde, lo que ya de por sí es ofensivo, pero perfectamente honesto, y que no me estés llamando para cancelar la cita.

—De hecho, te llamo para cancelarla, pero no por la razón que tú crees.

—¿Y por qué razón crees que yo creo que la cancelas?

—Falta de interés por ti. Pero eso no es verdad. Bueno, sí es verdad en parte, pero estoy aprendiendo a cambiarlo y no es razón para cancelar la cita. Una vecina me ha pedido que me quede a cuidar a su bebé. Su madre está muy grave y ella ha tenido que salir corriendo al hospital.

Guardó silencio, mientras consideraba mi respuesta.

—Eso es más o menos como cuando un niño dice que el perro se le comió los deberes.

—No, ni por asomo.

—¿Cómo se llama tu vecina?

—No me acuerdo.

—Es la peor mentira que se te podía ocurrir.

—Porque no es mentira. Si fuera mentira, me habría inventado un nombre, como... Claire. De hecho, creo que se llama así —dije—. Se llama Claire.

—¿Has bebido?

—No, estoy cuidando a un bebé.

—¿Dónde?

—En casa de mi vecina. Al otro lado del pasillo. Pero no puedes venir, si eso es lo que estás pensando. Me ha dicho específicamente que no invitara a ningún extraño.

—Yo no sería un extraño si tú acudieras a tus citas.

—Bueno, pero no la castigues a ella por mis errores, ¿de acuerdo?

Terminó la llamada menos enfadado de lo que la había empezado y convencido de que yo le había dicho la verdad, o al menos eso quise creer. Sin embargo, cuando me senté en la mecedora y me puse a ver cómo Makka Pakka bebía zumo de pinky ponk en *El jardín de los sueños*, pensando en realidad en los sucesos del día, oí que llamaban a mi puerta por segunda vez esa noche.

Abrí y lo vi, de pie delante de la puerta de mi apartamento, de espaldas a mí.

—¿Me estás controlando? —pregunté.

Se volvió.

—Te has afeitado —le dije, sorprendida—. No pareces ni remotamente tan abatido como el otro día.

Miró por encima de mi hombro para ver el interior del apartamento de mi vecina.

—¿Dónde está el bebé?

—No puedes entrar. No es mi casa, no puedo dejarte pasar.

—Muy bien, pero al menos puedes enseñarme al bebé. ¿Cómo sé que no te has metido mediante engaños en el piso de la vecina para deshacerte de mí? Y no me mires así. Es el tipo de cosas que sueles hacer.

Suspiré.

—No puedo mostrarte al bebé.

—Tráelo a la puerta. Ni siquiera lo tocaré.

—No puedo mostrarte al bebé.

—Muéstramelo —repitió a su vez—. Muéstrame al bebé, muéstramelo.

—Cállate —repliqué con voz cortante—. No hay ningún bebé.

Pareció confuso y se asomó para ver detrás de mí.

—Veo un montón de cosas de bebé por todas partes.

—Sí, así es. Sale de casa con el cochecito, pero siempre lo lleva vacío. Dice que le están saliendo los primeros dientes y que llora toda la noche, pero yo nunca oigo nada. Aquí no hay ningún bebé. He estado mirando las fotos y en ésta es donde parece más mayor. Debía de tener alrededor de un año cuando murió. Mira.

Cogí una foto de la mesa del vestíbulo y se la di.

—¿Quién es el hombre?

—Imagino que es el marido de ella, pero hace por lo menos un año que no lo veo. Supongo que no pudo soportar verla así.

—¡Qué triste!

Me devolvió la foto y nos quedamos un momento callados y pensativos,

sobrecogidos por la situación. La vida rompió el minuto de silencio.

—Entonces ¿tienes que quedarte, aunque no haya bebé?

—Si me marchara y ella volviera, no podría decirle que me he ido porque no tiene ningún bebé. Eso sería cruel por mi parte.

—De modo que tú no puedes salir y yo no puedo entrar —dijo—. ¡Qué ironía! —Sonrió y, por un brevísimo instante, me pareció atractivo—. Podemos hablar aquí.

—Ya estamos hablando.

Se acercó a la puerta y se sentó en el suelo del pasillo. Yo hice lo mismo en el suelo del vestíbulo, dentro del apartamento. Un vecino salió del ascensor, nos miró y pasó andando entre los dos. Nosotros nos seguimos mirando en silencio.

—La gente puede verte, ¿no? —pregunté.

—¿Qué crees que soy? ¿Un fantasma? —respondió, levantando la vista al cielo—. Puede que sea completamente invisible para ti, pero hay otra gente en este mundo que me presta mucha atención. Incluso hay personas que sienten curiosidad y quieren conocerme.

—De acuerdo, de acuerdo. ¡Qué susceptible eres! —dije.

—¿Estás lista para hablar?

—Estoy enfadada contigo —dije casi de inmediato, recordando de repente todo lo que había ensayado mentalmente.

—¿Por qué?

—Por lo que les hiciste ayer a todas esas personas.

—¿Lo que les hice yo?

—Sí, no merecían verse involucradas en tu..., en tu bola curva, o como sea que la llamas.

—¡Un momento! ¿Tú crees que yo manipulé a toda esa gente para que ocurriera lo que ocurrió ayer?

—¿Y no es así?

—¡Claro que no! —respondió él con particular énfasis—. ¿Por quién me has tomado? Mejor no respondas. Lo único que hice fue sincronizar lo de Augusto Fernández. No tuve nada que ver con lo del otro tipo, comoquiera que se llame.

—Steve —dije yo con firmeza—. Steve Roberts.

Pareció divertido.

—¡Ah! Ahora percibo una lealtad que no noté la semana pasada. ¿Cómo le llamaste entonces? ¿Salchichón?

Desvié la mirada.

—Yo no lo organicé —siguió él—. Tú eres responsable de tu vida y de lo que pase en ella, y el resto de la gente es responsable de la suya. Tu vida no tiene nada que ver con lo que ocurrió ayer. Te sentías culpable —dijo, y como no era una pregunta, no respondí.

Me apoyé la frente en las manos.

—Me duele la cabeza.

—Es por pensar. Hace tiempo que no piensas.

—Pero has dicho que planeaste lo de Fernández. Alteraste su vida.

—No alteré nada. Sincronicé vuestras vidas. Hice que se cruzaran vuestros caminos para ayudaros a los dos.

—¿En qué lo ayudaste a él? El pobre hombre tuvo una pistola apuntando a su cabeza y no había ninguna necesidad de que le pasara una cosa así.

—El pobre hombre tuvo una pistola *de agua* apuntando a su cabeza y creo que pronto averiguarás que ha salido beneficiado de todo esto.

—¿Cómo?

—No lo sé. Tendrás que permanecer atenta a este mismo canal.

—En aquel momento no importó mucho que la pistola fuera de agua —gruñí.

—Ya lo sé. ¿Estás bien?

Guardé silencio.

—¡Eh!

Estiró una pierna y me empujó un poco el pie con el suyo, en actitud juguetona.

—Sí. No. No lo sé.

—¡Ay, Lucy! —suspiró.

Vino a mi lado del pasillo y me dio un abrazo. Al principio, intenté apartarlo, pero él me abrazó con más fuerza, y, al final, cedí y lo abracé también, con la mejilla apoyada en la tela de su traje barato, respirando su olor a moho. Nos apartamos y él me secó tiernamente con los dedos unas lágrimas imaginarias. Su amabilidad me hizo verlo un poquito más atractivo. Me dio un pañuelo de papel y yo me soné con fuerza la nariz.

—Ten cuidado —dijo—. Despertarás al bebé.

Los dos nos reímos con cierta sensación de culpa.

—Soy patética, ¿verdad?

—Estoy por darte la razón, pero antes debería preguntarte: ¿en qué sentido?

—Aquí me tienes, después de haber sido amenazada con una pistola de agua, cuidando a un bebé que no existe.

—Y hablando con tu vida —añadió.

—Buena observación. Estoy hablando con mi vida, que es una persona. ¿Puede haber situación más rara?

—Puede haberla, sí. No hemos hecho más que empezar.

—¿Por qué no la persigue a ella su vida? ¿No te parece triste todo esto? —pregunté, refiriéndome al suelo regado de juguetes, detrás de mí.

Se encogió de hombros.

—Yo no me inmiscuyo en la vida de las otras personas. Sólo me importas tú.

—Su vida debe de estar en fase de negociación —dije—. Deberías imitarla.

—Prefiero imitarte a ti.

Suspiré.

—¿Tan infeliz te sientes?

Asintió y desvió la mirada. Vi que apretaba las mandíbulas, como si le costara controlarse.

—No entiendo por qué estás tan mal —le dije—. Yo me siento bien.

—No te sientes bien —replicó él, negando con la cabeza.

—Bueno, no me despierto todas las mañanas cantando *Good Morning*, pero tampoco voy por ahí —bajé la voz— fingiendo que existen cosas que en realidad no existen.

—¿Ah, no? —Parecía divertido—. Verás. Si te caes y te rompes una pierna, te duele y vas al médico. Te hace una radiografía y se la enseñas a todo el mundo para que vean el hueso roto, ¿no es así?

Asentí.

—Si te duele una muela, vas al dentista. Te mete una cámara en la boca, ve el problema y te dice que necesitas una endodoncia o algo parecido, ¿verdad?

Volví a asentir.

—Todas esas cosas son perfectamente aceptables en la sociedad moderna. Si estás enferma, vas al médico y te receta antibióticos. Si estás deprimida, vas al psicoterapeuta y quizá te recete antidepresivos. Si se te empiezan a notar las canas, te das un baño de color. Pero si tomas un par de malas decisiones en tu vida y tienes mala suerte un par de veces, entonces tienes que seguir adelante como si nada, ¿verdad? Nadie puede ver lo que hay en el fondo de ti, y si tú no puedes verlo y no hay una cámara ni un aparato de rayos X que pueda hacerle una foto para enseñártela, entonces la creencia en la época actual es que ese fondo no existe. Pero yo estoy aquí. Soy lo que está en el fondo de ti, la radiografía de tu vida. Te ponen delante un espejo y yo soy el reflejo. Si me miras, verás tu dolor y tu infelicidad. Todo se refleja en mí. ¿Lo vas entendiendo?

Empezaba a entender el mal aliento, la piel sudorosa y el corte de pelo penoso. Reflexioné un momento.

—Sí, pero eso es bastante injusto para ti.

—Es lo que me ha tocado. Ahora ser feliz es cosa mía. Así que ya ves, se trata tanto de mí como de ti. Cuanto más vivas la vida, más feliz me sentiré; cuanto más satisfecha te sientas, más sano estaré yo.

—Entonces, tu felicidad depende de mí.

—Prefiero pensar que somos un equipo. Tú eres Lois Lane, y yo Superman; tú eres Pinky, y yo Cerebro.

—Eres la radiografía de mi pierna rota —dije yo. Los dos sonreímos y me sentí como si hubiéramos acordado una especie de tregua.

—¿Has hablado con tu familia sobre lo ocurrido? Seguramente estarán preocupados por ti.

—Ya sabes que sí.

—Creo que sería mejor que los dos actuásemos en estas conversaciones como si yo no supiera nada.

—Ya lo hago, no te preocupes. Ayer vi a mi madre y a Riley. Fui a casa de mi hermano. Pedimos comida paquistaní y mamá insistió en prepararme una taza de chocolate, como cuando yo era pequeña y me caía —dije riendo.

—Parece bonito.

—Fue bonito.

—¿Hablasteis de lo sucedido ayer?

—Les dije que estaba en otra oficina, haciendo un recado, y que me había perdido toda la acción.

—¿Por qué les dijiste eso?

—No lo sé. Para no preocuparlos.

—¡Siempre tan atenta! —exclamó él con sarcasmo—. No fue para protegerlos a ellos, sino para protegerte a ti. Lo hiciste para no tener que hablar al respecto y no tener que reconocer ningún sentimiento, esa palabra que tanto te incomoda.

—No sé. Quizá. Todo lo que dices parece muy complicado y yo no suelo pensar así.

—¿Quieres que te cuente mi teoría?

—Adelante.

Apoyé la barbilla en la mano.

—Hace un par de años, cuando Blake... —Hizo una pausa—. Cuando tú lo dejaste...

Sonreí.

—... empezaste a mentir a la gente, y cuanto más mentías, más fácil te resultaba mentirte a ti misma.

—Es una teoría interesante, pero no sé si es cierta o no.

—Bueno, pongámosla a prueba. Pronto tendrás que dejar de mentir a los demás, cosa que, por cierto, será más difícil de lo que piensas, y entonces empezarás a descubrir la verdad sobre ti misma, que también será más dura de lo que piensas.

Me froté la cabeza dolorida, deseando no haberme metido en tamaño lío.

—¿Cómo lo haremos?

—Tendrás que permitir que pase más tiempo contigo.

—Sí, como quieras. ¿Citas semanales?

—No, me refiero a ir a la oficina contigo, dejarme conocer a tus amigos y ese tipo de cosas.

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

—No puedo llevarte a cenar a casa de mis padres, ni puedes venir cuando salgo con mis amigos. Pensarían que estoy mal de la cabeza.

—Tienes miedo de que sepan cosas de ti.

—Si mi vida, que eres tú, se sienta a la mesa, lo sabrán absolutamente todo.

—¿Y por qué te parece eso tan aterrador?

—Porque es mi intimidad. Tú perteneces a mi intimidad. Nadie lleva su vida a

una cena.

—Creo que descubrirás que eso precisamente es lo que hace la mayoría de las personas a las que quieres. Pero eso no es lo importante. Lo importante es que necesitamos hacer más cosas juntos.

—Me parece muy bien, pero no tenemos por qué hacerlas con mi familia y mis amigos. Podemos mantener las cosas separadas.

—Ya lo estás haciendo. Nadie sabe nada de ti.

—No vamos a hacer nada de lo que dices —declaré.

Guardó silencio.

—Vas a venir de todos modos, ¿verdad? —le pregunté.

Asintió y yo suspiré.

—No siempre le miento a todo el mundo, ¿sabes?

—Ya lo sé. Al número de teléfono equivocado no le mientes.

—¿Lo ves? Otra cosa rara.

—No creas. A veces, los números equivocados son los más acertados —sonrió.

Se empeñó en empezar nuestra trayectoria juntos conociendo el lugar donde yo vivía. Imagino que estaba convencido de que la visión de mi morada le abriría las puertas de mis grandes misterios. Yo no estaba de acuerdo, porque tenía la sensación de que sólo le abriría la puerta de un apartamento muy descuidado y le haría estallar en la cara un desagradable olor a pescado podrido. La manera de entender las metáforas no fue más que el principio de nuestras diferencias. Estábamos en ello, cuando Claire volvió del hospital y se puso a mirar con desconfianza al desconocido que encontró sentado en el suelo conmigo, delante de la puerta de su apartamento. Yo me puse de pie al instante.

—No lo he dejado pasar —dije.

Se le suavizó la expresión y se volvió hacia él.

—Pensarás que soy descortés.

—No, tienes todo el derecho —dijo la vida—. Lo que me sorprende es que la hayas dejado pasar a ella.

Mi vecina sonrió.

—Le agradezco a Lucy su ayuda.

—¿Cómo está tu madre? —le pregunté.

Sabía que la vida aún estaba poniendo a prueba mi coartada, pero superé el examen sin problemas, porque la cara de mi vecina lo decía todo. Nadie podía fingir tanta preocupación.

—Está estable..., de momento —dijo—. ¿Cómo está Conor?

—Hum. Dormido.

—¿Se ha tomado el biberón?

—Sí.

Había echado todo su contenido por el desagüe.

Mi vecina pareció satisfecha. Se puso a rebuscar en el bolso y sacó unos billetes.

—Aquí tienes, por tu tiempo. Muchísimas gracias —dijo, tendiéndome el dinero.

Yo deseaba aceptarlo. Realmente lo habría aceptado. *Sebastian* necesitaba muchas reparaciones, la moqueta aún estaba por limpiar, mi cabello habría agradecido un peinado profesional y a mí me habría gustado comer algo que no fueran cenas de microondas. Pero no. La vida me estaba mirando, de modo que hice lo correcto.

—No puedo aceptarlo. —Tuve que hacer un gran esfuerzo para que me salieran las palabras, que pugnaban por quedarse dentro—. Lo he hecho con mucho gusto, de verdad.

Entonces llegó el momento. Introduje la llave en la cerradura y la hice girar. Con un ademán, le indiqué a la vida que pasara delante de mí. Parecía entusiasmado. Yo

sentía de todo menos entusiasmo. Entré detrás de él y cerré la puerta, con una dolorosa conciencia del olor y la esperanza de que tuviera la amabilidad de no mencionarlo. El *Señor Pan* se despertó, se desperezó y vino deslizándose hacia nosotros para conocer a nuestro nuevo invitado, moviendo lentamente las caderas de un lado a otro, en una cadencia hipnótica que lo hizo parecer el gato más afeminado del mundo. Contempló un momento a mi vida y empezó a restregarse contra sus piernas, con la cola levantada.

—Tienes un gato —constató él, mientras se arrodillaba y se ponía a acariciarlo.

El *Señor Pan* se regodeaba en la gloria de ser el centro de su atención.

—Te presento al *Señor Pan*. *Señor Pan*, te presento a... ¿Cómo quieres que te llame?

—Vida.

—No puedo presentarte así a la gente. Tendremos que pensar en un nombre.

Se encogió de hombros.

—Me da igual cualquier nombre.

—De acuerdo. Te llamaré Engelbert.

—No quiero llamarme Engelbert. —Miró a su alrededor y vio mis numerosas fotografías enmarcadas de Gene Kelly y el cartel de *Cantando bajo la lluvia* en la puerta del baño—. Llámame Gene.

—No, no puedes llamarte así.

No podía tener más Genes en mi vida. Ya tenía a Gene Kelly y a Don Lockwood, al que le había dicho que no volviera a llamarme nunca más.

—¿Quién es el otro tipo? —preguntó, señalando el cartel.

—Donald O'Connor, en el papel de Cosmo Brown.

—Entonces me llamaré Cosmo Brown —dijo él, con un falso acento de película americana de los años cincuenta.

—No, no pienso presentarte a la gente diciendo que te llamas Cosmo.

—Cosmo o vida. Tú eliges, muñeca.

—De acuerdo, muy bien. Déjame que te enseñe el apartamento. —Me situé frente a la puerta, como una azafata, y extendí los brazos, como si fuera a repasar los procedimientos de emergencia—. A mi izquierda, el baño. Si quieres usarlo, tendrás que encender la luz del extractor de la cocina, porque la bombilla está quemada. A mi derecha, la cocina. Un poco más a mi izquierda, el dormitorio, y un poco más a la derecha, el cuarto de estar. Fin del recorrido.

Hice una reverencia. Mi vida podía abarcarlo todo desde donde estaba. Sólo tenía que mover los ojos.

Estudió todo el espacio.

—¿Qué te parece? —le pregunté.

—Apesta a pescado. ¿Y qué es eso que hay ahí, en la alfombra?

Suspiré. No había podido concederme ni un minuto de cortesía, que era el fundamento sobre el que había construido mi vida.

—Es cóctel de gambas. El *Señor Pan* lo volcó y lo repartió por el suelo con las patas. ¿Satisfecho?

—Sí, pero me refería a eso —dijo, señalando lo que estaba escrito en la moqueta.

—¡Ah, eso! Es el nombre de una empresa de limpieza de alfombras.

—Claro que sí. —Se volvió hacia mí con ojos sonrientes—. No voy a preguntarte por qué está escrito en el suelo. Llámalos —añadió.

Se fue directamente a mi armario esquinero y se puso a revolver mis golosinas. El *Señor Pan* lo siguió, el muy traidor. La vida se sentó en la encimera y se puso a comer galletas, cosa que me fastidió, porque pensaba comérmelas para la cena.

—La alfombra está asquerosa. Tienes que llamarlos.

—No puedo faltar al trabajo para quedarme en casa a esperar a que vengan. Ese tipo de cosas siempre son una molestia.

—Pídeles que vengan durante el fin de semana, y, si no pueden, siempre está la posibilidad de que mañana te despidan.

—Pensaba que habías venido para hacerme sentir mejor.

—¿No querías que te despidieran?

—Sí, así es. Pero quería entrar en el expediente de regulación de empleo y no que me despidieran por no saber español.

—No es precisamente una menudencia. Se supone que eres su experta en idiomas.

—Hablo otros cinco idiomas —repliqué secamente.

—¡Pero en ninguno dices la verdad! —contestó él riendo, antes de meterse una galleta entera en la boca.

Lo miré de arriba abajo, con cierta repulsión.

—Tienes ginecomastia.

—¿Qué es eso?

—¿Por qué no lo buscas en ese ordenador tuyo?

—Lo buscaré. —Sacó su iPhone—. Y ahora, llámalos. La alfombra está asquerosa. No se ha limpiado como Dios manda desde que te mudaste y sospecho que incluso desde hace más tiempo, por lo que tiene incrustados piel, pelos y uñas tuyas y de algún desconocido, además de pelos del gato y todos los bichos y bacterias que tenga dentro ese animal, y, cada vez que respiras, inhalas todo eso y te lo metes en los pulmones.

Asqueada, intenté quitarle el teléfono de la mano, pero él lo agarró con fuerza.

—Es mi teléfono. Usa el tuyo. Estoy buscando «ginecomastia» en Google.

Contuve la risa y marqué el número de información para que me conectaran con la empresa de limpieza de alfombras. Un segundo antes de que atendieran la llamada deseé que volviera a contestar Don. Pero no. Me atendió un señor mayor llamado Roger y en dos minutos acordamos que vendría a casa el domingo. Colgué bastante orgullosa de mí misma. Al fin había hecho algo. Pero la vida no pensaba felicitarme. Al contrario, me estaba mirando con expresión colérica.

—¿Qué pasa?

—Me has dicho que tengo tetas.

Me eché a reír.

—Bueno, te has descuidado un poco, ¿no?

—La culpa no ha sido mía.

—Yo voy al gimnasio cinco días a la semana —me defendí.

—Probablemente es la única razón por la que aún seguimos en pie tú y yo —respondió, mientras bajaba de un salto de la encimera y pasaba por encima del respaldo del sofá para ir a sentarse.

—No puedo dejar de comentar tu aspecto. Pareces tan... sucio. Necesitas una renovación total. ¿Tienes alguna otra cosa en el guardarropa? —Hice una pausa—. ¿Tienes guardarropa?

—Esto no es un programa de televisión, Lucy. No soy tu proyecto. No creas que todo se arreglará si dedicas un día a sacarme brillo a las uñas y hacerme una permanente.

—¿Y qué tal una depilación de la espalda y los pelos del culo?

—Eres repulsiva y me da vergüenza ser tu vida. —Dio un bocado a otra galleta y señaló mi cama con un movimiento de cabeza—. ¿Has tenido alguna visita?

—Me resulta incómodo hablar de eso contigo.

—¿Porque soy un hombre?

—Porque... No creo que sea importante. Sí, de acuerdo, porque eres un hombre. Pero no soy ninguna mojigata. —Levanté la barbilla y pasé por encima del respaldo del sofá para ir a sentarme a su lado—. La respuesta es no. No he tenido ninguna visita, pero eso no significa que no haya habido actividad.

—¡No tienes por qué contarme los detalles! —exclamó, arrugando la nariz.

—No, no me refiero a la cama —aclaré, levantando la vista al cielo—. Me refiero a mi vida.

—Espera un momento. —Sonrió, se puso a buscar en su mochila y sacó un iPad—. Estás hablando de Alex Buckley —leyó—. Corredor de bolsa. Lo conociste en un bar. A ti te gustó su corbata, y a él, tus tetas, aunque no lo dijo. Bueno, no te lo dijo a ti, pero se lo dijo a su colega, Tony, que replicó: «¡Sí! ¿Por qué no? ¡Tíratela!». Un encanto. A ti te dijo, y abro comillas: «Debo de tener algo en los ojos, porque no puedo quitártelos de encima». Cierro comillas. —Se echó a reír a carcajadas—. ¡No me digas que eso funciona contigo!

—No. —Extraje una pluma del cojín y, al verla, el *Señor Pan* se me acercó para jugar—. Lo que funcionó fueron las copas que me pagó. En cualquier caso, fue amable y simpático.

—Fuiste con él a su casa. —Siguió leyendo y de pronto puso cara de disgusto—. No creo que sea necesario leer todo esto. Blablablá y te marchaste antes del desayuno. Eso fue hace diez meses.

—No fue hace diez meses. Fue hace... —Me puse a calcularlo mentalmente—.

Bueno, no fue hace diez meses.

—Fue la última vez que tuviste algo de acción —dijo, con fingida desaprobación—, al menos fuera de este apartamento.

—¡Déjalo ya, por favor! Sí, lo reconozco. Soy muy exigente con los hombres. No puedo irme a la cama con cualquiera.

—Claro, sólo con tipos muy especiales, como Alex Buckley, el corredor de bolsa encaprichado con tus tetas.

Me eché a reír.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—«Exigente» es decir poco. —Se puso serio—. No estás ni remotamente preparada para relacionarte con un hombre. Todavía no has superado lo de Blake.

—¡No seas ridículo! Lo he superado total y absolutamente —exageré, hablando como una adolescente engreída.

—No es cierto. Si lo hubieras superado, no habrías tenido que beber como un cosaco para acercarte a un hombre. Si lo hubieras superado, habrías sido capaz de seguir tu camino y conocer a otro.

—Si me lo permites, te recordaré que no necesito relacionarme con ningún hombre para sentirme completa. Me basta con estar contenta y satisfecha conmigo misma.

Intenté no reírme mientras lo decía.

—Como dijo Shakespeare, «sé sincero contigo mismo» —dijo, asintiendo—. Te creo. Pero si eres incapaz de conocer a otra persona, porque estás atrapada en el pasado, entonces tienes un problema.

—¿Quién ha dicho que yo tenga ese problema? Siempre estoy abierta a conocer gente nueva.

Le quité las galletas.

—¿Qué me dices del tipo del café, el domingo en que nos vimos? Prácticamente te lo eché encima y tú ni siquiera te paraste a mirarlo. Abro comillas: «Se me hace tarde para encontrarme con mi novio» —dijo, imitando mi tono de voz—. Cierro comillas.

—¿Me tendiste una trampa? —pregunté, sofocando una exclamación de sorpresa.

—Tenía que medir la gravedad de tu problema.

—Lo sabía. Sabía que era demasiado atractivo para ser una persona normal. Era un actor.

—No era ningún actor. No acabas de entenderlo, ¿verdad? Sincronicé vuestras vidas. Hice que se cruzaran vuestros caminos para que ocurriera algo.

—Pero no ocurrió nada, así que fallaste —repliqué en tono cortante.

—Ocurrió algo. Lo rechazaste y él volvió con su novia, a la que echaba tremendamente de menos después de romper con ella. Tu reacción le hizo darse cuenta de ello.

—¿Cómo te atreves a utilizarme de ese modo?

—¿Utilizarte? ¿Cómo crees que se desarrolla la vida? Hay una serie de coincidencias y sucesos que tienen que producirse de alguna manera. ¿Tú crees que nuestras vidas chocan y se entrelazan sin orden ni concierto? Si no hubiera ninguna razón, ¿para qué serviría todo? ¿Por qué crees que pasan las cosas? Hay resultados, repercusiones y consecuencias cada vez que conoces a alguien o dices algo. Honestamente, Lucy...

Meneó la cabeza y se llevó a la boca otra galleta.

—Ahí está el quid. Yo no lo sabía.

—¿Qué es lo que no sabías?

—¡Que hubiera un sentido!

Frunció el ceño, con expresión confusa, pero enseguida lo comprendió.

—¡Lucy, todo tiene un sentido!

No supe muy bien si creerle o no.

—¿Con quién más has sincronizado mi vida?

—¿En los últimos tiempos? Con no muchos que tú recuerdes. Solamente con esa simpática señora norteamericana de la recepción. Por tu cara, me doy cuenta de que no te lo esperabas. Por cierto, puedes agradecerle que esté hoy aquí, porque ella me hizo recuperar las ganas de verte, después de nuestra última reunión.

—¡Como si no hubieras estado desesperado por verme de nuevo!

—Créeme que no. Pero cuando le dejaste la tableta de chocolate en el mostrador tuve un momento Willy Wonka.

—¿Qué es eso? ¿Un código secreto para algún acto íntimo?

—No. ¿Recuerdas cuando el señor Slugworth le pide a Charlie que robe el caramelo chupeterno y le ofrece a cambio cuidar para siempre de su familia, pero Charlie no le hace caso y al final de la película deja el caramelo en el despacho de Wonka, logrando de esa forma que Wonka aprecie su verdadero valor como persona?

—Me lo acabas de recordar.

—Ya, te lo acabo de recordar. ¡Pero si has visto la película veintiséis veces! Le llevaste una tableta de chocolate a la señora Morgan y fue un gesto muy amable de tu parte.

—Bueno, ella había dicho que le gustaba.

—Tu gesto me recordó que tienes un buen fondo y que te preocupas por la gente. Eso nunca ha sido un problema. Sólo tengo que conseguir que empieces a preocuparte por mí.

Con eso me llegó al corazón. Nadie me había dicho nunca algo semejante, y me emocionó que lo dijera ese hombre joven, de aspecto exhausto y desesperado, con mal aliento y traje arrugado, que sólo deseaba agradar.

—Entonces ¿la contrataste por eso? ¿Para que yo pudiera tener otra oportunidad contigo?

Pareció sorprendido.

—Nunca lo había visto de ese modo. —De pronto, bostezó—. ¿Dónde voy a

dormir?

—En el mismo sitio donde duermes habitualmente.

—Creo que debería quedarme aquí, Lucy.

—Muy bien, no hay problema —repliqué con calma—. Estaré en casa de mi amiga Melanie, si me necesitas.

—Ah, sí, Melanie, la que se molesta porque siempre te vas de todos los sitios antes de tiempo. —Volvió a consultar su iPad—. Esa misma Melanie dijo el otro día, cuando acababas de irte del restaurante, lo siguiente (abro comillas): «Estoy convencida de que le pasa algo. Estoy deseando hablar a solas con ella para averiguar qué tiene». Cierro comillas.

Pareció encantado con la información. A mí me horrorizó. Estar a solas con Melanie era lo que menos necesitaba en ese momento, y tampoco quería volver a casa de Riley para pasar la noche con él y con mamá.

—Puedes dormir en el sofá si quieres —le dije, derrotada, antes de pasar por encima del respaldo para llegar a mi cama.

Durmió en el sofá con el *Señor Pan*, cubierto con una manta polvorienta que yo había rescatado del altillo del armario, mientras él me iluminaba con una linterna, sin dejar de hacer comentarios desaprobadores entre dientes. No decía nada en voz alta, pero yo oía mentalmente sus comentarios, con una cadencia que me recordó la del reloj de pie que teníamos en el vestíbulo cuando yo era pequeña y que no me dejaba dormir por la noche, hasta que le metí un cojín en el péndulo y después le eché la culpa a Riley. Roncaba tan estruendosamente que por primera vez en mucho tiempo mi vida me mantuvo despierta toda la noche. Hacia las dos, recordé el truco del reloj de pie y le arrojé un cojín, pero no atiné y sólo conseguí que el *Señor Pan* sufriera un ataque de pánico. Las cuatro y once fue la última hora que vi antes de quedarme dormida. A las seis me despertó con el ruido de la ducha. Después, salió subrepticamente del apartamento y volvió al poco rato, haciendo tintinear las llaves, entrechocando trastos y alborotando como para despertar a todo el edificio. Yo sabía que intentaba molestarme, por lo que mantuve los ojos deliberadamente cerrados por lo menos diez minutos más de lo que habría querido por mí misma. Al final, el aroma me sacó de la cama. Lo encontré sentado delante de la encimera, comiendo una tortilla francesa. Se había remangado la camisa hasta los codos y tenía el pelo mojado y peinado hacia atrás. Tenía un aspecto diferente. Estaba limpio.

—Buenos días —dijo.

—¡Vaya! Ya no te huele el aliento.

Pareció ofendido.

—Di lo que quieras —contestó, mientras volvía a la lectura del periódico—. Tus palabras no pueden herirme. Aquí tienes el café y el crucigrama.

Fue una sorpresa que me emocionó de verdad.

—Gracias.

—También he comprado una bombilla para la lámpara del baño. Pero tendrás que

ponerla tú.

—Gracias.

—Y esa tortilla todavía está caliente.

Sobre la encimera había una tortilla de jamón, queso y pimientos rojos.

—Muchísimas gracias —le sonreí—. Eres muy amable.

—No hay de qué.

Comimos en silencio, mientras escuchábamos a un hombre y a una mujer en un programa matinal de televisión, que repasaron las últimas novedades de las series de mayor éxito y hablaron de la actualidad y de un estudio reciente sobre el acné en los adolescentes. No cambié la bombilla quemada. Me habría llevado demasiado tiempo y esfuerzo, ya que después de sentarme y tomar un desayuno normal empezaba a tener prisa. Tuve que ducharme con la puerta abierta, mirando todo el tiempo a la cocina para asegurarme de que mi vida no fuera un perverso. Me vestí en el baño. Cuando salí, él estaba listo, con su mochila y su traje arrugado. Me había sentido asombrosamente a gusto con él, pero de pronto empecé a sospechar. Siempre había una trampa.

—Bueno, supongo que ha llegado la hora de despedirnos —dije, esperanzada.

—Voy contigo al trabajo —replicó él.

Entré muy nerviosa en la oficina, en parte por la perspectiva de enfrentarme a todos mis compañeros después del incidente del martes, pero sobre todo porque la vida venía conmigo. Esperaba que los guardias de seguridad me solucionaran al menos ese problema. Pasé el documento de identidad por la ranura y se levantó la barrera. La vida, que venía detrás de mí, se topó directamente con la barra y lo oí emitir un grito sofocado, como si hubiera recibido un golpe en el estómago. Intenté no sonreír, pero fracasé miserablemente.

—¡Eh! —lo llamaron los guardias.

No solían ser demasiado eficientes, pero después del episodio con Steve, estaban en alerta máxima.

Me volví e intenté hacer ver que me deshacía en disculpas.

—Lo siento, pero se me hace tarde. Tengo que darme prisa. Nos vemos a la hora de comer, ¿de acuerdo?

Abrió la boca asombrado y yo le di la espalda y me dirigí a toda prisa al ascensor, intentando confundirme con la multitud, como si me estuvieran persiguiendo. Mientras esperaba, vi que un guardia de seguridad dos veces más ancho que mi vida se dirigía hacia él en actitud de machacarlo. Mi vida buscó en la mochila y sacó unos papeles. El guardia cogió los documentos como si fueran trozos de pescado podrido y se puso a leerlos. Después, me miró a mí, miró otra vez los papeles, volvió a mirar a mi vida, y finalmente, le devolvió los documentos y se fue de vuelta a su mesa. Pulsó el botón que había detrás y levantó la barrera.

—¡Gracias! —le gritó mi vida.

El guardia le hizo un ademán para que pasara. La vida me sonrió con orgullo y los

dos subimos juntos en el ascensor atestado de gente, sin decir palabra. Los sospechosos habituales ya estaban en la oficina. Habían formado un corro y resultaba evidente que estaban hablando de mí, porque en cuanto entré se callaron y levantaron la vista. Todas las miradas se concentraron de inmediato en mi vida, y después en mí.

—Hola, Lucy —dijo la Preguntona—. ¿Es tu abogado?

—¿Por qué? ¿Buscas uno para la boda? —respondí con sarcasmo.

Graham no se rió y eso me descorazonó un poco. Siempre me reía las ocurrencias. Me pregunté si ya no volvería a acosarme sexualmente y eso también me contrarió. Mi respuesta a Louise había sido un chiste fácil, pero en realidad disimulaba el hecho de que no sabía qué decir. Había tenido mucho tiempo para decidir cómo presentaría a mi vida, pero más allá de llamarlo Cosmo (lo que probablemente suscitaría más preguntas que respuestas), seguía sin tener una historia preparada. Podía inventarme una mentira perfectamente adecuada. De hecho, podía inventarme muchísimas mentiras perfectamente adecuadas. Podía decir que era un enfermo terminal cuyo último deseo era pasar el tiempo conmigo, o un primo de visita en la ciudad, o un estudiante universitario deseoso de adquirir experiencia, o un amigo enfermo mental que había salido por un día del psiquiátrico, o un periodista que estaba escribiendo un reportaje sobre las mujeres trabajadoras modernas y me había elegido como protagonista de su artículo. Estaba segura de que todos se habrían creído cualquiera de esas historias, pero sabía que mi vida no las habría aprobado. Por un momento, traté de inventarme una mentira perfecta que mi vida pudiera aprobar, lo que no dejaba de ser irónico, porque probablemente en toda la historia del mundo no había existido nunca tal mentira, ni existiría nunca. Pero Edna me salvó del asedio de miradas, preguntas pendientes y acusaciones, cuando me llamó a su despacho para someterme a una sesión de todo eso, en la que al menos estaríamos ella y yo a solas. Pensé que podría soportarlo. Mientras me dirigía a su oficina, les sonreí a todos con dulzura, como disculpándome por tener que dejarlos. Antes de irme, me volví hacia la vida y le dije entre dientes:

—¿Vas a esperar aquí?

—No, entraré contigo —respondió sin bajar la voz, por lo que ya no le dije nada más.

Entré en el despacho de Edna y me senté a la mesa circular que tenía junto a la ventana. En el despacho había una rosa blanca artificial en un jarrón alto y delgado, y un ejemplar del *Ulises* en un estante, detrás del escritorio. Eran dos de las cosas que siempre me habían molestado de Edna, porque yo detestaba las flores artificiales y suponía que ella nunca había leído el *Ulises* pero lo había puesto en el estante porque le gustaba dar esa imagen. Edna miró a mi vida.

—Hola —le dijo, como preguntándole «¿Y tú quién eres?».

—Señora Larson, me llamo... —Mi vida me miró y noté que apretaba los labios para reprimir una sonrisa—. Me llamo Cosmo Brown. Tengo aquí unos documentos, en los que podrá comprobar que tengo autorización para acompañar a Lucy Silchester

en todo momento. Incluyen un acuerdo de confidencialidad, firmado por mí, sellado y certificado por un notario registrado. Puede tener la certeza de que todo lo que oiga sobre la empresa en esta conversación quedará entre nosotros; sin embargo, podré hablar libremente, si así lo deseo, de todo lo relacionado con Lucy y su vida personal.

Edna aceptó los papeles y, al leerlos, su expresión fue de comprensión.

—Muy bien, señor Brown. Siéntese, por favor.

—Puedes tutearme y llamarme Cosmo —respondió él sonriendo, y yo supe que lo decía para molestarme.

Edna empezó a hablar, mirándolo a él.

—Esta reunión es sobre los incidentes que tuvieron lugar el martes. Imagino que estás al corriente de lo sucedido con Steve Roberts.

Mi vida asintió.

—Perdona, Edna, pero ¿tienes que dirigirte a él cuando hablas de mí? —Miré a mi vida—. ¿Tiene que dirigirse a ti?

—Puede dirigirse a quien quiera, Lucy.

—Pero no tiene por qué mirarte a ti.

—No, no tiene por qué mirarme a mí.

—De acuerdo. —Me volví otra vez hacia Edna—. No es necesario que te dirijas a él.

—Gracias, Lucy. ¿Por dónde iba? —Volvió una vez más la mirada hacia mi vida—. Lo que vamos a tratar ahora no es lo ocurrido con Steve, aunque si Lucy tuviera alguna preocupación personal al respecto, y francamente no me extrañaría que la tuviera, entonces yo, como superior inmediata suya, soy la persona a la que puede acudir por cualquier asunto relacionado con lo sucedido...

—¡Eh, perdonadme, pero sigo aquí! No hace falta que habléis como si yo no estuviera en la habitación.

Entonces Edna volvió la vista hacia mí y me atravesó con una mirada tan fría y acerada que me hizo desear que siguiera mirando a mi vida.

—Esta reunión tiene que ver con la revelación que salió a la luz a raíz de esos sucesos, durante los cuales descubrimos que en realidad no sabes hablar español.

—Sé hablar español, pero la presión del momento fue excesiva. Tenía una pistola apuntándome a la cara y no podía pensar.

Edna pareció aliviada y por fin se ablandó.

—¡Lucy, eso es exactamente lo que pensé yo! ¡Dios mío, en esas circunstancias, yo ni siquiera hubiera recordado mi nombre! Sólo esperaba que me lo confirmaras. Como podrás comprender, tengo que hacer un informe oficial que...

—Perdón. ¿Puedo interrumpir? —dijo la vida.

Lo miré con los ojos como platos.

—No creo que te esté permitido. —Miré a Edna—. ¿Le está permitido? Creo que sólo tiene autorización para presenciar mi vida, pero no para participar en...

—No, nada de eso. Tengo autorización para participar —me dijo él. Después,

miró a Edna—. Quiero confirmar que Lucy no sabe español.

Me quedé boquiabierta. A Edna se le agrandaron los ojos todavía más de lo normal en su cara de pez.

—Disculpa. ¿Has dicho «sabe» o «no sabe»?

—Ratifico que he dicho «no sabe». —Lo dijo lentamente, pronunciando con cuidado cada letra—. Ella —insistió, señalándome con un dedo, para dejar perfectamente claro que no se estaba refiriendo a la rosa artificial sobre la mesa— es incapaz de hablar español. Percibo un riesgo de que vuelva a engañarte, por lo que considero apropiado intervenir y aclararte la situación.

Después me miró, como diciendo: «¿Qué te ha parecido? ¿Lo he hecho bien?».

Yo estaba sin habla. Mi vida me había clavado un puñal por la espalda. Edna también se quedó un momento callada, pero no tardó en recuperar la voz. Siguió hablando con él, en lugar de dirigirse a mí.

—Estoy segura de que comprendes, Cosmo, que la situación es muy seria.

Sentí que me nacían gotas de sudor en la frente.

—Por supuesto —convino él.

—Como Lucy está empleada como nuestra especialista en idiomas extranjeros y como hace dos años y medio que traduce nuestros manuales, me preocupa que su falta de conocimiento del español haya puesto en peligro a los clientes que compran nuestros productos y en una situación comprometida a la empresa. Porque, vamos a ver, ¿quién demonios hacía las traducciones al español? ¿Eran correctas? ¿Las sacaba de un diccionario?

—Las hacía una persona de mucho prestigio, hispanohablante de nacimiento, cuyas traducciones de manuales de instrucciones son insuperables —dije rápidamente.

—En realidad, no puedes asegurarlo —intervino mi vida.

—Nunca ha habido quejas —dije, cansada de sus traiciones.

—Que nosotros sepamos... —matizó Edna, y mi vida le dio la razón.

—¿Quién era esa persona que traducía en tu lugar? —preguntó Edna, incapaz de disimular la sorpresa.

—Una persona de mucho prestigio...

—Eso ya lo has dicho —me interrumpió él.

—... del sector empresarial español —proseguí de todos modos—. En realidad, no ha sido tanto un engaño como una subcontratación. Ya sé que nadie ha mencionado esa palabra, pero es lo que he sentido todo el tiempo —dije, intentando parecer cargada de razón—. Mira, sé hablar perfectamente todos los otros idiomas. Eso no es mentira. Díselo.

Miré a la vida para que me apoyara, pero él hizo un gesto de impotencia.

—No creo que ésa sea mi función aquí.

Tragué saliva y bajé la voz.

—Mira, Edna. Si pudieras permitirme que conserve el trabajo, entonces quizá

Quentin podría ocuparse de las traducciones al español y todo quedaría dentro de la empresa, todo sería perfectamente legal y no habría nada de qué preocuparse. Te pido mil disculpas por no haber dicho toda la verdad...

—Por mentir —me corrigió la vida.

—Por no haber dicho toda la verdad —insistí.

—Por mentir —se empeñó él—. Mentiste.

—¿Quién no miente en su currículum? —repliqué indignada—. ¡Todo el mundo lo hace! Pregunta a los de ahí fuera si alguna vez han mentido y te dirán que han exagerado un poco la verdad. Apuesto a que tú también lo has hecho —añadí, dirigiéndome a Edna—. Dijiste que habías trabajado cuatro años en Global Maximum, cuando todo el mundo sabe que fueron dos y que la mitad de ese tiempo fuiste adjunta a la dirección y no directora, como dijiste.

Edna me miró atónita. Yo también me quedé estupefacta, cuando me di cuenta de lo que había dicho.

—Pero eso no significa que hayas mentido —me apresuré a añadir—. Todos exageramos la verdad, pero eso no resta nada a las virtudes que tú y yo podamos tener o no tener.

—Muy bien, creo que ya he oído todo lo que tenía que oír —replicó Edna, masajeándose las sienes—. Voy a tener que informar de esto a una instancia superior.

—No, por favor, no hagas eso. —Tendí la mano y le cogí un brazo—. No lo hagas, por favor. Mira, no hay nada de que preocuparse. El departamento jurídico no habría dado su visto bueno a nuestros manuales si no hubieran estado perfectos. Hay correcciones y controles. Yo no soy la última responsable del proceso. Así que no te preocupes, porque nada de esto se volverá contra ti, y si alguna vez ocurriera, entonces tampoco tendrías nada que temer, porque tú no sabías nada. Nadie sabía nada.

—¿Quentin lo sabía? —dijo, con expresión de suspicacia.

—¿Por qué lo preguntas? —repliqué, frunciendo el ceño.

—Dime la verdad, Lucy. Quentin lo sabía, ¿no es así?

Su pregunta me desconcertó.

—Nadie sabía nada.

—Pero el martes, cuando Steve te estaba pidiendo que tradujeras, él lo sabía. En ese momento, cuando salió de debajo de la mesa, él lo sabía.

—Creo que para entonces todos lo habían comprendido. Era evidente que yo no tenía ni una sola palabra en la cabeza.

—Me parece que estás mintiendo de nuevo —dijo ella.

—No, te aseguro que no. Bueno, no estoy mintiendo del todo. Creo que Quentin se dio cuenta un poco antes, cuando...

Edna meneó la cabeza.

—¿Cuánto más tengo que sonsacarte, Lucy? Te aseguro que...

—No, no, escucha —la interrumpí—. Lo averiguó unos minutos antes, cuando

intenté hablar con Augusto Fernández.

Edna ya no me estaba escuchando. Había renunciado a oírme.

—No sé. —Arregló sus papeles, los apartó y se puso de pie—. Ya no sé qué creer. Francamente, me he llevado una sorpresa contigo, Lucy. Creía que eras una de las pocas personas que no tenía nada que ocultar en esta..., en esta casa de... —Desvió la mirada hacia los escritorios de fuera—. En cualquier caso, me he llevado una sorpresa contigo. Pero también es cierto —añadió, mirando a mi vida— que pensaba lo mismo de mi hermana, que al final acabó en un... —se interrumpió, como buscando la palabra adecuada para describir la situación— en un atolladero semejante al que te encuentras tú ahora.

Mi vida asintió gravemente, como si ambos compartieran un secreto.

Ella suspiró.

—Dices que Quentin lo sabía, que no lo sabía... No pareces muy segura, ni resultas nada convincente.

—No, no. De esto estoy completamente segura. Por favor...

—Creo que ya le hemos dedicado suficiente tiempo a este problema —dijo—. ¿Por qué no vuelves con los demás, mientras yo reflexiono sobre lo que acabamos de hablar? Gracias, Lucy. Gracias, Cosmo.

Nos estrechó la mano a los dos y me condujo rápidamente fuera de su despacho. Volví a mi mesa, en estado de *shock* por lo sucedido. La vida vino detrás, se sentó al escritorio vacío justo enfrente del mío y se puso a repiquetear con los dedos sobre la mesa.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó—. ¿Necesitas que te haga alguna fotocopia?

—No puedo creer lo que me has hecho —dije—. No puedo creer que hayas tenido la desvergüenza de hacerme algo así. ¿Qué ha pasado con toda la cháchara de que éramos un equipo? Me engañaste con el único propósito de hacerme quedar como una idiota. —Levanté la voz sin proponérmelo y los otros me miraron—. Salgo un momento a fumar —dije, y a continuación me levanté y me dispuse a abandonar la sala, con la cabeza bien alta, bajo la atenta mirada de todos.

Lo último que oí, antes de salir al pasillo, fue la voz de mi vida, alta y clara, que decía:

—No fuma. Lo finge para tener derecho a más pausas.

Me fui dando un portazo.

Estaba de pie en la escalera de incendios, el tercer lugar secreto para fumar que habíamos encontrado ese año, después del lavabo clausurado del segundo piso y el cuarto de la limpieza. Había otras dos personas conmigo: un hombre y una mujer, pero no iban juntos y no hablaban, ni yo tampoco. No era como el área de fumadores a las puertas de un *pub* o una discoteca, donde todos hablan con todos, unidos por la felicidad de haber salido y estar disfrutando de una ocasión social. Estábamos en el trabajo y la única razón por la que nos encontrábamos allí, aparte de alimentar el vicio de la nicotina, era evitarnos el tener que hablar con los demás. Habíamos salido para darnos un respiro de tanto pensar y del duro trabajo que suponía la interacción constante con imbéciles, o al menos con personas que considerábamos imbéciles, porque carecían del don de la telepatía y nos obligaban a recurrir a la paciencia para explicarles con palabras amables lo que estábamos pensando, cuando en realidad por dentro estábamos reprimiendo el impulso de agarrarlos por la cabeza y golpearles suave y repetidamente la frente contra la pared. Pero allí donde estábamos no existía esa amabilidad; habíamos desconectado nuestros cerebros y nos ignorábamos deliberadamente, satisfechos de tener ese derecho y concentrados únicamente en inhalar y exhalar el humo. Sólo que yo no hacía nada de eso. Ni había desconectado ni estaba fumando.

Oí que la puerta se abría detrás de mí. No me molesté en volverme. No me importaba que hubieran descubierto el lugar número tres y nos hubieran sorprendido a todos. ¿Qué podía importarme ya otra mancha en mi historial de delitos? Pero a los otros sí les importaba, por lo que escondieron los cigarrillos en el hueco de la mano, contra unas palmas que rápidamente se les estaban volviendo amarillas, olvidando que el humo los delataría. De inmediato se volvieron para ver quién había encontrado su guarida. No parecieron demasiado preocupados por lo que vieron, ni tampoco completamente aliviados, lo que significaba que no era un jefe, pero tampoco alguien que conocieran. El hombre dio una última calada a su cigarrillo y se fue precipitadamente, quizá porque la inquietud de ser descubierto le había arruinado el disfrute de la nicotina. La mujer se quedó donde estaba, pero miró al recién llegado de arriba abajo, como había hecho conmigo cuando me había reunido con ellos. Seguí sin volverme para ver quién había entrado, en parte porque no me importaba, pero sobre todo porque sabía perfectamente quién era.

—Hola —dijo él, situándose tan cerca de mí que nuestros hombros se rozaron.

—No pienso dirigirte la palabra —dije, mirando fijamente al vacío. La mujer intuyó algo jugoso y se dispuso a terminar con tranquilidad el cigarrillo.

—Te avisé de que iba a ser más difícil de lo que esperabas —dijo con suavidad—. Pero no te preocupes, lo conseguiremos.

—Desde luego —dije—. Disculpa —añadí, dirigiéndome a la mujer—, ¿podrías prestarme un cigarrillo?

—Creo que en realidad te está preguntando si puedes regalárselo. Una vez fumado, ya no podrá devolvértelo —aclaró por mí la vida.

La mujer me miró como si prefiriera vender a su abuela favorita, pero me dio un cigarrillo de todos modos, porque es lo que suele hacer la gente, que por lo general es cortés, aunque por dentro le apetezca ser desconsiderada.

Inhalé y enseguida tosí.

—Tú no fumas —dijo.

Volví a inhalar en su cara y traté de reprimir el ataque de tos que me asaltó de inmediato.

—¿Por qué no me cuentas por qué estás tan enfadada?

—¿Que por qué estoy enfadada?! —Por fin, me volví hacia él—. ¿Estás loco? Tú sabes muy bien por qué. Me has hecho quedar como una idiota. Me has hecho quedar como una..., como una...

—¿Como una mentirosa?

—Yo tenía un plan, ¿sabes? Lo tenía todo bajo control. Se suponía que ibas a quedarte sentado, observando. Al menos eso fue lo que dijiste.

—Yo no dije nada de eso.

—Alguien lo dijo.

—Tú lo supusiste.

Me limité a exhalar el humo en silencio.

—A ver, dime, ¿cuál era tu grandioso plan? ¿Pensabas mentir otra vez y, de repente, como el gran genio que eres, aprender español de la noche a la mañana?

—Tengo gran aptitud para el aprendizaje; es lo que siempre me decía mi profesora de francés —resoplé.

—¿Y qué decía tu profesora de educación cívica? ¿«Necesita mejorar»? —Desvió la mirada—. He hecho lo correcto.

Silencio. La fumadora se sorbió la nariz.

—De acuerdo, debería haber dicho la verdad, pero tiene que haber otra manera de hacerlo. No puedes entrar a saco en mi vida y ponerte a corregir cada pequeña mentira que he contado alguna vez. ¿Qué vas a hacer cuando conozcas a mis padres? ¿Revelarles todas las patrañas que les he contado y provocarles un ataque al corazón? ¿Vas a contarles que en lugar de reunirme con mis compañeros para estudiar di una fiesta la noche que la tía Julie cumplió cuarenta años y ellos salieron a celebrarlo? ¿Vas a decirles que su adorado sobrino Colin se tiró a una chica en la cama de ambos y que Fiona corrió desnuda por el jardín para ganarse el último trocito de hachís? ¿Vas a contarles que no era sopa de verduras lo que había en el suelo, como les dije, sino un vómito de Melanie, y que no debí dejar que el perro se lo comiera? ¡Ah, por cierto! También puedes contarles que no sé español.

Pareció atónito.

—¿También tus padres creen que sabes español?

—Pagaron para que pasara un verano en España. ¿Qué querías que les dijera? — le solté.

—La verdad. ¿No se te ocurre nunca?

—¿Que fui gogó en una discoteca, en lugar de trabajar en la recepción de un hotel, como ellos habían planeado?

—No, eso quizá no.

—Entonces ¿dónde están los límites de la gran revelación? Empiezas por comprarme bombillas y al minuto siguiente le estás contando a mi padre que yo creo que debería bajarse del pedestal y dejar de ser una mierdecilla pretenciosa. Deberías tener un poco de sensibilidad en todo esto. Se supone que has venido para ayudarme a mejorar y no para ponerme en la cola del paro y matar la escasa relación que tengo con mi familia. Necesitamos un plan.

Guardó silencio un momento. Noté que estaba reflexionando y supuse que iba a salirme con una de sus analogías, pero no fue así. En lugar de eso, me dijo:

—Tienes razón. Lo siento.

Fingí que me iba a desplomar sobre la barandilla, pero la fumadora y él me agarraron, pensando que iba en serio.

—Gracias —le dije a ella, un poco avergonzada, y ella, con mucha sensatez, decidió que era el momento adecuado para retirarse.

—Pero no lamento lo que he hecho, sino la manera de hacerlo. Tendremos que preparar otra estrategia de cara al futuro.

Aprecié su deportividad y su capacidad para reconocer que se había equivocado. Di otra calada al cigarrillo y lo apagué, en señal de respeto. Pero él aún no había terminado, de modo que me puse a examinar la colilla aplastada, pero todavía encendida, para ver si podía recogerla y seguir fumando.

—No podía quedarme ahí sentado, oyéndote contar mentiras una vez más, Lucy, y nunca seré capaz de hacerlo. Sea cual sea la estrategia que acordemos, tendrá que ser una estrategia en la que tú no mientas. Es algo que me produce ardor de estómago.

—¿Mis mentiras te producen ardor de estómago?

—Justo aquí —dijo, masajeándose la parte superior del abdomen.

—Ah. Bueno, lo siento mucho. Disculpa.

Hizo una mueca y volvió a masajearse.

—Te ha crecido la nariz, Pinocho.

Le di un empujón en broma.

—¿Por qué no me dejas que sea yo quien cuente las verdades a la gente? A mi ritmo, quiero decir.

—Si esperamos a que lo hagas a tu ritmo, no creo que haya suficiente tiempo en el mundo.

—Bueno, no pienso reunir a todas las personas que conozco y reconocerlo todo

de una vez, pero ya lo iré haciendo cuando llegue el momento. ¿Qué te parece si convenimos solamente que de ahora en adelante no volveré a decir ninguna mentira y tú te limitarás a acompañarme y a observar, si no hay más remedio?

—¿Cómo lo vas a hacer para no decir más mentiras?

—Creo que soy perfectamente capaz de no mentir, si no quiero hacerlo —repliqué ofendida—. No soy una enferma.

—¿Qué tiene el tipo del número equivocado para hacerte decir la verdad?

—¿Quién?

—Ya sabes quién. ¿Ves? Lo has hecho otra vez —dijo, con expresión divertida—. Tu primera reacción es negar que sepas algo sobre cualquier cosa.

No hice caso de su comentario.

—Le he dicho que no vuelva a llamarme.

—¿Por qué? ¿Descubriste que hablaba con otro número equivocado?

No hice caso de su bromita, aunque él pareció contento de haberla hecho.

—No. La situación era demasiado extraña.

—Es una pena.

—Así es —dije yo, vagamente, sin saber muy bien si era una pena o no. Le tendí la mano—. ¿Cerramos el trato, entonces? Yo no miento y tú te limitas a observar.

Se lo pensó un poco.

—Me gustaría añadir una cláusula.

Bajé la mano.

—Me lo esperaba.

—Cada vez que mientas, revelaré una verdad. —Me tendió la mano—. ¿Hecho?

Reflexioné un momento. No me gustaba el trato. No podía prometerle que no iba a mentir nunca más, sino únicamente que iba a intentarlo, y no me gustaba darle la posibilidad de revelar verdades de mi vida; pero finalmente acepté el acuerdo, porque al menos me dejaba cierta iniciativa e impedía que él siguiera moviéndose por mi vida como un elefante por una cacharrería.

—Muy bien. Hecho.

Nos estrechamos las manos para confirmarlo.

Yo estaba tensa cuando volvimos a la oficina. Los otros no acababan de decidir si tenían que estar enfadados conmigo, ni tampoco si debían guardarle rencor a Steve, de modo que trabajamos en silencio, dejando los temas que requerían conversación aparcados en la nueva bandeja de «Cuando todo vuelva a la normalidad», al lado de la bandeja de entrada y la de salida. La vida me miraba desde la mesa de enfrente, lo que me resultaba aceptable, porque estaba segura de que nadie en la oficina, aparte de Edna, recordaba el nombre del tipo que había trabajado allí. El hombre había caído en la primera ronda de despidos, el año anterior, y yo nunca me había relacionado con él desde el lugar donde me sentaba entonces, que era en un rincón, justo debajo de la rejilla del aire acondicionado. En aquella época, mis únicas preocupaciones diarias eran conservar el calor corporal y hacer todo lo posible para que Graham dejara de

mirarme los pezones. No hace falta decir que la solemne promesa de Augusto Fernández de que haría cuanto estuviera a su alcance para que Steve recuperara su puesto de trabajo no tenía ningún fundamento, por lo que la mesa de Steve seguía vacía. Si la vida hubiera decidido instalarse allí, no me habría sentado bien. Habría sido demasiado crudo, demasiado doloroso. La vida pasó todo el día trabajando con su ordenador, tecleando, tomando notas, mirándome y observando mi comunicación con los demás, que por otra parte estaba en un mínimo histórico, ya que nadie quería hablarme.

Empecé a pensar en lo que había dicho sobre el número equivocado, sobre Don Lockwood y la razón por la que a él no le mentía. Yo no sabía por qué, pero había una respuesta evidente: porque no lo conocía. Era un completo desconocido y no me importaba decirle la verdad.

Con él, la verdad no importaba. ¿Por qué importaba con los demás? Cogí mi teléfono móvil y me puse a mirar las fotos. Me detuve en la de sus ojos. Los estudié, activé el *zoom* para acercarlos y alejarlos, primero uno y después el otro, como una asediadora obsesiva; observé las motas turquesa, casi verdes, que se distinguían dentro del azul del iris, y después seleccioné la foto como salvapantallas. Fue bastante impresionante cuando dejé el teléfono sobre la mesa y los ojos se me quedaron mirando fijamente.

—¿Por qué sonríes? —me preguntó la vida. Su repentina intervención me hizo dar un respingo.

—¿Qué? ¡Me has asustado! ¿Por qué tienes que aparecer así sin avisar?

—No he aparecido. Estaba aquí sentado. ¿Qué estabas haciendo?

—Eh... —Estaba a punto de decir «nada», cuando vi el salvapantallas. No quería mentir—. Estaba mirando unas fotos.

Con la satisfacción de oírme decir la verdad, la vida decidió hacer una pausa y se fue a la cocina. Graham lo siguió con la vista por la sala; después, miró a su alrededor, se aseguró de que todos iban a quedarse en sus puestos, se levantó y se fue detrás de mi vida. Me quedé mirando la puerta, a la espera de que uno de los dos saliera, pero cuando pasaron cinco minutos, empecé a preocuparme. La vida llevaba demasiado tiempo en la cocina con Graham «el Salido». Esperaba que no hubiera caído presa de sus devaneos amorosos, y aunque sabía que la idea era ridícula, no dejaba de inquietarme. Me dirigí al archivador que Louise había colocado estratégicamente al lado de la puerta de la cocina, abrí un cajón y fingí buscar una carpeta, mientras trataba de oír lo que decían.

—Entonces ¿mintió con respecto al español? —Estaba diciendo Graham.

—Sí —dijo la vida, con la boca llena. Oí que además estaba rascando algo con una cucharilla. Deduje que sería un pote de yogur. Debía de ser de Louise, que seguía un programa para adelgazar de los *Weight Watchers* y pasaba el día comiendo yogures que contenían más azúcar que una rosquilla.

—Bueno, bueno, bueno. ¿Y tampoco es cierto que fume?

—No —contestó la vida, que seguía rascando el pote.

—Ya sabes que yo fumo —dijo Graham.

—No, no lo sabía.

Pareció como si tampoco le importara demasiado.

—A veces vamos juntos Lucy y yo a ese lugar privado —dijo Graham, bajando la voz, pero no del modo en que hablábamos de nuestro refugio secreto para fumar, sino de la forma en que suelen bajar la voz los hombres cuando hablan de las aventuras sexuales que han tenido o, más probablemente, de las que desearían haber tenido.

—La escalera de incendios —dijo la vida, manteniendo el tono normal, lo que habría sido suficiente para hacer comprender a cualquiera que no fuese Graham que no pensaba bajar la voz ni rebajar el tono de la conversación.

—He estado pensando que quizá siente algo por mí. Lo de fingir que fumaba era sólo una excusa para estar conmigo.

Graham soltó una risita traviesa, olvidando que no era yo quien iba siempre detrás de él, sino al revés.

—¿Tú crees? —preguntó mi vida, mientras seguía rascando el pote de yogur.

—Bueno, aquí dentro, con toda esta gente, no es fácil intimar. ¿Qué opinas? ¿Alguna vez te ha dicho algo sobre mí? O quizá no haga falta que ella te lo diga, porque tú lo sabrías de todos modos, ¿no? Adelante, a mí puedes contármelo.

—Sí, es cierto, lo sé prácticamente todo —dijo mi vida, y a mí me molestó, porque el Salido sabía quién era. Ya era suficientemente molesto que me rondara a mí, para que encima intentara enredar a mi vida.

—¿Qué piensas? ¿Querrá rollo?

—¿Rollo?

Dejé de oír el rasqueteo de la cucharilla en el pote. El yogur había sido derrotado.

—Me ha rechazado un par de veces, no voy a mentirte, pero tienes que pensar que soy un hombre casado, y para una chica como Lucy, eso cuenta. Sin embargo, sigo sintiendo que hay algo... ¿Te ha comentado algo de mí?

Oí un chirrido (la tapa del cubo de basura al levantarse), un roce contra una bolsa de plástico (el pote de yogur al caer en el cubo), y un tintineo (la cucharilla al tocar el fregadero). Después, oí un prolongado suspiro (mi vida).

—Graham, puedo decirte sin temor a equivocarme que a Lucy le gustaría que le cayeras bien. De hecho, de vez en cuando ve en ti atisbos de un tipo simpático, pero en el fondo, en lo más profundo de su ser, te considera un absoluto gilipollas.

Sonreí, cerré el cajón del archivador y volví rápidamente a mi mesa. Entonces supe que aunque esa mañana me había apuñalado por la espalda, esa tarde me estaba prestando su apoyo. Todos en la oficina, y en particular Graham, estuvieron mucho más tranquilos a partir de ese momento, y ese día no me despidieron. Por la noche, después de acostarme, me di cuenta de que la vida no estaba durmiendo, porque no oía sus ronquidos. Yo estaba repasando mentalmente lo sucedido durante el día y todo lo dicho por la vida, por mí y por todos los que acertaron a ponerse en medio. Al

final, llegué a una conclusión.

—Lo tenías todo planeado, ¿verdad? —pregunté a la habitación oscura y vacía.

—¿A qué te refieres?

—Le contaste deliberadamente la verdad a Edna, de una manera que me hiciera concebir la idea de revelar yo misma todas las verdades, ¿no?

—Me parece que analizas demasiado las cosas, Lucy.

—¿Tengo razón?

Se hizo un silencio.

—Sí.

—¿Qué más tienes planeado?

No me contestó. Menos mal.

Lamenté haber quedado con Melanie para vernos al día siguiente, no sólo porque la vida no me había dejado dormir en toda la noche con sus ronquidos, sino porque el encuentro con mi amiga era una de esas pruebas gigantescas que llevaba mucho tiempo intentando eludir. Para poder marcharme pronto de la cena la semana anterior, le había prometido a Melanie que iría a verla en su siguiente actuación en Dublín. Resultó que actuaba los viernes, al menos durante ese mes, en el club más de moda de la ciudad. Era un sitio tan exclusivo que ni siquiera tenía nombre, por lo que todo el mundo lo llamaba el Club Sin Nombre de Henrietta Street, lo que en cierto modo era irónico. Era un club privado, o por lo menos lo habían reformado con esa intención y así lo habían presentado, pero a causa de los gastos desorbitados (derivados en su mayor parte de la factura del gas de los cientos de calefactores instalados en la puerta para hacernos creer a los irlandeses que no estábamos en el centro de Dublín, sino en un lugar cercano a West Hollywood), y también debido a los tiempos que corrían, dejaban entrar a cualquiera, o mejor dicho, a cualquiera que pareciera guapo y fabuloso los fines de semana, y a cualquier persona fea y normal en días laborables, porque de otro modo no habrían podido cubrir los gastos de personal. Esa noche era viernes, por lo que exigían a los clientes ser guapos y fabulosos, requisitos que mi vida no acababa de cumplir. Había oído rumores de que el club ya no atraía a tanta gente como antes (quizá un centenar de personas menos los viernes), lo que constituía un signo de los tiempos. A mí ese punto de vista me resultaba irónico, porque me parecía mucho más un signo de los tiempos que un club sin nombre, situado en una zona que había sido uno de los barrios más miserables de Europa (abandonado por los ricos, que se habían marchado a vivir a los suburbios residenciales, y habitado en su día por gente que se alojaba en cuartuchos donde se apiñaban hasta quince personas y en casas donde se hacinaban hasta un centenar, con todo tipo de enfermedades, y un solo retrete para todos en el patio trasero, donde también vivían animales), estuviera tan de moda.

Llamé al timbre de la enorme puerta roja y casi esperé que se abriera un pequeño portillo y saliera un enano. Pero no pasó nada de eso. Nos abrió la puerta un hombre calvo, vestido de negro, que parecía una bola de *bowling* y se comportaba como si fuera el Príncipe Azul y tuviera que elegir a su princesa entre las recién llegadas, antes de que su malvado padre lo casara con una ogra. El hombre no habría puesto ninguna objeción a mi apariencia, pero por desgracia no le gustó el aspecto de mi vida, lo que no dejaba de ser irónico, porque la naturaleza misma de la vida nocturna exigía que uno no fuera por ahí acompañado de su vida. Había que dejarla en casa, en el baño atestado de potingues, entre la laca para el pelo, el aerosol bronceador y todos los otros aditamentos necesarios para parecer una persona diferente de la que uno era.

La bola se quedó mirando a mi vida como si acabara de comer mierda. Mi vida se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta para buscar los papeles que le daban acceso a todos los rincones de mi existencia.

—No, por favor —dije yo, levantando una mano para que no los sacara.

—¿Por qué no?

—Aquí no. —Miré al tipo de seguridad—. ¿Podrías decirle a Melanie Sahakyan que hemos venido?

—¿A quién?

—A DJ Darkness. Somos invitados suyos.

—¿Cómo te llamas?

—Lucy Silchester.

—¿Y él?

—Cosmo Brown —dijo mi vida a todo volumen y no necesité volverme y mirarlo para darme cuenta de que le había parecido muy gracioso.

—Su nombre no figura en la lista —me apresuré a añadir—. Tiene que haber un «más uno» al lado del mío.

—No hay ningún «más uno».

Hablaba como si la hoja que llevaba en el portapapeles pudiera revelar los misterios del mundo. Me pregunté qué dirían sus papeles acerca de los mayas y el año 2012, y si le parecería importante alguna cosa que no figurara en la lista. El hombre se puso a estudiar mi vida, pero a mi vida no pareció importarle. Se apoyó en la reluciente verja negra por la que antaño habían trepado niños hambrientos de caras sucias, y pareció estar disfrutando del espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos.

—Seguramente ha habido un malentendido. ¿Me haría el favor de ir a buscar a Melanie?

—Voy a tener que cerrar la puerta. Tú puedes esperar dentro, pero él tendrá que quedarse fuera.

Suspiré.

—Esperaré aquí fuera.

Por mi aspecto, habría podido entrar en el club; pero con mi vida, no. El mundo era muy cruel. Pasaron varios grupos a nuestro lado, y los retazos que oí de sus conversaciones, antes de entrar, me hicieron pensar que si los hubieran juzgado a todos como a nosotros, el club habría estado completamente vacío. Y eso sí que habría sido un signo de los tiempos. Cinco minutos después, se abrió la puerta de repente y apareció Melanie, con un vestido negro sin mangas y los bronceados brazos cubiertos de brazaletes hasta los codos; llevaba el pelo recogido en una coleta alta y sus pómulos morenos relucían como los de una princesa egipcia.

—¡Lucy!

Me tendió los brazos para recibirme. Yo me coloqué de lado para que ella quedara mirando a un costado cuando me abrazara, y no por encima de mi hombro, directamente hacia mi vida.

—¿Con quién has venido?

Pasé a su lado para entrar en el club y le señalé a mi vida, que venía detrás. Mi vida me siguió. Melanie estudió a mi acompañante de arriba abajo, pero con tanta rapidez que sólo yo distinguí el fugaz movimiento de las pestañas. Mi vida no lo notó, porque en ese momento se estaba quitando la chaqueta arrugada del traje para dársela a la mujer del guardarropa, en cuyo interior había una fila de musculosos brazos dorados que sobresalían de la pared. La mujer colgó la chaqueta en el dedo corazón levantado de uno de los brazos. ¡Toda una declaración de intenciones! Mi vida se remangó la camisa hasta los codos y su aspecto mejoró bastante, aunque todavía no podía compararse con los musculosos brazos dorados de la pared.

—¡Qué guardado te lo tenías! —me dijo Melanie.

—No es lo que tú crees, de verdad —repliqué yo con un estremecimiento.

—Ah —dijo ella, decepcionada—. Hola, me llamo Melanie —añadió, tendiendo el brazo cubierto de brazaletes.

Mi vida le dedicó una sonrisa de muchos megavatios.

—¡Hola, Melanie! Encantado de conocerte personalmente. He oído hablar muchísimo de ti. Yo soy Cosmo Brown.

—Bonito nombre —rió ella—. ¿No es de...?

—Sí, de la película. Es la primera vez que viene y está muy emocionado, ¡así que ya puedes empezar a enseñarnos el sitio!

Fingí estar entusiasmada y mi entusiasmo contagió a Melanie, que se puso en marcha de inmediato. Allí a donde íbamos, todos los hombres paraban lo que estuvieran haciendo y se quedaban mirando a Melanie, lo que era una pena para ellos, porque no tenían nada que hacer. La salida del armario de mi amiga, cuando ambas teníamos dieciséis años, había sido una bendición para mí, porque cuando los chicos descubrían que ella no sólo no estaba interesada, sino que ni siquiera estaba dispuesta a entrar en negociaciones, enseguida me prestaban atención a mí. Y a mí no me importaba, porque siempre he tenido muy poco orgullo, y menos todavía en la adolescencia.

Por lo que estábamos viendo, el tema que había inspirado el diseño del club eran los cuatro elementos de la vida. Finalmente, llegamos a una puerta cerrada, con el número cinco. La vida me miró con expresión interrogativa.

—El quinto elemento —le expliqué.

—¿Cuál es? ¿El amor?

—Muy romántico —dijo Melanie—. Pero no. —Empujó la puerta para abrirla y le hizo un guiño a mi vida—. Es el alcohol.

En una copa gigante de champán había una bailarina que llevaba unos cubrepezones de borlas por toda indumentaria, a menos que el resto de las prendas quedaran disimuladas en las diferentes grietas de su cuerpo. Esperaba que Melanie se pusiera a ejercer de inmediato su oficio de DJ y que no pudiera hacerme más preguntas, o si las hacía, que se redujeran a la habitual lectura de labios, con

monosílabos por respuesta a las preguntas intrascendentes de siempre. Pero era temprano y su actuación no empezaba hasta pasada la medianoche, por lo que nos sentamos alrededor de una mesa y Melanie se puso a examinar a mi vida.

—¿Cuánto hace que os conocéis?

—Trabajamos juntos —respondí.

Él me miró y casi pude oírlo decir: «Recuerda nuestro trato».

—Bueno, más o menos —añadí.

—¿Trabajas en Mantic? —le preguntó Melanie.

—Yo no —contestó secamente mi vida, mirándome. «Tú mientes; yo digo la verdad».

—No —reí yo—. Él no trabaja en Mantic. Él... viene de fuera de Dublín —dije atropelladamente, mirando a la vida en busca de su aprobación.

Técnicamente, no era mentira. Noté que reflexionaba al respecto. Por fin, asintió, pero con una mirada me transmitió un mensaje claro: «Te estás adentrando en terreno minado».

—Fantástico —dijo Melanie, dirigiéndose a él—. Pero ¿de qué os conocéis?

—Es mi primo —se me escapó—. Está enfermo. Tiene una enfermedad terminal y está pasando el día conmigo para escribir un reportaje sobre la mujer moderna. Es su último deseo antes de morir.

No pude evitarlo.

—¿Sois primos? —preguntó ella, sorprendida.

La vida se echó a reír.

—De todo lo que ha dicho, ¿sólo te sorprende que seamos primos?

—Estaba segura de conocer a todos sus primos. —Después, suavizó el tono—. Lo siento mucho por ti. Es muy triste ser periodista. ¿Te sientes bien?

Mi vida y Melanie se echaron a reír.

—¡Por favor! He sido amiga de Lucy toda la vida y la conozco lo suficiente como para saber cuándo miente.

No tanto como ella creía.

—No lo puedes evitar, ¿verdad? —me dijo la vida—. Muy bien, ahora es mi turno.

Se inclinó hacia Melanie y yo me preparé para lo peor.

Ella le sonrió y se le acercó con expresión pizpireta.

—A Lucy no le gusta tu música —le dijo él, y volvió a apoyarse en el respaldo de la silla.

La sonrisa de Melanie se desvaneció y ella también se echó hacia atrás. Yo enterré la cabeza entre las manos.

La vida me miró.

—Creo que ahora iré a buscar las bebidas. ¿Lucy?

—Un mojito —respondí, detrás de las manos.

—Lo mismo para mí.

—Muy bien.

—Diles que lo pongan en mi cuenta —dijo Melanie, sin mirarlo.

—No hace falta. Lo haré figurar como gastos de representación —replicó él, antes de alejarse.

—¿Quién es ese hombrecito horrendo? —preguntó ella.

Me estremecí de espanto. Sencillamente, no podía decírselo.

—Melanie, yo no he dicho nunca que no me gustara tu música, sino que no la *entendía*. No es lo mismo, ni mucho menos. Tu música tiene ritmos, cadencias y ese tipo de cosas, que yo no acabo de reconocer.

Ella me miró, parpadeó un par de veces y, como si yo no hubiera hablado, repitió:

—Lucy, ¿quién es ese hombre?

Volví a enterrar la cara entre las manos. Era mi nuevo truco. Si yo no los veía a ellos, ellos no podían verme a mí. Al final, salí para respirar. Después, puse el teléfono móvil sobre la mesa y miré los ojos de Don para que me dieran fuerzas.

—Muy bien, de acuerdo, te diré la verdad. Ese hombre es mi vida.

A Melanie se le ensancharon los ojos.

—Muy romántico.

—¡No! Te lo digo literalmente. Hace un tiempo recibí una convocatoria de la Agencia de la Vida para que fuera a verlo, y eso es todo. Es él.

Se quedó boquiabierta.

—Me estás tomando el pelo. ¿Ese tipo es tu vida?

Las dos nos volvimos para mirarlo. Estaba de puntillas delante de la barra, tratando de que lo atendieran. Volví a estremecerme de horror.

—Es... Vaya, bueno... Es...

—Es horrible —terminé la frase por ella—. Tú misma lo has llamado un hombrecito horrendo.

Sus ojos de Bambi desbordaban preocupación.

—¿Te sientes muy mal, Lucy? —preguntó.

—¿Yo? No. No estoy tan mal. —No era mentira. Yo no me sentía terriblemente mal, sino sólo ligeramente desgraciada, desde que la vida había empezado a hacerme notar mis defectos—. Él sí que está muy mal.

—Cuéntame cómo funciona esto.

—Él es Pinky y yo soy el Cerebro —contesté—. O yo soy la radiografía y él es la pierna rota —intenté explicarle, pero me confundí—. Él es la nariz y yo soy Pinocho. Ahora sí —sonreí—. Eso último lo he dicho bien.

—No entiendo lo que quieres decir.

Suspiré.

—Me acompaña. Como ahora.

—¿Por qué?

—Para observar e intentar que las cosas mejoren.

—¿Para quién? ¿Para ti?

—Y para él.

—¿Qué tipo de cosas? ¿Qué cosas necesitan mejorar?

Rebusqué en mi cerebro una respuesta que no fuera mentira. Tenía pocas ideas en la cabeza. Melanie nunca leía los periódicos ni escuchaba las noticias, por lo que no se habría enterado del incidente en la oficina.

—Te pondré un ejemplo. El otro día pasaron cosas en el trabajo. Un compañero mío, que había sido despedido, volvió a la oficina armado con una pistola. No te preocupes, porque no era más que una pistola de agua, aunque nosotros en ese momento no lo sabíamos. En cualquier caso, se montó un gran alboroto y sucedieron unas cuantas cosas. Por eso ahora mi vida está pasando un tiempo conmigo.

Procuré ser tan vaga e imprecisa como pude.

Pensé que se había disparado la alarma de incendios y por un momento me alegré de que tuviéramos que evacuar el local, para no tener que continuar la conversación; pero enseguida me di cuenta de que no era una alarma, sino el sonido de una sirena de coche de policía estadounidense, de las que hacen «vuuup, vuuup». Miré a mi alrededor para ver dónde estaba la acción y vi que una camarera venía hacia nosotros con la luz de policía parpadeando encima de una bandeja, junto con nuestras copas.

—Muy original —dije.

—Hola, chicas —dijo la camarera—. El tipo de ahí dice que se beberá la suya en la barra.

—Gracias. —Melanie la miró detenidamente y le dedicó la sonrisa más grande y seductora que pudo. Cuando la camarera se marchó, Melanie se inclinó hacia mí—. Es nueva. Y está muy bien.

La observé.

—Tiene unas piernas bonitas.

Cuando Melanie me contó que era lesbiana, en nuestra adolescencia, me sentí desconcertada y alarmada, pero traté de que no se me notara. No fue porque yo fuera homofóbica, sino más bien porque estábamos muy unidas y compartíamos muchas cosas, como los vestuarios, las duchas, los lavabos cuando salíamos de fiesta y ese tipo de cosas. No sabía cómo seguir adelante con esas costumbres, cuando ella acababa de informarme de que le gustaban las mujeres. Por lo visto, no conseguí disimularlo muy bien, porque una noche, mientras yo me apresuraba a atrincherarme a solas en el cubículo de unos lavabos, me comunicó con firmeza (a mí y al resto de las chicas que hacían cola) que bajo ninguna circunstancia, pasara lo que pasase, estaba ni estaría nunca ni remotamente interesada en mí. Eso me hizo sentir todavía peor, sobre todo por su insistencia en que yo no le interesaría «nunca» y «bajo ninguna circunstancia». ¿Ni siquiera podía considerar la posibilidad de darme una oportunidad? ¿No pensaba que yo pudiera cambiar en el futuro? Su cerrazón mental me dolió.

Dimos cada una un sorbo a nuestras bebidas. Esperaba poder cambiar de tema, pero sabía que era muy poco probable que fuera a conseguirlo.

—¿Qué pasó entonces en tu oficina? —preguntó ella, prosiguiendo la conversación donde la habíamos dejado.

—Nada, en realidad. Me metí en un pequeño problema. Nada más.

Me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué tipo de problema?

—Conté una pequeña mentira en mi currículum —respondí, con un vago ademán para quitarle importancia.

Melanie estalló en carcajadas.

—¿Qué les contaste?

Estaba disfrutando con la historia, pero yo sabía que la risa se le iba a acabar pronto, porque nos encaminábamos en una dirección por la que yo no quería seguir. Cuando estaba pensando una mentira gorda y jugosa para contarle, la vida debió de intuirlo, porque vino a sentarse con nosotras.

Melanie lo miró con una nueva admiración.

—Lucy me ha dicho que eres su vida.

La vida me miró, feliz de que por una vez hubiera dicho la verdad.

—Bien hecho, Lucy.

—Es fantástico —dijo Melanie—. ¿Puedo darte un abrazo?

Sin esperar su respuesta, se abalanzó sobre él y lo rodeó y estrechó con sus largas extremidades. La vida pareció derretirse de dicha por sus atenciones y cerró los ojos.

—Espera un minuto —dijo ella, apartándose—. Tengo que hacer una foto.

Buscó el teléfono en el bolso y apuntó la cámara hacia la pareja que formaban mi vida y ella. Él sonrió, con dientes de color mostaza, al lado del blanco immaculado de la dentadura de Melanie.

—Ésta es para el Facebook. Lucy me estaba contando que mintió en su currículum.

Sonrió y se encorvó un poco, aturullada por haber contado un cotilleo, con los grandes labios relucientes plantados en permanencia sobre la cañita del mojito, como si de una bombona de oxígeno se tratara.

—¿En serio?

La vida volvió a mirarme. Estaba impresionado y era evidente que yo estaba ganando puntos.

—Sí —respondí, rascándome la cabeza—. Dije que sabía un idioma que en realidad no conocía.

Lo solté de un tirón, con la esperanza de que riéramos un poco y archiváramos el asunto, pero intuía que no iba a tener esa suerte.

Melanie rió una vez más.

—¿Qué les dijiste que sabías? ¿Swahili o algo así?

—No —reí también, pero con incomodidad.

—¿Cuál era el idioma? De verdad te digo, Cosmo, que cada vez que la veo tengo que sonsacarle cada partícula de información.

—Español.

Se le ensombreció un poco la mirada, pero siguió sonriendo, aunque ya no parecía tan feliz como antes.

—¡Pero si sabes todavía menos español que yo!

—Ya ves —sonreí.

Quería cambiar de tema, pero no se me ocurría nada que decir que no pareciera forzado y poco natural.

—¿Y si te hubiesen pedido que lo usaras? —preguntó, seguramente para ponerme a prueba.

—Me lo pidieron. —Bebí un trago de mi copa—. De hecho, me lo pedían todo el tiempo. Los principales idiomas de nuestros manuales son el inglés, el francés, el holandés y el italiano.

—Y el español —añadió ella, mirándome.

—Y el español —le confirmé yo.

Chupó la cañita, sin apartar sus ojos de los míos.

—¿Qué hacías entonces?

Poco a poco empezaba a comprenderlo, o quizá ya lo había comprendido. O tal vez yo me estaba poniendo paranoica, pero sabía que mi paranoia era un instinto, por lo que en cualquier caso me estaba metiendo en un lío.

—Pedía ayuda.

La vida nos miraba alternativamente, con la sensación de que había algo más, pero sin saber exactamente qué podía ser. Pensé que iba a sacar su ordenador para averiguarlo, pero no lo sacó. Esperó con amabilidad a que la situación se desarrollara por sí sola.

—¿A quién le pedías ayuda? —preguntó Melanie.

No movía ni un músculo. Estaba tensa, expectante, esperando mi confirmación.

—Melanie, lo siento.

—No lo sientas. Contesta a mi pregunta —dijo fríamente.

—La respuesta es sí, y lo siento.

—Le pediste ayuda a Mariza.

—Sí.

Se me quedó mirando, escandalizada. Aunque se lo esperaba, no lo podía creer. Por un momento pensé que iba a arrojarme el mojito a la cara, pero la cólera se disipó y por su expresión vi que solamente se sentía herida.

—¿Has estado en contacto con Mariza?

Mariza era el amor de su vida y le había destrozado el corazón de tal manera que todos sus amigos estábamos obligados a odiarla por siempre jamás. Y yo la odiaba, hasta que un día me mandó un mensaje por correo electrónico para preguntarme qué tal estaba Melanie. Al principio, desempeñé correctamente mi papel de amiga, la traté con distante frialdad y con fría distancia, y le conté mentiras sobre lo bien que estaba Melanie; pero después las cosas cambiaron y al final la necesité.

—Sólo un poco. Sólo para las traducciones. Nada personal.

—¿Nada personal?

—Bueno, quizá un poco. Siempre me preguntaba por ti, y yo le conté que viajabas por todo el mundo, que tenías mucho éxito y que habías conocido a otras personas. Nunca le conté nada de ti que tú no hubieras querido que le contara, te lo prometo. Se preocupaba por ti.

—Ya. Seguro que se preocupaba mucho. —De pronto, se le ocurrió otra cosa—. ¿Cuánto hace que trabajas allí?

—Dos años y medio —murmuré.

Me sentí muy avergonzada, en parte porque nuestra conversación estaba teniendo lugar delante de mi vida, pero más que nada por el mero hecho de estar teniendo esa conversación.

—Entonces, durante dos años y medio has estado hablando con ella. Lucy, no me lo puedo creer.

Se puso de pie, dio varios pasos al azar en diferentes direcciones, pero al final se dio cuenta de que no quería ir a ningún sitio. Volvió a la mesa, pero no se sentó.

—¿Cómo te sentirías tú, si yo hubiera pasado los últimos dos años y medio en contacto con un ex tuyo, sin que tú lo supieras y sin que hubieras tenido la menor noticia de esa persona desde la ruptura? ¡No sabes cuántas veces me he preguntado qué estaría haciendo ella y dónde estaría! ¡Y tú lo sabías todo el tiempo y no me dijiste nada! ¿Cómo te sentirías si yo te lo hiciera a ti?

La vida me miró. Comprendí que me estaba animando a que dijera algo acerca de Blake. No podía arriesgarme a que revelara una de sus verdades en ese momento. No era el momento adecuado, pero tampoco podía mentir.

—Te entiendo. Yo también me sentiría muy dolida. —Tragué saliva—. Pero tú hablas con Blake muy a menudo —dije, a modo de defensa.

Me miró como si yo fuera estúpida.

—Con Blake es diferente. Blake no decidió un buen día, sin ninguna razón aparente, pisotearte el corazón y rompértelo en un millón de pedacitos. Tú lo dejaste a él. No tienes ni idea de cómo me siento.

La vida me miraba con insistencia. «Habla ahora o calla para siempre». Callé para siempre.

Melanie se contuvo para no hablar de más, aunque ya lo había hecho.

—Tengo que tomarme un minuto. Necesito salir a respirar un poco.

Cogió el paquete de cigarrillos que había dejado sobre la mesa y salió.

Miré a mi vida.

—¿Estás contento ahora?

—Me siento un poco mejor.

—Cuanto mejor te sientes tú, más me odia la gente. ¿En qué me beneficio yo?

—Ahora mismo, en nada. Pero con el tiempo verás los resultados. Tienes que lograr que te conozcan.

—Ya me conocen.

—Ni siquiera te conoces tú misma. ¿Cómo esperas que te conozcan los demás?

—Muy filosófico —dije, cogiendo el bolso.

—¿Adónde vas?

—A casa.

—¡Pero si acabamos de llegar!

—Melanie no quiere que me quede.

—No ha dicho eso.

—No hace falta que lo diga.

—Entonces, haz algo por ella.

—¿Qué puedo hacer?

—Quedarte. No lo has hecho nunca.

—¿Para qué?

Arqueó las cejas.

—Para bailar.

—No pienso bailar contigo.

—¡Ven!

Se puso de pie, me cogió por las dos manos y me obligó a levantarme. Me resistí, pero tenía mucha fuerza.

—No bailo —dije, intentando librarme de él.

—Antes bailabas. Blake y tú ganasteis el concurso «Dirty Dancing» dos años seguidos.

—Pero ahora ya no bailo. Además, la pista está vacía. Pareceríamos idiotas. Y no pienso bailar contigo como en «Dirty Dancing».

—Baila como si nadie nos estuviera mirando.

Pero nos estaban mirando todos, incluida Melanie, que había vuelto a entrar y nos observaba desde la oscuridad, aunque seguía enfadada conmigo. Sentí que haber revelado la verdad me había quitado de encima un peso que antes ni siquiera notaba. Mi vida parecía un pariente borracho en una boda, tratando de bailar como John Travolta en una extraña combinación de *Pulp Fiction* y *Fiebre del sábado noche*, pero estaba feliz de haberme hecho sonreír. Yo interpreté un poco el papel de Uma Thurman y bailé con la vida, como si nadie nos hubiese estado mirando, hasta que salimos del local los últimos. Mi acompañante fue muy persuasivo. La vida suele conseguir lo que se propone cuando de verdad sabe lo que quiere.

—Bueno, háblame de ese papi tuyo —me dijo la vida a la mañana siguiente.

Estábamos sentados en un banco del parque, bebiendo café en vasos de plástico y viendo cómo el *Señor Pan* perseguía mariposas. Correteaba con tal alegría que intenté no pensar que la última vez que había sentido hierba bajo las patas había sido el día que lo llevé a mi casa.

—En primer lugar, nunca nos ha dejado que lo llamemos «papi». De hecho, prefiere que lo llamemos «padre» antes que «papá». Nos lo dejó perfectamente claro desde que fuimos capaces de articular palabras con cierta coherencia. Y, en segundo lugar, no hay mucho que contar.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

La vida se volvió hacia la anciana sentada a su lado.

—Si me permite, le diré que a esta chica la dejó su novio, pero entre los dos tramaron una mentira para que todos creyeran que había sido al revés.

—Oh —dijo la señora desconcertada, pensando que quizá habría debido saber de qué le estaba hablando mi vida, aunque no acabara de entenderlo.

—No puedo creer lo que acabas de hacer —gruñí entre dientes.

—Si tú mientes, yo cuento una verdad —repitió su mantra.

—No he mentado. Es verdad que no hay mucho que contar sobre mi padre.

—Lucy, ¿alguna vez has pensado que tal vez estoy aquí por una razón? En cuanto haya investigado todas las áreas y haya descubierto lo que no funciona en ti, desapareceré para siempre. Ya no tendrás que verme nunca más. ¿Imaginas lo felices que serán tus días entonces? Por eso, tú eres la principal interesada en cooperar, aunque pienses que mis preguntas no conducen a nada.

—¿Qué has venido a arreglar?

—No lo sé. Es cirugía exploratoria. Estudio todas las áreas para ver dónde está el problema.

—Entonces eres el endoscopio de mi ano.

Hizo una mueca de disgusto.

—Volvemos a tener problemas con las metáforas.

Los dos sonreímos.

—Recuerdo haberte oído decir que tu padre tenía que bajarse del pedestal y dejar de ser un hombrecito pretencioso. Eso significa que hay algo de lo que hablar.

—Yo nunca dije eso. Dije que era una mierdecilla pretenciosa.

—No te estaba citando textualmente.

—Nunca nos hemos llevado bien. O quizá nos llevábamos bien hasta cierto punto, cuando teníamos la cortesía de tolerarnos mutuamente. Pero ya no hay lugar

para eso. —Lo miré—. ¿Has venido para resolver mis problemas con mi padre? Porque si es así, directamente podemos ponerle punto final a todo esto. Si tuviera problemas con mi padre, pasaría el día entero tratando de complacerlo y como resultado sería una persona de enorme éxito, lo que está muy lejos de ser mi situación actual. Ni siquiera puede fastidiarme lo suficiente para empujarme a tener éxito. Nuestros desencuentros son sólo una pérdida de tiempo.

—Tienes razón. Eres un fracaso y no tienes problemas con tu padre.

Nos echamos a reír.

—Yo no le gusto —dije sencillamente—. No hay nada profundo en eso, nada que arreglar y nada que explorar. Nunca le he gustado.

—¿Cómo lo sabes?

—Él me lo dijo.

—No te dijo eso.

—Sabes que sí. Según él, el despido de mi trabajo anterior fue la gota que colmó el vaso, una imagen totalmente ridícula, porque hasta ese momento todo me había salido bien, por lo que en todo caso debió de haber sido la primera gota. De hecho, ni siquiera debió de ser una gota, porque no le dije que me habían echado, sino que me había marchado yo, porque no estaba de acuerdo con las políticas de responsabilidad medioambiental de la empresa. Discutimos y yo le dije que sabía que me odiaba, a lo que él me respondió, abro comillas: «Lucy, no te odio. Pero no me gustas demasiado». Cierro comillas. —Miré a mi vida—. ¿Lo ves? No son paranoias mías. Saca tu pequeño ordenador y compruébalo tú mismo.

—Estoy seguro de que se refería sólo a ese momento concreto.

—Sí, claro, se refería a ese momento. El problema es que ese momento aún no ha terminado. Todavía estamos atrapados en él.

—¿Por qué te despidieron?

Finalmente, habíamos llegado a ese tema. Suspiré.

—¿Has oído hablar de la RSE?

Frunció el ceño y negó con la cabeza.

—La RSE, o Responsabilidad Social Empresarial, es una forma de autorregulación de las empresas, integrada en un modelo de negocios. Se basa en una triple consideración: las personas, el planeta y los beneficios. Es algo así como la conciencia de la empresa, que integra el interés público en la toma de decisiones, fomenta el desarrollo de la comunidad y elimina las prácticas que puedan ser nocivas para la sociedad, aunque sean legales. La idea es que la empresa consigue más beneficios si actúa con perspectiva de futuro, aunque algunos opinan que eso no es más que una distracción de su función económica. —Bebí un sorbo de café—. Yo estoy de acuerdo con los primeros puntos, por cierto. Mi anterior trabajo fue en una multinacional que debió tomarse más en serio sus políticas. Yo discrepaba con las decisiones que estaba tomando la dirección.

—¿Qué pasó? ¿Encontraste papel en el cubo del plástico?

—No —respondí, alzando la vista al cielo—. No voy a entrar en los pormenores, pero básicamente lo que sucedió fue que expuse mis opiniones al director general y al poco tiempo me echaron.

Mi vida asintió gravemente, mientras consideraba lo que acababa de contarle. Después, echó la cabeza atrás y soltó una carcajada tan estruendosa que la anciana sentada a nuestro lado dio un salto. Mi vida se rió como para que lo oyera todo el país. Cuando terminó, estaba sin aliento.

—¡Ésa sí que ha sido buena! —dijo—. Gracias por hacerme reír.

—De nada.

Bebí otro sorbo de café, mientras me preparaba para las consecuencias.

—Creo que pensarás que ha merecido la pena. —Se volvió otra vez hacia la anciana y le dijo—: A veces pasa semanas sin cambiarse de sujetador.

Me atraganté. La señora finalmente se levantó y se fue.

—¿De dónde sacaste esa mentira? —me preguntó.

—De la Wikipedia. No podía dormir, así que me puse a buscar en la red para ver si encontraba algo coherente que contar.

—Fantástico. ¿Les contaste eso a todos?

—Así es. Nunca nadie me preguntó cuáles eran exactamente las prácticas de la empresa con las que no estaba de acuerdo. Había pensado decir algo relacionado con vertidos ilegales, pero me pareció demasiado obvio y demasiado años ochenta.

Mi vida volvió a reír, pero enseguida se detuvo.

—Pero a tu padre no le contarías eso, ¿verdad?

—Sí, se lo conté. —Me estremecí al recordar el momento—. Resultó que ya sabía la verdad, pero me dejó interpretar mi pequeña farsa antes de revelarlo. Es el único que sabe la verdad detrás de esa mentira. Por eso discutimos.

—¿Cómo lo sabía?

—Es juez y, por lo visto, el mundo de los tribunales es muy pequeño.

—Ah. ¿Qué te parece si me cuentas a mí también la verdad?

Terminé el café y arrojé el vaso a la papelerera más cercana. Fallé y el vaso aterrizó en el suelo. Lancé un suspiro de cansancio. Ese pequeño incidente me hizo sentir todo el peso del mundo sobre mis hombros. Me levanté, tiré el vaso a la papelerera y volví a sentarme en el banco.

—Fui borracha a recoger a un cliente al aeropuerto. Me perdí, estuve dando vueltas con el coche durante una hora, el tipo no llegó a una reunión y al final lo dejé tirado en un hotel equivocado. —Miré a mi vida—. Me echaron del trabajo y me retiraron el carnet de conducir durante un año, así que vendí el coche y alquilé un apartamento en el centro para poder desplazarme en bicicleta.

—Y reforzar así el cuento de la responsabilidad medioambiental.

Asentí.

—Muy lista.

—Gracias.

—Entonces, técnicamente, le mentiste a tu padre, él descubrió la mentira y ahora estás enfadada con él por haberse enfadado contigo. ¿Es así?

Estuve pensando un poco al respecto. Habría querido protestar, justificarme y explicarle que llevaba muchos años soportando sus comentarios cargados de superioridad y su prepotencia, todo lo cual había desempeñado un papel determinante en la ruptura de nuestras relaciones, porque lógicamente todo había sido mucho más complicado que una simple discusión; pero habría tenido que explicar demasiadas cosas y no habría sabido por dónde empezar, y por otra parte no tenía tiempo, energía ni ganas de entrar en detalles infinitesimales, por lo que finalmente me decidí por el expediente más sencillo y asentí.

—El problema es que tus mentiras están edificadas encima de otras mentiras, ¿no es eso? Una mentira te lleva a otra. Si revelas una minúscula parte de la verdad, todo el edificio se derrumba, de modo que tienes que seguir construyendo, como la mentira que contaste en el trabajo sobre tus conocimientos de español, que estaba relacionada con Melanie y su ex novia.

Asentí una vez más.

Prosiguió.

—Si le cuentas a la gente que te echaron del trabajo, te preguntarán por qué. Porque estabas borracha. ¿Y por qué estabas borracha? Porque ese día Blake te había dejado, estabas deprimida y tenías el día libre. Y como tenías la cabeza hecha un lío, abriste una botella de vino y te la bebiste. Pero entonces llamaron de la empresa, aunque era tu día libre, y te dijeron que había un problema y que tenías que ir al aeropuerto a recoger a un tal Robert Smyth para llevarlo a una reunión importante. Había muchas cosas en juego. Acababas de perder a tu novio y no querías perder también el trabajo, de modo que te metiste en el coche. Estabas borracha, pero no tan borracha como estarías poco después, cuando terminó de subirte el alcohol que habías bebido. Al cabo de una hora, estabas todavía peor. Tuviste un día desastroso y, como resultado, perdiste el trabajo, el carnet de conducir y el coche.

Me pareció muy triste oír que toda mi vida estaba enredada en una maraña de mentiras ridículas que iban de mal en peor.

—Si ya lo sabes todo, ¿para qué preguntas?

—Para averiguar algo que no figura en los archivos.

—¿Y ya lo has averiguado?

—Sí.

Lo miré para que continuara.

—Ahora sé que no eres una persona imprudente ni alocada, sino simplemente triste.

Los Silchester no llorábamos nunca, pero eso no quería decir que nunca tuviéramos ganas de llorar. Yo habría querido llorar en ese momento, pero no lloré. Nos quedamos un buen rato sumidos en un silencio prolongado, pero no incómodo. Pasaron al menos cinco minutos sin que dijéramos ni una sola palabra. El día era

espléndido y el parque estaba lleno de visitantes. No soplaban ni una brisa; todo estaba inmóvil, y la gente holgazaneaba, tumbada en la hierba recién cortada, leyendo, comiendo, chismorreando o haciendo lo mismo que nosotros, que era contemplarlo todo a nuestro alrededor. Por fin, mi vida rompió el silencio.

—Pues yo creo que pasas el día entero tratando de contrariarlo. Y eso ya es algo —comentó.

Lo dijo sin que viniera a cuento, como al azar, y yo fingí no saber de qué estaba hablando. Pero lo sabía.

Esa noche era el cumpleaños de Chantelle, por lo que todos estábamos convocados en The Wine Bistro. Nunca nos hacíamos regalos, pero invitábamos a comer al que cumplía años. Cuando vivía con Blake, solíamos reunirnos todos en casa una vez por semana; pero cuando nos separamos, trasladamos la reunión a ese restaurante, que era bueno y barato. La vida vino a encontrarse conmigo en la esquina y, para mi absoluta sorpresa y gran deleite, se había puesto unos vaqueros y lucía una camisa blanca y limpia debajo de la chaqueta arrugada. Le habían mejorado los dientes y la ropa, lo que seguramente debía de significar que yo iba por el buen camino. Por mi parte, me costaba mucho dejar de bostezar, porque la vida seguía sin molestarse en ir a comprar tapones para la nariz. Pero no bostezaba solamente por cansancio, sino porque estaba increíblemente nerviosa, y él lo notó.

—No te preocupes. Todo saldrá bien.

—¿Cómo no voy a preocuparme? No tengo ni la más remota idea de lo que piensas decirles.

—No voy a decirles nada. Sólo observaré. Pero si tú mientes, yo contaré una verdad.

Me puse todavía más nerviosa, porque mis amistades estaban construidas sobre mentiras. Volví a bostezar.

—Sólo te pido que tengas cuidado con Adam. Es el mejor amigo de Blake y me odia.

—Estoy seguro de que no te odia.

—Tú ten cuidado.

—De acuerdo.

Eché a andar por la calle como si estuviera practicando el *power walking*, lo que no era sencillo con zapatos de doble plataforma. Me sentía como en uno de esos sueños en los que intentas correr pero no consigues avanzar. Sin aliento, empecé a ponerlo al día.

—Lisa está embarazada; le falta más o menos un mes para dar a luz y tiene la cara y las manos hinchadas, así que no la mires demasiado y sé paciente con ella, porque está insoportable. David es su marido, el tipo que la aguanta. Antes Lisa salía con Jamie, y como Jamie y David son amigos, a veces el ambiente se enrarece un poco,

pero en general todo va bien. No engañaron a Jamie ni nada por el estilo, sino que empezaron a salir varios años después de que se acabara lo de Jamie, así que no te preocupes por eso.

—Muy bien. Intentaré no preocuparme por Jamie y David. Si en algún momento me ves demasiado interesado en sus apasionantes vidas, entonces intervienes y me dices que pare.

—¿Sabías que el sarcasmo es la forma más baja del ingenio?

—Pero hace muchísima gracia.

—Probablemente Chantelle tratará de ligar contigo. Se pone muy pizpireta cuando bebe, así que si sientes una mano por debajo de la mesa, es suya. Mary, la novia de Adam, es fotógrafa y siempre va vestida de negro. No le tengo ninguna confianza.

—¿Porque va vestida de negro?

—¡No seas ridículo! Porque es fotógrafa.

—Ah. Me alegro de no ser el único ridículo.

—Siempre está intentando ver las cosas desde diferentes ángulos. Todo. Incluso cosas simples, como cuando dices: «Hoy fui al supermercado». Seguramente te dirá —y aquí puse una voz grave y lenta—: «¿A qué supermercado? ¿Te dan miedo los supermercados? ¿Es por algo de tu infancia? ¿Había buena iluminación en ese supermercado al que fuiste?».

La vida se echó a reír y yo volví a hablar con mi voz normal, casi sin aliento.

—Complica mucho las cosas. Sólo me falta hablarte de... —Repasé mentalmente a todos mis amigos—. De mí. Y ahora mismo tengo un montón de problemas. —Me detuve en la puerta del restaurante y miré a mi vida—. Por favor, no hagas que mis amigos me odien.

—Lucy, dame la mano.

No quise dársela, de modo que la suya empezó a perseguir a la mía por el aire.

—¡No! Tienes las palmas sudorosas. —Miré al interior del restaurante y vi que ya estaban todos sentados. Como de costumbre, yo había llegado la última—. Genial. Llegamos tarde.

—Si te sirve de consuelo, serás la primera en marcharte.

—¿También lees el pensamiento?

—No, pero nunca te quedas hasta el final. Y no tengo las palmas sudorosas —dijo, más para sí mismo que para mí, mientras se las tocaba con los dedos. Me cogió de las manos—. ¿Lo ves?

Era cierto; las tenía secas. Sin duda alguna, yo estaba mejorando, aunque en ese momento no lo sintiera así.

—Lucy, mírame. Cálmate. No haré que tus amigos te odien más de lo que ya te odian. ¡Era broma, no pongas esa cara! En serio, no haré que tus amigos te odien. Te lo prometo. Y ahora, respira hondo.

Echamos a andar otra vez, cogidos de la mano. Me tranquilicé por un momento,

pero de pronto vi que Adam nos estaba mirando desde dentro del restaurante y rápidamente solté la mano de la vida y me sumí de nuevo en el pánico. El camarero del falso acento francés me vio en cuanto entramos y ni siquiera intentó disimular el espanto.

—*Bonjour* —le dije, mientras me quitaba el abrigo—. *D'accord, tu peux rester près de moi tant que tu ne parles pas de la chaleur qu'il fait ici.*

«De acuerdo, puedes quedarte a mi lado, mientras no hables del calor que hace aquí dentro».

Me dedicó una amplia sonrisa, como para decirme que ya estaba hasta el copete de mí, y recogió un par de ejemplares de la carta del restaurante.

—*Pogg* aquí —murmuró.

—¿Qué le has dicho? —me preguntó la vida.

No le respondí. Estaba demasiado ocupada siguiendo al camarero del falso acento francés y componiendo una gran sonrisa fingida para mis amigos, que no me estaban mirando, ya que todas las miradas se concentraban en mi vida. Todos estaban sentados en sus puestos favoritos, excepto Melanie. Su sitio estaba vacío, porque esa misma mañana había viajado a Ibiza para trabajar en una fiesta de P. Diddy. Me senté a la cabecera de la mesa, mirando hacia el lugar que le habría correspondido a Blake. Era siempre un recordatorio. La vida se sentó a mi lado, en el sitio de Melanie. Todos nos miraban.

—Bueno, gente, os presento a...

Titubeé un momento, pero no lo suficiente para que lo notaran, o al menos esperé que así fuera.

—Cosmo Brown —terminó él la frase por mí—. Soy amigo de Lucy. Estoy pasando un par de semanas en la ciudad.

Lo miré sorprendida y después miré a los demás para ver si se lo habían creído. ¿Por qué no iban a creérselo? Estaban asintiendo con la cabeza y haciendo comentarios amables. Se presentaron uno a uno y los hombres le tendieron la mano a través de la mesa para estrechar la suya. Adam lo miró con desconfianza y estoy segura de que Mary se puso a estudiar la iluminación en su cara para ver si encontraba señales de traumas infantiles.

—Cosmo —dijo Lisa, mirando a David, su marido—. Me gusta el nombre —añadió, frotándose el vientre abultado.

—Está bien, sí —dijo David, tratando de ser amable con Lisa y también con mi vida, aunque era evidente que le parecía espantoso.

—Entonces ¿es niño? —preguntó Chantelle, convencida de haber descubierto su secreto.

—No —respondió Lisa.

Los otros prorrumpieron en abucheos, mientras Lisa intentaba hablar por encima del alboroto.

—Ya os he dicho que no lo sabemos, pero en el hipotético caso de que fuera niño,

Cosmo sería un nombre bonito. ¡Con vosotros siempre hay que explicarlo todo! — exclamó, antes de sumergirse en la lectura de la carta.

—¿Cuánto hace que os conocéis? —preguntó Adam.

Una primera pregunta muy interesante. Mentalmente, la tradujo así: «¿Cuánto hace que te acuestas con Lucy a espaldas de Blake?».

Miré a la vida, temiendo que lo soltara todo, pero mantuvo su promesa.

—Bueno... —Me miró y se rió—. Desde siempre.

—¿Desde siempre? —repitió Adam, arqueando las cejas—. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Dublín?

—Todavía no lo sé —dijo la vida, mientras se quitaba su espantosa americana y se remangaba la camisa nueva de hilo—. Depende de cómo vayan las cosas.

—¿Estás trabajando?

—¿En general? ¿O en este momento?

—Aquí en Dublín —dijo Adam.

—Un poco de todo. Trabajo y placer —respondió la vida con una gran sonrisa para que la falta de información no fuera interpretada como una descortesía. Me dije que tenía que aprender de él. Dar pequeños retazos de información era mucho mejor que mentir. Sin embargo, su estrategia no pareció funcionar con Adam, que estaba empeñado en averiguarlo todo acerca de mi vida.

—¿En qué trabajas? —preguntó.

—En nada que pueda amenazar tu seguridad. No te preocupes. —Mi vida levantó las manos defensivamente, poniendo en evidencia el interrogatorio al que le estaba sometiendo Adam.

Todos se echaron a reír, menos Adam, que pareció irritado. Mary le apoyó una mano en el muslo y se lo apretó un poco para que se controlara. Ella también me odiaba. Desde mi ruptura con Blake no había vuelto a llamarme ni a dirigirme la palabra, una clara señal de que éramos amigas solamente porque nuestros respectivos novios lo eran, y aunque su silencio me resultó bastante ofensivo, también me alegró no tener que ir nunca más a extrañas exposiciones fotográficas, con títulos como «Momentos verdes: una mirada única y diferenciada a la naturaleza».

—Estaba bromeando —le dijo la vida a Adam—. Soy auditor.

Apreté los labios para no sonreír. Sabía que era una referencia directa a la primera vez que nos vimos, cuando le dije que sentía que me estaban haciendo una auditoría de la vida. Creo que fue un impulso inconsciente, pero la vida pasó un brazo por encima del respaldo de mi silla, como para protegerme. Sin embargo, su gesto podía interpretarse de otra manera y, según creo, así lo interpretó Adam, porque me miró como si yo fuera el trozo de mierda más repugnante que hubiera visto en su vida.

—¡Ya recuerdo lo que teníamos que hacer! —dijo de pronto Lisa, otra vez con la mano en la barriga—. ¡El papeleo! ¿Has firmado los formularios?

Miró a David.

—No, se me olvidó.

—Los dejé en la encimera de la cocina, al lado del teléfono, para que los vieras.

—Y los vi, pero se me olvidó firmarlos.

A Lisa se le enrojeció la cara.

—Ya los firmaremos cuando volvamos a casa —dijo David tranquilamente—. De todos modos, es sábado. Hoy no podemos hacer nada.

—¡Pero ayer, cuando te dije que firmaras esos formularios de mierda, era viernes! —le espetó ella.

David miró a Jamie con expresión cansada.

—¿Así que Blake ha vuelto? —preguntó Jamie para aliviar la tensión.

Enderecé las orejas; pero, como siempre, me preocupaba lo que pensarán de mis reacciones ante cualquier noticia relacionada con él, por lo que bajé la cabeza y fingí leer la carta. Leí «Sopa del día» por lo menos trece veces.

—Cosmo, ¿conoces a Blake? —preguntó Jamie.

—Blake...

La vida me miró y yo sentí que el corazón se me salía del pecho.

—Sí, Blake, el pobre inocente al que esta mujer abandonó como la *femme fatale* que es —bromeó Chantelle—. Nunca permitiremos que lo olvide.

Yo me encogí de hombros, como si no me importara.

—Sinceramente, creo que todas las mujeres deberían procesar sus rupturas como tú, Lucy —comentó Lisa—. ¡Dios santo! ¿Recordáis cómo estaba yo?

Todos gruñeron, porque colectivamente recordaban el drama de las lacrimosas llamadas nocturnas de Lisa, su negativa a estar sola ni un solo instante y las batallas interminables para convencerla de que no estaba sufriendo un ataque al corazón, sino que el dolor que sentía en el pecho era simplemente ansiedad. Jamie sonrió con beatitud, presumiblemente por el recuerdo del tiempo que pasaron juntos y no de la amarga ruptura que le sucedió. Lisa y él intercambiaron una mirada, y David pareció incómodo en su asiento.

—Bueno, hay que ver el lado positivo de las cosas, ¿no? —dije, intentando sonreír con seguridad, pero sintiendo que los labios me temblaban por dentro—. Al menos, nos separamos antes del derrumbe del mercado inmobiliario y sacamos un buen beneficio. —Un beneficio que yo ya me había gastado—. Ahora no habríamos podido vender el piso.

—Me encantaba vuestro piso —dijo Chantelle con tristeza.

A mí también.

—Era demasiado caluroso —dije yo, quitándole importancia.

Recordé a Blake caminando desnudo por la casa, después de que yo subiera deliberadamente la calefacción. Blake siempre tenía calor y era un horno en la cama. Miré la carta. «Sopa caliente del día». Caliente, caliente, caliente.

—No, no lo conozco —le dijo mi vida a Adam, que todavía estaba esperando su respuesta.

—Es un tipo genial —replicó Adam.

—Tiene que serlo. Es tu mejor amigo.

—¿Qué has querido decir con eso?

—¿Qué van a *pedigg* los *señogges*?

El camarero llegó justo a tiempo. Hablaba como si hubiera aprendido su acento imitando a los franceses que aparecen en las comedias de la tele.

Me enteré de muchas cosas acerca de Blake durante esa cena, por ejemplo, de que esa semana se emitía su último programa de televisión y de que después se quedaría en Dublín todo el verano. Había abierto un centro de deporte y aventura en —¡sí, claro que sí!— en Bastardstown, Wexford, algo que durante mucho tiempo habíamos planeado hacer juntos. Estaba haciendo todo lo que habíamos planeado hacer juntos, sólo que sin mí. Volví a estudiar la carta y parpadeé una docena de veces. «Sopa del día, sopa del día, sopa del día».

—¿No teníais pensado abrir ese centro juntos? —me preguntó Adam.

—Hum, sí —respondí, sin darle importancia, mientras repasaba una vez más los platos del día—. Quizá debería llevarlo a juicio por robarme la idea.

Todos sonrieron, menos Adam, claro. Después, Lisa empezó a hacer su pedido en su nuevo tono autoritario, cambiando todos los platos para adecuarlos a sus necesidades dietéticas. El camarero, levemente nervioso, se excusó para ir a preguntarle al cocinero si era posible complacerla. Poco después, el chef vino personalmente a nuestra mesa. Era francés auténtico y le comunicó a Lisa, con suma cortesía, que no podía prepararle el hojaldre de queso de cabra sin el queso de cabra, porque entonces sólo quedaría el hojaldre, que por otro lado ya tenía el queso de cabra dentro.

—Muy bien —dijo Lisa, mientras se le volvía a enrojecer la cara—. Entonces sólo tomaré pan. —Cerró la carta del restaurante con un sonoro golpe—. Tráigame pan, por favor, porque es lo único que puedo comer aquí. O mejor aún, no me traiga nada, porque la última vez que comí aquí, el pan tenía nueces y yo no puedo comer nueces.

—Lo siento —dijo David, sonrojado—. Está muy cansada.

—Muchas gracias, pero no hace falta que te disculpes por mí —replicó ella, mientras se esforzaba por encontrar acomodo en el asiento—. El problema no es el cansancio, sino estas sillas de mierda, que están hechas con el culo. —Entonces, se puso a llorar—. ¡Mierda! —gimió—. Lo siento. Se me ha metido algo en un ojo.

Terminó la frase varias octavas por encima de su voz normal.

—Mira, Lisa —le dijo Jamie suavemente, señalando la carta—, tienen pimientos asados, que a ti te encantan. ¿Por qué no los pides?

David miró a Jamie, un poco molesto.

—¡Santo cielo! —exclamó Lisa, sonriendo a Jamie—. ¿Te acuerdas?

—¡Claro! —rió Jamie—. Por eso te lo he dicho.

Estoy segura de que en ese momento David los imaginaba haciendo el amor sobre un lecho de pimientos rojos asados, cuando en realidad lo más probable era que

alguna vez hubieran ido juntos a un restaurante y se hubieran puesto hasta el gorro de pimientos.

—Muy bien —suspiró Lisa, volviendo a abrir la carta.

Los demás dejamos de prestar atención a la conversación, mientras el chef se agachaba junto a Lisa y repasaba pacientemente toda la carta para ver qué podía y qué no podía hacer por ella.

—¿Dónde te alojas? —le preguntó Chantelle a mi vida. Aún no había empezado a flirtear con él, en parte porque todavía iba por el segundo vaso de vino y en parte porque aún no había averiguado si estábamos juntos.

—En casa de Lucy —respondió él, y yo intenté con todas mis fuerzas no mirar la cara de Adam.

—¡Vaya! —exclamó ella—. A nosotros Lucy nunca nos ha dejado entrar en su casa; es como un gran secreto. Pero si tú has visto qué hay dentro, podrás contarnos qué nos estamos perdiendo.

Me eché a reír.

—Pero ¡qué dices! Yo no oculto nada.

—¿Porno? —preguntó Jamie, cuando el chef se hubo marchado—. Es porno, ¿verdad? Creo que tiene una debilidad por ese tipo de revistas y las va dejando por todas partes.

—No; tiene que ser algo más emocionante. —Chantelle se me acercó un poco más—. Admite que tienes a un tipo encadenado ahí dentro, porque es lo que llevo imaginando desde hace tres años.

Yo me reí y Jamie me hizo un guiño.

—Sí que tenía a un tipo escondido —dijo Adam, tendiendo la mano para coger un trozo de pan.

Tampoco esa vez nadie prestó atención a su comentario. Todos lo oyeron, pero por alguna razón los demás no lo interpretaron de la misma manera que yo, con la única excepción de mi vida.

—¿Qué has dicho? —le preguntó mi vida a Adam, y entonces pensé que ojalá no lo hubiera interpretado como yo, porque no me gustó su tono. Era el mismo tono que solía emplear Blake poco antes de empezar una ridícula discusión en un bar con algún tipo que en su opinión me había mirado mal. Y Adam le siguió el juego, porque desde que yo había roto con Blake, estaba esperando la ocasión de hablar conmigo en ese tono.

—¡Venga ya! ¿Cuánto hace que os conocéis vosotros dos? ¿Desde siempre? Supongo que eso significa por lo menos un par de años. ¿Me equivoco? Y si no recuerdo mal, hace un par de años Lucy todavía estaba con Blake.

Seguía hablando en tono ligero, con una sonrisa, pero por detrás era evidente la rabia, que le ensanchaba las fosas nasales como si fueran a echar humo.

—¡Adam! —dijo Lisa, escandalizada.

—¡Por favor! Estoy harto de hablar con rodeos, como si ella fuera sagrada o

intocable.

—Nada de lo que pasó entre ellos es de nuestra incumbencia —dijo Chantelle, dirigiendo a Adam una mirada de advertencia.

—Blake es amigo nuestro —replicó Adam.

—Y también Lucy —intervino Lisa.

—Sí, pero él no está aquí por culpa de ella, y eso sí que es de nuestra incumbencia.

—No está aquí porque consiguió un trabajo que siempre había deseado y que le exige viajar al extranjero. A ver si lo superas ya —dijo Jamie en mi defensa, con las venas del cuello hinchadas.

Habría querido darle un beso enorme, pero estaba demasiado ocupada tratando de encontrar una excusa para abandonar la mesa cuanto antes, porque la conversación había entrado en una esfera que me estaba resultando profundamente incómoda.

—Creo que deberíamos cambiar de tema —intervino David.

El camarero se movió alrededor de la mesa hasta situarse a mi lado. Se daba cuenta de que el momento era difícil para mí y lo estaba pasando en grande. Todos esperaban que yo hablara, que dijera cualquier cosa para aliviar la tensión.

—Sopa del día —dije—, por favor.

Adam levantó la vista al cielo.

—¡Ya está de nuevo como siempre! ¡Nunca contesta! ¡Siempre con misterios!

—Como la sopa. No sé de qué es —intenté bromear tímidamente.

—De calabaza y maíz —respondió el camarero.

Adam masculló algo entre dientes, que no entendí, de lo cual me alegré, porque ya me estaban temblando las rodillas por la larga sucesión de insultos personales proferidos por alguien que supuestamente era mi amigo. Adam ya me tenía acostumbrada a los agravios, pero ahora no los ocultaba. Todo el mundo podía oír el tono de su voz, y no sólo mi oído paranoico.

—¡Eh, no hables así de Lucy! —dijo Jamie, que de pronto se había puesto serio. De repente, la situación se había vuelto muy grave.

—Ni siquiera sé por qué estamos hablando de esto. ¿Cuánto hace que pasó? ¿Tres años? —preguntó David.

—Dos —dije yo, con mucha calma—. Dos años y once meses.

«Y dieciocho días», pensé.

Jamie me miró.

—Eso mismo. ¡Fue hace siglos! Salieron, rompieron, siguieron adelante y conocieron a otra gente. El hecho de que dos personas hayan estado juntas no significa que tengamos que seguir pensando en eso toda la vida —se quejó David, y todos lo miraron, porque era evidente que se estaba refiriendo a su historia personal y, más concretamente, a la relación de Jamie con Lisa.

David bebió un sorbo de agua, Jamie fijó la vista en su plato y Lisa cogió un trozo de pan y se puso a quitarle las nueces.

—No hago más que decir lo que todos pensamos —dijo Adam.

Tragué saliva.

—¿Todos vosotros creéis que engañé a Blake?

Eso sí que era nuevo para mí. Miré alrededor de la mesa.

Chantelle pareció incómoda.

—Fue todo tan repentino y tú te volviste tan reservada...

—No pienso entrar en eso —declaró David, haciendo todo lo posible para no mirarme a la cara, con lo que ya lo dijo todo.

—Yo mencioné esa posibilidad una vez, no voy a mentir —intervino Lisa—. Pero no soy como ese Cagney y Lacey de ahí, que parece que dedique cada minuto de su vida a averiguar qué pasó.

—Cagney y Lacey eran dos personas —dijo David sin pensar y Lisa lo miró irritada.

Sin prestarles atención, Jamie me miró directamente a los ojos.

—Yo estoy absolutamente convencido de que no engañaste a Blake. Tienes todo el derecho del mundo a romper con quien te dé la gana, en el momento en que tú quieras. No lo digo por ti —le aclaró a mi vida—. Y no es necesario que nos expliques nada —prosiguió—. No es asunto nuestro. Adam ha bebido demasiado y no dice más que idioteces.

—¡Eh! —exclamó Mary, ofendida—. ¡Adam no está borracho!

—Muy bien, entonces solamente dice idioteces —dijo Jamie en tono de broma, pero nadie se rió, ni siquiera él, porque en el fondo no era una broma.

—¿Mary? —La miré—. ¿Tú también lo crees?

—Tu comportamiento cambió drásticamente, Lucy. Según Blake, todo iba bien entre vosotros, pero de repente lo dejaste, y como ha dicho Chantelle, te volviste muy reservada. —Miró a mi vida—. No tengo intención de ofenderte, pero es la primera vez que oímos hablar de ti. Me sorprende incluso que te haya invitado a la cena.

—Sólo somos amigos —dije, sintiéndome muy incómoda.

—¿Y ahora pretende que nos creamos que ese tipo es solamente un amigo? —le preguntó Adam a Jamie.

—Pero ¿a quién diablos le importa? ¿Por qué te preocupa tanto? —preguntó Jamie.

—Se preocupa porque Blake es su mejor amigo y él es muy leal, y porque el pobre Blake ni siquiera sabe qué ha hecho mal para que ella... —empezó Mary, pero yo la interrumpí. No necesitaba oír nada más. No podía oír nada más, porque de lo contrario iba a romper todas las reglas de los Silchester en menos de un minuto.

—¡Sí, sí, el pobre Blake! —La interrumpí, mientras me ponía de pie. Noté que la voz me temblaba. Los Silchester no lloramos, ni nos enfadamos, pero yo estaba muy cerca de estallar—. ¡El pobrecito Blake, que vive una vida tan triste, viajando por todo el mundo, mientras yo me doy la gran vida en mi fabuloso empleo y en mi espléndido apartamento misterioso con mi amante secreto! —Agarré el bolso, al

tiempo que la vida se levantaba conmigo—. Y tienes razón, Adam. Este hombre no es solamente mi amigo. Es mucho más que eso, porque se supone que tú eres un amigo, y él me ha apoyado mucho más de lo que tú me has apoyado en toda tu vida.

Después de eso, me marché. Antes de lo previsto. Cuando salimos, seguí caminando hasta estar suficientemente lejos para que no pudieran verme ni oírme. Entonces, cuando encontré un lugar adecuado, en un portal, lejos de todos, saqué un pañuelo de papel del bolsillo y me dispuse a quebrantar todas las reglas. Esperé un buen rato, segura de que tenía que haber lágrimas en algún sitio, años enteros de lágrimas ya preparadas y listas para salir a borbotones. Pero no salieron, por lo que arrugué el pañuelo y volví a guardármelo en el bolsillo. No iba a llorar en ese momento. Mis lágrimas tenían orgullo.

La vida apareció a mi lado, con cara de aflicción. Cuando vio que estaba bien, me dijo:

—Bueno, puede que tengas razón.

—Me odia.

—No. —Pareció desconcertado—. Me refiero a Jamie y a David. Es cierto que siguen siendo amigos después de todo el lío con Lisa. —Lo dijo en un tono tan deliberado de fingido chismorreó que me hizo sonreír—. Aunque, técnicamente, no sé si es verdad eso de que se llevan bien —añadió—. En cualquier caso, son la menor de mis preocupaciones. ¿Tienes frío?

La brisa nocturna me hizo estremecer.

—Ven —dijo la vida con dulzura.

Se quitó la americana y me la puso sobre los hombros. Me rodeó con su brazo protector y así, andando bajo el fulgor anaranjado de las farolas, volvimos juntos a casa.

—¿Qué quieres hacer hoy? —pregunté.

Estábamos disfrutando de una mañana de vagancia en el sofá. Los periódicos del domingo yacían desperdigados por todas partes, usados y abusados, después de que buscáramos nuestras secciones favoritas y desecháramos el resto. Entrábamos y salíamos del silencio, mientras comentábamos, reíamos y compartíamos los artículos que estábamos leyendo. Yo estaba perfectamente a gusto en su compañía y parecía que él también estaba a gusto en la mía. Mis cortinas-ropa estaban descorridas para que entrara el sol, y las ventanas estaban abiertas de par en par para dejar pasar el aire fresco y el silencio del domingo. El apartamento olía a las tortitas con jarabe de arce que había preparado él y a café recién hecho, aún caliente sobre la encimera. El *Señor Pan* se había instalado en permanencia sobre uno de los zapatos de mi vida y parecía tan satisfecho como si acabara de hartarse de nata, que era precisamente lo que acababa de hacer, además de zamparse los arándanos frescos que yo había plantado y cultivado en el huerto ecológico del tejado, desde que la vida había entrado en mi mundo. Los había recogido esa misma mañana, ataviada con un sombrero de paja con cinta blanca y un vestido blanco semitransparente, que ondeaba de manera hipnótica bajo la suave brisa del tejado, para deleite de mis vecinos varones, que reposaban en las tumbonas de la terraza, embadurnados de loción solar, relucientes como coches de exposición.

De acuerdo, es mentira.

Los arándanos los compró mi vida y no tenemos ningún huerto en el tejado. Vi el vestido en una revista y, milagrosamente, me había vuelto rubia en mi fantasía.

—Hoy —proseguí, cerrando los ojos— lo único que quiero es quedarme en la cama.

—Deberías llamar a tu madre.

Los abrí rápidamente.

—¿Por qué?

—Porque está intentando organizar una boda y no la estás ayudando.

—Es lo más ridículo que he oído en mi vida. Ya está casada. Es sólo una excusa para inventarse algo que hacer. Debería ir a clases de cerámica. Además, ni Riley ni Philip la están ayudando. Y hoy no puedo ir a verla, porque vendrán los de la alfombra. Probablemente se retrasarán. Ese tipo de gente siempre llega tarde. Creo que les diré que no vengan.

Estiré el brazo para coger el teléfono.

—No les dirás nada de eso. Hoy he encontrado un pelo gris en uno de mis calcetines y puedo asegurarte que no era un pelo de la cabeza y que no era mío.

Dejé el teléfono.

—Y deberías devolverle la llamada a Jamie.

—¿Por qué?

—¿Cuántas veces te había llamado antes?

—Ninguna.

—Entonces, debe de ser importante.

—O tal vez estaba borracho, le dio un golpe al móvil y mi número saltó por error.

La vida me miró con reprobación.

—De acuerdo —convine—. Probablemente quería disculparse por lo que sucedió anoche en la cena; pero no hace falta que se disculpe, porque no hizo nada malo. Se puso de mi parte.

—Entonces, llámalo y díselo.

—No quiero hablar con nadie sobre lo que pasó ayer.

—Muy bien, sigue escondiendo la basura debajo de la alfombra. Se formarán tantos bultos que acabarás tropezando.

—¿Consideras que esas llamadas son más importantes que dedicar el tiempo a *mi vida*?

Pensé que con eso lo convencería, pero se limitó a levantar la vista al cielo.

—Lucy, corres el peligro de tomar un camino completamente erróneo. No quería que te convirtieras en una egoísta que se pasa el día entero hablando de sí misma con su vida. Tienes que encontrar un equilibrio. Tienes que preocuparte por ti misma, pero también por la gente que te quiere.

—¡Pero eso es muy difícil! —gemí, mientras me cubría la cabeza con una almohada.

—Así es la vida. ¿Por qué te pedí que te reunieras conmigo?

—Porque no te hacía ningún caso —dije las palabras que había estado ensayando—. Porque no estaba prestando atención a mi vida.

—Y ahora ¿qué estás haciendo?

—Prestar atención a mi vida. Paso con mi vida hasta el último segundo, tanto que ya ni siquiera puedo hacer pis a solas.

—Podrías hacer pis en privado, si cambiaras la bombilla del baño.

—Demasiado complicado —suspiré.

—¿Por qué?

—Para empezar, no llego.

—Usa una escalera de mano.

—No tengo.

—Súbete al váter.

—Tiene una tapa barata de plástico. Se rompería y me caería.

—Entonces súbete al borde de la bañera.

—Es peligroso.

—Tienes razón. —La vida se puso de pie—. Levántate.

Gruñí.

—Levántate —repitió.

Me incorporé gruñendo, como una adolescente perezosa.

—Ahora ve a preguntarle a tu vecina si puede prestarte una escalera.

Volví a derrumbarme en el sofá.

—Hazlo —me ordenó, con expresión grave.

Me levanté de nuevo, irritada, y me dirigí a la puerta. Fui al apartamento de Claire, llamé a la puerta y regresé al cabo de un momento, con una escalera de mano.

—¿Lo ves? No era tan difícil, ¿verdad?

—Hemos hablado del tiempo, de modo que ha sido horrible. Detesto hablar por hablar.

Resopló disgustado.

—Ahora, pon la escalera en el baño.

Hice lo que me indicó.

—Súbete.

Seguí sus instrucciones.

—Ahora, desenrosca la bombilla.

Me iluminó con la linterna para que viera lo que estaba haciendo. Me puse a desenroscar la bombilla quemada, gimoteando como una niña a la que estuvieran obligando a comerse las verduras. Por fin, la bombilla se soltó, de modo que interrumpí las quejas para poder concentrarme. Le pasé la bombilla vieja.

—Haz como si yo no estuviera aquí.

Resoplé indignada y me puse a canturrear «Odio a mi vida, odio a mi vida», una y otra vez, mientras me bajaba de la escalera, apoyaba la bombilla en el lavabo, lo miraba a él con desprecio, sacaba de la caja la bombilla nueva, volvía a subirme a la escalera y enroscaba la bombilla en su sitio. Cuando lo conseguí, volví a bajar de la escalera, pulsé el interruptor y el baño se inundó de luz.

—¡Hurra! —exclamé, mientras levantaba el brazo para chocar la mano con la de mi vida.

—No pienso chocarte por cambiar una bombilla.

Bajé la mano, bastante decepcionada, pero enseguida intenté animarme:

—¿Y ahora qué? ¿Más tortitas?

—Ahora que hay luz en el baño, podrías limpiarlo a fondo.

—¡Nooo! —exclamé—. ¿Ves? Por eso no hago nada. Porque si haces algo, siempre acabas teniendo que hacer algo más.

Cerré la escalera y la dejé en el vestíbulo, debajo del perchero, al lado de las botas embarradas del festival de verano, el último al que había ido con Blake, un festival durante el cual, según me informaron más adelante, le enseñé las tetas a Iggy Pop desde mi puesto sobre los hombros de Blake.

—No vas a dejar eso ahí.

—¿Por qué no?

—Porque va a quedarse ahí los próximos veinte años, acumulando polvo, lo

mismo que esas botas embarradas. Ve a devolvérsela a Claire.

Obedecí y la devolví.

—Ven —le dije después, cogiéndolo de la mano—. Vamos a tumbarnos otra vez en el sofá.

—No. —Me soltó la mano y se echó a reír—. No pienso quedarme aquí tumbado. Voy a tomarme el resto del día libre.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Adónde vas?

Sonrió.

—Hasta yo necesito descansar.

—Pero ¿adónde irás? ¿Dónde vives? —Miré en dirección al cielo—. ¿Ahí arriba?

—¿En el piso de arriba?

—¡No! En... Ya sabes...

Volví a señalar con la cabeza.

—¿En el cielo? —Abrió la boca más de lo que yo había visto abrir la boca a nadie y soltó una carcajada—. ¡Lucy! ¡Cómo me haces reír!

Me uní a sus carcajadas, como si hubiera sido una broma, aunque en realidad lo había dicho en serio.

—Si quieres, puedo ponerte deberes antes de irme, para que no me echés de menos.

Arrugué la nariz y él se dirigió a la puerta.

—De acuerdo. Ven, siéntate —le dije, dando unas palmaditas en el sofá.

De repente, no quería estar sola.

—¿Qué sueñas, Lucy?

—¡Genial! Me encanta contar los sueños. —Me arrellané en el sofá—. Anoche soñé que me lo hacía con el tipo guapo del tren.

—Estoy prácticamente seguro de que eso debe de ser ilegal.

—¡Pero no lo hacíamos en el tren!

—No. Lo digo porque el chico es muy joven y tú ya estás al borde de los treinta —se burló de mí—. En cualquier caso, no me refería a eso. Te he preguntado qué sueñas, en el sentido de tus esperanzas y ambiciones.

—Oh —dije, con expresión de aburrimiento. Lo pensé un poco y después añadí—: No entiendo la pregunta.

Suspiró y me habló como si fuera una niña pequeña.

—¿Qué te gustaría hacer, si pudieras? Dime cosas que te gustaría conseguir, como por ejemplo, el empleo soñado.

Reflexioné un momento.

—Me gustaría ser jurado de *Factor X* para poder arrojar objetos a los concursantes si son muy malos, o abrir una escotilla para que se caigan en una piscina de garbanzos o algo así. Sería divertido. Y yo ganaría cada semana el concurso de la mejor vestida. Las otras chicas del jurado me dirían: «¡Lucy! ¿Dónde has conseguido ese vestido?». Y yo les respondería: «¿Éste? Es un vestidito de nada que encontré

colgado en la barra de mis cortinas». Y el presentador diría: «¡Chicas! ¡A ver si imitáis a Lucy! Es la más...».

—¡Muy bien! No hace falta que sigas —dijo la vida, masajeándose las sienes con los dedos—. ¿Ningún sueño mejor?

Pensé un poco más, bajo la presión del interrogatorio.

—Lo que de verdad me gustaría es ganar la lotería para no tener que trabajar nunca más y poder comprar todo lo que quisiera.

—Eso no es realista —dijo.

—¿Por qué no? Esas cosas pasan. ¿Recuerdas a aquella mujer de Limerick, la que ganó treinta millones y ahora vive en una isla desierta?

—Entonces ¿tu sueño es vivir en una isla desierta?

—No. —Negué enfáticamente con la cabeza—. Eso sería muy aburrido y, además, detesto los cocos. Pero no me importaría ganar todo ese dinero.

—Ese sueño es propio de personas perezosas, Lucy. Si tienes un sueño, al menos debe ser posible tratar de hacerlo realidad. Tiene que ser algo aparentemente fuera de tu alcance, pero que se pueda conseguir con un poco de dedicación y esfuerzo. La idea de ir hasta la agencia de loterías más cercana y comprar un décimo no es inspiradora. Los sueños deben hacerte pensar: «Si tuviera valor y no me importara el qué dirán, lo haría sin dudar».

Me miró esperanzado y expectante.

—Soy una persona normal. ¿Qué quieres que te diga? ¿Qué quiero ver la Capilla Sixtina? Me da igual una pintura que me exige dislocarme el cuello para verla. No es un sueño para mí, sino una obligación cuando estoy de vacaciones en Roma, una obligación que por cierto ya cumplí, cuando Blake me llevó a Italia en nuestro primer fin de semana de viaje. —Me daba cuenta de que me había puesto de pie y estaba levantando la voz, pero no podía evitarlo, porque me parecía indignante que hubiera sacado un tema tan absurdo—. ¿Qué otros sueños suele tener la gente? ¿Saltar desde un avión? Ya lo he hecho e incluso tengo el título de monitora, por lo que podría llevarte a saltar en paracaídas cuando tú quieras. ¿Ver las pirámides? Ya las he visto. Fui con Blake, cuando cumplí veinticinco. Pasé mucho calor y las pirámides eran tan enormes y majestuosas como las había imaginado. ¿Iría de nuevo a verlas? No. Un tipo raro intentó meterme en su coche, mientras Blake visitaba los lavabos del McDonald's más cercano. ¿Nadar con delfines? Ya lo he hecho. ¿Lo haría de nuevo? No. Nadie te advierte de que huelen a rayos cuando los tienes cerca. ¿Practicar *puenting*? También lo hice, cuando Blake y yo fuimos a Sídney. Incluso me he sumergido en el mar en una jaula para ver los tiburones, junto a Ciudad del Cabo, y un año, por San Valentín, Blake me regaló un ascenso en globo. He hecho la mayor parte de las cosas que la gente sueña, y ni siquiera eran sueños míos, sino simplemente cosas que hacía. ¿Qué decía hoy el periódico? —Cogí una de las páginas que había estado leyendo y señalé con el dedo un artículo—. Un tipo de setenta años quiere viajar en uno de esos aviones espaciales, para ver la Tierra desde

el espacio. Yo ya estoy en la Tierra en este momento y ya me parece bastante mierdosa desde aquí. ¿Por qué iba a querer verla desde otro ángulo? ¿De qué me iba a servir? Esos sueños son una pérdida de tiempo y tu pregunta es la más ridícula que me has hecho hasta ahora. Yo solía hacer cosas todo el tiempo. ¿Cómo te atreves a hacerme sentir que no soy nada sin un sueño? ¿No te basta con que mi vida sea insuficiente? ¿Tienes que venir a decirme que también lo son mis sueños?

Hice una inspiración profunda, después de mi soflama.

—De acuerdo. —Se puso de pie y cogió su chaqueta—. Ha sido una pregunta estúpida.

Fruncí el ceño.

—Entonces ¿por qué me la has hecho?

—Si no te interesa esta conversación, Lucy, no tenemos por qué tenerla.

—No me interesa, pero quiero saber por qué me lo has preguntado —dije yo, a la defensiva.

—Tienes razón en todo lo que has dicho. Está claro que has vivido plenamente tu vida y no te queda nada más por hacer. ¿Para qué seguir? Ya te puedes morir.

Reprimí una exclamación de horror.

—No te estoy diciendo que te vayas a morir, Lucy —dijo él, con evidente frustración—. Bueno, ahora no. Después sí, claro.

Volví a asustarme.

—Como todo el mundo —aclaró.

—Ah.

Abrió la puerta y se volvió para mirarme.

—La razón por la que te he hecho esa pregunta es porque, por mucho que digas y por mucho que mientas, no estás satisfecha con tu situación actual, y cuando te pregunto cuál es tu deseo, diciéndote que puedes escoger lo que más quieras, en el mundo entero y sin ninguna limitación, me dices que quieres ganar dinero y comprar cosas.

Habló con dureza y me hizo sentir avergonzada.

—Sigo pensando que la mayoría de la gente elegiría la lotería.

Volvió a mirarme con severidad y se dirigió hacia la puerta.

—Estás enfadado conmigo. No entiendo que te enfades sólo porque no te gusta mi sueño. Me parece ridículo.

Me habló con suavidad, lo que me puso todavía más nerviosa.

—Estoy enfadado porque no sólo estás insatisfecha con tu situación, sino que eres incapaz de imaginar cómo te gustaría que fuera. Y eso me parece... —Hizo una pausa para buscar la palabra adecuada—. Triste. No me extraña que no puedas salir del círculo vicioso.

Pensé un poco más en mis sueños, mis deseos, mis ambiciones y lo que me habría gustado hacer para sentirme mejor de lo que me sentía, pero no se me ocurrió nada.

—Me lo imaginaba —dijo él finalmente—. Hasta mañana.

Cogió la chaqueta y la mochila, y se fue de mi casa, lo que resultó ser el peor final posible para un día que había empezado maravillosamente bien.

Sus comentarios me inquietaban. Siempre pasaba lo mismo. Era como si el tono de su voz me hablara directamente al cerebro, como uno de esos silbatos para perros, inaudibles para el oído humano. Intenté pensar en mis sueños, en lo que quería hacer y en lo que de verdad deseaba, pero creo que para saber lo que deseas es preciso saber antes lo que no quieres. La única conclusión a la que pude llegar fue que habría preferido que la vida no se hubiera puesto en contacto conmigo, porque de ese modo habría podido seguir igual que antes. La vida me había complicado las cosas. Había intentado hacerme cambiar, cuando yo estaba perfectamente contenta tal como estaba. Había dicho que lo mío era un círculo vicioso, pero por el solo hecho de decirlo, lo había roto. Me había sacado del círculo y ya nunca podría regresar. A mí me gustaba mi círculo. Lo echaba de menos y toda la vida lamentaría su pérdida.

A las doce me dolía la cabeza, pero el apartamento estaba limpio y ordenado, y, como era de esperar, los limpiadores de alfombras aún no habían dado señales de vida. A las doce y cuarto aún no habían venido. A las doce y media, empecé a celebrar que ya no vendrían y a hacer preparativos mentales para disfrutar de mi libertad de la mejor manera posible, pero no se me ocurrió ningún plan concreto. Melanie no estaba en la ciudad, y aunque hubiese estado, no creo que yo figurara en la lista de las personas a quienes más le apetecía ver, teniendo en cuenta que no habíamos vuelto a hablar desde mi última visita. Tampoco figuraban en mi lista los amigos que en la cena de la noche anterior me habían acusado de engañar a Blake. Y aunque yo había sufrido una especie de trasplante de personalidad después de la ruptura con Blake (una transformación que yo creía que nadie había notado, pero que gracias a las enseñanzas de la vida ahora me daba cuenta de que todos habían observado), podía comprender su punto de vista, que aun así me resultaba hiriente.

Unos golpes en la puerta me sacaron de mis pensamientos. Era Claire, con la frente arrugada y las mejillas mojadas. Estaba llorando de nuevo.

—Lucy —dijo, sorbiéndose la nariz—, siento mucho molestarte en domingo, pero he oído la televisión encendida y... Bueno, quería preguntarte si no te importaría cuidar otra vez de Conor. No te lo pediría si no fuera porque acaban de llamarme del hospital. Me han dicho que es urgente y...

Rompió a llorar.

—Por supuesto. ¿Podrías traérmelo aquí? Estoy esperando a los limpiadores de alfombras y tengo que quedarme en casa.

Se lo pensó un momento. No parecía muy convencida, pero tampoco tenía otra opción. Volvió a su apartamento y cerró la puerta. Me pregunté si se sentaría y se pondría a contar lentamente hasta diez, antes de volver conmigo, o si de verdad haría todos los movimientos de recoger al bebé y ajustarle las correas de seguridad del cochecito. Sentí una profunda tristeza por ella. Se abrió la puerta y mi vecina metió en mi apartamento el cochecito vacío, con las correas ajustadas.

—Se ha dormido hace cinco minutos —susurró—. Suele hacer una siesta de unas dos horas, así que espero estar de vuelta antes de que se despierte. Últimamente no ha estado muy bien; no sé qué tiene. —Observó el cochecito vacío con expresión de preocupación—. Puede que duerma un poco más de lo habitual.

—Muy bien.

—Gracias.

Echó un último vistazo al cochecito y se volvió para marcharse. En el pasillo, había un hombre de pie delante de su puerta.

—Nigel —dijo ella, sorprendida.

El hombre se volvió.

—Claire.

Lo reconocí como el tipo que aparecía en las fotos de Claire: su marido, el padre de Conor. El hombre miró el número de su puerta y, a continuación, el de la mía.

—¿Me he equivocado de apartamento?

—No; ésta es Lucy, nuestra..., mi vecina. Se va a quedar con Conor mientras voy al hospital.

El visitante me miró de una manera que me hizo desear hundirme en el suelo y morir. Seguramente pensaba que me estaba aprovechando de ella, pero ¿qué podía hacer yo? ¿Decirle que no había ningún niño? Seguramente, en lo profundo de su corazón, ella ya lo sabía.

—No lo hago por dinero —aclaré, para que al menos me perdonara por eso—. Lo hago porque de otro modo no podría ir al hospital.

El hombre asintió una vez, como si hubiera comprendido, y entonces su mirada se desplazó hacia ella. Su tono de voz era amable.

—Te llevo en el coche, ¿de acuerdo?

Cerré la puerta cuando se hubieron marchado.

—¡Hola! —le dije al espacio vacío en el cochecito—. Mami y papi no tardarán mucho en volver.

Después, apoyé la frente en las manos y me senté encorvada sobre la encimera. El *Señor Pan* se subió de un salto y sentí su nariz fría en la oreja. Estuve un rato *googleando* los sueños y las ambiciones de la gente, y al instante, aburrida, cerré el portátil. La una menos cuarto llegó y pasó, y entonces se me ocurrió una idea. Le hice una foto a la cara de Gene Kelly en el cartel de la puerta del baño y se la envié a Don Lockwood, con un texto:

«Vi esto y pensé en ti».

Después, esperé. Y esperé un poco más. Primero, con nerviosismo. Después, con esperanza. A continuación, con una enorme decepción. Finalmente, con un dolor tan grande, que fue como si me hubieran hecho un tajo con un cuchillo. No lo culpaba a él. Le había dicho que no me llamara nunca más, pero aun así, conservaba la esperanza. Al final, la esperanza se esfumó y me deprimí. Estaba sola, vacía y perdida. Y ni siquiera había pasado un minuto.

Abrí el congelador y me puse a mirar fijamente los estantes vacíos. Cuanto más miraba, menos comida aparecía. Entonces, mi teléfono emitió un pitido. Cerré de un golpe la puerta del frigorífico y me zambullí hacia el móvil. Como suele suceder en esos casos, también sonó el timbre de la puerta. Quería saborear el mensaje de texto, por lo que decidí abrir la puerta primero. El Mago de las Alfombras me lanzó una mirada desde su alfombra mágica, dibujada en el pecho del hombre que había llamado a la puerta. Levanté la vista. El hombre tenía puesto un gorro azul con el mismo dibujo del mago y la alfombra, calado sobre los ojos. Miré a sus espaldas. No había nadie más, ni tampoco ningún material o equipo.

—¿Roger? —pregunté, apartándome para dejarlo pasar.

—Roger es mi padre —respondió él, entrando en el apartamento—. Los fines de semana no trabaja.

—Bien.

Miró a su alrededor y después a mí.

—¿Nos conocemos? —preguntó.

—Hum. No lo sé. Me llamo Lucy Silchester.

—Sí, lo tengo en la...

Levantó la libreta, pero no terminó la frase. No hacía más que mirarme a los ojos, inquisitivo y curioso. Me puse nerviosa. Desvié la vista y di unos pasos hacia la cocina para que la encimera se interpusiera entre nosotros. Él lo notó y retrocedió varios pasos, lo que le agradecí en silencio.

—¿Dónde están los demás? —pregunté.

—¿Los demás?

—Los limpiadores de alfombras —respondí—. ¿No sois un equipo?

—No, solamente mi padre y yo. Pero él no trabaja los fines de semana, así que...

—Miró a su alrededor—. ¿Te parece mal que haya venido yo solo?

Su pregunta me hizo sentir mejor.

—No, nada de eso.

—Tengo las cosas en la furgoneta. Sólo quería venir y echar un vistazo, antes de subir todo el material.

—Ah, sí, claro. ¿Quieres que te ayude a subir algo?

—No, gracias. Seguro que no puedes dejar solo al bebé, ¿no?

Sonrió y se le formaron unos hoyuelos diminutos en las mejillas, que repentinamente lo transformaron en el hombre más apuesto que había visto en toda mi vida. Después, recordé a Blake y entonces dejó de serlo. Siempre me pasaba lo mismo.

Miré el cochecito.

—Ah, eso. Es mi vecina. El bebé de mi vecina, quiero decir. Lo estoy cuidando.

—¿Qué tiempo tiene? —preguntó con una sonrisa, levantando la barbilla para echar un vistazo dentro del cochecito.

Levanté un poco más la manta para que no pudiera ver.

—Alrededor de un año, creo. Está dormido —dije, como si eso lo explicara todo.

—Trataré de trabajar sin hacer mucho ruido. ¿Quieres que me concentre en alguna zona en particular?

—Solamente en el suelo.

Lo dije en serio, pero pareció un chiste y él se echó a reír.

—¿Todo el suelo?

—Sólo los trozos que están sucios.

Sonreímos los dos. Seguía siendo guapo, incluso si lo medía con el barómetro de Blake.

—Y eso probablemente es todo el suelo —añadí.

Miró a su alrededor y, de repente, me di cuenta de que había un hombre guapísimo en mi pequeña cueva privada. Me sentí turbada. Se puso de rodillas y empezó a examinar una zona del suelo. La frotó con las manos.

—¿Esto es...?

—Ah, sí. Lo escribí para que no se me olvidara. No tenía ningún papel a mano.

Me miró con una gran sonrisa.

—¿Con rotulador de tinta permanente?

—Hum... —Me puse a rebuscar en el cajón de la cocina para ver si encontraba el rotulador—. Aquí está.

El hombre lo estudió.

—Tinta permanente.

—Ah. ¿Podrías quitarlo? Porque si no puedes, mi casero me echará a la calle enrollada en la moqueta.

—Lo intentaré. —Me miró, divertido—. Voy a buscar el material a la furgoneta.

Me senté en la butaca y me dispuse a pasar el tiempo persiguiendo a Don Lockwood. Leí su mensaje.

«Por fin asomas tu linda cabecita. ¿Cómo te ha ido la semana?».

«Desde el martes no han vuelto a apuntarme con una pistola de agua. ¿Qué tal está Tom?».

Oí el pitido de un teléfono en el pasillo y supuse que el tipo de las alfombras había vuelto, pero no apareció. Me asomé a la puerta y vi que estaba leyendo algo en la pantalla de su móvil.

—Disculpa —dijo, mientras se guardaba el teléfono en el bolsillo.

Recogió una máquina que parecía una aspiradora gigante y la trajo a mi piso. Los músculos de los brazos se le hinchaban hasta el triple del tamaño de mi cabeza. Intenté no mirarlos descaradamente, pero fracasé.

—Voy a estar aquí sentada. Si necesitas algo, si te pierdes o lo que sea, me llamas.

Se echó a reír y se puso a estudiar el desmesurado sofá.

—Estaba en un piso más grande —le expliqué.

—Es bonito. —Apoyó las manos en las caderas, mientras lo inspeccionaba—. No

creo que sea fácil moverlo.

—Se desmonta —dije, por no decir que se caía a trozos, como todo lo demás de la casa.

Miró a su alrededor.

—¿Te importa que ponga una parte del sofá encima de la cama y otra parte en el baño?

—Claro que no, pero si encuentras dinero debajo, es mío. Lo demás te lo puedes quedar.

Levantó el sillón y yo me quedé mirando sus músculos enormes, que desplazaron cualquier otro pensamiento de mi cabeza.

—No creo que esto me sirva —dijo riendo, mientras señalaba un sujetador polvoriento, de color cereza, tirado en el suelo. Intenté encontrar una respuesta graciosa, pero en lugar de eso corrí a recogerlo y, en el camino, me golpeé un dedo del pie contra la arista de la encimera de la cocina y caí de bruces en el sofá.

—¡Mierda!

—¿Estás bien?

—¡Sí! —chillé. Cogí mi sujetador e intenté formar con él una bola, antes de agarrarme el dedo del pie hasta que se me pasó el dolor—. Estoy segura de que nunca habías visto un sujetador. Me alegro de haberme lanzado en plancha para recogerlo del suelo —dije con esfuerzo, entre los dientes apretados.

Se echó a reír.

—¿Qué tendrá este tipo? —preguntó, pasando junto al cartel de Gene Kelly pegado en la puerta del baño, para dejar junto a la bañera una parte del sofá—. Las chicas lo adoran.

—Era el bailarín de la clase trabajadora —le expliqué, mientras me frotaba el dedo—, el polo opuesto del pretencioso estilo de frac y chistera de Fred Astaire. Gene era un hombre corriente, un hombre real.

Pareció interesado, pero enseguida volvió a ocuparse de su trabajo y no dijo nada más. Al cabo de un momento, me pareció sentir que estaba quieto, de modo que levanté la vista. Estaba de pie en medio de la habitación, con un trozo del sofá en los brazos, mirando como perdido a su alrededor. Enseguida comprendí su dilema: las piezas del sofá se apilaban sobre la cama y ocupaban todo el baño, incluida la bañera. No quedaba ningún espacio libre.

—Podríamos ponerlo en el pasillo —dije.

—Bloquearía el paso.

—¿Y en la cocina?

Había un pequeño espacio, que era donde estaba aparcado el cochecito. Lo moví, mientras él venía hacia mí. No sé qué paso exactamente en ese momento, pero supongo que se hizo daño con algo en un dedo del pie, porque oí el ruido del golpe de la bota, quizá contra la arista de la encimera, y vi que el trozo de sofá salía despedido de sus brazos y aterrizaba en el cochecito.

—¡Dios mío, no! —gritó él—. ¡Oh, no!

—No pasa nada —me apresuré a decirle—. No hay nada en el...

—¡Mierda, mierda, mierda! —repetía él, tratando de quitar el trozo de sofá de encima del cochecito.

—¡Tranquilízate! ¡No pasa nada! ¡No hay ningún bebé dentro! —dije, levantando la voz.

Se interrumpió y me miró como si yo fuera la persona más extraña del planeta.

—¿No?

—No, mira. —Lo ayudé a levantar el trozo de sofá y a colocarlo sobre la encimera—. ¿Lo ves? Está vacío.

—Pero tú dijiste...

—Sí, ya lo sé. Es una historia muy larga.

Cerró los ojos y tragó saliva, mientras el sudor le perlaba la frente.

—Dios mío.

—Ya lo sé, lo siento. Pero no ha pasado nada.

—¿Por qué...?

—No preguntes, por favor.

—Pero tú...

—Es mejor que no hagas preguntas, de verdad.

Me miró una vez más, en busca de una respuesta, pero yo le hice un gesto para que lo dejara.

—Mierda —susurró, e hizo una inspiración profunda. Echó otro vistazo al cochecito para asegurarse de que no se lo había imaginado, hizo una inspiración más y entonces se dispuso a montar su aspiradora gigante. Después, sacó el teléfono del bolsillo y se puso a teclear un mensaje de texto: tap-tap-tap. Miré al *Señor Pan* y levanté la vista al cielo. Si cada cinco minutos se ponía a enviar mensajitos, no iba a terminar nunca con la alfombra.

—Bueno —dijo finalmente, volviéndose hacia mí—. Lo primero que voy a hacer es limpiar la moqueta con agua caliente a presión. Después, le pondré un protector y un producto para eliminar los olores.

—Perfecto. Por cierto, ¿sales tú en el infocomercial?

—No —gruñó—. El que sale es mi padre. Se cree un poco actor. Quiere que yo también haga un anuncio, pero antes de eso... —Se lo pensó un momento—. Antes de eso, preferiría morir.

Me eché a reír.

—Podría ser divertido.

Me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Te parece? ¿Tú lo harías?

—Por dinero, haría prácticamente cualquier cosa. —Fruncí el ceño—. Cualquier cosa, menos lo que estás pensando que he querido decir —aclaré—. Eso no.

—Tampoco te lo pediría. Por dinero, quiero decir. —Se sonrojó—. ¿Podemos

cambiar de tema?

—Sí, por favor.

Me sonó el teléfono y los dos lo tomamos como una buena señal para dejar de inmediato la conversación.

«No quiero ni hablar de Tom. Conoció a una chica y ha decidido sentar cabeza. Se muda con ella la semana que viene. Me quedo sin compañero de piso, así que... Hombre alto, moreno, bien parecido, de treinta y cinco años y tres cuartos busca a cualquiera que pueda pagar el alquiler».

Le contesté con otro mensaje.

«¿Tú también estás buscando? Haré correr la voz. Una pregunta personal: ¿Cuál es tu sueño? ¿Qué es lo que más te gustaría hacer en el mundo?».

El móvil del limpiador de alfombras pitó. Mascullé un comentario condenatorio, pero mi desaprobación no se oyó por encima del ruido de la máquina de vapor. El tipo apagó el aparato y sacó el teléfono del bolsillo.

—Hoy estás muy solicitado.

—Sí, lo siento.

Leyó el mensaje y escribió otro.

Entonces sonó mi teléfono.

«Un café. Ahora mismo me encantaría tomar un café».

Levanté la vista y miré al tipo de la alfombra. Estaba limpiando, absorto en sus pensamientos. Me bajé de un salto del taburete.

—¿Quieres un café?

No contestó.

—Perdona. ¿Te apetece un café? —le repetí en un tono de voz más alto.

Me miró.

—Debes de haberme leído la mente. Me encantaría, gracias.

Se lo bebió, lo dejó en la encimera y volvió al trabajo. Me senté y repasé todos los mensajes, tratando de leer entre líneas, mientras esperaba la respuesta. El limpiador de alfombras volvió a sacar su teléfono. Me habría gustado hacer algún comentario, pero me contuve, porque en ese momento me puse a estudiar la sonrisita clandestina que se le formaba en los labios mientras tecleaba y de inmediato odié a la persona al otro lado del teléfono. Le estaba enviando mensajitos a una chica y no pude evitar odiarla.

—¿Vas a tardar mucho? —dije por fin, sin la menor amabilidad en la voz.

—¿Disculpa?

Levantó la vista de la pantalla del móvil.

—La alfombra. ¿Te llevará mucho tiempo?

—Unas dos horas.

—Entonces sacaré al bebé a dar un paseo.

Pareció desconcertado. No me sorprendió. Yo también lo estaba. Recibí la respuesta de Don mientras bajaba en el ascensor.

«Mi sueño es ganar la lotería para no tener que trabajar nunca más. Pero lo que de verdad, de verdad quiero, es conocerte a ti».

Me quedé mirando el mensaje, boquiabierta. El ascensor había llegado a la planta baja y las puertas se habían abierto, pero yo estaba tan obnubilada que se me olvidó salir, en parte porque los dos teníamos el mismo sueño propio de personas perezosas, pero sobre todo porque él acababa de decirme algo muy bonito, que bordeaba lo cursi y era a la vez adorable y aterrador. Las puertas del ascensor se cerraron y, antes de que pudiera pulsar ningún botón, volví a subir. Suspiré y me recosté contra la pared. El ascensor se detuvo en mi piso. Lo había llamado el tipo de la alfombra.

—Hola.

—Se me ha olvidado salir.

El hombre se echó a reír y miró el cochecito.

—¿Cómo se llama? —preguntó, mientras entraba en el ascensor.

—Conor.

—Es muy mono.

Nos echamos a reír.

—¿Estás segura de que no nos conocemos? —me preguntó.

Volví a estudiarlo detenidamente.

—¿Has sido corredor de bolsa?

—¡No! —exclamó riendo.

—¿Has fingido serlo?

—No.

—Entonces, no nos conocemos.

Estaba segura de que lo habría recordado, si lo hubiera visto antes. Ningún otro ser humano, vivo o muerto, había llegado tan alto como él en la escala del barómetro de Blake. Me resultaba vagamente familiar, pero supuse que debía de ser porque me había pasado toda la mañana mirándolo codiciosamente, como un viejo verde a una jovencita. Fruncí el ceño y negué con la cabeza.

—Lo siento. Ni siquiera sé cómo te llamas.

Se señaló el pecho, donde tenía cosida una etiqueta con su nombre: DONAL.

—La hizo mi madre para que la empresa parezca más moderna. El infocomercial fue idea suya. Leyó un libro de *marketing* sobre el éxito de Starbucks y ahora se cree Donald Trump.

—Sin la cortinilla para tapar la calva, espero.

Se echó a reír. Se abrieron las puertas del ascensor y me dejó salir primero.

—¡Vaya furgoneta! —exclamé, cuando llegamos a la calle.

El vehículo era de color amarillo intenso, con una alfombra mágica roja pintada en el costado. Sobre el techo tenía una gigantesca alfombra roja de plástico enrollada.

—¿Lo ves? Esto es lo que me obligan a conducir. La alfombra del techo gira cuando enciendo el motor.

—¡Menudo libro ha leído tu madre! Pero es sólo para trabajar, ¿no? No irás a

todas partes con eso, ¿verdad?

Por la forma en que me miró, comprendí que me había equivocado. Traté de arreglarlo:

—Porque sería divertido ir a todas partes con esta furgoneta.

Se echó a reír.

—Sí, es un auténtico imán para las chicas.

—Es como el coche de un superhéroe —dije, rodeando el vehículo, mientras él lo miraba otra vez, con nuevos ojos.

—Nunca lo había visto así.

Después, volvió a observarme.

Era como si estuviera tratando de decirme algo, pero no se atreviera. Se me puso la piel de gallina.

—Terminaré dentro de una hora, más o menos —dijo, en lugar de lo que intentaba decir—. El suelo estará mojado, así que te aconsejo que no lo pises durante unas horas. Volveré esta tarde, a última hora, para poner todos los muebles en su sitio, si te parece bien, y para asegurarme de que quedas satisfecha con el servicio.

Iba a decirle que no se molestara en volver para colocar otra vez los muebles y que ya lo haría yo sola, pero me detuve a tiempo, en parte porque era absolutamente incapaz de levantar yo sola todo el sofá, pero sobre todo porque en realidad quería que volviera.

—Cuando te vayas, cierra simplemente la puerta. Queda cerrada con llave.

—Muy bien, perfecto. Ha sido un placer conocerte, Lucy.

—Lo mismo digo, Donal. Nos vemos luego.

—Bueno, tenemos una cita —respondió él y los dos nos echamos a reír.

Me senté en un banco del parque con Conor y, cuando nadie miraba, lo llevé al columpio. Yo sabía perfectamente que no había ningún bebé, pero por Claire y por la memoria de Conor, me quedé en el parque hasta que el sol se ocultó detrás de los árboles, empujando el columpio y esperando que, en algún lugar, su alma diminuta estuviera gritando «¡Yupi!», tal como había empezado a gritar la mía.

Esa tarde, cuando el cochecito estuvo a salvo en casa de Claire, me quité los zapatos, llevé una butaca alta hasta el centro de la habitación y me senté a ver el programa de viajes de Blake. En cuanto empezó, oí una llave en la puerta. Se abrió y entró mi vida, con un *blazer* nuevo.

—¿De dónde sacaste la llave?

—Hice una copia de la tuya mientras dormías —dijo, quitándose el *blazer* y arrojando las llaves sobre la encimera, como si estuviera en su casa.

—Gracias por pedirme permiso.

—No lo necesitaba. Tu familia ya firmó los papeles.

—¡Eh, eh, eh! —le dije, cuando se disponía a dar un paso y pisar la moqueta—.

Quítate los zapatos. Acaban de limpiarla.

—¿Qué estás viendo? —preguntó, al tiempo que se descalzaba, mirando la imagen congelada de una serpiente que salía de una cesta.

—El programa de viajes de Blake.

Arqueó las cejas y me miró con curiosidad.

—¿De verdad? Creía que nunca lo veías.

—Lo veo a veces.

—¿Con qué frecuencia?

—Sólo los domingos.

—Tengo entendido que sólo se emite los domingos. —Puso una silla junto a la mía—. La alfombra sigue igual que antes.

—Porque está mojada. Estará mucho mejor cuando se seque.

—¿Cómo eran?

—¿Quiénes?

—Los de la alfombra.

—Vino uno solo.

—¿Y cómo era?

—Era muy simpático y limpió la alfombra. ¿Quieres dejar de hablar? Quiero ver esto.

—Tú siempre tan irritable.

El *Señor Pan* saltó a sus rodillas y nos acomodamos en nuestras butacas para ver a Blake. Estaba trepando por una ladera rocosa, con un chaleco azul marino cubierto de manchas de sudor que permitía apreciar los tensos y abultados músculos de su espalda, unos músculos que me recordaron los del tipo de la alfombra. Me pareció muy extraño que Blake, el hombre más perfecto del universo, me hiciera pensar positivamente en otro hombre, y en cuanto conseguí aceptar sin problemas la idea, me puse a comparar las dimensiones de sus respectivas musculaturas.

—¿El bronceado es falso?

—Cállate.

—¿Rueda él mismo las escenas peligrosas?

—Cállate.

Puse en pausa la imagen y la busqué a ella. No estaba.

—¿Qué haces?

—Cállate.

—¿A qué viene tanta obsesión con Blake?

—No estoy obsesionada.

—Me refiero a la cena de anoche. Ya sé que has dicho que no querías tocar el tema, pero creo que deberíamos hablar de ello. ¡Hace tres años que lo vuestro se acabó! ¿Qué pretenden tus amigos? ¿Por qué les sigue importando tanto lo que sucedió entre vosotros?

—Blake es su centro de gravedad —dije, mientras lo veía trepar por la pared

rocosa sin más ayuda que sus manos desnudas—. Los dos lo éramos, aunque no te lo creas. Organizábamos todo y reuníamos a los amigos. Planeábamos cenas todas las semanas, dábamos fiestas y organizábamos excursiones, salidas nocturnas, viajes y todo tipo de cosas. —Pulsé el botón de pausa, estudié la escena y dejé que siguiera el programa—. Blake es un tipo muy animado. Es adictivo. Todo el mundo lo adora.

—Yo no.

—¿De verdad? —Lo miré sorprendida y enseguida me volví otra vez hacia la tele, para no perderme nada—. Estás prejuiciado en su contra. Tu opinión no cuenta.

Pulsé otra vez el botón de pausa y volví a poner en movimiento la imagen.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Cállate.

—Deja de decirme que me calle, por favor.

—Y tú deja de darme motivos para que te lo diga.

Vio el resto del programa en silencio, excepto por un ocasional comentario sarcástico. Finalmente, después de regatear en los zocos y de probar suerte con el encantamiento de serpientes (oportunidad que mi vida aprovechó para demostrar su inmadurez comentando que él sí que era una víbora), Blake se sentó en un café de Yemá el Fna, la gran plaza del casco antiguo de Marraquech, y confió su pensamiento final a la cámara:

«Alguien dijo una vez que el mundo es un libro. Si no viajas, lees solamente una página».

Mi vida gruñó y fingió vomitar.

—¡Qué idiotez!

Me sorprendió, porque me gustaba la frase.

Entonces, Blake hizo un guiño. Paladeé el momento sin apartar la vista de la pantalla para apurar los segundos finales que podía compartir con él esa temporada. A partir de entonces, sólo me llegarían noticias tuyas a través del Partido de Defensores de Blake, si es que me llegaba alguna.

—¿No te habrá dejado porque es gay? —preguntó mi vida.

Rechiné los dientes y reprimí el impulso de tirarlo de la silla. Habría sido inútil, como tirar piedras sobre mi propio tejado. Estaba pensando en eso cuando mi vida cambió para siempre. La siguiente toma fue rápida, tan rápida que cualquier ojo poco entrenado la habría pasado por alto; pero los míos no, ni siquiera el ojo malo, el que había perdido parte de su agudeza visual desde que Riley me lo había alcanzado con una bomba de papel (una bolita de papel disparada desde el cilindro de plástico de un bolígrafo), a la edad de ocho años. Esperé, recé y crucé los dedos para que, debido a mis tendencias psicóticas aún sin diagnosticar, lo que estaba viendo fuera producto de mi imaginación. Cuando la cámara se alejó, pulsé el botón de pausa y me puse a buscar. Era ella. Ahí estaba. Jenna, la perra australiana. O al menos me lo pareció. Estaban los dos en un café muy animado, en torno a una mesa atiborrada de comida, en compañía de una docena de personas. Parecía *La última cena*. Salté de la silla y

me acerqué un poco más, hasta situarme al lado de la pantalla. Era ella, era su última cena.

—¡Eh, la alfombra! —me indicó mi vida.

—¡A la mierda la alfombra! —contesté, con veneno en la voz.

—Oh...

—Esa..., esa...

Me puse a dar vueltas delante del televisor, contemplando la imagen congelada de su brindis. Tenían las copas unidas de manera sugerente y sus miradas también estaban unidas, o al menos la de ella se dirigía hacia él, y la de él parecía buscar algo detrás de los hombros de ella, pero iba más o menos en su dirección.

—¡Esa perra! —exclamé finalmente.

Retrocedí, vi de nuevo la escena del brindis, retrocedí una vez más y la volví a ver. Estudié la mirada que intercambiaban. Sí, no había duda. Se miraban mutuamente mientras entrechocaban las copas. ¿Querría decir algo? ¿Sería un código? ¿Se estarían diciendo en secreto: «Volvamos a entrechocar esta noche nuestros cuerpos, tal como hicimos en la cima del Everest»? La idea hizo que se me encogiera el estómago. Me puse a analizar su lenguaje gestual y a continuación examiné la comida que tenían delante. Sentí repugnancia al descubrir que habían compartido algunos platos. El corazón me latía desbocado, como un tambor en el pecho. Era como si la sangre se me quisiera salir de las venas. Necesitaba meterme en el televisor y entrar en su mundo para interponerme entre los dos y hundirle a ella las albóndigas marroquíes por el gaznate.

—¿Qué demonios te pasa? —preguntó la vida—. Pareces una posesa y estás arruinando la alfombra.

Me volví y lo miré con toda la determinación de que fui capaz. Me fue fácil, porque lo sentía en mi interior.

—Ahora sé por qué has venido.

—¿Por qué?

—Porque sigo enamorada de Blake. Y ya sé cuál es mi sueño. Ya sé lo que quiero de verdad y lo que realmente haría si tuviera el valor de hacerlo y no me preocupara lo que dijera la gente. Lo quiero a él. Quiero que vuelva.

—Tengo que volver con él —dije, sin dejar de ir y venir por la habitación.

—Ni hablar.

—Vamos a ir tú y yo.

—Nada de eso.

—Por eso estás aquí.

—No... —Habló lentamente—. Estoy aquí porque te engañas a ti misma.

—Estoy enamorada de él —dije, andando de aquí para allá, y haciendo trabajar la cabeza a toda velocidad, tratando de planear la manera de recuperarlo.

—No sé si estarás enamorada, pero te aseguro que estás estropeando la alfombra.

—¡Ya sabía yo que esa perra iba tras él! Lo supe desde el momento en que la conocimos y le preguntó a Blake si quería hielo y limón en el refresco. Por la forma de decirlo, lo supe. «Hielo» —repetí, imitándola—. «¿Te pongo hielo?».

—¡Un momento! ¿De quién estamos hablando?

—De ella. —Finalmente, dejé de caminar por la habitación y, empuñando el mando a distancia como si fuera una arma, le señalé la imagen congelada en la pantalla—. Jenna. Jenna Anderson —escupí su nombre.

—¿Y se puede saber quién es?

—La ayudante de producción. Hasta ahora no había podido averiguar si era ayudante de producción en los estudios o en el rodaje, pero ahora lo sé. Ahora lo sé con seguridad.

Empecé otra vez a ir y venir por la habitación.

—¿Qué es lo que sabes con seguridad?

—Que es ayudante de producción en el rodaje. ¿Tanto te cuesta seguir una conversación? —le solté de malos modos—. Espera un minuto. ¿Dónde está mi ordenador?

Pisoteando la alfombra húmeda, llegué hasta el armario esquinero. Saqué el portátil y también una galleta, que me zampé mientras el ordenador se encendía. La vida me miraba desde su butaca. Abrí la página de Facebook de Jenna y vi su estado.

—Dice que tiene una relación.

—¿Con quién? ¿Con un pastor de ovejas? —preguntó, mirando en la pantalla del ordenador su imagen rodeada de hombres con indumentaria campestre.

—No.

La cabeza me funcionaba a mil por hora. Sabía muy bien que me estaba dejando guiar por la paranoia.

—¿Dice algo de quién es él?

—No. —Me quedé mirando intensamente su página de Facebook, mientras trataba de leer más allá de la pantalla de inicio—. Apuesto a que tiene fotos de los

dos ahí dentro, con todo tipo de comentarios e información privilegiada. Si pudiera entrar, entonces podría verlo y lo sabría con certeza.

—¿Por qué no le envías una solicitud de amistad?

—¿No crees que eso ya se me ocurrió hace años? Dijo que no, la muy perra.

Mi vida hizo una inspiración.

—Tendrías que haberte cambiado el nombre.

—Me lo cambié.

—Entonces tendrías que haber usado tu nombre auténtico.

—¿Estás loco? ¿Tú crees que los espías usan su identidad verdadera?

—¡Ah, entonces ahora eres una espía! Muy bien, Doble D, creo que deberías tranquilizarte.

—No puedo tranquilizarme. Aún son una pareja relativamente nueva. ¿Cuándo se rodó ese programa? Todavía puedo separarlos —dije, llena de esperanza.

Corrí de la cocina a mi cama, donde todavía estaban apiladas las piezas del sofá.

—¡Eh, cuidado con la alfombra! —exclamó mi vida.

—¡Que se vaya a la mierda la alfombra! —grité con gesto histriónico—. ¡Estamos hablando de mi vida!

Cogí la maleta que estaba encima del armario ropero y empecé a guardar cosas dentro. Eran cosas al azar, nada que pudiera convertirse en una vestimenta completa, pero la actividad de hacer la maleta me ayudó a centrarme.

—Tu vida soy yo y te estoy diciendo que pares un momento y pienses un poco.

Lo obedecí, pero sólo porque lo necesitaba. Un plan estaba cobrando forma en mi cerebro y él era una parte importante de la trama.

—No puedes hacer la maleta así como así y salir a perseguirlo a... —Eché un vistazo al televisor—. A Marruecos.

—No pienso ir a Marruecos. Voy a Wexford.

—Un sitio lleno de *glamour*. A Thelma y Louise les habrían salido las cosas de forma muy distinta si hubieran decidido ir a Wexford.

—Es donde ha abierto el centro de deporte y aventura. Si salgo ahora con *Sebastian*, podría estar ahí por la mañana.

—Es muy poco probable que llegues a ningún sitio con *Sebastian*. Además, mañana tienes que trabajar.

—Detesto mi trabajo.

—Pensé que habías dicho que te gustaba.

—Mentí. Quiero a Blake.

—Pensé que habías dicho que lo tenías superado.

—Mentí. Detesto mi trabajo y quiero a Blake.

Di un puñetazo en el aire. Haberlo dicho me hacía sentir bien.

Mi vida suspiró.

—Por cada paso adelante que damos contigo, damos dos atrás.

—Tengo que ir —dije, un poco más serena—. Por eso has venido. Lo sé. Cuando

te fuiste, busqué en Google los sueños de la gente, porque tú tenías razón. Es patético no tener ningún sueño. Necesitaba uno.

—No sé qué es más patético: no tener ningún sueño o buscar en Google los sueños de los demás.

—Lo hice para inspirarme. ¿Y sabes qué decía una de las personas que encontré? —Lo repetí casi sin aliento, porque la frase se aplicaba a mi vida—. Decía que su mayor deseo era reunirse algún día, de alguna manera, con su amor único y verdadero, que había perdido. —Mi voz culminó en un gemido agudo—. ¿No te parece romántico?

—No mucho, cuando el amor verdadero de marras es una víbora egoísta que usa bronceado falso.

—¡Oh, por favor! —le supliqué—. Cuando lo conozcas, te encantará. Todos lo adoran.

—Pero él no te adora a ti —dijo mi vida, sin rodeos—. Te dejó. Hace tres años. ¿Qué te hace pensar que algo va a cambiar?

Tragué saliva.

—Yo he cambiado. Tú me has hecho cambiar. Puede que ahora le guste.

La vida levantó la vista al cielo, sin prestar atención a mi tono de súplica. Pero no lo pudo evitar y al final cedió.

—De acuerdo, iré contigo.

Salté de alegría y le di un abrazo, que él no me devolvió.

—Pero tienes que prometerme que mañana irás a trabajar. La situación es delicada y no te harás ningún favor si mañana no te presentas. Además, tienes que visitar a tu madre. Puedes ir a ver a Blake el martes, después del trabajo. Si regresas por la noche, estarás a tiempo para ir a trabajar el miércoles.

—Pensé que querías que me ocupara de mi vida —me quejé—. Creía que el trabajo era una distracción para no prestar atención a las cosas que de verdad importan.

—A veces sí, pero ahora no. Ahora es todo lo contrario.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que ahora Blake se ha convertido en una distracción para no prestar atención a las cosas que de verdad importan.

—¿Crees que soy tan ingeniosa como para montar todos esos mecanismos de distracción emocional?

—Ingeniosa, no; sólo estúpida. Te has puesto unas orejeras tan grandes que no reconocerías al hombre perfecto de tus sueños ni aunque lo tuvieras delante de tus narices.

Entrecerré los ojos, porque no acababa de entender lo que intentaba decirme.

—¡No, por Dios! No me refiero a mí.

—¡Qué alivio!

—Podría estar justo al otro lado de la puerta —dijo la vida con expresión

misteriosa.

Sonó el timbre y por un momento contuve la respiración, pero enseguida me rehíce, porque no creo en las señales divinas. Miré a la vida, que sonrió y se encogió de hombros.

—Oí pasos en el pasillo y pensé que podía aprovechar la ocasión.

Levanté la vista al cielo y abrí la puerta. Era el tipo de la alfombra. Lo había olvidado por completo.

—Siento llegar tarde. Me he demorado en otro trabajo. Habría llamado, pero me he quedado sin batería. Ahora voy con retraso para la siguiente cita y a mi padre le va a dar un ataque. ¿Podrías prestarme un cargador o dejarme que use tu teléfono para...? —Al entrar en mi apartamento, vio a mi vida. Pareció un poco contrariado, pero acabó la frase y saludó amablemente—. Hola.

—Hola. Solamente soy amigo de Lucy —dijo mi vida, balanceando las piernas adelante y atrás, desde su puesto en la butaca alta—. No hay nada romántico entre nosotros.

Donal se echó a reír.

—Muy bien.

—Ahora que estás aquí para supervisar a esta loca, yo me marchó. —Saltó de la silla—. Todas esas marcas en la moqueta son culpa suya. Es una lunática incontrolable que no puede dejar de ir y venir.

Donal estudió el suelo.

—¿Qué habéis hecho aquí? ¿Habéis estado luchando?

—En sentido figurado, sí —respondió la vida.

—No puedes marcharte así. Tenemos mucho de que hablar —le dije yo, al borde del pánico.

—¿Sobre qué?

—Sobre el viaje —contesté, sin querer entrar en detalles.

Donal apartó la maleta para llegar al sofá.

—A Wexford —le explicó la vida a Donal, con gesto de aburrimiento.

—A un centro de deporte y aventura —dije yo, en defensa de nuestro viaje.

—En Bastardstown, por más señas —añadió la vida, arqueando una ceja.

—Ah, sí. El centro del tipo de la tele —intervino Donal—. He visto los anuncios. Blake Nosequé.

—Blake Jones —dije yo, con orgullo.

—Sí, ese mismo. —Por la cara que puso, deduje que no era uno de sus admiradores—. «Y recordad —dijo, imitando su acento aristocrático—: La única verdadera sabiduría está en saber que no sabemos nada».

La vida lanzó una sonora carcajada y aplaudió un par de veces.

—Buena imitación, ¿verdad, Lucy?

Hice una mueca de disgusto.

—Es su ex novio —le explicó la vida a Donal, que de inmediato dejó de sonreír y

pareció preocupado.

—Lo siento muchísimo. Si lo hubiese sabido...

—Tranquilo —dijo la vida, agitando una mano como quitándole importancia al incidente—. Como diría Blake: «Nada de lo que merece la pena saberse se puede enseñar».

Donal empezó a reírse, pero transformó la risa en tos, por mí.

—Ya hablaremos mañana del gran viaje. Mientras tanto, dale a este hombre tu teléfono para que llame a su padre.

—Tiene poca batería —dije.

La vida me miró y habló en tono de advertencia:

—Lucy, dale a este hombre tu teléfono.

—La batería está a punto de agotarse —repetí lentamente, para que entendiera lo que quería decir.

—Muy bien, tú lo has querido. —Se volvió hacia Donal y le dijo—: Donal, no soy amigo de Lucy. Soy su vida. Me he puesto en contacto con ella para tratar de sacarla del caos en que se había metido. De momento, tú has hecho un trabajo magnífico con la alfombra. Paso bastante tiempo con ella, porque me necesita, pero empiezo a considerar la posibilidad de recurrir a la medicación.

Sofiqué una exclamación de furia.

—Has mentado acerca de la batería del móvil —dijo mi vida, como justificación por haber contado una verdad.

Abrí y cerré la boca, pero no logré decir nada. Metí la mano en el bolsillo y, muy a mi pesar, le entregué el teléfono a Donal.

—Te acompañaré a la puerta —dije, dando el único paso que me separaba de la entrada. Abrí la puerta y, tras comprobar que Donal no nos oía, añadí en voz baja—: ¿No podías darle el tuyo y descontar la llamada de tus gastos? Bastante me cuesta pagar mi propia factura para que encima tenga que pagar las llamadas de los demás.

—Ya te daré yo los cincuenta céntimos —respondió la vida, con una sonrisa traviesa que reveló sus nuevos dientes blancos y relucientes, antes de marcharse por el pasillo.

Cuando me volví, Donal me estaba mirando con expresión demudada, como si hubiera visto un fantasma.

—¿Qué? —le pregunté, preocupada—. ¿Qué ha pasado?

—¿De dónde has sacado esta foto?

Levantó el teléfono y me enseñó los ojos de Don Lockwood en la pantalla.

—Me la mandó el dueño de esos ojos —repliqué, confusa—. ¿Por qué lo preguntas?

De pronto, puso cara de haberlo entendido.

—Porque son míos.

—¿Qué quieres decir? —Me quedé en la puerta, con la espalda apoyada en la superficie metálica, mientras repasaba mentalmente las diversas posibilidades. En todos los casos, la emoción dominante era la ira. Era cierto que yo no conocía a Don Lockwood y que había empezado a hablar con él a raíz de un número equivocado, pero yo había sido sincera con él, cuando hacía por lo menos dos años y posiblemente toda una vida que no era sincera con nadie, ni siquiera conmigo misma, y por eso me dolía doblemente que me hubiera tomado el pelo—. ¿Por qué iba hacer ese tipo una foto de tus ojos para mandármela a mí?

El hombre de las alfombras estaba sonriendo de oreja a oreja, festejando un chiste que yo no entendía.

—No, la foto la hice yo. Yo te la mandé. Lucy, yo soy Don.

—Tú no eres Don. Te llamas Donal. Lo pone en la etiqueta de tu camisa.

Las camisas no mentían. No podían hacerlo; eran camisas.

—Me la cosió mi madre, la única persona del mundo que me llama Donal. Lucy... —Puso mucho énfasis en mi nombre y me sonrió—. ¡Claro! El nombre te sienta a la perfección.

Me lo quedé mirando, con la boca abierta como un pez, tratando de entenderlo. Entonces él se quitó la gorra, se desarregló un poco el pelo con cierta timidez y me miró. Y en ese momento, ¡pam! Recibí el impacto de sus ojos. Fue una reacción casi física. La cabeza se me fue hacia atrás, como si hubiera recibido un puñetazo. Eran los ojos que había estado mirando toda la semana y estaban en la misma habitación que yo, moviéndose y parpadeando, con una nariz perfecta y unos hoyuelos monísimos debajo. No sé si es posible que un ser humano se derrita, pero yo me derretí.

—Me has puesto de fondo de pantalla —sonrió con vanidad, mientras agitaba en el aire mi teléfono.

Giró la cabeza de costado y me enseñó orgullosamente la oreja izquierda.

Lancé un silbido admirativo y se echó a reír.

—Lo sabía —dijo, meneando la cabeza—. Te miraba y te miraba, y estaba seguro de conocerte de algo. Después de todo, parece ser que no fui un número equivocado.

—A veces, los números equivocados son los más acertados —dije, sobre todo para mis adentros, repitiendo lo que me había dicho la vida en una ocasión anterior. Yo creía que mi vida había hecho una observación filosófica, pero por una vez había hablado en sentido literal. Aun así, todavía no acababa de comprenderlo—. Sin embargo, los servicios de información me conectaron con el número de tu empresa y no con tu móvil.

—Llamaste en fin de semana y mi padre no trabaja los fines de semana, por lo

que las llamadas a la oficina se desvían a mi móvil.

—Qué tonta soy. Oí ruido de fiesta y supuse...

—No eres tonta —dijo él suavemente—. Sólo eres estúpida.

Me eché a reír.

—Entonces, hemos pasado el día entero enviándonos mensajes, cuando estábamos uno al lado del otro.

Tuve que pensármelo. Durante todo ese tiempo, había odiado a la persona al otro lado del teléfono, y durante todo ese tiempo, esa persona había sido yo. Aquello resultaba de lo más irónico.

—Si me permites que te lo diga, fue muy poco profesional por tu parte —dije.

—No pude evitarlo. Pero no contestaste mi último mensaje, lo que, por cierto, me pareció una descortesía.

Me devolvió el teléfono.

Repasé toda la conversación en la pantalla y leí el final de su último mensaje:

«Pero lo que de verdad, de verdad quiero, es conocerte a ti».

Me lo pensé un poco. Él me estaba mirando, a la espera de una respuesta, pero en lugar de dársela directamente, le respondí con un mensaje de texto:

«De acuerdo. ¿Te apetece tomar un café dentro de cinco minutos?».

Dejé el teléfono, sin prestarle atención, y fui directamente al armario, del que saqué dos tazas y el café en grano.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó, mirándome.

No le hice caso y seguí a lo mío. Después, su teléfono lanzó un pitido. Yo lo miraba con el rabillo del ojo. Leyó el mensaje, escribió otro y lo envió. A continuación, sin mirarme siquiera, se puso a trabajar. Quitó las partes del sofá de encima de mi cama y volvió a alinearlas delante del televisor. Yo lo miraba mientras esperaba a que hirviera el agua.

Pitó el teléfono.

«Estoy terminando el trabajo. Nos vemos dentro de cinco minutos».

Sonreí. Continuamos cada uno con lo nuestro: yo, con el café, y él, con el montaje del sofá. Cuando terminó, se abrió paso hasta la cocina.

—Hola —dijo—. Soy Don Lockwood.

Me tendió la mano a modo de saludo.

—Ya lo sé —respondí, colocándole en la mano la taza de café—. ¿Qué tal ha ido el trabajo?

Miró la taza, como para decidir si iba a beber o no, y al final la dejó en la encimera. Después, me quitó la mía de las manos y la puso junto a la suya. A continuación, se acercó un poco más, me apoyó la mano en la cara —sus dedos me rozaron la mejilla con infinita ternura— y se inclinó para besarme. Desde los doce años, cuando Gerard Looney y yo nos chupeteamos mutuamente sin apenas respirar durante tres canciones lentas consecutivas en la discoteca vespertina del centro cívico local, no había vuelto a besar a nadie durante un tiempo tan prolongado. Pero no

podía ni quería parar, así que para cambiar de ambiente, empezamos a desplazarnos automáticamente del linóleo de la cocina hacia la flamante moqueta acabada de limpiar y todavía un poco húmeda, hasta que por fin nuestros pies se separaron por completo del suelo y nos desplomamos en la cama.

—Tengo una idea para tu infocomercial —le dije más tarde, acostada de lado y apoyada sobre el codo para mirarlo. Seguí hablando con voz de locutora—: «Quitamos las guarrerías de su alfombra y se las ponemos en la cama. Limpiamos su moqueta y seducimos a su mujer mientras usted trabaja».

Se echó a reír y me siguió el juego.

—«¿Quiere saber si sus cortinas de verdad combinan con el felpudo?».

—¡Oh, no! —Reí, mientras le daba una palmada juguetona—. Para tu información, no tengo cortinas.

—No —dijo, contemplando divertido la barra con mis vestidos—. Tampoco puede decirse que tengas mucho felpudo.

—Es cierto —sonreí, y los dos nos echamos a reír.

—Bueno —prosiguió, en un tono más serio, situándose también de costado, de modo que quedamos frente a frente—, háblame de tu vida.

—¡Vaya! ¡Esto se pone serio!

—No, no me refiero a tu vida, sino al tipo que estaba antes aquí. ¿Qué te has creído? ¿Que estoy interesado en ti?

—Confío en que no —reí—. Tenía la esperanza de que sólo utilizaras mi cuerpo.

—Y es lo que estoy haciendo —dijo, acercándose un poco más.

—¿Qué sabes de este tipo de cosas?

—Que la vida se pone en contacto contigo y tú tienes que acudir a la cita y cambiar algunas cosas. Vi la entrevista que le hicieron a una mujer en una revista que leí en la consulta del dentista.

—¿Tenía un cardado exagerado y posaba al lado de un jarrón lleno de limas y limones?

Se echó a reír.

—No recuerdo los detalles. Lo único que recuerdo es que después estaba feliz. —Se me quedó mirando y yo esperé a que me preguntara si me sentía desgraciada, como hacían los demás, pero no me preguntó nada, probablemente porque me puse tensa y él, que estaba a mi lado, notó que me había vuelto rígida como una tabla de planchar—. Nunca antes había conocido a nadie que se hubiera reunido con su vida. Eres la primera.

—No sabes lo orgullosa que me siento.

—Da igual el orgullo. No deberías sentirte avergonzada.

Guardé silencio.

—¿Estás avergonzada?

—Cuéntame un chiste de pedos o algo así. Esta conversación es demasiado seria.

—Haré algo todavía mejor.

Sentí que se movía a mi lado y después percibí un olor desagradable.

No pude evitar la risa.

—Te lo agradezco.

—Haría cualquier cosa por ti.

Me dio un beso en la frente.

—Eres muy considerado. Ahora prácticamente es como si estuviéramos casados.

—No, nada de eso. Si estuviéramos casados, habría agitado las sábanas.

Era repugnante, pero me dio risa. Me encantaba la sensación de proximidad y la comodidad que sentía a su lado, pero también me preocupaba. Hacía mucho tiempo que no me iba a la cama con un hombre tan impresionante. De hecho, hacía mucho tiempo que no me iba a la cama con ningún hombre; bueno sí, con un corredor de bolsa que se había fijado en mis tetas diez meses atrás, pero hacía muchísimo que no me acostaba con un hombre con el que de verdad me sintiera a gusto, y *nunca* había llevado a ningún hombre a mi apartamento. Don había visto mi mundo, había entrado en la burbuja que yo había creado para mí y para nadie más, y aunque me lo había pasado muy bien y no había pensado ni una sola vez en Blake, al ver que me miraba con esos ojos que quedaban mucho mejor en la pantalla de mi móvil que en mi cama, sólo pude desear que se marchara. Pensé que había cometido un grave error. La adrenalina que había sentido cuando descubrí mis verdaderos sentimientos hacia Blake, unas horas antes, había regresado. Volví a pensar en Jenna, la perra australiana, y a preguntarme si también ellos estarían acostados como nosotros, desnudos y entrelazados, y sentí que se me encogía el corazón.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó él con cautela.

—Sí —respondí secamente.

De repente, quería estar sola otra vez, pero estaba oscuro y eran las diez de un domingo. No sabía si él tenía intención de quedarse a pasar la noche, o si en cualquier momento saltaría de la cama y me agradecería el buen rato que habíamos pasado juntos.

—¿No has dicho antes que se te hacía tarde para la siguiente cita?

—No, no hay ningún problema. Ahora no es importante.

—No me ofenderé —dije, más animada—. Si tienes que ir a algún sitio, ve tranquilamente.

—Tenía una cena con mis padres, pero me has hecho un gran favor. El sexo con una desconocida es mucho más importante.

Intenté buscar otra manera de hacer que se marchara; normalmente, habría sido suficiente con querer que se quedara.

—¿Qué estabas pensando hace un momento?

—¿Cuándo?

—Ya sabes cuándo.

No dije nada.

—Eso mismo. Te has ido —dijo tiernamente, mientras me acariciaba el pelo con un ritmo relajante e hipnótico—. Estabas aquí y, de pronto, te has marchado.

Hablaba con tanta suavidad y de una manera tan melodiosa, que volví a estar presente. Se me acercó un poco más y me besó.

—Ah, aquí estás de nuevo —murmuró, y después me besó aún más intensamente.

Y pese a mis protestas emocionales interiores y a que el amor por Blake me desgarraba por dentro, mi cuerpo no pudo evitar responderle y volví a perderme una vez más.

No roncaba. Dormía tan silenciosamente que era casi como si no estuviera. Su piel era cálida, pero no quemaba como la de Blake. Se mantenía en su lado de la cama, sin que un pie, ni una rodilla, ni un brazo cruzara la línea divisoria. Su piel olía a malvaviscos y sabía a la sal del sudor. Y aunque yo estaba planeando qué más iba a guardar en la maleta que había quedado a medio hacer, junto a nuestra ropa esparcida por el suelo, y aunque estaba decidiendo qué diría y haría cuando viera a Blake, estiré el brazo hacia las sábanas tibias y busqué su mano. El silencioso durmiente de dulce olor abrió la palma cerrada y envolvió con ella mi mano. Nos dormimos con las manos entrelazadas. Después, la vida vino a llamar a mi puerta. O, mejor dicho, entró en mi apartamento con su propio juego de llaves.

Me despertó el golpe de las llaves sobre la encimera de la cocina.

Don se sobresaltó a mi lado, sorprendido y probablemente desorientado, y de inmediato se sentó en la cama, listo para defenderse.

—No es nada —dije, medio dormida—. Solamente es él.

—¿Quién? —preguntó Don, alarmado, como si hubiera un amor secreto del que yo no le hubiera hablado, lo que técnicamente era cierto, aunque mi amor secreto no iba a irrumpir en mi apartamento con su propio juego de llaves, canturreando *Earthsong* de Michael Jackson.

—Mi vida —le expliqué, intentando hablar con la boca cerrada para no arriesgarme a echarle a la cara el mal aliento matinal. Le sonreí para pedirle disculpas. Por mi vida, no por mi mal aliento.

—¿A las seis de la mañana? —preguntó mirando el reloj.

—Es una de esas personas que trabajan las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana.

—Ya veo. —Sonrió—. ¿Qué dirá de esto? ¿Le parecerá bien?

De pronto, la vida dejó de cantar y el ruido de bolsas de plástico se detuvo.

—¿He oído a alguien hablar? —preguntó la vida con voz cantarina—. ¿He oído la voz de un hombre en la cama de mi pequeña Lucy?

Levanté la vista al cielo y me metí debajo de las mantas. Don rió entre dientes y protegió su pudor levantando la sábana por encima de la cintura.

—¡Luuuuu-cyyyyyy! —canturreó la vida, con voz cada vez más fuerte a medida que se acercaba—. ¿Has sido una niña mala? ¡Oh, pero si eres tú! —exclamó la vida, desde los pies de mi cama—. ¡Sí!

No pude evitar reírme, al ver que la vida aullaba de alegría.

—Deduzco que te parece bien —dijo Don.

—¿Que si me parece bien? ¡Por supuesto! Si ya no hay que pagar la limpieza de la alfombra, es que tu plan ha funcionado, Lucy. Deberías ver lo que le hizo al tipo que vino a limpiar las ventanas.

Emergí de debajo de las mantas.

—¡No me he acostado con él para pagarle la limpieza de la moqueta! —protesté, ofendida, y enseguida me volví hacia Don—. Aunque, pensándolo bien, sería todo un gesto por tu parte. ¡Muchas gracias, Don!

Don se echó a reír. La vida se sentó al borde de la cama. Lo eché de una patada y él se levantó sin oponer resistencia. Al cabo de un rato, regresó con una bandeja, que colocó sobre las rodillas de Don.

—Como no sabía si te gustaba la mermelada, la jalea o la miel, te he traído de las tres.

—¿Y para mí?

—Hazlo tú misma.

Don se echó a reír.

—¡Fantástico! ¿Haces siempre lo mismo con todos los hombres de Lucy?

La vida se acostó en el extremo de la cama.

—Don, no hay suficiente pan en el mundo para alimentar a todos los amantes de Lucy.

Don lanzó una carcajada.

—¿No te molesta que este tipo esté todo el tiempo por aquí? —le pregunté.

—Forma parte de ti, ¿no? —respondió Don, mientras me pasaba la mitad de su tostada.

La vida me miró, arqueando las cejas. Yo quería que se marchara, y por muy maravilloso y dulce que fuera Don, también quería que se fuera él. Tenía que ir a ver a un hombre para hablar de nuestro amor.

—Tienes una pinta bastante lamentable —me dijo la vida, mordisqueando una tostada. Miró a Don con gesto comprensivo—. Ahora mismo estarás pensando «¡mierda!», ¿verdad? Tienes todo el derecho. Los dos lo entendemos. Lucy no es una de esas personas que resplandecen por la mañana. Tampoco está en su mejor momento después de la una del mediodía.

Don se echó a reír.

—A mí me parece que está preciosa.

Me dio otra tostada.

Me sentí un poco incómoda. La vida no contestó; en lugar de eso, se puso a observarme.

—Gracias —dije en voz baja, aceptando la tostada, aunque mi apetito se había esfumado. Don era la persona perfecta en el momento equivocado. Cuanto más adorable se ponía, más incómoda me sentía yo.

—¿Significa esto que nuestro pequeño viaje queda cancelado? —preguntó la vida, notando el cambio de mi estado de ánimo y poniéndome en un aprieto.

—No —respondí yo bruscamente, enfadada porque lo había mencionado delante de Don—. ¿Podrías marcharte ahora y dejarnos solos? —pregunté.

—No —dijo en tono desafiante.

—Si no nos dejas en paz ahora mismo, lo lamentarás.

—¿Me estás amenazando?

—Sí.

Dio otro bocado a la tostada, pero no se movió de la cama.

—Muy bien —dije.

Arrojé las mantas a un lado y salí hacia el baño con el culo al aire, dejando que la vida se atragantara con la tostada, mientras Don aullaba como un adolescente.

Me duché a la luz de la bombilla nueva del baño, sintiendo la incomodidad de que mi vida y mi amante de una noche estuvieran fuera esperando juntos. Habría querido que el agua no dejara de caer nunca. Tenía las yemas de los dedos arrugadas y había tanto vapor que casi no se veía la puerta, pero no podía moverme. Me sentía incapaz de mirar a Don. Quería que el agua lavara la culpa y la confusión que me producían mis sentimientos hacia Blake, que independientemente de lo que fueran, estaban haciendo que mis sentimientos de la noche anterior hacia Don me parecieran insignificantes. Mientras me ponía el champú por tercera vez, me vino una idea a la cabeza: ¿qué me hacía pensar que Don fuera a querer algo más de mí? Quizá no pretendía nada más que un rollo de una noche. Así pues, con renovadas esperanzas, me animé a cerrar el grifo y salir de la ducha. Los de fuera estaban en silencio. Salí de la bañera. Las voces empezaron de nuevo: murmullos apenas audibles entre los que no distinguía las palabras. Quité la condensación del espejo y vi aparecer una cara enrojecida por el calor.

Suspiré.

—¡Ánimo, Lucy! —susurré—. Termina con esto para que puedas ir a ver a Blake.

Pero incluso esa idea me producía cierta aprensión. No me gustaba lo que tenía, pero no sabía lo que quería, por lo que volvía a actuar sin propósito. Cuando salí a la cocina, totalmente vestida, los dos guardaron silencio. Estaban sentados uno junto al otro, delante de la encimera, bebiendo café y comiendo sendas tortillas francesas. Me miraron. Don recorrió suavemente mi cuerpo con la mirada, mientras la vida me echaba un vistazo rápido y no parecía llevarse muy buena impresión. El *Señor Pan* me contempló desde su lecho de zapatos, bajo la ventana, con una expresión similar a la que yo ponía cuando él se orinaba en mi correspondencia, como si supiera que había sido mala.

—Bueno, es evidente que hablabais de mí —dije, mientras iba a buscar el recipiente para calentar el agua.

—Yo soy tu vida y él acaba de pasar la noche contigo. ¿De qué otro tema quieres que hablemos? Por cierto, te ha calificado con un cuatro sobre diez.

—No le creas.

—Nunca le creo.

—Todavía queda café en la cafetera —dijo la vida.

—¿Me guardas café, pero no me preparas el desayuno? —le pregunté a la vida.

—No lo he preparado yo.

—Ah —dije, mirando a Don.

—Está en el horno —dijo—. Para que no se enfríe.

—Oh, gracias.

Para un hombre que no quería verme nunca más ésa era una conducta bastante inusual, pero yo conservaba la esperanza. Con cierta incomodidad, abrí la puerta del

horno.

—Cuidado, la bandeja está caliente —me advirtió Don, pero a mi cerebro le llevó un momento computar el significado de sus palabras y, cuando lo consiguió, ya era tarde. Tenía la mano pegada a la bandeja. Lancé un chillido. Don dio un salto de la silla y me agarró la mano.

—Déjame ver —pidió, con evidente interés en la expresión y en la voz.

Incluso en medio de mi lacerante dolor, me tomé un tiempo para fijarme en su cara preocupada, morena y guapísima. Pero el dolor superó a la belleza. Llevando mi mano entre las suyas, Don me guió por la cocina como si fuera Ratatouille. Me puso la mano bajo el grifo de agua fría y no me permitió apartarla, ni siquiera cuando el agua se volvió tan gélida que quise quitarla.

—Tienes que dejarla al menos cinco minutos, Lucy —me dijo con firmeza.

Abrí la boca, pero decidí no poner ninguna objeción.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó la vida. Parecía impresionado.

—¿Hacer qué?

—Conseguir que no te conteste.

Don sonrió brevemente y enseguida volvió a concentrarse en mi mano, con mirada de preocupación.

—Creo que te la tendrán que amputar —dijo la vida, mientras se llevaba a la boca otro trozo de tortilla.

—Gracias por tu interés. Esto sí que es ser considerado —le dije, señalando a Don con la cabeza.

—Acaba de pasar la noche contigo. Tiene que fingir que te respeta.

Aunque seguía con sus bromas, me daba cuenta de que Don le había causado muy buena impresión y de que estaba feliz. Llevaba puesto un traje nuevo azul marino, que realzaba el color de sus ojos, unos ojos que hasta poco antes no habían tenido ningún color concreto, pero que últimamente se habían vuelto de un azul intenso. Se le había curado el resfriado y su nariz ya no parecía tan grande. Se había lavado los dientes, tenía mejor aliento y su aspecto general había mejorado considerablemente. Parecía feliz y me hacía bromas sobre un amante. Yo también debería haberme sentido feliz, pero estaba preocupada. Me sentía insegura. Había algo que no acababa de gustarme.

—¿Por qué te has arreglado tanto? —le pregunté.

—Porque esta noche voy a conocer a tus padres —dijo.

Don me miró, creo que compadeciéndose de mí, lo que le agradecí interiormente.

—En realidad, no voy solo. Iremos los dos. Ayer llamé a tu casa y hablé con una mujer adorable llamada Edith. Fue muy amable y pareció muy entusiasmada con nuestra visita. Dijo que se lo diría a tus padres de inmediato y que prepararía una cena especial.

Creo que en ese momento sufrí un miniataque de pánico.

—¿Tienes idea de lo que has hecho?

—Sí. Llamé a tu madre para devolverle en tu nombre las muchas llamadas que te ha hecho. Deberías agradecermelo. Tu madre te necesita y tú no has estado a su lado. También te necesita a ti. —Miró a Don—. Hay una mancha de café en la alfombra persa del gabinete. —La vida puso una falsa expresión de horror—. Así que le he dado tu teléfono.

Me enfadé mucho más por el hecho de que le hubiera dado el teléfono de Don a mi madre que por la cena. Mientras yo buscaba la manera de librarme de Don, mi vida ya lo estaba infiltrando en casa de mis padres. Iba a ser el único hombre del mundo, excepto mi vida, que hubiera visitado tanto mi casa como la de mis padres.

—No tienes idea de lo innecesario que es todo esto. No sabes hasta qué punto soy superflua para ella. Es perfectamente capaz de organizar su propio funeral sin ayuda de nadie. En cuanto a mi padre... ¡Dios mío! ¿Para qué habrás organizado esta cena? ¿También vas a conocerlo a él? No tendrá nada que decirte, absolutamente nada.

Apoyé la cabeza en mi única mano libre y entonces me di cuenta de que Don estaba escuchando todo lo que decíamos, de modo que retiré la mano y actué como si no hubiera dicho nada de lo anterior.

—Hace un buen día, ¿no?

La vida meneó la cabeza, mirando a Don, que aún me estaba sujetando la mano quemada bajo el chorro de agua gélida; hizo algo con todo su cuerpo, sin moverse ni un centímetro, ni decir ni una sola palabra, que me hizo sentir que estaba allí conmigo.

Salimos a la mañana fría, más fría todavía porque estábamos a la sombra de mi edificio de apartamentos. En la acera de enfrente, en el parque, veíamos el sol, pero sus rayos no llegaban hasta donde nosotros nos encontrábamos y mi vestido suelto se me enredaba en los muslos con el viento. Yo intentaba desesperadamente que no se me levantara, y aunque no había nada que él ya no hubiera visto antes, en la calle era diferente.

—¿Quieres que te lleve a alguna parte en mi coche de superhéroe? —preguntó Don en tono ligero, pero me di cuenta de que estaba incómodo.

Además de avergonzarse un poco de su medio de transporte, era la mañana siguiente de la noche anterior, se había hecho de día y aún estaba con la misma ropa, y yo llevaba por lo menos media hora marcando las distancias entre nosotros. No le estaba dejando demasiado margen.

—No, gracias. Voy a llevar mi coche, porque tengo que ir a casa de mis padres justo después del trabajo.

Entonces, llegó el momento delicado. ¿Qué hacíamos? ¿Nos dábamos un apretón de manos? ¿Las chocábamos en el aire? ¿Nos dábamos un beso de despedida? «Señor Lockwood, le agradezco muchísimo la sesión espontánea de sexo caliente e inesperado. Ha sido un placer conocerlo a usted y a sus partes íntimas, pero ahora tengo que salir corriendo para decirle a mi ex novio que todavía lo quiero. Chao».

—Mañana tengo el día libre, por si te apetece que quedemos. Podemos ir a comer.

O a tomar un café, o a cenar, o a tomar una copa.

—Son muchas opciones —dije torpemente, mientras intentaba buscar una manera amable de decirle que no quería hacer nada de eso—. Mañana tendré que salir de la ciudad después del trabajo y no estaré de vuelta hasta...

Iba a decir «tarde», pero cabía la posibilidad de que Blake quisiera volver conmigo inmediatamente y entonces tendría que alquilar una furgoneta de mudanzas para trasladar todas mis cosas a Bastardstown, en el condado de Wexford, una perspectiva que debería haberme parecido emocionante, aunque en realidad no me lo parecía, porque me encantaba mi pequeño apartamento y no quería dejarlo. ¿Querría Blake venirse a vivir conmigo? El Blake que yo conocía habría preferido morir antes que dejarse ver en un apartamento como el mío. En la cocina no habría tenido espacio para amasar la base de su *pizza*, que además se habría quedado enganchada en el fluorescente si se hubiera atrevido a lanzarla por el aire. Habríamos tenido que pelearnos por los centímetros de la barra de la cortina, porque él tenía tanta ropa como yo, y en la bañera no creo que cupiera, ni mucho menos que pudiéramos meternos los dos juntos, como solíamos hacer los domingos por la tarde, con una copa de vino, en nuestro antiguo apartamento. Me imaginé a Jenna envolviéndole la cintura con las piernas dentro de una bañera, y el corazón volvió a latirme como si se me fuera a salir del pecho. Me perdí en mis pensamientos, intentando solucionar los aspectos logísticos de mi vida futura con Blake, mientras aún estaba hablando con Don.

—Ah, sí —dijo Don, observándome con excesiva intensidad para mi gusto—. Vas a ir a ver a tu ex.

No supe qué decir, de modo que no dije nada.

Se aclaró la garganta.

—Ya sé que no es asunto mío, pero... —Entonces se dio por vencido, quizá porque yo había desviado la vista. Me sorprendió su nuevo tono, repentinamente distante y con una pizca de dureza—. Bueno, de acuerdo. Gracias por una noche estupenda.

Lo miré y él hizo un gesto de asentimiento y se dispuso a marcharse. Saludó a mi vida, que le devolvió el saludo, se metió en la furgoneta y encendió el motor. Yo no quería que las cosas terminaran de ese modo, aunque yo misma las había encaminado en esa dirección, pero no acerté a decir nada. No quería que cambiara el desenlace, sino únicamente la manera en que se estaba produciendo. Me limité a mirar cómo se marchaba, sintiéndome la peor perra del mundo, y después me dirigí a mi coche.

—¡Eh! —me llamó la vida, corriendo detrás de mí—. ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada.

—Se ha ido sin más. ¿Habéis discutido?

—No.

—¿Te ha propuesto que salgáis otro día?

—Sí.

—¿Y bien?

—No puedo. Mañana nos vamos.

Metí la llave en la puerta del coche, pero no conseguí abrirla. Me puse a pelear con la cerradura, bajo la atenta mirada de mi vida.

—Salimos por la tarde y volvemos antes de que anochezca. Estarás de vuelta mañana por la noche.

—Sí, quizá.

—¿Qué quieres decir con ese «quizá»?

Me sentía frustrada por la llave y por la vida, así que le contesté de malos modos.

—Mañana voy a decirle al amor de mi vida que sigo enamorada de él. ¿Te crees que estoy deseando volver a tiempo para poder acudir a una cita con un tipo que se desplaza en una furgoneta amarilla con una alfombra mágica en el techo?

Por un momento, la vida me miró con expresión de desconcierto; después, me quitó la llave de la mano, la giró suavemente y la puerta se abrió.

—Vamos —dijo.

—¿No vas a decir nada más?

Me lo quedé mirando, mientras él rodeaba el coche, sereno y compuesto, para entrar por la puerta del acompañante.

Se encogió de hombros.

—¿Ni sermones, ni psicología, ni metáforas? ¿Eso es todo? —insistí.

—No te preocupes. Nada habla más alto que toda una vida de arrepentimiento y lamentaciones.

Se metió en el coche y encendió la radio.

Estaba sonando *Someone like you*, de Adele. Le subió el volumen, yo se lo bajé y él se lo volvió a subir. La canción hablaba de alguien que había perdido un amor, pero había seguido adelante y había encontrado a otra persona. Escuché un momento, pero enseguida puse las noticias.

La vida me miró y frunció el ceño.

—¿No te gusta la música?

—Me encanta, pero ya no la escucho.

Se retorció en su asiento para volverse y mirarme.

—¿Desde cuándo?

Fingí pensar un poco.

—Unos dos años.

—¿No serán dos años, once meses y veinte días?

—Eso es demasiado concreto. No sabría decirte.

—Sí que lo sabes.

—De acuerdo, sí. Tienes razón.

—No escuchas música porque no puedes.

—No he dicho que no pueda.

Puso otra vez a Adele y, rápidamente, volví a quitarla.

—¡Ja! —exclamó, señalándome con el dedo—. ¿Lo ves? No puedes escuchar música.

—¡Sí, de acuerdo! Me pone triste. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—No me hace gracia —replicó secamente—, pero me gusta tener razón.

Apartamos nuestras miradas, ambos de mal humor. Sentí que aquél era uno de esos días en los que mi vida no me gustaba.

Lo perdí en la cola para pasar el control de seguridad, al entrar en Mantic, y después de buscarlo por todos los sitios que se me ocurrieron, me di por vencida y subí sola a la oficina. Pero él había llegado antes que yo, y estaba sentado en la silla de ejecutivo tapizada de piel, mientras la Ratona, hablando a toda velocidad, lo sometía a una batería de preguntas que leía de una hoja. La Preguntona tenía el reloj de Graham en la mano, ajustado en el modo de cronómetro. Semáforo estaba de pie a su lado, con una enorme sonrisa en la cara y la taza «Al mejor padre del mundo» en la mano. Me reuní con ellos para ver qué hacía mi vida.

—¿En qué año Lucy se emborrachó tanto que acabó en un taller de tatuajes y se hizo tatuar un corazón?

—En 2000 —respondió mi vida al instante.

Se me puso cara de pasmo. ¡Yo era su tema elegido!

—¿Dónde se lo tatuó?

—En una nalga.

—Tienes que ser más específico.

La vida agitó rápidamente las manos, como si intentara hacer memoria:

—Lo he visto esta mañana... Eh... Eh... Eh... En la nalga izquierda.

—Correcto.

Graham me miró con ojos codiciosos y todos aplaudieron.

—A la tierna edad de cinco años, Lucy consiguió su primer papel teatral en una representación de *El mago de Oz*. ¿Qué papel?

—De munchkin.

—¿Qué hizo la noche del estreno?

—Se hizo pis encima y tuvieron que llevársela del escenario.

—¡Correcto!

Mary se echó a reír.

—Ah, Lucy, estás aquí —dijo por fin Semáforo, al notar mi presencia—. He dicho un par de cosas esta mañana en la cafetería a propósito de tu ensalada de tres legumbres.

Me costó un momento recordar de qué estaba hablando.

—Les dije que una colega mía la había comprado y que había podido comprobar que sólo traía dos tipos de legumbres y no tres, como cabía esperar. El camarero me preguntó si lo había visto con mis propios ojos, lo que me pareció tan insultante que hice llamar al encargado. Para abreviar, te diré que estuve un rato asegurándoles que decías la verdad...

Los otros estallaron en una ovación, ante otra respuesta correcta de mi vida, pero a mí me resultó conmovedor que Semáforo aún me creyera, pese al incidente con el español que yo no quería traducirles.

—Verás. Ante mi insistencia, miraron en las cajas de ensalada que quedaban y descubrieron que efectivamente estabas en lo cierto: la remesa completa de ensaladas de tres legumbres contenía únicamente dos clases. Faltaban las judías carillas, que a decir verdad son un tipo de legumbre que no conozco muy bien. —Resultaba evidente que estaba encantado con el descubrimiento—. Así que le dije al encargado: «¿Cómo piensan compensar a mi colega, que no recibió aquello por lo que había pagado? Es como si le hubieran vendido un pastel de carne sin carne o un bizcocho borracho sin licor. Es sencillamente inaceptable».

—¡Oh, Quentin! —Me tapé la boca y traté de no reírme de su expresión mortalmente seria—. Muchas gracias.

—No hace falta que me lo agradezcas...

Se agachó para llegar al cajón más bajo de su mesa y sacó una bolsa marrón de papel.

—Aquí tienes: una ensalada de dos legumbres gratis y un vale para el almuerzo.

—¡Quentin! —exclamé, dándole un abrazo—. Muchas gracias.

Se puso un poco nervioso.

—Gracias por defender mi honor —añadí.

Cara de Pez entró en la oficina, nos miró a todos y observó que Quentin y yo estábamos algo alejados de los demás.

—No te preocupes, Lucy. Yo siempre te defenderé —me dijo Semáforo, justo cuando Edna se acercaba a nosotros.

Edna me miró con desconfianza y de inmediato supe que había interpretado nuestra conversación como referente a la protección que me había brindado Quentin contra la inquisición española.

—Disculpa, ¿podrías repetir esa última pregunta? —decía mi vida mientras tanto, levantando la voz únicamente para que yo lo escuchara.

—¿Qué idioma aseguró Lucy en su currículum que sabía hablar, aunque en realidad no lo habla? —preguntó Mary tímidamente, pero con una sonrisa enorme.

—¡Ésta la sabéis todos! —exclamó mi vida—. A la cuenta de tres: uno, dos...

—¡Español! —gritaron todos al unísono, incluido Semáforo, y todos me miraron y se echaron a reír.

Yo tampoco pude evitar la risa. Creo que en ese momento acababan de perdonarme.

—Entonces ¿tú eres la vida de Lucy?

La Preguntona estaba sentada en el borde del escritorio nuevo que se había asignado mi vida, un poco más lejos de mí. Llevaba varios minutos allí aposentada para curiosear.

—Así es —respondió él, tecleando en su portátil, sin mirarla.

—¿Y ése es tu trabajo? —preguntó ella.

—Ajá.

—¿También eres la vida de otras personas?

—No.

—¿Sólo de una persona a la vez?

—Ajá.

—Si ella se muere, ¿tú te mueres?

Mi vida dejó de teclear y levantó lentamente la vista. Miró con dureza a Louise, pero ella no le hizo ningún caso.

—¿Te mueres? —insistió—. Y no digo si estáis los dos en un mismo accidente de tráfico. Lo que yo digo es qué pasa si ella se muere y tú estás en otro sitio diferente. ¿Caes fulminado?

Mi vida empezó a teclear de nuevo.

Louise siguió masticando el chicle que tenía en la boca y produjo un globito que estalló y se le pegó a los labios. Entonces se lo arrancó con las uñas falsas.

—¿Tienes familia?

—No.

Dejé lo que estaba haciendo y levanté la vista para mirarlo.

—¿Vives solo?

—Sí.

—¿Tienes novia?

—No.

—¿Puedes tenerla?

—Sí.

—Quiero decir si estás en condiciones de..., lo que quiero decir es si tu... Ya me entiendes...

—Sí —la interrumpió él—. Me funciona.

—Pero no tienes.

—¿Novia o...? —empezó a preguntar mi vida, después de lanzar un profundo suspiro.

—¡Novia! —lo interrumpió ella, horrorizada.

—No.

—Entonces, ¿vives solo?

—Ajá.

—Y toda tu vida gira en torno a Lucy.

—Así es.

De pronto, sentí lástima por él. Yo era todo lo que tenía en el mundo y no le estaba dando mucho margen. De repente, levantó la mirada y rápidamente desvió la vista y volví a concentrarme en mis papeles.

—¿Quieres venir a mi boda?

—No.

Finalmente, Louise se fue a fastidiar a otra persona; pero en cuanto se marchó, noté que mi vida dejaba de teclear en su portátil. Lo observé con el rabillo del ojo. Estaba mirando fijamente la pantalla, perdido en sus pensamientos. Calculé mal el tiempo y me sorprendió mirando.

—¿Ha llamado?

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Míster Limpieza al Vapor.

Levanté la vista al cielo.

—No.

—¿Te ha mandado un mensaje?

—No.

—Cabrón —masculló, aparentemente ofendido.

—No me importa —dije, divertida por su reacción.

—Créeme, Lucy —replicó, haciendo girar la silla para mirar en mi dirección—.

Si me importa a mí, te importa a ti. Mira.

Se señaló la barbilla.

—¡Puaj!

—¿Es grande?

Tenía un grano purulento en el mentón.

—Enorme —respondí—. Te debe de doler y todo. ¿Te ha salido porque él no me ha llamado?

—No. Me ha salido porque tú no has hecho lo que tenías que hacer para que él llame.

—Sí, claro. Es mi culpa.

Graham había dejado de trabajar y seguía nuestra conversación con expresión divertida. Entonces, la puerta de Edna se abrió y todos levantamos la vista. Me miró primero a mí y después a Semáforo.

—¿Puedes venir a hablar conmigo un momento, Quentin?

—Desde luego.

Quentin se puso de pie, se subió los pantalones marrones por encima del ombligo, como era su costumbre, se ajustó las gafas, se alisó la corbata y se dirigió hacia Edna. No nos miró a ninguno, lo que empeoró aún más las cosas. En cuanto se cerró la

puerta tras él, me levanté de un salto y exclamé:

—¡Oh, no! ¡Dios mío! ¡No me lo puedo creer!

—¿Qué pasa? —preguntó Mary, con expresión preocupada.

—¡Lo ha llamado! —respondí, con los ojos desorbitados y sin dejar de señalar a la puerta, sin saber muy bien por qué.

—¿Y qué hay con eso? —intervino Louise.

—¿Cómo que qué hay con eso? ¿A ninguno de vosotros os parece espantoso? —pregunté, sin salir de mi asombro. Habitualmente, yo era la única que no se preocupaba.

»¿Y tú qué opinas? —le dije a mi vida.

Estaba mirando su teléfono.

—¿Recuerdas si le he dado mi número? Podría llamarme a mí, o quizá enviarme un mensaje. Estaría bien que me mandara un SMS después de lo de anoche.

—Van a despedir a Quentin y toda la culpa es mía —dije.

Los demás saltaron de sus sillas, ansiosos por enterarse. Todos, excepto mi vida, que levantó la vista al cielo ante mi dramatismo y volvió a concentrarse en su teléfono para ver si tenía alguna llamada de Don.

—No os lo puedo explicar. —Yo iba y venía por la oficina, retorciéndome las manos—. No tenemos tiempo. Tengo que pensar alguna manera de evitar que lo echen.

Miré a los demás, que me devolvieron la mirada con apagadas expresiones de tristeza y cansancio. Si hubieran conocido la forma de evitar que lo despidieran, ya la habrían utilizado para ayudar a los que se habían marchado, o quizá la estuvieran reservando para salvarse a sí mismos. Seguí caminando de aquí para allá, mientras repasaba mentalmente lo sucedido.

Miré a mi vida, que ahora buscaba un mensaje de texto en su móvil.

—Puede que no haya cobertura —se dijo entre dientes, mientras levantaba el teléfono y lo agitaba en el aire—. Voy a probarlo en el pasillo.

Abrió la puerta y salió de la sala.

—Ya sé lo que tengo que hacer —dije con firmeza.

—¿Qué? —dijo la Preguntona, pero no le pude responder, porque ya estaba en marcha hacia la oficina de Edna, con la decisión tomada y las palabras cobrando forma en mi boca.

Abrí la puerta e irrumpí en el despacho de mi jefa. Edna y Quentin levantaron la vista.

—¡Échame a mí! —dije, sin que me temblara la voz, de pie en medio del despacho, dispuesta a enfrentarme al mundo entero si hacía falta.

—¿Perdón? —preguntó Edna.

—Échame a la calle —repetí—. No merezco este trabajo. —Miré a Quentin, con la esperanza de que entendiera lo que iba a decir—. Soy una ensalada de dos legumbres. No he dado lo que había prometido. No soy digna de estar aquí. Sólo he

llegado a apreciar de verdad este trabajo en las últimas dos semanas. Antes, no valoraba el empleo, ni a las personas que trabajáis aquí.

Estudí la cara de Edna y vi que simplemente parecía estupefacta. Yo necesitaba que se enfadara, para que me despidiera a mí y Quentin pudiera conservar su trabajo. Tragué saliva y continué:

—Os ponía apodos a todos. Prefiero no revelarlos; pero si quieres, Edna, te los diré. —Cerré los ojos y apreté con fuerza los párpados—. El tuyo tenía algo que ver con un pez. —Volví a abrir los ojos, avergonzada—. Siempre estaba perdiendo el tiempo. Fumaba dentro del edificio. Soy un peligro de incendio. Habría podido mataros a todos.

Oí que Mary sofocaba una exclamación detrás de mí y me di cuenta de que no había cerrado la puerta. Todos estaban escuchando. Me volví. Mi vida había vuelto a la oficina y me estaba mirando con la boca abierta. Esperé que mi comportamiento lo llenara de orgullo, porque por fin no estaba mintiendo. Me estaba sacrificando. Estaba haciendo lo correcto para proteger a un hombre inocente.

—Hasta la semana pasada, ni siquiera me gustaba este trabajo —continué, animada después de ver a mi vida—. Quería que me despidieran. Pero ahora he comprendido que mi caso era una injusticia, porque estaban echando a muchas buenas personas a mi alrededor, cuando en realidad habrían tenido que despedirme a mí. Lo siento, Edna. Lo siento por todas las personas que fueron despedidas y también por Louise, Graham, Mary y Quentin. Por favor, haz que no despidan a Quentin. Él no ha hecho nada malo. Hasta aquella triste mañana, no sabía nada de mi mentira respecto al español. Te aseguro que no sabía nada en absoluto. Por favor, no lo castigues por mis errores. Despideme a mí.

Terminé mi discurso e incliné la cabeza.

Se hizo un silencio estupefacto.

Edna se aclaró la garganta.

—Lucy, no he llamado a Quentin para despedirlo.

—¿Qué?

Rápidamente levanté la vista y miré su mesa. Había un montón de papeles desperdigados, con diagramas e instrucciones.

—Estábamos hablando del manual del nuevo cajón calentador. Le pedía a Quentin que se ocupara de traducirlo al español.

Dibujé un «¡oh!» con los labios.

Quentin estaba sudando.

—En cualquier caso, Lucy, te agradezco mucho que me hayas defendido.

Hacía más guiños y muecas que nunca.

—Hum... Gracias. —Como no sabía qué hacer, empecé a retroceder—. ¿Qué hago ahora? ¿Simplemente...? —pregunté, señalando con el pulgar la puerta abierta a mis espaldas.

—Teniendo en cuenta todo lo que has dicho y todo lo sucedido en los últimos

tiempos —contestó Edna, levantando la voz—, me parece que deberías...

Dejó que yo misma acabara la frase.

—¿Marcharme?

Asintió.

—¿Te parece razonable?

Lo pensé un momento. Estaba tan avergonzada que ni yo misma podía creérmelo. Hice un gesto afirmativo y susurré:

—Sí, supongo que sí. Voy a recoger mis cosas. —Me detuve—. ¿Ahora mismo, quieres decir?

—Creo que sería lo mejor —replicó ella con suavidad, claramente incómoda por mí, pero probablemente feliz de que yo misma le hubiera resuelto el problema.

—De acuerdo —murmuré—. Hum... Adiós, Quentin. Ha sido maravilloso trabajar contigo.

Me acerqué a él y le tendí la mano. Él me la estrechó con expresión confusa, mirándonos alternativamente a Edna y a mí.

—Gracias, Edna —continué—. Me ha gustado mucho trabajar contigo —mentí, después de revelar que la consideraba muy próxima a un pez—. Quizá pueda llamarte más adelante, si necesito referencias o algo.

Pareció indecisa, pero me estrechó la mano de todos modos.

—Buena suerte, Lucy.

Finalmente, me volví y miré de frente al resto de mis compañeros de oficina. Estaban alineados en torno a la puerta. Mi vida no estaba en la sala.

—Ha salido —me explicó la Ratona.

Estreché las manos de todos. Nuevamente, por tercera vez en quince días, no sabían muy bien si adorarme o aborrecerme. Guardé mis cosas (no tenía muchas, ya que nunca había personalizado mi escritorio) y fui retrocediendo torpemente hasta salir de la oficina, saludando con la mano, agradeciendo y disculpándome, todo a la vez. Después, cerré la puerta e hice una inspiración profunda.

La vida me estaba mirando. Decir que estaba echando humo era decir poco.

—¿Por qué demonios lo has hecho?

—Aquí no —repliqué, bajando la voz.

—¡Sí, aquí! ¿Por qué diantre has hecho ese disparate? Habías conservado el empleo. No sé cómo ni por qué, pero habías logrado conservarlo. ¿Y qué has hecho? Lo has arrojado todo por la borda. Has entrado ahí deliberadamente y lo has echado todo a perder. ¿Qué pasa contigo? ¿Por qué te dedicas a sabotear a conciencia todas las cosas buenas que te pasan en la vida? —Para entonces, me estaba gritando, y yo no sólo estaba avergonzada, sino que empezaba a asustarme—. ¿Te gusta sufrir?

—No.

—No te creo.

—¡Claro que no me gusta sufrir!

—¡¿Podrías por una vez dejar de prestar atención a los demás y concentrarte por

un momento en mí?! —gritó—. ¡Por una sola vez!

De repente, lo miré. Tenía toda mi atención y también la de todos los demás.

—Pensé que estarías orgulloso de mí —le dije—. He defendido a Semáforo, aunque después ha resultado que no era necesario. Pero lo he defendido. He puesto el interés de otra persona por encima del mío, y ahora tenemos tiempo para ir a ver a Blake y decirle que lo quiero. Todo se ha resuelto..., ejem..., de la mejor manera posible.

Bajó la voz para responderme, pero la cólera aún hervía bajo sus palabras, aunque se esforzara por controlarla.

—El problema nunca ha sido tu capacidad para poner el interés de otras personas por encima del tuyo, Lucy, sino tu absoluta incapacidad para poner tu propio interés por encima del de los demás. Sin embargo, por mucho que intentes disfrazar lo que acabas de hacer como un acto desinteresado de gentileza, no vas a convencerme. No has entrado para defender a Quentin, sino para darte por vencida una vez más, y no me extrañaría que hubieras tramado todo esto solamente para ir a ver a Blake hoy mismo, en lugar de esperar a mañana.

No puedo decir que la idea no se me hubiera pasado por la cabeza.

—Pero yo lo quiero —dije débilmente.

—Lo quieres. ¿Y ese redescubierto amor no correspondido te pagará las facturas?

—Hablas como mi padre.

—Hablo como una persona responsable. ¿Sabes lo que significa eso?

—Sí —dije con firmeza, enfrentándome a él—. Significa que viviré como una desgraciada por siempre jamás, mientras que ahora estoy recuperando el control de mi vida.

—¿Lo estás recuperando? ¿Quién lo tenía?

Abrí la boca y volví a cerrarla.

—Por favor, no intentes manipularme con el sentimiento de culpa —le dije—. Buscaré otro empleo.

—¿Dónde?

—No sé dónde —respondí—. Tengo que buscar. Estoy segura de que tiene que haber algo fantástico para mí, algo por lo que sienta verdadera pasión.

Mi vida gruñó al oírme usar esa palabra.

—Lucy, tú no sientes pasión por nada.

—Siento pasión por Blake.

—Blake no te pagará las facturas.

—Tal vez sí, si nos casamos, tenemos hijos y yo dejo de trabajar.

Lo dije en broma, claro. Creo.

—Lucy, tenías un buen trabajo y lo arrojaste por la borda. Enhorabuena. No imaginas lo hartito que estoy de ti. ¿Cuándo piensas madurar?

Me miró con enorme decepción y después se volvió y empezó a alejarse.

—¡Eh! ¿Adónde vas?

Fui tras él, pero él apretó el paso. Corrí y lo alcancé en el ascensor. Había más gente, por lo que interrumpimos la discusión. Él mantuvo la mirada al frente, mientras yo lo observaba intensamente, esperando que me mirara. Se abrieron las puertas del ascensor y él salió como si lo estuvieran persiguiendo. Finalmente, salimos al aire frío.

—¿Adónde vas?! —le grité—. ¡Tenemos que ir a Wexford! ¡Eh! —insistí—. Tengo que ir en pos de mi sueño. ¿Lo ves, vida? Tengo sueños.

—No, Lucy, tienes que ir a cenar con tu familia.

—Querrás decir que los dos tenemos que ir a cenar con mi familia.

Negó con la cabeza.

—No, yo ya he terminado.

Salió corriendo hacia la parada del autobús, se subió al primero que paró y lo perdí de vista; me dejó sola en el aparcamiento.

Cuando llegué a casa, intenté no prestar atención a la cama deshecha, mientras hacía la maleta para ir a Wexford. Después de perder el trabajo, no tenía sentido esperar al día siguiente para ir a ver a Blake. No había nada que me retuviera oficialmente en la ciudad, excepto la cena de esa noche con mis padres..., y un gato. Llamé a la puerta de Claire y esperé, escuchando de fondo la música de *In the night garden*. Al cabo de un momento, Claire me abrió la puerta. Parecía agotada.

—Hola, Lucy.

—¿Te encuentras bien?

Asintió, pero los ojos se le humedecieron.

—¿Es por tu madre?

—No. —Le resbaló una lágrima por la mejilla, que no se molestó en enjugar. Aunque creo que ni siquiera se la notó—. Mi madre está bastante mejor. El problema es Conor; no se encuentra muy bien, ¿sabes?

—Ya.

—Y llevo varias noches sin dormir. Pero no importa —añadió, secándose las mejillas—. ¿Querías algo?

—No, déjalo. Ya tienes suficientes preocupaciones. No quiero molestarte —respondí, retrocediendo.

—No, por favor. Necesito distraerme. ¿Qué querías?

—Estaré fuera unos días y pensé que quizá podrías ocuparte de mi gato. No te pido que lo tengas en tu casa, ni nada de eso, sino simplemente que vayas a ver qué tal está de vez en cuando, que le des de comer y tal vez que lo llesves al parque cuando vayas tú.

Le cambió la expresión del rostro, como si la hubiera ofendido.

—¿Qué? ¿Qué he dicho?

—Tú no tienes ningún gato —respondió, con mirada sombría.

—¡Ah! Se me olvidó que no lo sabías. —Bajé la voz—. Hace años que lo tengo, pero no quiero que nadie se entere, porque el casero podría echarme del apartamento y no creo que ese gato lo merezca —dije en tono de broma, pero enseguida me puse seria—. A ti no te importa que tenga un gato, ¿verdad?

—Nunca lo he visto.

—Está aquí, justo detrás de mí.

—No, Lucy, no está. Y lo que estás haciendo no tiene ninguna gracia.

—¡No estoy haciendo nada! ¿Qué quieres decir?

—¿Has hablado con Nigel?

—¿Nigel? ¿Quién es Nigel? ¿Tenía que hablar con él?

—Mi marido —dijo ella, con creciente ira.

—¡No! No sé de qué me hablas. ¿Qué...? —Pero no tuve ocasión de terminar la frase, porque me cerró la puerta en la cara—. ¿Qué demonios...?

Cuando me volví para preguntarle al *Señor Pan* qué le había hecho a la pobre Claire, finalmente lo comprendí. El *Señor Pan* había desaparecido. Había huido por el pasillo, haciendo pensar a Claire que le estaba pidiendo que cuidara a un gato imaginario. Sintiéndome cruel, aunque no había sido ésa mi intención, salí corriendo a buscar al gato y lo encontré justo a los pies de una vecina gruñona que nunca me dirigía la palabra.

—¡Oh, Dios mío! —dije con fingido asombro—. ¿Es un gato callejero? ¿Cómo se habrá metido aquí dentro? ¿O será una gata? Difícil de saber. Déjeme que me deshaga de este animal, así no la molestará más.

Levanté al *Señor Pan* en brazos y volví a toda prisa a mi apartamento, mascullando para cualquiera que quisiera oírme:

—¡Repugnante, horrible, sucio gato callejero!

Sentada a la mesa del comedor de la casa de mis padres, tuve que reprimir el impulso de jugar con los cubiertos. Pegué las manos a la mesa y contuve la ansiedad que sentía por dentro. Aún no había reunido el valor de decirles que volvía a estar sin vida, pero no porque la hubiera barrido debajo de la alfombra, como era mi costumbre, sino porque la vida me había abandonado por no estar de acuerdo con mis decisiones. Había intentado contactar con mi vida por teléfono durante toda la tarde, en un fingido esfuerzo por disculparme, aunque mi verdadero propósito era ver si podíamos cancelar la cena. No contestó a mis llamadas y después, al cabo de seis intentos, desconectó el teléfono. No le dejé ningún mensaje. No se me ocurrió nada que decirle, porque no estaba suficientemente arrepentida para pedirle perdón y habría notado mi falta de sinceridad. La situación no era agradable para mí; no resultaba ni divertida ni interesante. Una cosa era que yo ignorara a mi vida y otra muy distinta era que mi vida me ignorara a mí. Si la vida me había dejado por imposible, ¿qué podía esperar yo?

La noche era demasiado fría para una cena en el jardín, por lo que Edith había decidido servirla en el comedor, la habitación más formal de la casa, que mis padres reservaban para las ocasiones especiales. Al principio pensé que quería vengarse de mí, por haberle robado el pastel para regalárselo a mi madre como si lo hubiera hecho yo, lo mismo que las flores de la última vez; pero observándola esa noche, me di cuenta de que estaba sinceramente entusiasmada por la visita del invitado especial y de que ansiaba ofrecerle el más majestuoso recibimiento de los Silchester. Mi madre tampoco había escatimado en preparativos, ya que en cada una de las salas que se sucedían desde el vestíbulo había un jarrón de cristal Waterford con flores frescas; la mesa del comedor estaba puesta con mantel de lino blanco y los mejores cubiertos de plata, y ella acababa de peinarse y se había puesto un conjunto de vestido y chaqueta Chanel de *tweed* rosa y turquesa, con un par de zapatos planos de las muchas docenas que tenía. La mayoría de la gente, cuando habla del comedor de su casa, lo llama «el comedor» o, en algunos casos, «la mesa de la cocina». Nosotros, en cambio, lo llamábamos «el Cuarto de Roble». Gracias al gran Escritor Famoso que había ocupado la casa antes que nosotros, las paredes del comedor estaban revestidas de madera de roble desde el suelo hasta el techo, y unos apliques de cristal iluminaban la costosa y ecléctica colección de cuadros: algunos abstractos y otros figurativos, con escenas de hombres tocados con gorras de *tweed*, que trabajaban en los pantanos del condado de Mayo.

—¿Quieres que te ayude? —le pregunté a mi madre, mientras ella entraba flotando por tercera vez en la habitación.

Traía una bandeja de plata fina cargada de condimentos, cuyo número y variedad

eran superiores a lo que cualquier ser humano habría podido necesitar en toda una vida y más aún en una sola cena. Había pequeños recipientes de plata con salsa de menta, mostaza (inglesa y de Dijon), aceite de oliva, mayonesa y ketchup, todos ellos con su correspondiente cucharita de plata.

—No, cariño. Hoy eres nuestra invitada. —Se puso a estudiar la mesa—. ¿Vinagre balsámico?

—Mamá, así está bien, de verdad. Ya hay de todo en la mesa.

—Tal vez él quiera ponerle un poco de vinagre balsámico a esa fantástica ensalada de dos legumbres que le trajiste a mamá, Lucy —dijo Riley, añadiendo un poco más de tensión al ambiente.

—Sí —dijo mi madre, mirando a Riley—. Tienes razón. Iré a buscarlo.

—A mamá le gusta la ensalada —observé, para defender mi regalo.

—Y el hecho de que viniera envasada en un recipiente de plástico de la cafetería de tu oficina la vuelve todavía más especial —dijo él, sonriendo.

No les había dicho que mi vida no iba a asistir a la cena, en parte porque todavía no sabía si iba a presentarse, pero sobre todo porque en mi estupidez había pensado que a nadie le importaría mucho que asistiera o no. Tenía previsto inventarme alguna excusa amable cuando llegara el momento de decirles que no vendría, pero me equivoqué en mis apreciaciones. No esperaba que todos estuvieran tan ansiosos por conocer a mi vida. Había electricidad en el aire, emoción y, asombrosamente, también nerviosismo. Por curioso que pudiera parecer, mi madre estaba nerviosa. Iba y venía sin cesar, procurando que todo estuviera perfecto para complacer a mi vida. A Edith le pasaba lo mismo, lo que no dejaba de sorprenderme. Técnicamente, estaban tratando de complacerme a mí, y yo debería haberme sentido halagada, pero no podía dejar de pensar que me estaba metiendo en un lío. La mala noticia no iba a sentarles bien y, cuanto más tardara en anunciarla, peor sería el efecto.

Sonó el intercomunicador de la verja de entrada y mi madre me miró, con la expresión de un cervatillo sorprendido por los faros de un coche.

—¿Tengo bien el pelo?

Me asombró tanto su conducta (los Silchester no nos ponemos nerviosos) que no le pude contestar, por lo que corrió al espejo dorado instalado sobre el gigantesco hogar de mármol y se puso de puntillas para verse la parte alta del peinado. Tras lamerse rápidamente un dedo, se colocó un pelo en su sitio. Miré la mesa puesta para ocho personas y de pronto me puse nerviosa.

—Puede que sea el hombre de la alfombra —dijo Edith, tratando de calmar a mi madre.

—¿El hombre de la alfombra? ¿Qué hombre de la alfombra? —pregunté, sintiendo que el pulso se me empezaba a acelerar.

—Tu vida tuvo la amabilidad de darme el teléfono de una empresa de limpieza de alfombras que, según me aseguró, hizo maravillas en tu apartamento, aunque habría preferido que viniera después de la cena. —Frunció el ceño, mientras volvía a

consultar el reloj—. Debo decir que me pareció muy agradable por teléfono. No veo el momento de conocerlo en persona. Estoy segura de que me encantará.

Mi madre me sonrió y me hizo un gesto cariñoso.

—¿El hombre de la alfombra?

—¡No! —contestó ella riendo—. ¡Tu vida!

—¿Qué ha pasado con la alfombra, Sheila? —preguntó mi abuela.

—La alfombra persa del gabinete. Le cayó café encima. Es una larga historia, pero necesito desesperadamente que esté limpia antes de mañana, porque vendrá a visitarnos Florrie Flanagan. —Me miró—. ¿Te acuerdas de Florrie? —Negué con la cabeza—. Claro que te acuerdas. Su hija Elizabeth acaba de tener un bebé. Un niño. Lo llamarán Oscar. ¿No te encanta el nombre?

A Riley nunca le preguntaba qué le parecía el nacimiento o el nombre de cada nuevo bebé. Oímos pasos que se acercaban a la puerta. Vi que mi madre hacía una inspiración profunda y preparaba una sonrisa, e intenté decidir con rapidez qué hacer si mi vida o Don entraban por la puerta. Pero no debí preocuparme, porque el recién llegado era Philip. Mi madre exhaló el aire que estaba conteniendo.

—Ah, eres tú.

—Gracias por recibirme con tanto entusiasmo —dijo Philip, mientras pasaba al comedor, seguido de Jemima, su hija de siete años, tan serena y calmada como siempre.

La cara de mi sobrina no cambió. Se limitó a recorrer la habitación con expresión tranquila, que sólo se iluminó ligeramente al vernos a Riley y a mí.

—¡Jemima! —exclamó mi madre, mientras corría a abrazarla—. ¡Qué maravillosa sorpresa!

—Mamá no ha podido venir y papá me ha dicho que podía venir yo —dijo la niña con su vocecita suave.

Riley se llevó las manos a unos pechos imaginarios y yo sofoqué una carcajada. Majella, la mujer de Phillip, se había transformado tanto en los últimos diez años que ya no le quedaba ninguna parte de la piel que pudiera mover voluntariamente. Philip era cirujano plástico, y aunque aseguraba que sólo practicaba la cirugía reconstructiva, Riley y yo nos preguntábamos si no haría algún trabajillo estético «en negro» para su mujer, una idea que habría horrorizado a mi padre. Yo siempre había tenido la sensación de que, como resultado de las muchas cirugías de Majella, su hija Jemima, al imitarla en todo, se había vuelto completamente inexpresiva. Cuando mi sobrina estaba contenta, parecía serena; cuando se enfadaba, parecía tranquila. Nunca fruncía el ceño, jamás sonreía más de la cuenta y la frente casi nunca se le arrugaba, a imitación de la frente saturada de bótox de su madre. Jemima chocó las manos con Riley, mientras rodeaba la mesa para venir a saludarme. Mi abuela expresó su desaprobación entre dientes.

—Hola, palomita —dije yo, dándole un gran abrazo.

—¿Puedo sentarme contigo? —preguntó ella.

Miré a mi madre, que pareció confusa y empezó a recoger las tarjetas con nuestros nombres y a pensar en voz alta, como suelen hacer las madres. Al final, dio su aprobación, Jemima se sentó a mi lado y mi madre se puso a arreglar de nuevo los tenedores y los cuchillos, que ya estaban perfectamente colocados. Parecía distraída, aunque los Silchester no nos distraemos nunca.

—¿Dijeron los de la empresa de limpieza de alfombras a quién enviarían?

—Hablé con un hombre llamado Roger. Dijo que él no trabajaba por la noche, pero que podía enviar a su hijo.

Sentí que el corazón se me aceleraba y después se me hundía, y así lo seguí sintiendo durante un tiempo, como una boya en alta mar. Curiosamente, me emocionaba la idea de volver a ver a Don, pero no en casa de mis padres.

Mientras tanto, mi madre seguía ajustando la posición de los cuchillos y tenedores perfectamente situados en la mesa.

—¿Cómo van los preparativos para la boda, mamá? —preguntó Philip.

La expresión levemente entristecida que adiviné en la cara de mi madre cuando levantó la vista se disipó con tanta rapidez que no pude dejar de preguntarme si realmente la había visto.

—Todo marcha a pedir de boca, muchas gracias. Ya he encargado tu traje y el de Riley. Son sublimes. Y muchas gracias, Lucy. Ya he recibido tus medidas a través de Edith. He elegido una tela preciosa para tu vestido, pero no quería encargarla hasta que no la vieras.

Yo no le había enviado mis medidas. Debió de hacerlo mi vida, lo que me contrarió bastante (y al mismo tiempo me hizo comprender por qué una mañana me había despertado con la cinta métrica enredada en el pecho); por otra parte, me alegré de que me pidiera mi opinión antes de comprar la tela.

—Gracias —le dije.

—Sin embargo, la modista me ha dicho que si no la encargaba antes del lunes, el vestido no estaría listo a tiempo, así que le dije que sí, que siguiera adelante. — Pareció un poco preocupada—. No te importa, ¿verdad? Te llamé varias veces, pero siempre estabas ocupada, probablemente con... ¿Cómo quieres que lo llamemos, cielo?

—No es necesario que lo llamemos de ninguna manera —dije, con un gesto que pretendía quitarle importancia al asunto, y después, apretando los dientes, añadí—: Estoy segura de que el vestido quedará precioso.

Riley rió por lo bajo.

—Se manchará —dijo mi abuela, como si acabara de volver a la vida—. Recordad lo que os digo. Esa tela se llenará de manchas. —Se volvió hacia mí—. Lucy, no podemos sentarnos a la mesa con un invitado sin saber su nombre.

—Puedes llamarlo Cosmo.

—¿Y cómo puedo llamarlo yo? —preguntó Riley.

Jemima se rió sin mover la frente, un asombroso fenómeno de la naturaleza, ya

que no tenía ni una sola gota de veneno para ratas bajo la piel.

—¿Qué clase de nombre es ése? —preguntó mi abuela, disgustada.

—Es su nombre de pila. Su nombre completo es Cosmo Brown.

—Ah, pero ése es un personaje de la película... —Mi madre empezó a chasquear los dedos mientras intentaba recordar y mi abuela la miró con más desaprobación aún —. Lo interpretaba Donald O'Connor en... —Chasqueó un poco más los dedos y finalmente exclamó, riendo—: ¡*Cantando bajo la lluvia!*

Después, con expresión de intensa preocupación, añadió:

—¿No será alérgico a las nueces, no?

—¿Donald O'Connor? —pregunté—. No sé. Creo que murió hace años.

—¿Por comer nueces? —intervino Riley.

—De insuficiencia cardíaca congestiva, según tengo entendido —explicó Philip.

—No; me refiero a tu amigo Cosmo —aclaró mi madre.

—Oh, no. Él no ha muerto.

Riley y Philip se echaron a reír.

—Yo no me preocuparía por él —dije—. ¿No es bonito estar aquí todos juntos, independientemente de que él venga o no?

Riley captó el tono y se inclinó hacia adelante para intercambiar conmigo una mirada, cosa que yo evité.

En ese momento, entró Edith en el comedor, con las mejillas encendidas.

—Lucy —dijo con suavidad—, ¿sabes a qué hora vendrá tu amigo? El cordero ya está listo, tal como le gusta al señor Silchester, que además tiene que hacer una llamada importante a las ocho.

Miré el reloj. Mi vida se había demorado diez minutos y mi padre sólo había reservado media hora para la cena en su agenda.

—Dile al señor Silchester que puede aplazar su llamada —contestó mi madre, con una sequedad que nos sorprendió a todos—, y que puede comer el cordero un poco más hecho que de costumbre.

Todos guardamos silencio, incluida mi abuela, algo completamente nuevo.

—Hay cosas más importantes —dijo mi madre, componiendo una vez más la postura y los cubiertos.

—Quizá sea mejor que papá venga a cenar ahora y que mi amigo se reúna con nosotros más tarde. No tiene sentido esperarlo, si va a demorarse mucho más —le dije a Edith, confiando en que interpretara correctamente el sentido de mi expresión de alarma: «¡No va a venir! ¡Socorro!».

En ese instante, sonó el intercomunicador de la verja.

—¡Es él! —exclamó mi madre entusiasmada.

Miré por la ventana y vi la furgoneta amarilla de Don, con la gigantesca alfombra mágica roja girando lentamente en el techo, como un pollo en un asador. Me levanté de un salto y cerré las cortinas de los tres grandes ventanales.

—Yo lo recibiré. Vosotros quedaos aquí.

Riley me miró, desconfiado.

—Quiero que sea una sorpresa —dije, antes de salir corriendo de la habitación y cerrar la puerta.

Cuando Edith salió de la cocina para reunirse conmigo, yo estaba yendo y viniendo por el vestíbulo de la entrada.

—¿Qué estás tramando?

—Nada —respondí, mordiéndome las uñas.

—Lucy Silchester, te conozco de toda la vida y sé cuándo estás tramando algo. Dentro de un minuto iré a llamar a tu padre y necesito saber si debo prepararme para alguna catástrofe.

—De acuerdo —respondí—. Mi vida y yo discutimos, y no vendrá a cenar.

—¡Dios misericordioso! —Edith se llevó las manos a la cabeza—. ¿Por qué no se lo has dicho a los demás?

—¿Tú qué crees? —repliqué.

—Entonces ¿quién ha venido?

Oímos que el coche se detenía en el sendero de la entrada y apagaba el motor.

—El hombre de la alfombra —dije con los dientes apretados.

—¿Y por qué estás tan alterada?

—Porque anoche me acosté con él.

Edith gruñó.

—Pero estoy enamorada de otro —añadí.

Edith gimió.

—Creo.

Edith lanzó un gemido más agudo que el anterior.

—¡Santo cielo! —exclamé—. ¿Qué voy a hacer? Tengo que pensar, tengo que pensar...

De repente, se me ocurrió un plan. Edith debió de notarlo.

—Lucy... —me dijo en tono de advertencia.

—No te preocupes. —Le agarré con fuerza las manos y la miré a los ojos—. Tú no sabes nada, nadie te ha dicho nada, no eres responsable y no tienes nada que ver con esto. Lo he decidido todo yo.

—¿Cuántas veces en mi vida habré oído eso?

—¿Y no ha salido siempre bien?

Edith abrió mucho los ojos.

—Lucy Silchester, de todas las cosas que has hecho hasta ahora, ésta es la peor.

—No se enterarán, te lo prometo —le aseguré, tratando de calmarla.

Gimió una vez más y se alejó arrastrando los pies para ir a avisar a mi padre.

Salí y cerré la puerta de la casa detrás de mí. Don se estaba apeando de su furgoneta y me miró sorprendido.

—Hola, bienvenido a mi retiro campestre —dije yo.

Sonrió, pero no con tanta franqueza como antes. Subió los peldaños hasta mí y, de

pronto, me sobrevino un deseo abrumador de besarlo de nuevo. No supe qué decir, pero desde el interior de la casa me llegó el ruido de la puerta del estudio de mi padre al abrirse y sus pasos por el pasillo.

—Lucy ha salido a recibirlo, señor —oí que Edith le decía, casi sin aliento, intentando andar al mismo ritmo que él.

—Muy bien. A ver si podemos terminar de una vez con esta tontería —replicó él. Los dos lo oímos.

—Siento mucho lo de esta mañana —dije, con la mayor sinceridad posible.

Don me estudió un momento, como tratando de comprobar si de verdad lo decía con la mayor sinceridad posible.

—Ya te dije que estaba hecha un caos. No pretendo justificarme, pero es así. No sé lo que quiero. Antes creía que sí, pero la vida me ha demostrado lo contrario. No tengo la menor idea de lo que estoy haciendo y necesito saberlo. Estoy intentando averiguarlo.

Hizo un gesto afirmativo, me estudió un poco más y me preguntó:

—¿Sigues enamorada de tu ex?

—Creo que sí. Pero no lo sé.

Guardó silencio un momento.

—Tu vida me ha dicho que puede que haya encontrado novia.

—¿Mi vida?

—No, Blake. Me lo dijo cuando estabas en la ducha.

—La probabilidad es bastante alta.

Miró la casa a su alrededor y después volvió a mirarme a mí.

—Yo no te quiero, Lucy. —Hizo una pausa—. Pero sé que me gustas. Me gustas mucho.

Me llevé una mano al corazón.

—Es lo más bonito que me han dicho nunca.

—No quiero que me utilices para hacer una especie de experimento con tu vida.

—No te estoy utilizando.

—Y no quiero ser tu segunda opción.

—Nunca lo serás. Sólo siento que necesito atar algunos cabos sueltos que hay en mi vida, eso es todo.

Pareció satisfecho con mi explicación. No se me ocurrió nada más que decir.

Miró la casa de nuevo.

—¿Estás nerviosa por todo esto?

—Totalmente. Hace tres años que no tengo una relación y estoy cometiendo todos los errores que se pueden cometer.

Sonrió.

—No; me refiero al encuentro de tu vida con tu familia.

—¡Ah! No, no estoy nerviosa. Sólo físicamente enferma.

—Saldrá bien. Ya lo verás. Tu vida llevará el peso de la conversación.

—Mi vida no ha venido y no creo que venga. Hoy me han echado del trabajo y mi vida ya no me habla.

Tragué saliva, porque en ese preciso instante me di cuenta del verdadero alcance de mis problemas.

Abrió mucho los ojos.

—¿Te puedo ayudar en algo?

Cuando asomé la cabeza por la puerta del comedor todos estaban sentados a la mesa. Asombrosamente, mi padre no ocupaba la cabecera, que mi madre había dejado libre para reservársela a mi vida.

—Siento el retraso —dije—. Papá, ya sé que tienes que hacer una llamada telefónica muy importante dentro de poco. No vamos a retenerte mucho tiempo, pero me gustaría presentarte a...

Abrí la puerta un poco más e hice pasar a Don.

—Ésta es mi familia. —Miré a Don—. Os presento a mi vida.

Don sonrió y sus hoyuelos le iluminaron las mejillas. Después, soltó una risita que me hizo pensar que no sería capaz de interpretar el papel.

—Lo siento —dijo, conteniendo la risa a duras penas—. Es un gran honor conocerlos.

Tendió la mano a Jemima.

—Hola.

—Me llamo Jemima —dijo ella tímidamente, estrechándole la mano.

—Encantado de conocerte, Jemima.

Don siguió con los saludos, mientras mi madre saltaba de su silla como impulsada por un muelle. Mi abuela se limitó a tenderle una mano flácida, sin moverse de su sitio.

—Victoria —se presentó.

—Yo soy la vida de Lucy —dijo él.

—Ya veo —replicó ella, estudiándolo de arriba abajo, antes de retirarle la mano.

—Yo soy Riley. —Mi hermano se puso de pie y le dio un firme apretón de manos—. Tengo una chaqueta exactamente igual a la tuya.

—¡Qué coincidencia tan grande! —canturreé yo, mientras empujaba rápidamente a Don en dirección a mi madre.

—Sí, es idéntica. La he dejado hace un momento en el...

Riley miró a la puerta cerrada, en dirección al pasillo. Mientras Don y mi madre se estrechaban la mano, mi hermano abrió las cortinas. Miró por la ventana, vio la furgoneta amarilla y me lanzó una mirada de advertencia. Yo le devolví el gesto y entonces él miró a Don, me miró a mí, meneó la cabeza y fue a ocupar su asiento. Todos estaban tan concentrados en Don y en los saludos que nadie notó nuestro pequeño intercambio de miradas.

—Éste es el padre de Lucy, el señor Silchester —le dijo mi madre a Don.

Don me lanzó una mirada, mientras se dirigía hacia mi padre. Yo apreté los labios e intenté no reír, nerviosamente, mientras él también trataba de sofocar la risa. Finalmente, fue a sentarse en su lugar, a la cabecera de la mesa.

—Tienen ustedes una casa muy bonita —dijo, mirando a su alrededor—. ¿Los revestimientos son de roble?

—Sí —respondió mi madre, entusiasmada—. A esta habitación la llamamos el Cuarto de Roble.

—Somos una pandilla muy imaginativa —intervine, y Don se echó a reír.

—Bueno, cuéntenos. ¿Qué tal te llevas con Lucy? —preguntó mi madre, con las manos entrelazadas sobre el pecho.

—Lucy y yo —empezó Don, lanzándome una mirada que me aceleró el pulso— nos llevamos estupendamente bien, gracias. Es una mujer con una energía increíble —dijo, y Riley se deslizó ligeramente por su silla—. Por eso me cuesta un poco seguirle el ritmo, pero estoy loco por ella —añadió, sin quitarme la vista de encima.

Yo no podía dejar de mirarlo.

—¿No es maravilloso? —susurró mi madre, que se resistía a romper el hechizo—. ¡Está enamorada de la vida! Lo veo en su cara. ¿No es fantástico?

Reaccioné cuando me di cuenta de que mi madre me estaba mirando fijamente.

—Eh..., sí..., bueno... —Me aclaré un poco la garganta, pero al notar que todas las miradas convergían en mí, se me encendieron las mejillas—. ¿Por qué no le hablas un poco de la familia?

—Sí, claro. Mi marido y yo tenemos pensado renovar nuestros votos matrimoniales —le contó mi madre, entusiasmada—. ¿No es así, Samuel?

Mi padre respondió con un «sí» largo y desganado, que Don, de manera bastante comprensible, interpretó como una broma. Pero no era ninguna broma y la carcajada de Don resultó totalmente fuera de lugar.

Ligeramente turbada, mi madre se apresuró a decir:

—Este año cumplimos treinta y cinco años de casados y hemos pensado que sería una bonita manera de celebrarlo.

—Enhorabuena —dijo Don amablemente.

—Gracias. Le he pedido a Lucy que sea mi dama de honor. Espero que tú también vengas.

Don me echó una mirada divertida.

—Estoy seguro de que Lucy está entusiasmada con la idea.

—Disculpa mi ignorancia en estos asuntos, pero ¿cuánto tiempo tienes pensado quedarte por aquí? —preguntó mi madre.

—Me gustaría quedarme muchísimo tiempo —respondió él y yo volví a sentir su mirada—. Pero todo depende de Lucy.

Miré otra vez a Riley, que me hizo un guiño, y pese a mis planes de volver con Blake, no pude evitar dibujar una sonrisa.

Edith entró empujando un carrito con cuencos y una sopera gigante. Distribuyó los cuencos y empezó a servir la sopa con un cucharón.

—Calabacín y guisantes —le explicó a Don, mientras me lanzaba una mirada para dejar perfectamente claro que se negaba a tener nada que ver en el asunto.

—¡Mmm! —dije, exagerando—. ¡Mi favorita! ¡Gracias, Edith!

Ella no me hizo el menor caso y siguió sirviendo la sopa, dejándome a mí para el final.

En ese momento, volvió a sonar el intercomunicador de la verja.

—Debe de ser el hombre de la alfombra —dijo mi madre, mirando a Edith—. ¿Puedes abrirle, por favor?

—Lo haré pasar al gabinete —dijo Edith, mirándome con expresión de alarma.

Empecé a preocuparme. Si finalmente mi vida había decidido acudir a la cena, no iba a hacerle ninguna gracia que lo hicieran pasar a un gabinete con una alfombra manchada de café, ni menos aún descubrir que yo había contado una mentira monumental. No había podido hacerlo peor. Pero no podía ser él. Me había abandonado y había dejado que me enfrentara yo sola a mi familia, y sólo una vida tonta y perezosa habría podido echarse atrás después de darme una lección tan magnífica. A menos que se oliera una mentira, claro. Porque entonces era el momento perfecto para presentarse y asegurarse de que yo aprendiera una lección todavía mejor.

—¿Has estado en la oficina de Lucy? —preguntó Philip, y yo sentí que se me encogía el corazón.

—Sí —lo interrumpí—. Es curioso que lo menciones, porque tengo noticias frescas.

Intenté presentarlo como algo positivo. Necesitaba contarlo todo, por si la vida irrumpía en la sala e intentaba hacerme pagar por esa mentira gigantesca.

—¿Te han ascendido? —preguntó mi madre entusiasmada, en un tono agudo que fue casi un chillido.

—A decir verdad, no. —Miré nerviosamente a Don, en busca de apoyo moral, y de nuevo a mi madre—. A día de hoy, ya no trabajo en Mantic.

Mi madre formó la exclamación «¡oh!» con los labios.

—¿Dónde trabajas ahora? —preguntó Riley, que aún estaba esperando la buena noticia.

—Hum... En ningún sitio, todavía.

—Lo siento mucho, pero se veía venir. Hace años que padecen una auténtica hemorragia de pérdidas y no es extraño que hayan seguido con los despidos.

Le agradecí interiormente a Philip haber hecho ese comentario.

—¿Te han ofrecido una buena indemnización? —preguntó Riley, preocupado.

—En realidad, no, porque me marché yo. Fue decisión mía.

Mi padre dio un puñetazo en la mesa, que hizo saltar los cubiertos y los recipientes de los condimentos sobre el mantel blanco de hilo.

—No pasa nada, cariño —le dijo Philip a Jemima, que tenía los ojos como platos y miraba a su padre aterrorizada, o al menos eso supuse yo, porque a excepción de los ojos, la cara prácticamente no le había cambiado. Le pasé un brazo por los hombros, en actitud protectora.

—¿Ha sido tuya la idea? —le preguntó mi padre a Don.

—Quizá no deberíamos hablar de eso ahora —dije suavemente, con la esperanza de que mi padre se contagiara de mi tono.

—Pues yo creo que es el momento indicado para hablarlo —replicó él con voz atronadora.

—Jemima, ven conmigo —dijo Philip, que se llevó a la niña del comedor, mientras mi abuela meneaba la cabeza para expresar su desaprobación.

Cuando la puerta se abrió, vi que Edith estaba haciendo pasar a mi vida. Mi vida levantó la vista y me vio, justo en el instante en que la puerta se cerraba.

—¡Contéstame! —le exigió mi padre a Don.

—Papá, no estamos en los tribunales —dije yo, en voz baja.

—¡No te atrevas a hablarme así en mi casa!

No le hice caso y seguí tomando la sopa, pero los demás guardaron silencio y nadie se movió. Mi padre no solía perder los estribos y casi nunca se alteraba, pero cuando se enfadaba, sus estallidos eran legendarios. Ahora se había alterado y yo lo notaba en su voz; la cólera iba en aumento, y aunque yo intentara mantener la calma, no podía evitar sentirme cada vez más nerviosa.

—Él no ha tenido nada que ver en este asunto —dije yo, sin levantar la voz.

—¿Y por qué no? ¿No debería ser responsable de tus decisiones?

—No, porque en realidad no es mi...

—No, Lucy. Déjalo así —me interrumpió Don.

No sé si lo hizo por miedo o por arrojo, pero cuando lo miré, no vi ningún temor en su expresión, sino únicamente contrariedad y deseos de protegerme.

—¿Cuál es exactamente tu papel en todo esto? —le preguntó mi padre.

—Mi papel —respondió Don, mirándome— es hacerla feliz.

—¡Bobadas!

—Y cuando sea feliz, encontrará el camino correcto —prosiguió Don—. Yo no me preocuparía por Lucy.

—Nunca había oído una majadería semejante. ¡Qué sandez! Si es cierto que has venido para ayudarla a encontrar el camino correcto, ¿no es evidente que estás fracasando?

—¿Y cómo calificaría usted su propia actuación en el papel de padre? —replicó Don, airado.

Me estaba protegiendo, pero no sabía a quién se estaba enfrentando. Acababa de conocerme, pero me daba la impresión de que sabía más de mí que cualquiera de los que estaban alrededor de la mesa. Yo tenía los ojos abiertos por el asombro. No me podía creer que le hubiera hablado de ese modo a mi padre. No me atrevía a mirar a

nadie. No sabía lo que estarían pensando los demás.

—¿Cómo te atreves a hablarme así?! —vociferó mi padre, poniéndose de pie.

Era un hombre alto, pero pareció un gigante en comparación con nosotros, que seguíamos sentados a la mesa.

—Samuel —lo conminó mi madre en voz baja.

—Lucy dejó el trabajo porque no era feliz —prosiguió Don—. No veo ningún mal en ello.

—Lucy nunca es feliz en ningún trabajo. Lucy es una vaga. Nunca se molesta en ir a buscar nada. Nunca ha conseguido nada por sí misma. Siempre abandona todas las cosas y a todas las personas que son de alguna utilidad en su vida. Ha desperdiciado los estudios que le dimos y está viviendo como un cerdo en un apartamento del tamaño de esta habitación. Es una decepción para mí y una desgracia para el apellido de la familia. Y lo mismo puede decirse de ti, puesto que eres su vida.

«Los Silchester no lloran, los Silchester no lloran, los Silchester no lloran», me repetía yo como un mantra, después de cada palabra desagradable. Mi paranoia no se había equivocado. Mi padre estaba diciendo en voz alta lo que yo suponía que opinaba de mí, pero que hasta ese momento no me había dicho nunca. Me lo estaba diciendo a mí y a la persona que supuestamente era mi vida, pero que en realidad era un hombre por el que yo empezaba a sentir algo. Fue más que humillante, fue más que doloroso. Fue lo peor que he tenido que oír o sufrir en toda mi vida, mucho peor que la ruptura con Blake y muchísimo peor que perder cualquiera de los diferentes trabajos que había tenido hasta ese momento.

—Estoy harto de su conducta y de su total incapacidad para actuar con un mínimo de diligencia y empeño. Tenemos una larga tradición de triunfadores en esta familia. Aquí mismo, en esta habitación, están Riley y Philip, que han demostrado ser hombres competentes, con una enorme capacidad de trabajo, mientras que Lucy ha fracasado en repetidas ocasiones, y no ha podido ni ha querido alcanzar las alturas que nos empeñamos en que alcanzara. Sheila, no he querido intervenir y te he dejado hacer lo que creíste más conveniente, pero está claro que Lucy es incapaz de encontrar el camino adecuado por sí misma, por lo que deduzco que seré yo quien tenga que encontrarlo por ella.

—Lucy no es una niña —dijo Don—. Es una mujer adulta y estoy convencido de que es perfectamente capaz de tomar sus propias decisiones.

—En cuanto a ti —continuó mi padre, levantando todavía más la voz, de tal manera que me pareció oír el eco de sus invectivas resonando por todo el valle—, has de saber que ya no eres bienvenido en esta casa.

Se hizo un silencio. Yo casi no podía respirar.

La silla de Don rechinó sobre el suelo de madera, cuando la apartó de la mesa para levantarse.

—Ha sido un placer conocerlos —dijo con amabilidad—. Gracias por su hospitalidad. ¿Lucy?

Me estaba pidiendo que me fuera con él, y yo deseaba salir de esa habitación más que nada en el mundo, pero no pude levantar la vista. Me sentía incapaz de mirar a nadie ni a nada a la cara. Si me quedaba quieta, tal vez se olvidaran de mí. Sentí unas lágrimas calientes que pugnaban por salir, pero no podía llorar delante de él, ni delante de nadie, ni en ninguna circunstancia, nunca, jamás.

—Te mostraré la salida —le dijo mi madre en un susurro.

Su silla no rechinó contra la madera del suelo. La levantó justo lo necesario para apartarla de la mesa silenciosamente y salir de la habitación sin hacer ruido. Cuando se abrió la puerta, vi a mi vida en el pasillo, con la cara lívida. También a él lo había decepcionado.

—Lucy, ven ahora mismo a mi estudio. Vamos a hacer un plan para tu futuro.

Yo no podía mirar a nadie.

—Tu padre te está hablando —dijo mi abuela.

—Papá, deberías permitirle a Lucy que termine de cenar. Ya hablaréis de eso después —dijo Riley con firmeza.

¿Tenía que «permitírmelo»? ¿A mí?

—Edith le calentará la cena más tarde. Esto es importante.

—A decir verdad, no tengo hambre —dije yo en voz baja, con la mirada aún fija en el plato.

—No has decepcionado a nadie —dijo Riley con dulzura—. Papá está preocupado por ti, eso es todo.

—No me desdigo de nada de lo que he dicho —insistió mi padre, pero se había sentado y su voz ya no era estentórea.

—Ninguno de nosotros te considera un desastre. Lucy, mírame —dijo Riley otra vez.

No pude. Mi madre volvió a entrar en la sala, pero no se sentó; se quedó en la puerta, sondeando el ambiente, como quien mete un dedo del pie en el agua para comprobar la temperatura, antes de zambullirse en la piscina.

—Lo siento —dije, con voz temblorosa—. Siento mucho haberte defraudado. Gracias por la cena, Edith. Discúlpame, pero no puedo quedarme.

Me puse de pie.

—Siéntate —dijo mi padre, con una voz seca como el restallido de un látigo—. Siéntate ahora mismo.

Hice una pausa y seguí hacia la puerta. No pude mirar a mi madre cuando pasé a su lado y cerré la puerta tras de mí.

Mi vida y Don, que estaban de pie en el pasillo, juntos, me miraron.

—Siento haber llegado tarde —dijo mi vida—. El taxista no conocía el camino. ¿Me he perdido algo?

—¿Quieres que le indique dónde está la alfombra persa? —me preguntó Don.

Los dos tenían un brillo malicioso en los ojos, pero hablaban con suavidad. Intentaban animarme. Al menos consiguieron hacerme sonreír.

—Perdóneme, Don —dije enseguida, ignorando momentáneamente a mi vida—. Ha sido una idea estúpida. —Aún estaba conmocionada—. No sé por qué se me ha ocurrido que podía funcionar.

—Tranquila —dijo él y me apoyó la mano en la espalda para darme ánimo—. Ahora tienes que venir a cenar a casa de mis padres, haciéndote pasar por la novia embarazada que les he dicho que tengo. —Lo miré asustada—. ¡Era broma! —sonrió—. Aunque estoy seguro de que quedarían encantados.

Se abrió la puerta del Cuarto de Roble y todos volvimos la cabeza. Apareció mi madre, con la mano aún apoyada en el pecho, como si esa actitud por sí sola fuera a devolverle el aliento y a controlar sus emociones, impidiendo que su corazón se moviera, sintiera o hiciera cualquier otra cosa que no fuera bombear la sangre para mantenerla con vida, sin expresión, sin emociones y perfecta.

—Lucy, cariño... —dijo. Entonces reparó en los dos hombres que estaban de pie a mi lado, y después de todos sus preparativos, miró a mi vida y le dijo—: ¡Ah, hola! Usted debe de ser el limpiador de alfombras.

¡Qué ironía!

—En realidad, el limpiador soy yo —dijo Don, quitándose la chaqueta de Riley, que cubría el emblema del mago y la alfombra mágica en su camiseta—. Él es la vida de Lucy.

—Oh —dijo mi madre, sin dejar de mirarlo y con la mano todavía en el pecho. No parecía consternada por haber confundido a mi vida con el limpiador de alfombras, pero por dentro debía de estarlo.

—Mamá, éste es Don —intervine—. Es amigo mío. Un buen amigo, que ha accedido a echarme una mano en el último momento, porque nuestro invitado no podía venir y yo no quería defraudaros a todos. Lo siento, mamá. No he querido decírtelo porque te he visto muy entusiasmada.

—Siento lo ocurrido —dijo Don, humilde y contrito.

—Ha sido idea mía. Te ruego que me perdones —insistí, sintiéndome todavía un poco temblorosa y débil. Estaba ansiosa por salir de ahí cuanto antes, pero no sabía cómo.

—Deberíamos servirles un té —dijo Edith, que de pronto apareció a mi lado, lo que significaba que había estado escuchando.

—Sí, me parece una idea excelente —se pronunció finalmente mi madre. No sé quién necesitaba más el té, si ella o yo—. Soy Sheila, la madre de Lucy —dijo, tendiéndole la mano a mi vida—. Es un placer conocerte. En cuanto a ti, Don —se dirigió a él con una cálida sonrisa—, me alegro de tenerte en casa. Siento que el recibimiento no haya sido muy caluroso, pero sigues cordialmente invitado a la

ceremonia de renovación de nuestros votos matrimoniales.

Era insoportable para mí tener que oír la cháchara amable que estaban intercambiando. Edith saludó a mi vida y a Don con un apretón de manos, les ofreció té y les preguntó qué tipo de pastas preferían, y, por el modo en que se comportaba mi madre, era evidente que interiormente estaba tratando de determinar si sería apropiado pedirle a Don que le limpiara la alfombra o, por el contrario, dejar que se marchara. A continuación, mi madre y mi vida se pusieron a hablar de las flores para la ceremonia, mientras Don me miraba. Yo no lo veía, pero lo intuía con el rabillo del ojo. Y durante todas esas conversaciones seguían resonando en mi cabeza las palabras de mi padre, fuertes y precisas.

La vida se me acercó un poco más.

—Has dicho una mentira verdaderamente enorme.

—No estoy de humor —le repliqué con calma—. Además, no hay nada que puedas decir que empeore aún más este momento.

—No quiero que empeore, sino que mejore.

La vida se aclaró la garganta, y mi madre, al intuir algo importante, puso fin a su conversación con Don y Edith.

—Lucy tiene la sensación de que nunca es suficientemente buena para vosotros.

Se hizo un silencio incómodo y sentí que se me encendían las mejillas, pero sabía que me lo tenía merecido. Una gran mentira merecía una gran verdad.

—Tengo que irme.

—Oh, Lucy. —Mi madre me miró, apenada, pero entonces algo hizo clic en su interior, el interruptor de los Silchester se activó y cambió su expresión por una gran sonrisa—. Te acompañaré hasta la puerta, cariño.

—No te lo merecías —me dijo la vida desde el asiento del acompañante, mientras atravesábamos los montes Wicklow, de regreso a la autopista.

Era lo primero que me decía en los quince minutos que llevábamos en la carretera; de hecho, era la primera frase que cruzábamos desde que habíamos subido al coche. Ni siquiera había intentado encender la radio, cosa que le agradecí, porque ya tenía suficiente ruido en la cabeza, sobre todo la voz de mi padre, que repetía sin cesar las mismas palabras una y otra vez. Estaba convencida de que para nosotros ya no había vuelta atrás. Lo había dicho todo sin dificultad ni emoción. Estaba enfadado, sí, pero no dolido, ni herido, ni presa de ningún sentimiento que lo hubiera impulsado a decir cosas que no sintiera de verdad. Había dicho exactamente lo que pensaba y yo tenía la seguridad de que nunca se arrepentiría de lo dicho. No había nada que hacer. Habría preferido que la vida no hubiera venido conmigo, pero él había insistido, y yo no había discutido, porque era tan urgente mi necesidad de salir de allí, que no me habría importado largarme con un tigre de Bengala sentado en el asiento trasero del coche.

—Me lo merecía, por mentir.

—Eso sí. Pero no merecías lo que dijo tu padre.

No respondí.

—¿Adónde piensas ir?

—Por favor, no estoy de humor para conversaciones psicológicas profundas.

—¿Y para conversaciones geográficas? Acabas de pasarte la entrada a la autopista.

—Oh.

—Entonces ¿vamos a Wexford?

—No, vamos a casa.

—¿Qué ha pasado con la búsqueda del amor de tu vida?

—Lo que ha pasado es la realidad.

—¿Y eso qué significa?

—Que él ha seguido con su vida y yo tengo que seguir con la mía.

—Entonces ¿vas a llamar a Don?

—No.

—Ah. ¿Crees que tampoco serías suficientemente buena para él?

No respondí, pero en mi interior pensé que era así.

—Lo que dijo tu padre no es cierto, ¿sabes?

Guardé silencio.

—Sí, tienes razón. Es posible que yo haya perdido los estribos contigo en alguna ocasión y que te haya dicho algunas cosas injustas.

Lo miré.

—De acuerdo, sí. Te he dicho cosas injustas, sin duda. Pero no las dije de verdad.

—¿Qué clase de disculpa es ésta?

—No es una disculpa. Sólo te digo que no debiste dejar el trabajo antes de tener otro asegurado, eso es todo. Todo lo demás que ha dicho tu padre es falso.

—No puedo pagar el alquiler. Ni siquiera sé si tendría suficiente dinero para llegar a Wexford en esta cafetera, en caso de que quisiera ir. No tengo dinero para pagarle a Don, pero puedes estar seguro de que le pagaré. Tendría que haber conservado el trabajo por la estabilidad económica. Tendría que haber buscado otro empleo mientras tenía el anterior. Es lo que debería haber hecho. Así es como se habría comportado una persona responsable.

Mi vida guardó silencio, lo que equivalía a darme la razón. Como yo no estaba prestando atención al camino, tomé un desvío equivocado y acabé en una carretera que no conocía. Di la vuelta y, a la primera ocasión, giré a la derecha, pero volví a encontrarme en terreno desconocido. Cambié otra vez de sentido, aprovechando el sendero de una casa para girar, y volví a la carretera. Miré a la izquierda y a la derecha, y al final apoyé la cabeza en el volante.

—Estoy perdida.

Sentí la mano de la vida sobre mi cabeza.

—No te preocupes, Lucy. Ya encontrarás el camino correcto. Estoy aquí para ayudarte.

—De acuerdo, gracias. Pero ¿tienes un mapa? Porque estoy perdida..., geográficamente.

Apartó rápidamente la mano de mi cabeza y miró a derecha e izquierda.

—Ah. —Después me miró a mí—. Pareces cansada.

—Estoy cansada. Anoche dormí muy poco.

—No necesito más información. Déjame conducir.

—No.

—Déjame conducir. Tumbate en el asiento trasero y deja que te lleve a casa.

—En el asiento trasero no hay sitio ni para estirar un brazo. ¿Cómo quieres que me tumbe?

—Es una forma de hablar. Descansa. Desconecta un momento.

—¿Tú puedes conducir?

Se metió una mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó más documentos, que me tendió. No los miré. Estaba demasiado cansada para leer.

—Tengo autorización para conducir cualquier vehículo, siempre que lo haga para contribuir al desarrollo de tu vida.

—¿Cualquier vehículo?

—Cualquiera.

—¿También motos?

—También motos.

—¿Y tractores?

—También tractores.

—¿Y quads?

—También quads.

—¿Y qué me dices de barcos? ¿Puedes llevar un barco?

Me miró con cara de cansancio y yo dejé de preguntar.

—De acuerdo. Es todo tuyo.

Salí del coche e intenté acomodarme en el asiento trasero.

Mi vida se puso al volante.

Me desperté con tortícolis, con jaqueca por haberme golpeado repetidamente la cabeza contra el cristal frío y duro con cada vibración y bache de la carretera, y con la piel del cuello irritada por el roce continuado del cinturón de seguridad. Tardé un momento en situarme. Estaba en el coche, con la vida al volante. Mi vida iba cantando una canción de Justin Bieber, con una voz de falsete que habría rivalizado con la de cualquier niño de seis años que acabara de recibir un golpe en los testículos.

Estaba oscuro, lo que no era particularmente sorprendente, ya que habíamos salido de Glendalough a las ocho, y aunque cualquier coche normal sin trastornos

psicológicos habría tardado menos de una hora en llevarme a casa, era de esperar que *Sebastian* se demorara un poco más. Sin embargo, en una noche de verano del mes de junio, no oscurecía del todo antes de las diez. Me habría parecido normal cierta oscuridad, pero no tanta. La noche era negra como boca de lobo, lo que significaba que llevábamos bastante más de una hora en la carretera, y no se veían luces, excepto el ocasional óvalo de un porche o el cuadrado de luz de una ventana a lo lejos, lo que quería decir que no estábamos en Dublín. De pronto, nos detuvimos sin apagar el motor. Habíamos llegado a algún sitio, pero no estábamos en ninguna parte. Miré a la vida. Había puesto su iPhone sobre el salpicadero y estaba consultando el GPS. Sonó una alarma. Cuando pareció satisfecho, indicó a nadie en particular que iba a ponerse en marcha, porque no había nadie, y el coche arrancó y volvió a circular a una velocidad normal. Entonces me incliné hacia adelante y le hablé a la vida en el oído:

—¿Dónde estamos?

—¡Jesús! —exclamó él, sobresaltado, y por un instante perdió el control del volante, mientras se volvía para ver quién le había gritado.

El coche dio un bandazo a la izquierda, pero mi vida rápidamente corrigió el rumbo con un golpe de volante a la derecha, con el que evitó justo a tiempo que cayéramos en la cuneta, pero se pasó de rosca y nos envió al lado opuesto de la carretera. Aunque tenía puesto el cinturón de seguridad, salí despedida hacia la izquierda como una muñeca de trapo y a continuación caí sobre el respaldo del asiento delantero, mientras nos precipitábamos en la otra cuneta con el morro del coche por delante.

Después, nos quedamos quietos y en silencio, con la única excepción de Justin Bieber, que seguía con su «*Baby, baby, baby*».

—Vaya —dijo mi vida.

—Vaya —repetí yo, mientras me apartaba del cuerpo el cinturón de seguridad para evitar la sensación de amputación inminente—. ¿Es todo lo que tienes que decir? Estamos metidos en una cuneta, en medio de la nada. ¿Qué demonios has hecho?

—Me has asustado —dijo él, con el orgullo herido—. Además, no estamos en medio de la nada. Estamos en medio de Wexford. —Se volvió hacia mí—. ¡Sorpresa! Te estoy ayudando a ir en busca de tu sueño.

—Estamos metidos en una zanja.

—Irónico, ¿verdad?

Se puso a trastear con el teléfono, mientras yo luchaba con el cinturón de seguridad, que se había atascado y no me permitía abandonar la posición inclinada hacia abajo.

—¿Puedes salir en marcha atrás? —pregunté, llena de frustración, en el preciso instante en que el cinturón finalmente se abrió con un chasquido. Como no me lo esperaba, fui a dar de cara contra el respaldo del asiento delantero y me hice daño en la nariz.

Miré por la ventana. La única referencia para deducir nuestra posición era la luz

de una casa a lo lejos. Desde mi puesto, distinguía la iluminación de varias ventanas inclinadas.

—No se puede salir en marcha atrás de una cuneta, por lo menos con este coche. Creo que el problema ha sido que he salido demasiado pronto de la autopista. Ahora déjame ver... —masculló para sus adentros, mientras volvía a trastear con el GPS.

Empujé la puerta para abrirla. Se abrió apenas, pero había algo al otro lado que impedía que se abriera del todo. Como estaba tan oscuro, no se veía nada por la ventana, por lo que bajé el cristal y asomé la cabeza. Era un árbol caído, que yacía en la cuneta, convertido en un montón de ramas enrevesadas y hojas muertas que bloqueaban la salida. Saqué los brazos, me agarré al techo del coche, salí un poco más por la ventana y me puse a considerar qué hacer para sacar el resto del cuerpo del vehículo. Intenté retorcerme y sacar por la ventana una pierna doblada, pero era demasiado complicado. Retiré una mano del techo para empujar con ella la pierna a través de la ventana abierta, pero no fue buena idea, porque se me zafó la otra mano y caí de espaldas fuera del coche. El golpe que me di contra el árbol me dolió más que cualquier otro que hubiera recibido en los últimos tiempos. Los Silchester no lloramos, pero maldecimos y gritamos como nadie. Oí una puerta del coche que se cerraba y vi a la vida encima de mi cabeza, mirándome desde fuera de la cuneta. Me tendió la mano.

—¿Estás bien?

—No —respondí—. ¿Cómo lo has hecho para salir del coche?

—Por la otra puerta.

—Oh.

No se me había ocurrido. Alargué el brazo y la vida me ayudó a salir de la cuneta.

—¿Te has roto algo? —preguntó, mientras me hacía volverme sobre mí misma y comprobaba el estado de mi espalda—. El árbol ha quedado bastante maltrecho.

Moví un poco los brazos y las piernas, y me palpé las articulaciones.

—Creo que estoy bien.

—Si eres capaz de hacer lo que acabas de hacer, estás muy bien, créeme. Al menos físicamente. —Se puso a contemplar el coche con las manos apoyadas en la cintura—. No estamos demasiado lejos del hostel que he reservado. Podríamos ir andando.

—¿Andando? ¿Con estos zapatos? Además, no podemos dejar el coche aquí, en la cuneta.

—De camino al hostel, llamaré a la asistencia en carretera.

—No vamos a pedir ayuda. Podemos hacerlo nosotros solos. Tú y yo. ¡Vamos!

Logré convencerlo y enseguida me puse al volante del coche y lo mandé a él a empujar. Cuando comprendimos que de ese modo no íbamos a conseguir nada, nos pusimos a empujar los dos. Y cuando tampoco esto último funcionó, sacamos nuestras cosas del maletero y echamos a andar por la carretera, siguiendo las instrucciones del GPS del iPhone de mi vida. Hablo de «carretera» por llamarla de

alguna manera, porque era más bien un camino de tierra, un sendero, una superficie adecuada para el desplazamiento de tractores y animales de granja, pero no para una mujer calzada con cuñas y ataviada con un vestido ligero, con ramitas en el pelo y un tremendo dolor de espalda. Anduvimos cuarenta y cinco minutos, antes de llegar al hostel, que estaba al borde de la autopista, justo enfrente de un flamante y esplendoroso hotel de la cadena Radisson. La vida me miró con expresión contrita. El hostel era un casona antigua que olía a ambientador, con alfombras y papel pintado anticuado. Era viejo, pero estaba limpio. Como no había tomado mi habitual almuerzo de microondas y sólo había consumido un par de cucharadas de sopa de guisantes y calabacines, cuyo sabor ni siquiera había notado por el estado de aturdimiento en que me encontraba mientras mi padre me insultaba a gritos, tenía una hambre feroz. La señora del hostel nos sirvió té y sándwiches de jamón, que me sentaron de maravilla, y unas galletas como no había probado desde que tenía diez años. Después, me senté en la cama con rulos en el pelo y me dispuse a pintarme las uñas de los pies. Las palabras de mi padre me retumbaban en la cabeza, que yo sentía hueca y vacía: el lugar perfecto para que unas palabras como aquéllas despertaran ecos durante toda la eternidad.

—Deja de pensar en tu padre —dijo mi vida.

—¿Lees la mente? —le pregunté.

—No.

—A veces dices exactamente lo que estoy pensando. —Lo miré—. ¿Cómo lo haces?

—Supongo que noto tus sentimientos. Pero no es raro que estés pensando en tu padre. Dijo cosas muy duras.

—Así es —reconocí.

—¿Quieres hablar del tema?

—No.

—¿Así que tus padres son ricos? —dijo la vida, hablando de todos modos del tema.

—Tienen una situación desahogada —contesté automáticamente, sin pensar siquiera. Era una respuesta inmediata.

—¿Perdona?

—No son ricos. Tienen una situación desahogada.

—¿Quién te ha enseñado a decir eso?

—Mi madre. A los ocho años fui a un campamento de verano, y los otros niños me dijeron que yo era rica, porque me habían visto llegar en un BMW o en el coche que tuviéramos entonces. Hasta ese momento, nunca lo había pensado. Nunca me había preocupado el dinero, ni había hablado de dinero.

—Porque no te faltaba.

—Tal vez. Pero acabé repitiendo la palabra en nuestro desayuno anual del solsticio de invierno, en casa de los Maguire. Dije que éramos ricos y mis padres me

miraron de tal manera que no volví a decirlo nunca. Fue como si hubiera dicho una palabrota. Decir que éramos ricos era una mala palabra.

—¿Qué otras reglas te metieron en la cabeza?

—Muchas.

—¿Como por ejemplo...?

—No apoyar los codos sobre la mesa, no encogerse de hombros, no decir que sí con la cabeza... No beber poitín con nueve hombres en un establo. —Me miró—. Es una larga historia. No llorar. No dejar traslucir ninguna emoción. No expresar lo que uno siente. Ya sabes, lo habitual.

—¿Las respetas todas?

—No.

—¿Las quebrantas todas?

Pensé en la prohibición de llorar, que técnicamente no era una regla, sino un hábito aprendido. Nunca había visto llorar a mis padres. Cuando murieron mis abuelos, los había visto tan estoicos, serenos y compuestos como siempre.

—Sólo las importantes —respondí—. Jamás renunciaría al derecho sagrado de beber en compañía de nueve hombres en un establo.

El teléfono de mi vida emitió un pitido.

Leyó el mensaje, sonrió y respondió con otro de inmediato.

—Estoy nerviosa por lo de mañana —le revelé.

Su teléfono pitó de nuevo y él volvió a enfrascarse en la lectura de mensajes, sin hacer caso de mi gran revelación. Sonriente, se dispuso a responder al segundo mensaje con otro.

—¿Quién es? —pregunté, sintiéndome extrañamente celosa al ver que por una vez no acaparaba toda su atención.

—Don —respondió, mirando la pantalla del móvil.

—¿Don? ¿Mi Don?

—Si te apetece ser psicóticamente posesiva respecto a otro ser humano, sí: tu Don.

—Esto no es ser psicótica... Yo lo conocí primero —resoplé—. ¿Qué dice?

Intenté mirar su teléfono, pero lo apartó de mí.

—Nada que te importe.

—¿Por qué le mandas mensajitos?

—Porque nos llevamos bien y me gusta pasar el tiempo con él. Mañana por la noche iremos a tomar una copa.

—¿Mañana por la noche? No podrás; aún no estaremos de vuelta. Además, ¿lo has pensado bien? ¿No hay aquí un conflicto de intereses?

—Si te refieres a Blake, has de saber que no me interesa en absoluto, por lo que no hay ningún conflicto.

Lo observé un momento. Su lenguaje corporal había cambiado. Su actitud era más rígida y ya no me miraba.

—No te gusta nada, ¿verdad?

Se encogió de hombros.

—¿Qué pasaría si él y yo, ya sabes, volvemos a estar juntos? —La sola idea hacía que se me encogiera el estómago y sintiera mariposas por todas partes, sobre todo al pensar en sus labios perfectos besándome todo el cuerpo—. ¿Qué te parecería a ti?

Hizo una mueca con la boca y se puso a pensarlo.

—Si te hiciera feliz a ti, supongo que no me importaría.

—Entonces tú también tendrías que ser feliz, ¿verdad? Porque cuando yo soy feliz, tú eres feliz. Pero si yo estoy con él y tú no eres feliz, entonces quiere decir que mi amor por él no es verdadero, ¿no es así?

—No quiere decir que tu amor por él no sea verdadero, sino únicamente que de alguna manera no te conviene ni te corresponde estar con él.

—Estoy nerviosa. Antes estaba nerviosa por verlo de nuevo. Ha pasado mucho tiempo y, aparte de los programas de televisión, no he sabido nada de él. No me he cruzado con él por la calle, ni me lo he encontrado en un bar. No he oído su voz, ni... ¡Dios mío! ¿Y si no quiere verme? ¿Y si se da la vuelta y se marcha en cuanto me vea? ¿Y si quiere de verdad a esa chica y tiene planeado pasar con ella el resto de su vida?

Miré a la vida, abrumada y aterrorizada por esas ideas que se me acababan de ocurrir.

—¿Y si después de todo este tiempo sigo sin ser suficientemente buena para él?

Sentí que se me humedecían los ojos, pero rápidamente parpadeé para controlarme.

—Lucy —me dijo la vida con suavidad—, si las cosas no salen como esperas, no será porque no seas suficientemente buena.

Me costó mucho creerlo.

No dormí mucho esa noche. La vida no roncó, pero me mantuvo despierta de todos modos, acosándome con preguntas, miedos y pensamientos muy poco útiles. Cuando por fin me levanté, había llegado a la conclusión de que si las cosas no me salían bien ese día, entonces todas las acusaciones de mi padre quedarían justificadas. Volver con Blake se había convertido de algún modo en mi único propósito y en la manera de solucionarlo todo. La ruptura con él había causado el descarrilamiento de mi vida, por lo que la reconciliación me permitiría encontrar de nuevo el camino. Aunque Blake no tenía un trabajo formal, mi padre siempre lo había apreciado, y por increíble que pudiera parecerme la idea en retrospectiva, incluso había asistido a varias cenas en nuestra fábrica de pan reconvertida. A mi padre le gustaban la actitud positiva de Blake, su impulso vital y su ambición; sabía que siempre estaría interesado en algo y que haría todo cuanto estuviera a su alcance para triunfar. Le gustaba que se fijara metas, que escalara montañas y corriera maratones, y que alcanzara los objetivos físicos que se proponía. Y aunque no estaba conforme con que yo no fuera médica, abogada o física nuclear, al menos estaba contento con mi actitud. Pero entonces yo cambié, las cosas que le gustaban de mí se esfumaron y también se esfumó su amor paterno.

Pese a haber pasado la mayor parte de la noche en vela, fui la última en levantarme y ducharme. Bajé por el pasillo, siguiendo la dirección de las voces. En la parte trasera de la casa, en una galería luminosa y bien ventilada donde se servía el desayuno, mi vida compartía la mesa con otras cuatro personas y tenía delante un plato lleno de comida.

—Buenos días —dijo, levantando la cabeza para mirarme, antes de seguir engullendo judías estofadas.

—¡Hala! —exclamé yo, y me detuve de golpe al verlo.

Él miró a los demás con cierta turbación, pero siguió devorando lo que tenía delante. Se había servido dos porciones de todo.

Me senté en una silla a su lado, después de dar los buenos días a todos los presentes: tres chicos y una chica con aspecto de estudiantes universitarios, que no tendrían más de veinte años ni menos de diecisiete, y parecían aficionados al surf. Los chicos tenían el pelo largo y la chica, pantaloncitos cortos. La conversación avanzaba a varios cientos de kilómetros por hora, con intercambio de puyas y comentarios insultantes lanzados a través de la mesa. No había más de diez años de distancia entre nosotros, pero yo me sentía como si viviéramos en planetas diferentes.

Me acerqué un poco más a mi vida para que los otros no pudieran oírme.

—¿Qué demonios le ha pasado a tu cara?

Me miró con expresión contrariada y terminó de comer.

—No es sólo la cara, sino todo el cuerpo. —Se bajó un poco el cuello de la camiseta y me enseñó que las manchas rojas continuaban hacia abajo—. Es un sarpullido.

—¿No me digas?

—Por el estrés. Por la noche tan agitada que pasaste, dando vueltas y convenciéndote de que todo tu mundo depende de este momento.

—¡Oh! —Estudié su cara. Además del sarpullido, todavía tenía el grano enorme que le había salido en la barbilla porque Don no me llamaba.

—Algunas de las manchas rojas tienen manchas moradas dentro.

—¿No se te ha ocurrido pensar que ya lo sé? —me soltó con dureza. Por un momento, la cara se le enrojeció todavía más, como si estuviera a punto de sofocarse.

—¿Todo eso es por Blake?

—Blake, tu trabajo, tu padre, tu familia...

—¿Y Don?

—Don es la única persona que me levanta el ánimo, y como lo has dejado, me siento todavía peor.

—No lo he dejado.

Lo que quería decirle es que no lo había dejado porque no había nada entre nosotros que dejar, pero la vida me malinterpretó.

—No; solamente lo has puesto en espera mientras atiendes otra llamada, como si fueras una teleoperadora.

Fruncí el ceño.

—Muy bien —le dije—. Vete con Don, si te hace tan feliz.

—Es lo que pienso hacer —replicó—. Esta noche. Así que termina de una vez tus conversaciones con Blake, porque no pienso pasar una noche más en este sitio.

—No te preocupes. Puedo disimularte el sarpullido con polvos de maquillaje.

—No lo digo por el sarpullido —me dijo de malos modos, mientras la cara se le ponía morada.

Cada vez se parecía más a la vida que había conocido en nuestro primer encuentro; trágicamente, estábamos retrocediendo. La señora del hostel me preguntó qué quería tomar de desayuno. Yo eché un vistazo al plato que mi vida tenía delante.

—Algo saludable —respondí, en tono crítico—. Tomaré un poco de granola, gracias.

—¿Calentada en el microondas? —preguntó la vida en voz alta, para ponerme en evidencia.

—Voy a empezar a cocinar de nuevo —respondí yo, poniéndome a la defensiva.

Mi vida resopló.

—Cada pocos días te lleno el frigorífico de fruta fresca y verduras, y siempre acaban pudriéndose y tengo que tirarlas.

—¿De veras?

—No las has visto porque sólo abres el congelador.

—¿Vosotros también estáis aquí para ir al centro de deporte y aventura? —preguntó la chica.

Con absoluta desconsideración, mi vida la ignoró, porque no tenía ánimo para hablar con nadie, excepto para atormentarme a mí.

—Sí —sonreí yo, emocionada al pensar en Blake—. ¿Vosotros también?

—Por segunda vez en un mes, menos Harry, que viene por primera vez.

Enseguida supe quién era Harry, porque el chico rubio que estaba a mi lado se ruborizó, mientras los demás se reían de él y le desordenaban el pelo, dejándolo todavía más desaliñado de lo que estaba.

—A Harry le dan miedo las alturas —me explicó la chica con una sonrisa de oreja a oreja—. Si se atreve a tirarse en paracaídas, Declan ha prometido que se depilará por completo las cejas.

—Y las pelotas —apuntó el pelirrojo, y entonces le llegó el turno a Declan de sonrojarse, entre las risotadas de los otros.

—¿Has estado tomando clases?

La pregunta era para Harry.

—No, su madre lleva toda la vida depilándole la pelotas, así que sabe exactamente lo que tiene que hacer —dijo el pelirrojo descarado y todos volvieron a estallar en carcajadas, Harry incluido.

—Vamos a hacer paracaidismo en tándem —me contestó la chica.

—¿Qué es eso? —preguntó mi vida, mientras se llevaba a la boca un *croissant* de chocolate. Yo lo miré con dureza, pero él siguió comiendo.

—El paracaidismo en tándem es cuando dos personas se lanzan al vacío unidas al mismo paracaídas —expliqué—. Para ese tipo de saltos, bastan veinte minutos de instrucción.

Mi vida hizo una mueca.

—¿Quién en su sano juicio querría hacer una cosa semejante?

Harry puso cara de darle la razón, pero no dijo nada.

—Antes lo hacíamos todo el tiempo.

Sonreí ante el recuerdo de Blake y yo precipitándonos juntos al vacío y deseando volver a subir en cuanto tocábamos tierra.

—Qué romántico —dijo la vida con sarcasmo—. Es una pena que el paracaídas no estuviera defectuoso. —Alargó la mano para coger una magdalena de chocolate de la panera. Tampoco en esa ocasión mi mirada de desaprobación lo detuvo—. ¿Qué pasa? Estoy deprimido.

—Vas a tener que animarte, porque vas a necesitar hasta el último gramo de energía para ayudarme.

—Si queréis, nosotros podemos llevaros —dijo la chica—. Hemos venido con el todoterreno de la madre de Declan. Hay espacio de sobra.

—¡Genial! Gracias —respondí, encantada.

Desde el hostel hasta el centro de deporte y aventura fueron cinco minutos de

trayecto, durante los cuales el estómago me dio varios vuelcos. Viajé bastante incómoda, entre otras cosas por ir precariamente encaramada sobre una pila de tablas de surf que amenazaba con desmoronarse en cualquier momento, a pesar de la cuidadosa conducción de Declan, al que todos insistían para que acelerara. Harry iba sentado a mi lado, blanco como un papel.

—No te preocupes —lo tranquilicé—. En todo caso, esto te ayudará a superar tu miedo a las alturas.

Me miró con expresión dubitativa, y después, mientras sus amigos atormentaban a Declan para que dejara de conducir como un anciano, me dijo en voz baja:

—¿Y si me dan ganas de vomitar en el aire?

—No te pasará —le dije con confianza—. No sentirás náuseas. La caída es fluida y no se te resiente el estómago como cuando coges un bache en la carretera.

Asintió y, poco después, preguntó:

—¿Y si el paracaídas no se abre?

—Se abrirá y, en cualquier caso, hay dos paracaídas, y los dos han sido meticulosamente comprobados por personal muy cualificado. Conozco al tipo que dirige el centro y te aseguro que es perfecto..., quiero decir, que es un perfeccionista.

Me miró un poco más aliviado, pero no del todo.

—¿Lo conoces bien?

Me lo pensé un momento y, al final, le respondí con voz firme:

—Hace tres años que no lo veo, pero estoy enamorada de él.

Me miró como si fuera una chiflada y murmuró:

—Ah, claro. Pero la gente puede cambiar mucho en tres años.

Entonces dejó que reflexionara al respecto y se sumó a los ronquidos fingidos de sus amigos, que se burlaban de la cautela con que Declan tomaba las curvas.

—Tiene razón —me dijo la vida, que se había sentado en un bote-banana a medio hinchar, justo enfrente de mí.

Aunque seguía de mal humor, tenía mejor aspecto, vestido con polo y vaqueros nuevos y zapatillas de deporte. Yo había conseguido disimularle parte del enrojecimiento de la cara con maquillaje, pero aún se le notaban algunas manchas. Me miró como si quisiera decirme algo.

—Dilo.

—No es nada.

—Venga, dilo.

—Es sólo que el pobrecito Harry tiene pánico a subirse a una avioneta y tú acabas de decirle que Blake es «perfecto» —dijo, levantando la vista al cielo.

—¿Y qué hay con eso? Blake es la persona más puntillosa que conozco en todo lo referente a la seguridad.

—También es un mentiroso. Es una pena que no se lo hayas dicho.

No volví a mirarlo ni a dirigirle la palabra durante el resto del trayecto.

El centro de deporte y aventura resultó ser una construcción muy modesta.

—Es un lavabo portátil —dijo mi vida, mientras se apeaba del todoterreno.

—No es ningún lavabo portátil —dije yo, disgustada, estudiando el negocio nuevo de Blake.

Más que un lavabo era una cabaña portátil. O más bien, dos. En una de ellas estaba la recepción y en la otra, los baños y los vestuarios.

—¿Es éste el aspecto que tenía tu sueño?

No, no tenía ese aspecto, pero no le respondí. Al menos Blake había hecho lo que quería, a diferencia de la mayoría de la gente del mundo. A diferencia de mí. Yo seguía nerviosa, pero estaba entusiasmada. Me concentré en la imagen de Blake y Jenna entrechocando las copas en Marruecos para darme fuerzas. Ésa era la razón que me había llevado hasta allí. Quería separarlos, quería que él me viera y se diera cuenta de que todavía me amaba. Yo había cambiado enormemente en dos años, once meses y veintiún días sin él, y quería que él lo viera.

Seguí a los exaltados Cuatro Fantásticos (o al menos a los Tres Buscadores de Emociones Fuertes y el Petrificado Harry) y entré con ellos en la primera cabaña. Había una máquina expendedora de dulces y patatas chips, una máquina de té y café, y sillas contra las paredes.

—Mira qué bien. Quizá pueda consultar al médico por lo de mi sarpullido, ya que estamos aquí —volvió a criticar mi vida.

Las paredes estaban cubiertas de fotografías enmarcadas de Blake, algunas muy ampliadas. Eran todas de su programa de televisión y lo hacían aparecer como una especie de Ethan Hunt en *Misión imposible*, congelado en secuencias de acción donde sólo se veían bíceps, abdominales y glúteos duros como piedras: Blake saltando desde una avioneta, Blake practicando el piragüismo en aguas bravas, Blake escalando el Kilimanjaro, Blake con los músculos reventándole bajo la piel mientras trepaba una pared en las Rocosas, Blake duchándose bajo un salto de agua... Demoré la vista en la última imagen para contemplar su cuerpo increíble, igual que hicieron las demás mujeres presentes en la cabaña. Sólo entonces, cuando miré a mi alrededor y vi al resto de la clientela, me di cuenta de que la mayoría eran mujeres, casi todas jóvenes y casi todas guapas, bronceadas y en forma. Por un momento, sentí que empezábamos mal. Todas aquellas chicas acudían para ver a Blake, la estrella de la televisión; probablemente lo asediaban de la misma forma todo el tiempo, en todos los bares, en todos los pueblos y ciudades, y en todos los países del mundo. Probablemente, todas se le echarían encima. Podría escoger a la que quisiera o tenerlas a todas a la vez y, sólo para atormentarme, las imaginé a todas juntas y a él en medio de sus jóvenes cuerpos desnudos. Puede que yo fuera diez años mayor que todas ellas, pero yo sí que había tenido su cuerpo moviéndose encima de mí siempre que había querido, y eso me hizo sentir mejor.

Estaba contemplando en la pared las hazañas de Blake, cuando la vi a ella. Ella. Jenna. La perra australiana. Estaba sentada detrás de un pequeño escritorio improvisado, clasificando solicitudes y documentos de identidad y, en general,

dirigiendo el negocio.

Como si fuera Robocop, me concentré en su cara y empecé a repasar sus estadísticas vitales, sus fortalezas y debilidades como ser humano y, peor aún, como mujer. Pelo: rubio natural, recogido en una trenza informal sobre la frente. Cuerpo: bronceado, atlético y de piernas largas, pero no tan largas como las mías, por ser más baja que yo. Ojos: castaños, grandes y honestos; ojos de cachorro, que cualquier hombre habría deseado llevarse a casa, aunque con una pequeña cicatriz en el entrecejo. Ropa: camiseta sin mangas de un blanco radiante que le hacía brillar aún más los dientes, vaqueros y zapatillas de deporte. Yo iba vestida igual, excepto por la camiseta, que era azul celeste, porque era el color que llevaba cuando conocí a Blake. Él me había comentado que ese tono de azul hacía que los ojos se me saltaran de la cara. Pero no literalmente. Eso sólo pasaba cuando comía marisco.

—¿Por qué no te llevas una foto? —me dijo la vida, de pie a mi lado, mientras abría ruidosamente una bolsa de patatas con sal y vinagre que había comprado en la máquina expendedora.

—Es ella —dije.

—¿La chica de Marruecos?

—Sí —murmuré.

—¿De verdad? —Pareció sorprendido—. Puede que tus tendencias psicótico-paranoides tengan una base real, después de todo.

—Se llama instinto —repliqué, segura para entonces de que cada vez que me sentía paranoica acerca de algo, incluido el tipo de mi edificio de quien sospechaba que era un testigo protegido de algún caso judicial de Estados Unidos, estaba total y absolutamente en lo cierto.

—Aun así, es posible que no estén juntos —dijo, metiéndose una patata en la boca.

—Mírala —dije con amargura, disgustada—. Es exactamente el tipo de Blake.

—¿Y qué tipo es éste?

Observé cómo interactuaba con el grupo, con una sonrisa enorme y hoyuelos en las mejillas. Reía, bromeaba, mostraba interés por todos y ofrecía ayuda a los que parecían preocupados.

—De chica amable y simpática —respondí—. La muy perra.

Mi vida casi se ahogó con su patata.

—Esto va a ser divertido.

Entonces ella levantó la vista, como si su radar interior le hubiera indicado que el enemigo andaba cerca, y miró directamente hacia mí. No le desapareció la sonrisa, pero la mirada se le endureció un poco y por un momento perdió su brillo. Entonces comprendí que ella sabía para qué había ido. Yo sabía que ella sentía algo por Blake, lo había sabido desde el principio, desde que nos conocimos en aquel bar de Londres, cuando Blake acababa de firmar el contrato para el programa de televisión, y ella le preguntó si quería «hielo» en el refresco. Una chica siempre lo nota cuando se trata

de su novio; siente las vibraciones. Y ahora yo estaba allí, y posiblemente la novia era ella, y lo notaba.

—¿Lucy?

Mientras venía hacia mí, noté que se tranquilizaba un poco al advertir que mi vida estaba conmigo. Hacía mal en tranquilizarse.

—Eres Jenna, ¿verdad?

—Sí, así es. —Pareció bastante sorprendida—. No puedo creer que te acuerdes de mí. Nos vimos una sola vez.

—En Londres.

—¡Sí! ¡Es increíble!

—Tú te acuerdas de mí.

—Sí, claro, porque oía hablar de ti todo el tiempo —dijo sonriendo.

«Oía». Tiempo pasado.

—Bueno, bienvenidos —dijo, mirando a mi vida con timidez.

Era una chica dulce y amable, y yo pensaba destruirla.

—Te presento a mi amigo Cosmo.

—Cosmo, bonito nombre. Encantada de conocerte.

Le tendió la mano y él se limpió en los vaqueros los dedos engrasados de patatas con sal y vinagre antes de estrechársela.

—¿Blake estará hoy por aquí? —pregunté, mirando a mi alrededor.

—Sí. ¿No sabía que vendrías?

Traducción: «¿Lo habíais organizado? ¿Vais a volver a estar juntos? ¿Debo preocuparme?».

Le sonreí con dulzura.

—He querido darle una sorpresa.

—Ah, genial. Estoy segura de que le encantará verte, pero en este momento está ocupadísimo. Está preparando la instrucción del primer grupo de paracaidistas. ¿Vosotros formáis parte de ese grupo?

—Sí, sí, claro.

La vida me miró como para asegurarme que no había ni la más remota esperanza de que fuera a saltar conmigo, pero le agradecí que no lo dijera.

—¿Cuánto hace que trabajas aquí?

—Un mes, desde la inauguración. Blake ha sido muy amable al darme este empleo. Terminamos de rodar el programa, ¿sabes? Y yo no quería volver a mi país. Me encanta esto.

—Está muy lejos de Australia.

—Sí, así es —respondió ella, con cierta tristeza en la voz—. Pero ya veremos.

—¿Veremos?

—Sí, veremos qué pasa. Bueno, ahora tengo que terminar de preparar a este grupo y tengo que llevarle un café a Blake. Le gusta empezar siempre con un café.

Yo habría podido decirle un par de cosas que a él le gustaban siempre. Sonreí con

los labios apretados y me la quedé mirando, mientras ella aplaudía para llamar la atención de todos y a continuación impartía órdenes con mucha amabilidad y hacía un comentario gracioso. Después, cuando hubo colocado a todos en las posiciones correctas y se hubo asegurado de que todos sabían lo que tenían que hacer, salió corriendo de la cabaña, con un café humeante en un vaso de plástico.

—Tendrás que hacerlo tú sola, cielito —dijo mi vida, metiéndose otra patata en la boca.

—¿Te da miedo saltar?

—Claro que me da miedo —respondió él—, sobre todo si ella te prepara el paracaídas.

Rió entre dientes y se alejó de mí para seguir mirando con expresión de altivo desprecio las fotos de Blake.

Le aseguré a mi vida que no era preciso que saltara, pero que me veía obligada a seguir el programa del día para poder ver a Blake. Después de todo, mi vida me había llevado hasta allí para que yo lo intentara y, por lo tanto, tenía que saber que su papel era seguirme la corriente. No pensaba quedarme durante horas en los alrededores de la cabaña, esperando a Blake como si fuera una acosadora, porque estaba claro que no lo era.

No era ninguna acosadora.

La vida y yo salimos con el grupo y lo seguimos hasta un prado. Eran apenas las diez de la mañana y ya hacía calor. Frente a nosotros había una pista de aterrizaje de tres kilómetros y, a la derecha, el hangar de la avioneta. Por muy sencillas que fueran las instalaciones, me sentí orgullosa de Blake, porque había sido capaz de hacer realidad su sueño. Era agrídulce la sensación de que lo hubiera conseguido sin mí y de que no fuera yo la que había preparado la instrucción, ni la que estaba sentada en la cabaña, archivando los formularios y recibiendo a los clientes. Blake se había quedado mis sueños (nuestros sueños) y había seguido adelante sin mí. Ahí estaba yo, convertida en una simple espectadora, perdida en medio de una bandada de chicas que querían verlo como si fuera una estrella de las revistas de papel cuché, lo que sin duda era, al menos para las suscriptoras de la revista *Me encanta viajar*, como yo misma. Éramos nueve en total. Los cuatro del hostel, tres fans de Blake, mi vida y yo.

—¿Cuándo vendrá? —le preguntó una rubia a su amiga, y entonces las dos se miraron y se echaron a reír.

—¿Vas a pedirle un autógrafo?

—No —dijo—. Voy a pedirle que sea el padre de mis hijos.

Las dos soltaron más risitas.

La vida me miró, moviendo los ojos como si se estuviera riendo de mí. Desde que habíamos llegado a lo que él consideraba «un lavabo portátil», parecía haber recuperado la chispa, pero no estaba segura de que fuera por una buena razón. La

puerta del hangar resonó con estruendo al desatrancarse y empezó a abrirse. Deslizándose lentamente hacia un lado, dejó a la vista la avioneta que había detrás, y después, cuando estuvo medio abierta, la figura de Blake, de pie delante del aeroplano, con un mono naranja con la cremallera abierta y caído sobre la cintura, que dejaba al descubierto una camiseta blanca sin mangas y una masa de músculos protuberantes. Estaba demasiado lejos para distinguirle la cara, pero habría reconocido la forma de su cuerpo desde el espacio exterior. Parecía alerta y listo para la acción; tenía un aspecto increíble. Entonces, lentamente, empezó a caminar hacia nosotros, como en una escena de la película *Armageddon*. Tenía el paracaídas atado a la cintura y lo arrastraba tras él, pero le pesaba tanto que era como si estuviera andando contra un viento huracanado. De tanto en tanto, la tela del paracaídas se embolsaba con la brisa y entonces se levantaba ligeramente y volvía a caer.

—¡Dios mío! —masculló la vida, que finalmente había dejado de comer patatas por un momento.

Me sentí orgullosa de Blake y de que mi vida pudiera verlo de esa manera. Blake atraía a la gente, tenía una aura, y la imagen de ese momento era el ejemplo perfecto.

—¡Menudo fantasma! —exclamó mi vida y prorrumpió en una carcajada.

Lo miré sorprendida. Entonces, los tres chicos y la chica del todoterreno también se echaron a reír y yo me enfadé.

Harry me miró, como sin creérselo del todo.

—¿Es ése el tipo?

No le presté atención. Las otras mujeres del grupo lo estaban aclamando y aplaudiendo, encantadas con la presentación. Yo me uní cortésmente al aplauso, pero las aclamaciones las hice por dentro, en Do Alto de soprano. Blake sonrió y bajó la vista al suelo con timidez, como agradeciendo modestamente nuestros aplausos. Entonces, se desprendió el paracaídas e hizo el resto del camino hasta el grupo con el arnés enganchado a la entrepierna, como si su apreciable virilidad viniera envuelta para regalo. Finalmente, llegó hasta nosotros.

—Gracias —dijo, con expresión radiante, mientras levantaba las manos para acallar los aplausos. Su gesto tuvo el efecto esperado y se hizo el silencio.

Mi vida eligió justo ese instante para terminar de comerse las patatas y formar una bola con la bolsa arrugada. Blake volvió la cabeza, mientras mi vida se metía ruidosamente la bolsa arrugada en el bolsillo de los vaqueros. Primero Blake lo miró a él y después a mí, y entonces se le iluminó la cara con la más enorme de las sonrisas. Mi estómago dio un triple salto mortal y la multitud rugió, mientras yo subía a lo más alto del podio, recibía el ramo de flores, bajaba la cabeza para que me colgaran la medalla de oro y escuchaba el himno nacional, al tiempo que la segunda y la tercera clasificadas ponían cara de odio y maquinaban la manera de romperme las dos piernas.

—¡Lucy Silchester! —dijo él, sonriendo, y entonces se volvió hacia el grupo, que se moría de curiosidad—. ¡Atención todos! ¡Tengo el honor de presentaros al amor de

mi vida!

Con el rabillo del ojo, vi que Jenna volvía a entrar en la cabaña. Aquél fue posiblemente el momento más feliz de mi vida y me habría puesto a pegar puñetazos en el aire de puro deleite si no hubiese quedado ridículo. Blake les dijo a los demás que se tomaran un momento para hablar entre ellos y vino hacia mí con los brazos abiertos, listo para un abrazo. Yo me dejé caer entre sus brazos y apoyé con naturalidad la cabeza contra su pecho, con la mejilla derecha sobre su camiseta, sintiendo su fuerte abrazo y el beso que me depositaba en la coronilla. Fue igual que siempre. Encajábamos como las piezas de un rompecabezas. Habían pasado dos años, once meses y veintiún días desde la última vez que lo había visto, cuando me había pedido que me sentara, después de hacer el amor la noche anterior, y me había anunciado que iba a dejarme.

De pronto, sentí que la ira se adueñaba de mí, mientras recordaba que me había traído el desayuno a la cama, se había sentado a mis pies y había empezado a explicarme todo lo que pasaba por su mente turbulenta y complicada. Me pareció tan torpe, tan incómodo y tan incapaz de mirarme a los ojos, que por un momento pensé que iba a proponerme matrimonio. Temí, en realidad, que así fuera a hacerlo, pero cuando terminó de hablar, habría dado cualquier cosa porque mis temores se hubieran cumplido. Y mientras yo seguía en la cama, con una pesada bandeja de comida y café apoyada en los muslos, él abrió la puerta del armario, rascándose la nuca y se puso a decidir qué guardaría en la maleta para iniciar su nueva vida de soltero, si era cierto que se proponía iniciar una vida de soltero y no había estado viendo a Jenna a mis espaldas, durante las primeras semanas de rodaje de su programa. Entonces, el mismo día que había perdido a mi novio, me emborraché y perdí el trabajo y el carnet de conducir, y poco después, mi casa, cuando la pusimos a la venta.

Dos años, once meses y veintiún días después, me estrechó con fuerza entre sus brazos, y todo el amor que había sentido por él cada uno de los días transcurridos desde entonces se esfumó de repente y dejó paso a la ira. De pronto, abrí los ojos y vi que la vida me estaba mirando. Estaba sonriendo, como si nuestro abrazo le pareciera divertido. Confusa por mi repentino cambio emocional, solté a Blake y retrocedí unos pasos.

—No puedo creer que estés aquí —dijo él, agarrándome con fuerza por los hombros—. Estás fantástica. Me encanta que hayas venido.

Se echó a reír y yo dejé que la ira se asentara, mientras me tranquilizaba bajo su mirada.

—Blake, quiero presentarte a un amigo muy especial.

Blake tardó bastante en apartarse de mí y volverse. Parecía un poco distraído.

—Sí, claro. Hola, ¿qué tal estás? —Le estrechó la mano a mi vida y enseguida,

como si nos estuviera haciendo un favor a mí y otro a sí mismo, volvió a concentrarse en mí—. ¡Cómo me alegro de que hayas venido!

—Yo también —dije riendo.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—Estoy sólo de paso, para saludarte. Quería ver el sueño hecho realidad.

—Quédate y salta con nosotros.

—De acuerdo. Nos encantará.

Pareció desconcertado con mi plural, pero entonces echó un rápido vistazo a mi vida, me miró a mí y dijo:

—Ah, sí, claro.

Después, volvió con el resto del grupo, que estaba en el prado, y empezó su lección sobre la forma de colocar el cuerpo durante la caída libre. En eso yo era una experta.

—Siento haberte metido en esto —le dije a la vida, mientras observaba cómo copiaba las posturas, tumbado en el suelo.

—No es nada —dijo—. Parecía realmente encantado de verte. Es fantástico, Lucy.

—Sí, supongo que sí —dije con nerviosismo—. Entonces ¿vas a saltar?

—No —respondió él, imitando la nueva postura—. Es sólo que me gusta el panorama que tengo desde aquí.

Miré delante de él y vi a la rubia más mona con el trasero en pompa. Levanté los ojos al cielo.

—Al menos vendrás con nosotros en la avioneta...

—Ni hablar.

—¿También te da miedo volar?

—No, lo que me espanta es precipitarme al suelo a velocidades astronómicas.

—No es necesario que saltes, de verdad. Sólo quiero que subas con nosotros y lo veas. Es un vuelo de veinte minutos. Las vistas serán bonitas y al final bajarás con el piloto, al modo tradicional.

Miró a las nubes, mientras tomaba una decisión.

—De acuerdo —dijo finalmente.

Fui con Blake al hangar de la avioneta para ayudarlo a recoger el equipo.

—¿Tu novia tampoco salta? —le pregunté, tratando de mantener un tono ligero y despreocupado, aunque en realidad mi salud mental y la felicidad de toda mi vida dependían de su respuesta.

—¿Novia? —Me miró con desconcierto—. ¿Qué novia?

Estuve a punto de ponerme a bailar allí mismo.

—La chica que se ocupa del papeleo en la otra cabaña —dije, sin querer mencionarla por su nombre, por miedo a que él me creyera una acosadora que había estado siguiendo todos sus pasos durante los últimos años, pese al hecho de que la chica en cuestión y yo habíamos estado hablando menos de una hora antes—. La

chica que trabaja en tu programa. Esa chica de allí.

Volvimos la cabeza y vimos a Jenna, que estaba conduciendo a todo el grupo hacia otra área. No paraba de sonreír y estaba diciendo algo que hizo reír a todo el mundo, incluso a mi vida, cosa que me resultó bastante irritante.

—Ah, te refieres a Jen.

No la llamaba Jenna, sino Jen. La odié todavía más.

—¿Por qué has pensado que era mi novia? —preguntó.

—No lo sé. Me pareció que era tu tipo.

—¿Jen? ¿Tú crees?

Se puso a mirarla pensativo y no me gustó lo que debía de estar pensando. Intenté recuperar su atención, pero no parecía que nada fuera a funcionar, excepto chasquear los dedos delante de su cara. Finalmente, me puse delante de él y me moví como por casualidad hacia un lado, de tal manera que le bloqueé la vista. El recurso dio resultado, porque enseguida volvió a concentrarse en el equipo. Estuvimos un rato en silencio. Deseé que no estuviera pensando en Jenna. Desesperada, me puse a buscar mentalmente algo que pudiera desviar el curso de sus pensamientos, pero él se me adelantó.

—Entonces ¿él es tu novio?

—¿Él? ¡No! —Reí—. A decir verdad, es algo muy extraño. —Tenía que contarle la verdad e incluso me entusiasmaba la idea de contársela—. Te encantará, porque sé que a ti te interesan muchísimo estas cosas. Recibí una carta suya hace un par de semanas, con el sello de la Agencia de la Vida. ¿La has oído mencionar alguna vez?

—Sí. —Dejó de ocuparse del equipo y me miró—. Una vez, en la sala de espera del dentista, leí un reportaje de una mujer que se había reunido con su vida.

—¿Aparecía fotografiada de pie, al lado de un jarrón lleno de limas y limones? —pregunté muy animada.

—No lo recuerdo.

—Bueno, en cualquier caso, ese hombre es mi vida. ¿No te parece increíble?

Esperaba impresionarlo, porque a él le interesaban muchísimo ese tipo de cosas y estaba todo el tiempo leyendo libros sobre crecimiento personal, autoafirmación, búsqueda interior y todo lo que uno puede hacer consigo mismo. Siempre estaba hablando de diferentes teorías religiosas, la reencarnación, la vida después de la muerte y una infinidad de libros exploratorios del alma humana, por lo que yo estaba segura de que aquello tenía que ser lo máximo para él: ¡conocer a la vida en carne y hueso! Estaba convencida de que nunca había imaginado que yo pudiera alcanzar una profundidad semejante. Estaba tan segura de que la noticia iba a resultarle apasionante que se la conté con mucho más ardor del habitual, porque sabía que a él le interesaban muchísimo esas cosas y quería que supiera que a mí también me interesaban, que había cambiado, que podía alcanzar profundidades que él nunca había imaginado y que podía amarme otra vez.

—¿Ese tipo es tu vida?

—Sí.

—¿Y por qué ha venido?

Por las preguntas, quizá parezca que mostró interés, pero creedme, no mostró ninguno. Lo supe por el tono de sus preguntas: «¿Ese tipo es tu vida? ¿Y se puede saber por qué ha venido?».

Tragué saliva, deseando poder desdecirme, pero era imposible. Además, pensé que habría sido injusto con mi vida no salir en su defensa, después de que me había llevado hasta allí para darme una sorpresa y me había seguido la corriente en mi pequeña aventura de volver con Blake.

—La idea es pasar cierto tiempo juntos, para conocernos mejor. Cuando las personas están demasiado ocupadas con el trabajo, los amigos y otras distracciones, a veces pierden de vista las cosas importantes. Al parecer, yo me había perdido de vista a mí misma. —Me encogí de hombros—. Pero ya no. Va conmigo a todas partes, pero es muy divertido. Te gustará.

Hizo un breve gesto de asentimiento y siguió preparando el equipo.

—¿Sabes que voy a publicar un libro de cocina?

Era un cambio de tema un poco raro, pero lo acepté.

—¿De verdad? ¡Es genial!

—Sí, así es. —Se le iluminó la cara—. La idea surgió a raíz del programa que estoy haciendo. A propósito, ¿lo has visto? ¡Lucy, es increíble! ¡Es lo mejor que he hecho hasta ahora! Bueno, verás. Durante el rodaje, fuimos a un montón de lugares diferentes y conocimos muchísimas culturas diversas, con un montón de sabores, olores y sonidos fabulosos, y cada vez que volvía a casa después de un viaje, trataba de reproducir los platos que había probado.

—¡Qué bien! Siempre te ha gustado cocinar.

—Sí, pero no me limito a imitar los platos. Ahí está la idea del libro: les doy mi toque personal, el toque de Blake o el sabor de Blake. Creo que le vamos a poner ese título: *El sabor de Blake*. A los editores les ha encantado. Dicen que incluso podríamos llevar la idea a la pantalla y hacer un programa independiente de *Ojalá estuvieras aquí*, basado en la comida que pruebo en cada viaje.

Estaba radiante. Se le había animado la expresión, sus palabras fluían a cientos de kilómetros por hora y estaba tan entusiasmado que le costaba organizar lo que decía. Me lo quedé mirando, fascinada por estar viéndolo en carne y hueso, y por comprobar que no había cambiado ni un ápice, que seguía siendo el hombre apasionado, apuesto y rebosante de energía que había sido siempre.

—Me gustaría mucho que probaras algunas de mis recetas, Lucy.

—¡Gracias! Me encantaría.

Yo no cabía en mí de dicha.

—¿De verdad?

—Claro que sí, Blake. Te lo digo de todo corazón. De hecho, me gustaría volver a cocinar yo también. Prácticamente lo he dejado. Supongo que perdí la costumbre. Me

mudé a un piso más pequeño y la cocina no está tan bien como la que...

—¡Menuda cocina teníamos! —exclamó, meneando al cabeza—. Era una maravilla, pero deberías ver la que tengo ahora. Tengo instalado un horno fabuloso: empotrado, multifunciones, de acero inoxidable y con limpieza pirolítica. Tiene cuarenta programas diferentes para ingredientes frescos y congelados, y basta indicarle el peso de lo que piensas hornear para que seleccione automáticamente el tiempo y la temperatura, y, por si fuera poco, también controla el...

—... el tiempo de cocción y se apaga cuando la comida está lista, y aprovecha el calor residual para ahorrar energía —lo interrumpí.

Se quedó boquiabierto.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo escribí yo —dije con orgullo.

—No lo entiendo. ¿Qué escribiste?

—El manual de instrucciones. Trabajo en Mantic, o por lo menos trabajaba allí hasta ayer mismo. Traducía los manuales.

Me miró de una manera tan poco habitual que tuve que volverme para asegurarme de que era a mí.

—¿Por qué me miras así?

—¿Qué ha pasado con Quinn & Downing?

—Hace años que no trabajo ahí —contesté riendo. Después, aunque traté de mantener el tono ligero, añadí con más seriedad—: ¿No te ha contado Adam nada de mí en estos años?

Realmente quería saberlo. Pensaba que Blake se enteraba de todo lo que yo hacía; creía que él lo sabía todo de mí, mientras que yo no sabía nada de él. Durante los últimos años, había tomado decisiones y contado mentiras, con la idea de que iban a llegar hasta él de alguna manera. Pero ahora resultaba que ni siquiera estaba al corriente de lo sucedido el día uno, cuando me echaron del trabajo.

—¿Adam? No —dijo, con expresión confusa, pero entonces sonrió y se le volvió a iluminar la cara—. Déjame que te cuente el pastel marroquí que...

—Está convencido de que yo te engañaba —dije, interrumpiendo su receta.

No tenía pensado decirlo. No había planeado decirlo, en ninguna de mis maquinaciones interiores, ni en mis propósitos previos. Simplemente, me salió de la boca.

—¿Qué?

Blake quería hablarme de azafrán y yo acababa de estropearle el discurso.

—Todos lo creen.

Intenté que no me temblara la voz, pero no por nerviosismo, sino por cólera contenida. Otra vez se me estaba acumulando la ira y me resultaba difícil controlarla.

—¡Blake! —lo llamó un tipo que asomó la cabeza por la puerta—. Tenemos que empezar a movernos.

—Ya voy —respondió él, mientras recogía el equipo—. ¡Vamos! —me dijo

sonriendo.

Una vez más, se me disipó la cólera, me ablandé por dentro y le sonreí.

La avioneta tenía capacidad para seis pasajeros, lo que significaba que cabíamos tres grupos. Harry iba de pareja con Blake, y la joven dama fértil que aspiraba a ser la madre de sus hijos iba unida a otro instructor llamado Jeremy (el mismo cuya oportuna intervención había evitado que yo estallara y le gritara a Blake mientras preparábamos el equipo), y no dejaba de mirar a Harry, muerta de celos por haber sacado el palito más corto. Mi vida llevaba puesto un mono naranja y gafas de aviador. Estaba sentado en el suelo, entre mis piernas, con la espalda apoyada contra mí, y de vez en cuando se volvía para mirarme con absoluto disgusto y terror.

Se volvió una vez más, mientras despegábamos.

—Las vistas serán muy bonitas —dijo, imitando mi voz.

—Serán preciosas —repliqué con calma.

—Y puedes aterrizar con el piloto —prosiguió, en tono irónico—. Me has engañado. Me has mentido. Has dicho una mentira enorme —dijo, con veneno en la voz.

—No tienes por qué saltar —repliqué, intentando calmarme, aunque en el fondo estaba preocupada, porque no podía arriesgarme a que mi vida revelara una gran verdad en ese lugar, en ese momento y con Blake tan cerca de mí que nuestros pies se tocaban.

—Entonces ¿por qué vamos unidos por un cordón umbilical?

—Puedes fingir un ataque de pánico. Si no quieres, no saltaremos. Es sólo que yo quería..., ya sabes..., hacerlo una vez más con él.

—¿Fingir? ¿De verdad crees que necesitaría fingir? —replicó, y entonces se volvió otra vez hacia adelante y ya no me miró durante el resto del ascenso.

Harry tenía aspecto de absoluto terror. La cara se le había puesto verde y se notaba claramente que estaba temblando. Nuestras miradas se encontraron.

—Te encantará —le dije—. Piensa solamente en Declan sin cejas.

Sonrió, cerró los ojos y se puso a hacer inspiraciones profundas.

Blake y yo nos miramos mientras la avioneta despegaba y ganaba altura. No pudimos evitar sonreír, y él meneó la cabeza, como si no pudiera creerse que yo estuviera allí. Ascendimos hasta superar los mil metros, volamos unos veinte minutos y finalmente estuvimos listos para la acción. Blake abrió la portezuela y el viento se coló en el interior de la avioneta, mientras el campo se nos revelaba como una extensa colcha fabricada con cientos de retazos.

Mi vida masculló una retahíla de insultos y blasfemias irreproducibles.

—¡Las damas primero! —gritó Blake, apartándose para que pasáramos la vida y yo.

—No, no, tú primero —repliqué yo con firmeza—. Nosotros seremos los últimos.

Intenté lanzarle a Blake una mirada de advertencia para que comprendiera que mi vida tenía miedo, pero mi vida ya se había vuelto hacia mí y me estaba mirando fijamente.

—Insisto —dijo Blake—. Como en los viejos tiempos.

—A mí me encantaría, pero..., creo que él está un poco nervioso. Será mejor que miremos cómo lo hacéis vosotros, ¿de acuerdo?

Mi vida se indignó.

—¿Nervioso? ¿Quién está nervioso? ¡Venga, vamos allá!

Empezó a desplazarse hacia la portezuela de la avioneta, arrastrándose sobre el trasero y llevándome a mí con él. Yo estaba anonadada, pero no quise discutir. Comprobé que los arneses en tándem y el paracaídas estuvieran bien enganchados y me moví con él hasta el borde de la avioneta. No me podía creer que la vida se hubiera decidido. Pensaba que íbamos a tener que volver a tierra con el piloto. Me había llevado una decepción durante el despegue, pero ahora estábamos listos para saltar y yo sentía la adrenalina corriendo por mis venas.

—¡¿Estás listo?! —grité.

—¡Te odio! —me gritó él a su vez, con voz aguda.

Me preparé y, a la cuenta de tres, nos encontramos fuera de la avioneta, en caída libre por el cielo, a una velocidad de doscientos kilómetros por hora alcanzada en apenas diez segundos. Mi vida gritaba a pleno pulmón; toda la caída fue un largo aullido de terror, mientras yo me sentía más viva que nunca. Me puse a gritar de alegría para que mi vida me oyera y supiera que todo iba bien, que no había habido ningún error y que era normal que giráramos sobre nosotros mismos como copos de nieve, sin saber muy bien en qué dirección caíamos. Finalmente, adoptamos la postura de caída libre, y caímos flotando durante un total de veinticinco segundos, experimentando la máxima descarga de adrenalina, con el viento en los oídos, en el pelo y en todas partes, frío, rugiente y maravillosamente aterrador. Cuando llegamos a los mil quinientos metros, abrí el paracaídas principal, y en cuanto estuvo abierto, de repente, la euforia y el vértigo del viento en los oídos se esfumaron. Todo se volvió tranquilo, apacible y jubiloso.

—¡Dios mío! —exclamó la vida, sin aliento y con la voz ronca, después de lo mucho que había gritado.

—¿Te encuentras bien?

—¿Bien? Casi me da un infarto. Pero esto... —Miró a su alrededor—. Esto es increíble.

—Te lo dije —repliqué, feliz de estar compartiendo ese momento con mi vida. Me sentía a punto de estallar de dicha: Juntos allí, suspendidos en el aire, como los dos espíritus más libres del universo.

—No hablaba en serio cuando dije que te odiaba.

—Me alegro. Porque yo te quiero mucho —respondí, sin saber muy bien por qué. Se volvió y me miró.

—Yo también te quiero, Lucy —me dijo, con expresión radiante—. Y ahora deja de parlotear, porque me estás arruinando la experiencia.

Me eché a reír.

—¿Quieres dirigir tú?

La vida se hizo con el control y se puso a dirigir el paracaídas, mientras nos movíamos por el cielo como pájaros, contemplando el mundo y sintiéndonos vivos, felices, unidos y completos. Fue nuestro perfecto momento feliz. El vuelo duró cuatro minutos y, finalmente, tomé otra vez el control para el aterrizaje. Adoptamos la postura para tomar tierra, con las piernas y los pies hacia arriba y las rodillas juntas. Reduje la velocidad del paracaídas y tomamos contacto con el suelo en un aterrizaje suave.

La vida se desplomó en medio de un ataque de risa descontrolada.

Tras soltarse del paracaídas y separarse de mí, se puso de pie de un salto y empezó a correr en círculos, como si estuviera borracho, riendo y gritando de entusiasmo.

—¡Ha sido absolutamente increíble! Quiero hacerlo de nuevo. ¡Hagámoslo de nuevo! ¿Podemos hacerlo de nuevo?

Me eché a reír.

—¡No me puedo creer que te hayas animado!

—¿Y dejar que él pensara que soy un debilucho? ¿Estás de broma?

—¿De quién hablas?

—¡De Blake! ¿De quién, si no? No quiero que ese idiota piense que me amedrento ante nada. Quiero que sepa que no me importa lo que piense de mí y que soy mucho más fuerte de lo que él cree.

—¿Qué? No te entiendo. ¿Estás creando una especie de enfrentamiento con él?

—Yo no estoy creando nada, Lucy. Ahí está el problema. Ése ha sido siempre el problema.

—¿Qué estás diciendo?

—Nada, no te preocupes —replicó, sonriendo otra vez y poniéndose a bailar para celebrarlo—. ¡Yuuuuuuuu!

Feliz por el estado de júbilo de mi vida, pero confusa respecto a su origen, me lo quedé mirando con emociones encontradas. Sin duda alguna, para que mi redescubierto amor por Blake fuera correcto y armonioso, era preciso que mi vida y yo sintiéramos lo mismo al respecto. Yo deseaba que todos nos lleváramos bien y que mi vida dejara de pensar en rivalidades y rencores, pero quizá ése fuera el curso natural de las cosas. Blake me había hecho daño y había herido a mi vida, y aunque yo estaba dispuesta a perdonarlo y a aceptar mi parte de responsabilidad por el fracaso de nuestra relación, mi vida necesitaba un poco más de tiempo. Pero ¿qué significaba eso? ¿Qué significaba para Blake y para mí? Habitualmente, después de un salto en paracaídas yo me sentía eufórica, tal como se sentía mi vida, y todo se volvía radiante y luminoso. Sin embargo, me volvió el dolor de cabeza, el mismo que

me sobrevinía cada vez que me adentraba en pensamientos profundos sobre temas emocionales que habría preferido barrer bajo la alfombra de la mente. Vi que un *jeep* se dirigía hacia nosotros, a través del prado. Había una mujer al volante y, cuando se acercó un poco más, distinguí la cara de Jenna. Se me encogió el corazón igual que antes, cada vez que la veía, aunque ya tenía la certeza de que no estaban juntos.

—Parece como si fueras a matar a alguien —me dijo la vida, casi sin aliento, tras interrumpir por fin sus gritos y carreras y pararse a mi lado.

—¡Qué gracioso! —respondí, viendo que Jenna se acercaba con las dos manos aferradas al volante y la mirada fija en mí. Me pregunté si pensaría parar.

—Ten cuidado, Lucy. Es una chica muy agradable. Además, ¿no has dicho que no están juntos?

—Y es cierto. No lo están.

—Entonces ¿por qué la sigues odiando?

—Por costumbre, supongo.

—Por la misma razón que lo sigues queriendo a él —dijo la vida, mirando al cielo.

Después, me dejó que contemplara a Blake, que bajaba flotando por el aire como un perfecto ángel musculado, y que reflexionara sobre la bomba que acababa de soltarme.

Blake y yo viajábamos cara a cara en el *jeep*. Él iba de espaldas a mi vida, que había insistido en «ir de copiloto» y desde entonces no hacía más que chacharear sin freno con Jenna, que llevaba el volante. De vez en cuando, Jenna dejaba de prestarle atención a mi vida para comprobar por el retrovisor que yo me estaba comportando, y cada vez que hacía ese gesto tan propio de una madre, nuestras miradas se encontraban y entonces ella desviaba rápidamente la vista. Ella lo sabía, yo lo sabía y las dos sabíamos que la otra lo sabía. Una ex novia y una aspirante a novia. Éramos como dos halcones volando en círculos sobre nuestra presa, desconfiadas, cautelosas y preguntándonos cuál de las dos sería la primera en decidirse a atacar. Harry, que ya no tenía la cara verde, y la chica que quería ser la madre de los hijos de Blake estaban entregados a su propio festín de adrenalina y hablaban a mil kilómetros por hora de la experiencia que acababan de vivir, repasando cada segundo de la caída y comentando cada una de las descripciones del otro con un «¡Yo también!» desbordante de entusiasmo. Me di cuenta de que Blake acababa de perder su oportunidad, si es que en algún momento le había interesado aprovecharla. Jeremy, el segundo instructor, miraba por la ventana, tranquilo y sin el menor interés por lo que pudiera pasar dentro, fuera o en las proximidades inmediatas del vehículo. Pero, aparte de él, todos los demás estábamos eufóricos. ¿El corazón? Se me salía del pecho. Pero a mí la adrenalina me inundaba las venas por diferentes razones que a los demás. La mía fluía porque estaba enamorada, pero en lugar de disfrutarlo, estaba en pleno debate con mi propia mente para determinar si mi amor era o no fruto de la costumbre. Esos momentos con Blake eran valiosos y cruciales. Había esperado mucho para estar cerca de él física y emocionalmente, y lo estaba estropeando todo, por analizar ideas nuevas que había tenido tiempo más que suficiente para haber investigado antes, cuando no estaba con él. Había tenido horas de sobra, sentada sola en el sofá con el *Señor Pan*, o bien en un *pub*, en un bar, en un restaurante o en una cena familiar, para reflexionar sobre los fundamentos y la autenticidad de mi amor, y sin embargo tuve que elegir ese momento (¡maldita sea, justo ese momento!) para pasar por una crisis mental. Era irritante. Yo era el ser humano más irritante del planeta.

Blake y yo nos miramos. En su cara había una sonrisa tan luminosa como la bombilla nueva de mi baño, lo que puede parecer un símil muy poco romántico a primera vista, pero os puedo asegurar que después de vivir durante un año sumida en la oscuridad cada vez que iba al lavabo, una bombilla nueva es algo muy agradable y esclarecedor, por no mencionar lo útil que puede llegar a ser. Jenna dijo algo en el asiento delantero y mi vida se desternilló de risa. Aunque yo tenía delante a Blake, que con su sonrisa me estaba prometiendo un millón de amaneceres (o por lo menos una noche, que yo estaba dispuesta a aceptar, porque no me sentía nada quisquillosa),

el vínculo cada vez más estrecho que desde hacía cinco minutos empezaba a notar entre Jenna y mi vida me molestaba hasta el punto de distraerme. El desagradable sarpullido de mi vida había desaparecido. Estaba desbordante de felicidad y, por mucho que yo intentaba convencerme de que se lo debíamos a Blake, me daba cuenta de que la realidad era muy diferente. Mi vida parecía tener más afinidad con Jenna que con mi gran amor, y no era porque no lo hubiera intentado. Por mi experiencia en nuestra primera entrevista, yo sabía muy bien cómo habría podido tratar mi vida a Blake (sencillamente, como un cabrón), y le agradecía mucho que no le hubiese enseñado esa faceta suya. ¿Qué posibilidades podía tener nuestro futuro juntos si Blake odiaba a mi vida? ¿Y a quién de los dos elegiría yo? Ésa fue una nueva idea, que me dio miedo. Habría querido darme una bofetada a mí misma. «¡Deja de pensar, Lucy! Pensar nunca le ha hecho bien a nadie».

—Como en los viejos tiempos —dijo Blake de pronto.

Por algún motivo, encontré irritante su comentario. Lo analicé, como al parecer la vida me había programado que lo analizara todo, y descubrí que no me irritaba nada de Blake. No era su expresión, ni su tono, sino la sensación misma. Era cierto que todo volvía a ser como en los viejos tiempos, pero había una montaña enorme que nos separaba: la montaña de todas las cosas que no nos habíamos dicho y habíamos barrido debajo de la alfombra. Era tan alta que casi no me dejaba verle la cara. Pero yo no quería levantar la alfombra; no quería retroceder y meter las manos en la pila de estiércol de nuestros problemas pasados. Quería quedarme justo donde estaba, en el *jeep*, circulando por el aeródromo, con todas las cosas no dichas ocultas todavía lejos de nuestra vista. Quería permanecer suspendida en el tiempo, donde todo era tranquilo y feliz, como si aún estuviéramos flotando en el aire, con un paracaídas enorme para los dos sobre nuestras cabezas.

—¿Te quedas a pasar la noche?

No supe muy bien si me lo estaba proponiendo, o si me preguntaba cuál era mi plan. Había una diferencia y opté por la respuesta más segura.

—Tengo que volver. Él ha quedado para ver a alguien.

—¿Quién?

—A un tipo llamado Don —le expliqué, antes de darme cuenta de que no me preguntaba «¿A quién?», sino «¿Quién?», porque había vuelto a olvidar la presencia de mi vida—. Mi vida —añadí, con una firmeza que pareció sorprenderlo—. Mi vida tiene que ver a alguien esta noche.

—Pero tú puedes quedarte, ¿no? —Me dedicó una de sus maravillosas miradas de niño travieso y, por un momento, se me resquebrajó la coraza exterior—. ¡Quédate! —insistió, riendo, mientras se inclinaba hacia adelante y me apretaba suavemente una pierna justo por encima de la rodilla, donde sabía que tenía cosquillas.

Jenna miró por el espejo retrovisor y nuestros ojos se encontraron. No pude evitar la risa, pero no me reía de ella, como quizá ella pensó. Tenía los dedos de Blake en la parte más cosquillosa del muslo y era incapaz de mantener la expresión seria.

—Jeremy nos invita a unas copas esta tarde. —Me siguió haciendo cosquillas, mientras yo intentaba apartarlo, riendo—. Celebra sus treinta años.

—Así es —dijo Jeremy sonriendo, pero sin dejar de mirar por la ventana.

—Feliz cumpleaños —le dije yo, pero tampoco me miró.

Era una de esas personas que te hacen sentir como si no te conocieran o no les importaras, y que si alguna vez se dignan a reconocer tu existencia es para anotarse un tanto en tu contra; pero después, veinte años más tarde, te dicen que siempre les has gustado y que nunca han tenido el coraje de decírtelo, y entonces tú les dices: «¿Qué? ¡Ni siquiera sabía que te caía bien!», y ellos responden: «¿Estás loca? ¡Es sólo que nunca sabía qué decir!». Al menos eso me pasó con Christian Byrne, que me confesó su amor en un bar, hace cuatro meses. Era el chico más guay de nuestro campamento de tenis. Hablaba con todas las chicas y las había besado prácticamente a todas, menos a mí. Y después de todo ese tiempo y de su confesión, tampoco pude besarle, porque había dejado embarazada a su novia e iba a casarse con ella, porque le parecía lo correcto, aunque a raíz de eso había acabado a las cuatro de la madrugada en un sórdido club nocturno de Leeson Street, donde le había confesado su amor a una chica que no veía desde hacía quince años. Yo estaba en el club con Melanie, en caso de que alguna mente inquisitiva quiera saberlo.

—Nos encantaría ir a la celebración, si a ti no te importa —le dije a Jeremy.

Jeremy no reaccionó. No sabía que le estaba hablando y, si lo sabía, no le importaba. Seguramente me amaba sin saberlo y pronto lo descubriría, aunque para entonces sería tarde, porque yo ya habría vuelto con Blake. Su amistad se resentiría, porque Jeremy no soportaría ver a su mejor amigo con el amor de su vida, por lo que tendría que dejar el trabajo e irse a vivir a otra parte. Intentaría encontrar otro amor, pero no lo conseguiría; al final, encontraría a alguien, pero no sería su amor verdadero; se casaría y tendría hijos, pero cada vez que hiciera el amor con su esposa y ella se quedara dormida, él permanecería despierto hasta muy tarde en la noche, pensando todo el tiempo en la mujer que había dejado en Bastardstown, condado de Wexford. Que no sería otra que yo misma.

—Claro que no le importa —contestó Blake en su nombre—. Es en el Bodhrán, a las seis de la tarde. Iremos en cuanto salgamos de aquí. Ven, por favor —me dijo, mientras volvía a hacerme cosquillas en las piernas—. Ven, ven, ven.

—De acuerdo, de acuerdo —reí yo, reuniendo todas mis fuerzas para inmovilizarle los dedos y evitar que me siguiera haciendo reír, aunque él tenía más fuerza y me atrapó las manos, y nos quedamos así, sentados, con los dedos entrelazados y mirándonos a los ojos—. Iré —dije.

—Claro que vendrás —dijo él con una sonrisa tranquila, mientras mi corazón sufría un ataque de alegría histérica.

—No podemos ir —dijo mi vida, tumbado a mi lado en el compartimento trasero

del todoterreno y contemplando por la ventana del techo el perfecto cielo azul por el que habíamos caído un momento antes.

El todoterreno seguía estacionado en el aparcamiento y estábamos esperando a que los demás se reunieran con nosotros, después de que Declan, Annie y Josh realizaran su salto. Harry andaba perdido por algún sitio, utilizando su facilidad de palabra para acceder a la ropa interior de la chica que había manifestado su deseo de ser la madre de los hijos de Blake.

—¿Por qué no podemos ir?

—¡Por Don!

—¡Que lo follen a Don! —repliqué, e inmediatamente me sentí culpable, pero me resultaba muy irritante que mi vida no me comprendiera.

—Tú ya lo hiciste.

—¡Blake me ha invitado y él es la única razón por la que hemos venido! ¿No podrías al menos alegrarte un poco por mí?

Se lo pensó un momento.

—Tienes razón. Me alegro mucho por ti. Esto es lo que llevas deseando desde el domingo por la noche, así que puedes quedarte y ser amable con Blake, el hombre que destrozó tu corazón, mientras yo vuelvo a Dublín para encontrarme con Don, el tipo simpático que se acostó contigo y me invitó a tomar una copa.

—¿Por qué no os vais a la cama vosotros dos y acabáis de una vez con esto? —le solté.

—¡Qué reacción tan madura! —replicó él con toda la calma del mundo—. Pero te recuerdo otra vez que tú ya te has ocupado de eso. ¿Qué quiero yo? A mí sólo me interesa su amistad. Hemos quedado en el Barge, a las ocho, así que allí estaré, por si el Señor Teólogo decide dejarte tirada otra vez para irse a buscar prados más verdes.

—No tienes fe en nosotros —dije con tristeza.

—No es cierto. No tengo ninguna fe en él, pero ¿quién soy yo para detenerte? —Se lo pensó un momento—. ¡Ah, sí! Soy tu vida. ¿Qué crees que haría la mayor parte de la gente en una crisis personal? ¿Escuchar a su vida o arrastrarla de condado en condado, como haces tú, en busca de la felicidad geológica?

—¿Felicidad geológica? ¿Qué demonios es eso?

—La mayoría de la gente busca la felicidad y la realización personal en su interior; tú, en cambio, te trasladas físicamente a otro condado, pensando que va a servirte de algo.

—La mujer aquella de la película comió, amó y rezó a través de tres continentes, y al final fue feliz —le repliqué, y después suspiré, más calmada—. Solamente quiero ver de nuevo lo que me hizo enamorarme de él.

—Yo ya lo he visto. Lo llevaba bien sujeto dentro del arnés.

—¿Podrías hablar en serio, al menos una vez?

—¿En serio? De acuerdo. He visto lo que te hizo enamorarte de él y ahora voy a tomar una copa con Don.

Quise intentarlo una vez más.

—Creo que hay un enfrentamiento entre vosotros que yo no entiendo del todo. Te hizo daño, ya lo sé. Te destrozó y ahora tratas de protegerte, pero al menos dale una oportunidad. Si no lo haces, no averiguarás nunca si él era el hombre que iba a traerme la felicidad eterna y, por lo tanto, el que iba a traértela a ti también.

—No creo en la felicidad eterna, sino en alegrías ocasionales.

Pero se había ablandado un poco.

—Ya sé que no quieres dejar plantado a Don, pero no es más que una copa —le insistí—. Es adulto. Lo entenderá. —Pareció ligeramente convencido, pero para asegurarme, le di un argumento irrefutable—. Además, *Sebastian* está tirado en una cuneta y quién sabe cuánto tiempo tardarán en repararlo, así que no tenemos manera de volver a casa.

—De acuerdo —dijo, resignado a su destino—. Me quedaré. Llamaré a Don, pero no podré hacer nada más. Sabe dónde estoy. Pensará que he tomado partido por Blake y no querrá verme nunca más.

Le di una palmada en el hombro para demostrarle mi comprensión.

Se quedó tumbado y los dos seguimos mirando por la ventana del techo las nubes que pasaban por un cielo perfecto. Entonces se abrió la puerta del vehículo y apareció Declan, que procedió a enseñarnos las partes afectadas por la apuesta, todas ellas considerablemente calvas.

El *bodhrán* es un tambor tradicional irlandés de piel de cabra, con el fondo abierto, de tal manera que es posible sujetarlo y controlar el timbre con una mano, mientras la otra lo golpea con un *cipín*. En este caso, el Bodhrán era un *pub* situado a cinco minutos de nuestro hostel, con música tradicional irlandesa en directo. A las siete ya estaba lleno. Llegamos tarde, porque a Declan se le había declarado un sarpullido en las partes íntimas y era tal el picor que sentía, que insistió en hacer un rodeo de veinte minutos para comprar una loción y un pote de polvos de talco en la farmacia más cercana. En cuanto pudo, se echó el talco por la cintura de los pantalones y se puso a girar las caderas en todas las direcciones posibles para asegurarse de que el remedio llegaba a las áreas afectadas.

Harry, el ganador de la apuesta, debería haberse alegrado de los problemas que la depilación estaba causando a su amigo, pero en lugar de eso estaba contrariado por la demora, porque había quedado en encontrarse en el *pub* con la chica que quería ser la madre de los hijos de Blake y temía que alguien se le adelantara. Me reí de su inmadura impaciencia, que le hacía pensar que un retraso de veinte minutos podía arruinar sus posibilidades, pero entonces recordé a Jenna y me sumé a las voces que acosaban a Declan para que pisara el acelerador a fondo y demostrara de qué pasta estaba hecho el todoterreno de su madre. La irritación de Harry se me había contagiado y yo a mi vez se la había contagiado a mi vida, que no estaba

precisamente feliz de haber tenido que cancelar la cita con Don. Le había vuelto a salir el desagradable sarpullido, por lo que compartía con Declan los polvos de talco, que iban y venían, mientras Annie y yo nos pasábamos la sidra. Josh estaba tumbado en la parte trasera del vehículo, fumando hachís y formando anillos de humo. Yo no bebía sidra desde que tenía su edad, pero pasar el tiempo con ellos era emocionante y me había dado una inyección de vida, aunque a mi vida le hubiese producido un sarpullido. Era la primera vez en mucho tiempo que no tenía que preocuparme por no contradecir las mentiras que había contado. Ninguno de ellos sabía nada, ni le importaba nada de mí, por lo que era libre de ser yo misma. Y hacía mucho tiempo que no era yo misma.

Cuando llegamos al *pub*, seguía siendo una tarde espléndida de verano, y las mesas y los bancos de la terraza estaban atestados de gente. Recorrí rápidamente todo el lugar con la mirada en busca de Blake. Harry hizo lo propio en busca de la chica que quería ser la madre de los hijos de Blake, y dedujo que debían de estar dentro. Abrió la marcha y yo lo seguí. No necesitaba preocuparse, porque la chica le había guardado un asiento libre a su lado. La amiga de la chica le dio un golpe en la pierna cuando nos vio, y pese a la advertencia, no pudo evitar que se le iluminara la cara cuando vio a Harry. Yo no dejaba de buscar a Blake por las mesas llenas de gente. La banda estaba tocando *I'll Tell My Ma* y todo el mundo batía palmas y gritaba, mientras yo me abría paso entre una marea de cuerpos para encontrarlo. Vi que Jenna estaba sentada a la misma mesa que Harry y su amor, y que había una silla vacía a su lado. Sentí palpar el corazón y deseé que el asiento no fuera para él, aunque sabía que no estaban juntos. Me puse nerviosa sólo..., por costumbre. Finalmente, lo divisé en la barra, rodeado de un montón de gente, contando un chiste y siendo como siempre el centro de la atención. Los tenía a todos cautivados por lo bien que contaba el chiste. Yo lo observaba y mi vida también lo observaba. Entonces, llegó a la parte graciosa y todos se desternillaron de risa. Yo me reí a carcajadas y mi vida también se rió. Sentí ganas de volverme y decirle: «¿Lo ves?».

Blake me vio, se despidió del grupo y vino corriendo hacia mí. Jenna nos miraba.

—¡Hola! ¡Has venido! —exclamó, mientras me daba un abrazo y me depositaba otro beso en la coronilla.

—¡Claro que sí! —respondí, radiante de felicidad y sin querer mirar a Jenna, pero deseando que lo estuviera viendo todo—. Vengo con mi vida. Lo recuerdas, ¿verdad? —dije, apartándome, para que pudieran verse.

—Sí, claro —dijo Blake.

—Hola —saludó mi vida en tono despreocupado—. Comprendo que esto tiene que ser un poco incómodo para ti —añadió, sorprendiéndome con su madurez—, así que permíteme que te invite a una copa.

Blake lo miró con desconfianza, después me miró a mí y después otra vez a mi vida.

—Para romper el hielo —le explicó mi vida.

Blake se tomó su tiempo para decidir, lo que me irritó bastante. No conseguía entender qué podía molestarle. Don había tomado el desayuno en la cama con el culo al aire, con mi vida y conmigo. Mi vida incluso le había encontrado los calzoncillos, que el *Señor Pan* le había robado para forrar la cesta donde dormía. ¡Don le había preparado el desayuno a mi vida mientras yo me duchaba! No es que estuviera comparando a Don con Blake, nada más lejos de mí. Sólo comparaba sus reacciones. En defensa de Blake (porque yo tenía que justificar su conducta), había una historia entre él y mi vida. Había emociones y complejidad, y no la sencillez propia de un rollo de una noche. Habíamos tenido una relación durante cinco años. Era natural que se sintieran incómodos. O pensándolo bien... ¿No debería ser al revés?

—Sí, claro —dijo Blake, rindiéndose finalmente en la batalla privada que tenían los dos—. Pero será mejor que nos sentemos un poco más lejos.

Nos condujo a mi vida y a mí lejos del resto del grupo, hacia una zona más tranquila del bar, detrás de una mampara de vidrio emplomado.

—Aquí se está muy bien —dije yo con nerviosismo, mientras miraba a mi vida, que estaba echando humo y empezaba a rascarse de nuevo—. Al menos, podremos hablar en privado.

—¿Qué vas a beber? —le preguntó mi vida a Blake.

—Guinness.

No, por favor. Miré primero a un hombre y después al otro. Claramente, había algo que se me escapaba.

—Blake, tú sabes que él es mi vida, ¿verdad? —le pregunté en tono sosegado, en cuanto mi vida se hubo marchado hacia la barra.

—Sí, lo sé —respondió Blake, a la defensiva.

—No es mi novio, ni mi ex novio, ni nadie que pueda ser una amenaza para ti.

—¿Una amenaza? No me siento amenazado.

—Me alegro, porque estás actuando de una manera muy extraña. —Suspiré—. ¿Qué pasa?

—¿Cómo suele reaccionar la gente?

—Con interés —respondí de inmediato—. Por lo general, la gente que me quiere está interesada en mi vida. Se alegran de conocerlo y les parece muy emocionante. Normalmente, dejan de prestarme atención a mí para hablar con él. ¿Sabes? La única excepción ha sido mi padre.

Se le iluminó la cara.

—¡Eh! ¿Cómo está tu padre?

Fue otro cambio de tema poco apropiado, pero lo acepté.

—No nos hablamos.

—¿Por qué no? ¿Qué ha pasado? ¡Estabais tan unidos!

Habían cambiado muchas cosas.

—Nunca hemos estado unidos, pero yo he cambiado y a él no le gusta, mientras que él no ha cambiado nada y a mí sigue sin gustarme.

—¿De verdad has cambiado? —preguntó Blake, estudiándome.

Tragué saliva. Tenía su cara muy cerca de la mía. Estúpidamente, mi respuesta dependía en parte de si él quería que yo hubiera cambiado o no, pero sobre todo porque yo no sabía cuál era la respuesta verdadera. Sin ninguna duda, yo había cambiado desde que me había encontrado con mi vida. Pero ¿qué había hecho mi vida? ¿Me había ayudado a ser la persona que había sido antes de conocer a Blake, o me había impulsado a salir de la rutina en la que había caído después de Blake, para convertirme en una persona totalmente nueva? Todo me parecía muy confuso, y estuve a punto de apartarme un momento para hablar con mi vida y encontrar la respuesta. Pero no pude, porque habría sido una conducta muy rara, y porque los labios de Blake casi tocaban los míos y no habría querido moverme nunca, por nada del mundo.

—Porque yo te veo igual que siempre, ¿sabes? —me dijo—. Igual de bien que siempre.

Nuestros labios estaban tan cerca que casi se rozaban. Yo sentía un hormigueo por todo el cuerpo.

Entonces noté algo frío en el pecho, bajé la vista y vi una jarra de Guinness en la mano de mi vida.

—Tu cerveza —le dijo la vida a Blake—. Salud.

Nuestro momento se había esfumado. Me lo había robado mi propia vida.

—Bueno —dijo mi vida, mientras me daba mi vaso de vino blanco y se colocaba delante su botella de cerveza.

Como nadie inició la conversación, lo intentó de nuevo.

—Lo de hoy fue realmente impresionante —dijo con auténtico entusiasmo, esforzándose de verdad por ser amable—. Nunca había vivido nada semejante. ¿Es igual de emocionante cada vez que lo haces?

—Bueno, sí, puede serlo —asintió Blake.

—¿Aunque tengas que saltar..., cuántas veces al día?

—Tres. Hacemos tres grupos.

—¡Increíble! Me gustaría volver a probarlo, de verdad —dijo mi vida—. Lo recomendaría a todo el mundo.

—Genial. Muchas gracias. Voy a darte esto —dijo Blake, mientras buscaba algo en el bolsillo trasero—, por si quieres recomendarnos a alguien.

Le dio a mi vida su tarjeta, con una foto suya impresa. Mi vida la estudió un momento y vi que se le formaba una sonrisita en los labios. Crucé los dedos para que no dijera nada irónico, pero en lugar de eso, me miró y sonrió. Blake captó su sonrisa. Era todo muy extraño entre nosotros, y yo quería que se acabara de una vez, porque ya había tenido suficiente. Meforcé por encontrar algo que decir, pero todos los pensamientos me abandonaron, lo que no dejaba de ser ridículo, porque me había pasado el día pensando. Había estado el día entero piensa que te piensa, y ahora no podía formular ni un solo pensamiento. Nos quedamos en silencio, en un pequeño

triángulo, devanándonos los sesos para encontrar algo que decir. Nada. No había nada.

—¿Quieres que te presente a alguna gente? —le preguntó finalmente Blake a mi vida.

—No, no es necesario. Conozco a varios de los que estaban esta mañana. —Mi vida aprovechó la oportunidad para marcharse—. Lucy, si me necesitas, estaré por aquí.

—De acuerdo —dije, sintiéndome contrariada e incómoda al mismo tiempo.

Después, el volumen de la música subió todavía más y, a los sonos de *Whiskey in the Jar*, todos los presentes se entusiasmaron bastante y el estruendo llegó a un nivel que volvió imposible cualquier conversación.

—Ven —me dijo Blake, cogiéndome de la mano para guiarme entre la multitud.

Distinguí a Jenna, que nos miraba con una expresión tan desesperada que una minúscula parte de mí sintió una diminuta porción de culpa. Empezamos a salir. El ruido y la locura se fueron disipando, a medida que Blake me dirigía entre la muchedumbre, que se fue volviendo más raleada en dimensiones y en estatura. En la barra había unos cuantos viejos acodados, que contemplaban con calma a los forasteros. Pasamos junto a las puertas de unos lavabos apestosos, y por detrás de la barra, donde las baldosas negras y rojas habían perdido el color y estaban pegajosas por las bebidas derramadas; finalmente, salimos por la puerta de emergencia, que un barril de cerveza mantenía abierta. Seguí a Blake y, cuando estuvimos fuera, miré a mi alrededor en busca de la terraza.

—Eh, aquí no hay ninguna...

Pero no pude terminar la frase, porque ya tenía sus labios sobre los míos; me estaba besando y, de alguna manera, me quitó el vaso de las manos y enseguida sus manos volvieron a estar sobre mí, en mis caderas, en mi cintura, corriendo hacia arriba, hacia mi pecho, mi cuello y mi pelo. Mis manos, por su parte, se dirigieron de inmediato hacia su pecho; tenía la camisa abierta hasta el cuarto botón, dejando al descubierto un precioso surco varonil, y mis manos se quedaron ahí, igual que antes, sintiendo la suavidad de la piel depilada. Era perfecto, era tal como lo había imaginado el sábado y el domingo por la noche, cuando me quedé despierta pensando. Sentí en su lengua el sabor de la cerveza; olí el gel de la ducha que acababa de darse, y recordé todo lo bueno que había tenido nuestra relación. Finalmente, nos separamos para recuperar el aliento.

—Mmm —dijo él.

—¿Sigo teniendo eso tan especial?

—Los dos lo tenemos —murmuró él y me volvió a besar—. ¿En qué estábamos pensando todo este tiempo para no estar juntos?

Me besó en el cuello y yo sentí que me enfriaba.

«Todo este tiempo». Quise decir algo, pero cada frase que se me ocurría me sonaba amarga o colérica, por lo que opté por cerrar la boca y esperar a que se me

pasara el enfado. Dejé de besarme, me llevó hasta la hierba y los dos nos sentamos al sol. Nos reímos, pero no por nada en particular, sino por el mero hecho de estar allí juntos, después de tanto tiempo.

—¿Por qué has venido? —me preguntó Blake, apartándome un mechón de pelo de la cara y colocándomelo detrás de la oreja.

—Para verte.

—Me alegro.

—Yo también.

Volvimos a besarnos, pero no llegamos a batir el récord del besatrón que había marcado con Don. Me azoté mentalmente por compararlos de nuevo a los dos.

—Antes nos interrumpieron, ¿no? —le dije, refiriéndome a la sala del aeródromo donde habíamos estado preparando el equipo.

Había llegado por fin el momento de hablar de lo nuestro. Bebí un sorbo de vino y me preparé.

—Ah, sí —respondió él, recordando—. Mi pastel marroquí. *El sabor de Blake*.

Pensé que estaba de broma, pero hablaba en serio. Empezó por explicarme la receta tradicional y, a continuación, me contó con todo lujo de detalles cómo la había modificado. Yo estaba tan estupefacta que era incapaz de oír lo que decía y mucho menos de pensar en algo que decirle. Pasaron al menos cinco minutos sin que yo dijera nada y él ya había pasado a otra receta, y me estaba describiendo con todo tipo de pormenores la manera de marinar, condimentar y hervir a fuego lento los ingredientes durante cuarenta días y cuarenta noches, o al menos eso me pareció a mí.

—Entonces le pones un poco de comino y...

—¿Por qué me dejaste?

Estaba tan absorto en su pequeño mundo que mi pregunta lo cogió totalmente por sorpresa.

—Lucy, por favor. —Se puso a la defensiva—. ¿Por qué tienes que hablar de eso?

—Porque me parece lo justo —dije, esperando que no notara que me estaba temblando la voz, aunque era muy evidente—. Han sido casi tres años. —Blake meneó la cabeza, como si le costara creer que hubiera pasado tanto tiempo—. Y en todos estos años no he sabido nada de ti. Y ahora dices que todo vuelve a ser como en los viejos tiempos, pero es como si hubiera un elefante en la habitación y todos lo viéramos, pero nadie quisiera hablar de él. Creo que deberíamos hablar. Necesito hablar.

Miró a su alrededor para asegurarse de que no nos oía nadie.

—De acuerdo. ¿De qué quieres que hablemos?

—¿Por qué me dejaste? Todavía no lo entiendo. No sé qué pude hacer mal.

—No hiciste nada mal, Lucy. Fue cosa mía. Ya sé que te parecerá una cursilada, pero necesitaba hacer realidad mi sueño.

—¿Qué sueño?

—Ya sabes..., mi sueño. Viajar, ver otros lugares y...

—¿Acostarte con otras chicas?

—¿Qué? ¡No, no te dejé por eso!

—Pero yo viajaba contigo a todas partes, veíamos lugares diferentes todo el tiempo. Ni una sola vez te dije que no hicieras lo que querías hacer o que no fueras a donde querías ir. Ni una sola vez.

Tuve que esforzarme para conservar la calma y poder mantener esa conversación, porque si me hubiese emocionado en exceso, él no habría podido resistirlo.

—No fue por eso —dijo él—. Fue solamente... Por mí, ¿sabes? Tenía que hacerlo. Tú y yo, tan jóvenes, tan serios. Teníamos el apartamento. Cinco años, ¿sabes? —dijo, y aunque ningún oído humano habría encontrado sentido a lo que estaba diciendo, yo lo entendí perfectamente.

—Querías estar solo —le dije.

—Sí.

—¿No había nadie más?

—Claro que no, Lucy. No había nadie.

—¿Y ahora? —le pregunté, esperando con horror la respuesta—. ¿Todavía necesitas estar solo?

—Oh, Lucy. —Desvió la mirada—. Mi vida es complicada, ¿sabes? Para mí, no. Para mí es simple, pero para el resto de la gente es...

Sentí que empezaba a sonar una alarma en mi cabeza. Sentí que me separaba físicamente de él, no tanto como para que él lo notara, pero lo suficiente para que lo notara yo. Sentí que me apartaba de él de mil maneras diferentes.

—... emocionante, impredecible y llena de aventuras, y me gustaría seguir moviéndome y experimentando cosas nuevas. ¿Sabes? —Se le iluminó la expresión—. Hubo una semana, cuando fui a Papúa Nueva Guinea... —Y ya no pudo parar.

Durante diez minutos, lo escuché hablar de su vida, y cuando se aproximó al final de su relato, comprendí lo que estaba haciendo yo allí. Estaba sentada en la hierba a su lado, escuchando a un hombre que me resultaba familiar, pero que hablaba como un perfecto desconocido, y en cuestión de minutos mis sentimientos hacia él cambiaron radicalmente. Lo vi de otra manera, menos como un dios y más como un amigo, un amigo pequeño y un poco tonto, que había perdido el rumbo y estaba embobado con su vida, con su propia vida y con la de nadie más, y mucho menos con la mía, porque la mía estaba dentro del *pub*, bebiendo cerveza y escuchando música tradicional sin nadie que le hiciera compañía, después de que yo misma la hubiera arrastrado hasta allí. De pronto, tuve ganas de dejar a Blake donde estaba y de entrar en el *pub* para estar con mi vida. Pero no podía, al menos hasta que no hubiera hecho lo que había venido a hacer.

Cuando terminó de hablar, le sonreí, tranquila y un poco triste, pero finalmente en paz conmigo misma.

—Me alegro por ti, Blake —le dije—. Me alegro de que te sientas feliz con tu vida y estoy orgullosa de todo lo que has conseguido.

Pareció un poco confuso, pero complacido, y se puso a mirar a su alrededor.

—¿Tienes que marcharte o algo?

—¿Por qué lo preguntas?

—Lo que has dicho suena como una despedida.

Volví a sonreír.

—Puede que lo sea.

—No —gruñó él—. ¡Estamos tan bien!

Se acercó un poco más e intentó besarme otra vez.

—No va a funcionar, Blake.

—No me hagas esto, Lucy.

—No, no, escúchame. No es culpa de nadie. No es mi culpa. No hice nada mal, ahora lo sé. Simplemente, es así. A veces las cosas no funcionan. Lo nuestro funcionó durante un tiempo, hasta que dejó de funcionar. No podemos volver atrás y, sinceramente, no sé para qué íbamos a hacerlo. He cambiado.

—¿Ha sido él? —preguntó, mirando hacia la barra.

—No. Me hiciste cambiar tú. Cuando te fuiste.

—Pero ahora estoy aquí y estamos muy bien juntos —replicó, tendiéndome la mano.

—Es cierto —reí—. Estamos muy bien juntos, cuando no hablamos de las cosas que cuentan. Y mi vida cuenta. Mi vida es importante para mí, Blake.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes? No lo parece, porque en este momento mi vida está ahí dentro, bebiendo a solas una pinta de cerveza y a ti no te interesa en lo más mínimo. No me has hecho una sola pregunta acerca mi vida desde que nos vimos, ni una sola.

Frunció el ceño y pareció reflexionar al respecto.

—Puede que esto esté bien para otra —continué—. Estuvo bien para mí durante un tiempo, pero ya no.

—Entonces ¿vas a dejarme?

—No, no —respondí riendo y después lo miré con severidad—. No voy a caer en eso. Nadie va a dejar a nadie, porque no vamos a empezar nada.

Se hizo un silencio, y antes de que él hiciera el primer movimiento para marcharse y perderse para siempre en un mundo al que yo no tenía acceso, le dije algo más:

—Pero me alegro de que lo hayas mencionado, porque he venido precisamente por eso.

—¿Por qué has venido?

Hice una inspiración profunda.

—Tienes que decirles a todos nuestros amigos que fuiste tú el que me dejó.

—¿Perdona? ¿Qué es lo que tengo que hacer?

Por el modo en que me estaba mirando, supe que había oído perfectamente lo que acababa de decirle. No me pedía que se lo repitiera por un problema de audición, sino para hacerme saber que de ninguna manera pensaba hacer semejante cosa. Fue entonces cuando nuestra ruptura amistosa, o nuestra no renovación amistosa de la relación, se volvió un poco menos amistosa.

—Quiero que sepan que no fui yo la que rompió —le dije, tratando de mantener un tono despreocupado pero firme, para que la situación resultara lo menos conflictiva posible.

—¿Quieres que los llame y diga: «¡Hola! Ah, por cierto...»? —Terminó la frase mentalmente y meneó la cabeza—. Ni lo sueñes.

Cambió de posición en la hierba, se le notaba incómodo.

—No es necesario que los llames uno por uno, ni que hagas una gran representación dramática, Blake. De hecho, ni siquiera es necesario que les digas nada. Se lo diré yo. Dentro de dos días cumpla treinta años y vamos a cenar juntos. Puedo contárselo entonces. Ni grandes palabras ni fuegos de artificio. Simplemente, se lo diré, y si no me creen, como probablemente pasará, entonces es probable que te llamen, y ahí es donde necesito que tú me apoyes.

—No —dijo de inmediato, con los ojos fijos en la lejanía—. Pasó hace años; es historia. Dejémoslo así. A nadie le importa, créeme. No sé por qué te empeñas en removerlo.

—Me empeño por mí. Para mí es importante, Blake. Están convencidos de que yo te engañaba. Creen que...

—Les diré que no. ¡Es ridículo! —exclamó, en tono protector—. ¿Quién ha dicho eso?

—Todos, excepto Jamie, pero eso es lo de menos.

Noté que se le tensaba la mandíbula, mientras pensaba.

—No me engañaste, ¿verdad?

—¿Qué? ¡Claro que no! Blake, escúchame. Creen que soy el malo de la película, que te destruí el corazón, que te arruiné la vida, que...

—Y tú quieres que el malo de la película sea yo —replicó él, enfadado.

—No, desde luego que no. Sólo quiero que sepan la verdad. Es como si me culparan a mí por todo lo que ha cambiado en nuestras vidas. Pero no son todos. Es sobre todo Adam.

—No te preocupes por Adam —dijo Blake, más sereno—. Es mi mejor amigo; es la persona más leal que existe en el planeta. Pero ya sabes cómo es: apasionado, intenso... Le diré que deje de meterse contigo.

—Hace comentarios todo el tiempo. El ambiente siempre se corta con cuchillo cuando estamos él y yo, y también Mary, claro, pero eso no me molesta tanto. Me pone las cosas muy difíciles. Si supiera que está mal informado, entonces dejaría de acosarme. Puede que incluso se disculpara.

—¿Quieres que se disculpe? ¿Eso es lo que quieres? Hablaré con él, le diré que se tranquilice. Le diré que nuestra relación murió poco a poco, de muerte natural, y que tú tuviste la fortaleza de reconocerlo y ponerle punto final. Le diré que yo lo acepté y que me pareció bien, le diré que...

—¡No, no, no! —lo interrumpí, sin ninguna intención de quedar atrapada en otra mentira—. No. Quiero que sepan la verdad. No es preciso decirles por qué dijimos lo que dijimos. Les diremos que teníamos nuestros motivos privados y que no queremos volver a hablar al respecto. Pero al menos, sabrán la verdad. ¿No crees?

—No —respondió él con firmeza, mientras se ponía de pie y se limpiaba la hierba de los vaqueros—. No sé qué habéis venido a hacer aquí tú y él, quizá a demostrarles a mis amigos que yo era el villano en esta historia, pero no pienso caer en la trampa. No voy a hacer nada de lo que me pides. El pasado, pasado está. Tenías razón. No tiene ningún sentido tratar de recuperarlo.

Yo también me puse de pie.

—Espera, Blake. Sea lo que sea lo que estás pensando, te equivocas. Esto no es una especie de sabotaje, sino más bien todo lo contrario. Quiero arreglar las cosas; más concretamente, quiero arreglar mi vida. Pensaba que para eso tenía que encontrarte a ti, y en cierto modo tenía razón, pero no ha sido exactamente como lo esperaba. Es muy sencillo. Verás. —Hice una inspiración profunda—. Hace unos años dijimos una mentira. Pensamos que era una mentira pequeña, pero no lo era. A ti no te afecta, porque siempre estás fuera. Viajas todo el tiempo y no tienes que vivir con esto. Pero yo tengo que vivir todos los días con esta mentira, todos y cada uno de los días de mi vida. ¿Por qué tuve que terminar algo que era perfecto? Me lo preguntan todo el tiempo. Pero yo no busqué que terminara. La verdad es que tú me lo arrebataste, y ya no quise tener nunca más nada perfecto. Quise tener cosas corrientes, cosas que no me importaran demasiado, para no tener que perder nunca más algo que amara de verdad. Ya no puedo vivir con esta mentira. No puedo. Necesito seguir adelante pero, para eso, necesito que tú me ayudes solamente en esto. Podría contarlo yo misma, pero es preciso que lo hagamos los dos. Por favor, Blake, necesito que me ayudes en esto.

Estuvo un buen rato pensando, con la mirada fija en una pila de barriles, la mandíbula apretada y una gran intensidad en los ojos. Después, se agachó, recogió de la hierba su jarra de cerveza y me miró, pero sólo un segundo.

—Lo siento, Lucy, pero no puedo. Tendrás que seguir adelante a partir de ahí, ¿de acuerdo?

Me dejó y desapareció en el agujero negro del *pub*, tragado por las canciones, los gritos y los aplausos.

Yo me derrumbé, exhausta, en el montículo de hierba donde habíamos estado juntos unos momentos antes, y repasé mentalmente varias veces toda la conversación. No se me ocurrió nada que hubiese podido decir de otra manera. Había oscurecido y a mi alrededor se extendía la penumbra de una noche de verano, cuando las formas y las sombras son como amenazas de cosas más siniestras. Me estremecí. Oí pasos a la vuelta de la esquina, procedentes de la animación de la terraza. Entonces apareció mi vida, que se detuvo al verme sola. Se detuvo y apoyó un hombro contra la pared.

Lo miré, con cara de tristeza.

—Hay una persona que se marcha dentro de cinco minutos. Si quieres, podemos pedirle que nos lleve al hostel.

—¿Qué? ¿Y no quedarnos hasta el final? ¿Crees que no he prestado atención a tus enseñanzas?

Me dedicó una pequeña sonrisa, como para felicitarme por el esfuerzo.

—Jenna se marcha a su casita. Está pensando en mudarse.

—¿De la casita? Me alegro por ella.

—No. De Irlanda. Vuelve a Australia.

—¿Por qué?

—Creo que las cosas no le han salido como esperaba —me respondió, con una mirada cargada de intención.

—Bien. Estaré lista dentro de cinco minutos.

Se acercó a mí y gruñó como un anciano, mientras se agachaba para sentarse en la hierba. Entrechocó su botellín con mi vaso.

—*Sláinte* —me dijo, «¡Salud!», y levantó la cabeza para mirar las estrellas.

Guardamos silencio un momento, mientras las palabras de Blake aún resonaban en mi cabeza. No tenía sentido ir a buscarlo al interior del *pub* para un segundo asalto. Sabía que no era posible hacerle cambiar de idea. Miré a la vida. Noté que sonreía, mientras contemplaba las estrellas.

—¿Qué?

—Nada —contestó, sonriendo todavía más.

—Vamos, dímelo.

—No, no es nada —dijo, tratando de reprimir la sonrisa.

Le di un codazo en las costillas.

—¡Ay! —Se dobló sobre el estómago y se sentó a mi lado—. Solamente me estaba acordando de que ha puesto su foto en la tarjeta de visita —dijo, con una risa cada vez más franca.

Al principio, me molestó, pero cuanto más se reía, más ganas tenía yo de reírme con él, y al final me dejé llevar por la situación.

—Sí —dije yo por fin, recuperando el aliento—. Es un poco triste, ¿verdad?

Su respuesta fue un ronquido, una especie de ronquido de cerdo, que nos provocó otro ataque de carcajadas.

Mi vida se había acomodado en la parte trasera del *jeep*, lo que me obligó a sentarme al lado de Jenna. Parecía apagada. No conservaba ni rastro de la sonrisa enorme con la que nos había recibido esa mañana, aunque tampoco fue descortés. No creo que esa chica tuviera un solo gramo de descortesía en todo el cuerpo.

—Ha sido un día muy largo, ¿verdad? —preguntó mi vida, rompiendo el silencio con un comentario que captaba perfectamente el estado de ánimo reinante en el vehículo.

—Sí —dijimos a la vez Jenna y yo, en tono cansado. Nos miramos y, rápidamente, volvimos a desviar la vista.

—¿Qué es eso que he oído en el *pub* acerca de Jeremy y tú? ¿Rumores de romance? —Curioseó mi vida.

Jenna se sonrojó.

—Ah, sí. Hubo una fiesta... No fue nada; bueno, fue algo, pero no fue nada. Él no es... —Hizo una pausa y tragó saliva—. No es lo que yo busco..., así que...

Eso explicaba el cambio de estado en su página de Facebook. Hicimos el resto del trayecto en silencio. Se detuvo en el sendero de nuestro hostel, le agradecemos que nos hubiera llevado hasta allí y nos apeamos. Mientras hacía girar el coche en redondo, nos quedamos para despedirla.

Mi vida me miró, como para que hiciera algo.

—¿Qué?

—Dile algo —me dijo por fin, impaciente.

Suspiré, miré a Jenna, una cosita rubia perdida en un *jeep* enorme, y entonces fui corriendo hasta el vehículo y golpeé el cristal. Ella frenó y bajó la ventanilla. Parecía cansada.

—Me han dicho que piensas volver a tu país.

—Sí, así es. —Desvió la mirada—. Como has dicho, está muy lejos.

Asentí.

—Yo vuelvo a casa mañana.

Levantó la vista, repentinamente ansiosa por saber más.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Qué pena.

Era demasiado amable para decirlo con ironía, pero tampoco lo dijo con mucha convicción.

—No voy a... —Intenté buscar la mejor manera de decirlo—. No voy a volver —dije por fin simplemente.

Ella me observó, tratando de comprender lo que quería decirle. Al final, lo entendió.

—Quería que lo supieras —añadí.

—Sí, claro. —Me sonrió más que antes, visiblemente empeñada en que la sonrisa no le ocupara toda la cara—. Gracias. —Hizo una pausa—. Gracias por hacérmelo

saber.

Me aparté del *jeep*.

—Gracias por traernos.

Me volví hacia el hostel y oí el ruido de los neumáticos sobre la grava. Me di la vuelta otra vez y vi la ventanilla que se cerraba, la sonrisa en la cara de Jenna y el *jeep* que se alejaba por el largo sendero. Hizo una pausa a la salida, señaló el giro a la derecha y volvió por donde habíamos venido.

Durante todo ese tiempo, yo había estado conteniendo el aliento, y en cuanto se marchó, lo solté. El corazón me dio un vuelco una vez más y, por un momento, sentí pánico. Quise llamarla de nuevo, desdecirme de todo lo que le había anunciado, ir a buscar a Blake, recuperarlo y volver a vivir con él como habíamos vivido siempre. Pero entonces me acordé.

La costumbre.

Cuando me desperté, mi vida ya se había vestido y me estaba mirando desde un sillón, lo que me resultó un poco siniestro. Parecía preocupado.

—Tengo malas noticias.

—Estamos aquí reunidos para llorar la pérdida de *Sebastian* —dijo en el desguace, contemplando a mi pobre vehículo, que los del servicio en carretera habían llevado hasta allí.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Desde ayer, pero no quise decírtelo. No me pareció lo correcto.

—¿De verdad es el fin? ¿No podemos hacer que viva un poco más?

—Me temo que no. Ni siquiera un equipo de mecánicos podría revivirlo. Además, te saldrá más a cuenta comprarte un coche nuevo con el dinero que te ahorrarás en repararlo.

—Soy una mujer fiel.

—Lo sé.

Guardamos silencio un momento y después le di a *Sebastian* una palmadita en el techo.

—Gracias por llevarme a todos los sitios a los que quería ir y por traerme de vuelta de todos ellos. Adiós, *Sebastian*. Te has portado muy bien conmigo.

La vida me pasó un puñado de tierra.

Yo lo recogí y lo arrojé sobre el techo de *Sebastian*. Retrocedimos un paso; la grúa bajó la pinza gigantesca y mi fiel amigo fue elevado hacia los cielos.

Acto seguido, fue dejado caer y aplastado.

El claxon de un coche me sacó de mis pensamientos y, al volvernos, vimos a Harry, que asomaba la cabeza por la ventana del todoterreno.

—Nuestro amigo el de los bajos lampiños está que se muere por marcharse. Su madre está al borde de la histeria, porque necesita el coche para ir a un festival de danza irlandesa.

Hice el camino de vuelta callada, lo mismo que Harry, que iba sentado a mi lado y no hacía más que enviar mensajes de texto y releer los mensajes recibidos mientras esperaba las respuestas.

—Harry está enamorado —dijo Annie, burlona.

—Enhorabuena.

Harry se sonrojó, pero sonrió.

—¿Qué ha pasado por fin con tu hombre?

—Nada.

—Ya te dije que la gente cambia mucho en tres años.

No quería que un chico de bachillerato creyera que sabía más que yo acerca de la evolución de la raza humana, de modo que le sonreí y le repliqué en tono condescendiente:

—En realidad, no ha cambiado nada. Estaba exactamente igual.

Arrugó la nariz, aparentemente disgustado al comprobar que la breve aparición de Blake del día anterior era lo normal en él y no el resultado de algún golpe en la cabeza que hubiera recibido en los tres años durante los cuales yo no lo había visto.

—Entonces has cambiado tú —dijo, sin darle mucha importancia, y volvió a concentrarse en su teléfono y en los mensajes de texto para la chica que quería que fuera la madre de sus hijos.

Me quedé todavía más callada que antes. Tenía mucho que pensar. Mi vida no dejaba de parlotear, pero después de recibir unos cuantos monosílabos por respuesta, se dio cuenta de que a mí no me apetecía hablar y me dejó tranquila. Yo había perdido mucho en ese viaje: no sólo el amor que creía tener y mi adorado coche, sino también la esperanza de redimirme. Mi sueño de dejar de vivir en una maraña de mentiras totalmente entretrejida por mí parecía poco realista, o al menos me iba a exigir una lucha más encarnizada de lo que había pensado. Sentía que no tenía nada, o peor aún, que la nada era lo único que tenía. No tenía trabajo, ni coche, ni amor, y mis relaciones con mi familia y mis amigos, y todavía peor, con mi mejor amiga, estaban muy deterioradas. Lo único que conservaba era un apartamento alquilado, con una vecina que probablemente no querría volver a dirigirme la palabra nunca más y un gato al que había dejado solo durante dos noches.

Miré al otro lado. También tenía a mi vida.

Mi vida se inclinó hacia el asiento delantero en cuanto llegamos al centro.

—¿Podéis dejarnos aquí?

—¿Por qué aquí?

Nos habíamos bajado en Bond Street, en el corazón de The Liberties, en Dublín, una de las zonas más históricas y céntricas de la ciudad, donde la mayoría de las calles originales, incluida aquélla en la que nos encontrábamos, aún están empedradas. Detrás de los portones negros de la cercana cervecería Guinness, donde el humo subía hasta el cielo, unos científicos en batas blancas de laboratorio confeccionaban nuestro principal producto de exportación.

—Sígueme —me dijo mi vida, sonriéndome con orgullo.

Yo lo seguí por la calle empedrada, entre viejos muros que se levantaban a nuestros lados y ocultaban fábricas en funcionamiento, naves abandonadas y edificios con las ventanas tapiadas. Entonces, justo cuando empezaba a pensar que me había llevado hasta allí para darme una lección sobre todos los problemas que tenía la gente, quizá la misma gente que había vivido en esa calle y que a pesar de todo había salido adelante (tal vez tapiando las ventanas como medio de curación masiva), y cuando empezaba a creer que escuchar todo eso me haría sentir mejor de alguna

manera, entonces mi vida sacó un manojito de llaves del bolsillo y se dirigió hacia una puerta cualquiera, que se abría en un muro con las ventanas tapiadas.

—¿Qué haces? ¿Qué hay aquí dentro?

Miré a mi alrededor, convencida de que alguien intentaría detenernos.

—Quiero enseñarte una cosa. ¿Adónde crees que iba cada vez que me marchaba?

Fruncí el ceño y de pronto me vino a la mente la imagen de mi vida engañándome con una versión más joven y guapa de mí misma, a la que se habría presentado como su vida, para poder estar a su lado. Me lo imaginé acudiendo con ella a las comidas familiares de los domingos, tratando de averiguar historias de su infancia y actuando como si ya las conociera delante de un padre posesivo y desconfiado. Supuse que se sentiría culpable por hacer creer a aquella mujer equilibrada y razonable que necesitaba una intervención de su vida, y a la vez desgarrado interiormente por lo que me estaba haciendo a mí, agotado por la doble mentira.

Noté que me estaba mirando fijamente.

—Pareces enfadada. ¿En qué piensas?

Me encogí de hombros.

—En nada. ¿Qué es este sitio?

Era una nave reconvertida, una gran espacio abierto con techos altos y paredes de ladrillo visto, polvorientas por unas obras recientes. Entramos en un ascensor y, por un momento, pensé que iba a catapultarnos a través del techo y ascender vertiginosamente por encima de los tejados, mientras mi vida, como un nuevo Willy Wonka, me iría enseñando todo lo que podía ser mío. Pero no sucedió nada de eso. Subimos hasta el séptimo piso y mi vida me condujo por un pasillo hasta una sala cuadrada llena de luz, con un montón de cajas por el suelo y una ventana con vistas a la ciudad: edificios de apartamentos y casas adosadas en primer plano y, a lo lejos, la catedral de San Patricio y los Four Courts, la primera con su tejado y el segundo con su bóveda, ambos de cobre resplandeciente. Más allá, hacia la bahía de Dublín, las grúas se recortaban contra el cielo, junto a las chimeneas a rayas rojas y blancas del Poolbeg, de doscientos metros de altura. Esperé mi lección, pero no llegó.

—Bienvenida a mi nueva oficina —dijo, con expresión radiante.

Parecía tan feliz, tan diferente del hombre que yo había conocido dos semanas antes, que me resultaba difícil creer que fuera la misma persona.

Miré las cajas que ocupaban el suelo. La mayoría seguían cerradas con cinta adhesiva, pero algunas ya estaban medio abiertas y revelaban los archivadores que contenían. Leí los carteles escritos con rotulador negro en el exterior de las cajas: MENTIRAS, 1981-2011; VERDADES, 1981-2011; NOVIOS, 1989-2011; PARIENTES POR EL LADO SILCHESTER; PARIENTES POR EL LADO STEWART... Había una caja rotulada AMIGOS DE LUCY, con varias carpetas correspondientes a diferentes apartados: ESCUELA, BACHILLERATO, UNIVERSIDAD y VARIOS, así como un archivador para cada uno de mis empleos anteriores, aunque no había hecho muchos amigos en ninguno de ellos, ni los había

conservado. Había una caja rotulada VACACIONES, con compartimentos separados para cada viaje realizado, con su fecha respectiva. Me quedé mirando el suelo, mientras las fechas de diferentes momentos tomados al azar iluminaban mi memoria y me devolvían recuerdos que creía perdidos. Aquellas cajas contenían toda mi vida y resumían por escrito todo mi trato con cada una de las personas que había conocido. Mi vida llevaba un registro de todo lo sucedido, y lo analizaba y estudiaba para determinar si el acoso sufrido en el patio del colegio tenía algo que ver con el fracaso de una relación veinte años más tarde o, por el contrario, con un día de éxito en el trabajo, o si una factura que se había quedado sin pagar en Corfú guardaba alguna relación con la cerveza que me habían tirado a la cara en un bar de Dublín (y si lo menciono es porque resultó que tenía muchísimo que ver). Imaginé a ese hombre que era mi vida como una especie de científico, y a su oficina, como un laboratorio donde pasaba el tiempo antes de que yo lo conociera y donde permanecería durante el resto de mis días, analizándome y experimentando nuevas filosofías y teorías que explicaran por qué yo era como era, por qué cometía errores, por qué tomaba buenas decisiones, por qué tenía éxito y por qué fallaba. Mi vida era el trabajo de su vida.

—La señora Morgan opina que debería deshacerme de todo esto y guardarlo en una de esas diminutas memorias USB. Pero no sé, estoy chapado a la antigua. Me gustan mis informes escritos. El papel les confiere carácter.

—¿La señora Morgan? —pregunté, un poco aturdida.

—¿Recuerdas a la señora americana a la que le regalaste la tableta de chocolate? Se ofreció para ayudarme a informatizar mis archivos, pero la agencia no ha querido cubrir los gastos, así que tendré que hacerlo yo sólo en algún momento. ¡Como si no tuviera nada más que hacer! —Me sonrió—. Como probablemente recordarás de nuestra primera entrevista, ya he metido en el ordenador muchas de las cosas más importantes. ¡Ah! Te alegrará saber que tengo uno nuevo —añadió, dando unas palmaditas a un flamante ordenador de sobremesa.

—Pero..., pero..., pero...

—Es una buena observación, Lucy. Yo también la he hecho infinidad de veces. —Sonrió con suavidad—. ¿Sólo ahora se te hace raro todo esto?

—No, pero supongo que acabo de darme cuenta. ¿De verdad soy tu trabajo? ¿Solamente yo?

—¿Quieres saber si en mis ratos libres hago chapuzas en la vida de otras personas? —rió—. No, Lucy. Soy tu compañero de por vida, tu otra mitad o como quieras llamarme. ¿Has oído hablar de esa teoría de la antigüedad, según la cual tiene que haber otra parte de ti en algún sitio? Bueno, esa otra parte soy yo. —Agitó la mano torpemente, como para saludarme—. ¡Hola!

No sé por qué de repente me parecía todo tan extraño, teniendo en cuenta que ya lo había leído todo en aquella revista. Además de explicarnos el programa de su nueva dieta y de sus ejercicios de reafirmación muscular, todo ello en un recuadro independiente ilustrado con fotos de la comida recomendada (gachas de avena,

arándanos, salmón y un trozo de brécol, para los que aún no estuvieran familiarizados con los tipos de alimentos), la estrella entrevistada había expuesto con minucioso detalle el funcionamiento de todo el sistema de la vida. Por eso, yo ya lo sabía y no tenía ninguna razón para sorprenderme. Sin embargo, verlo en acción en un lugar tan corriente como una oficina parecía como si le quitara la magia, y no es que yo creyera en la magia. De hecho, no creía desde que mi tío Harold, a mis cinco años de edad, había declarado con excesivo énfasis que me había robado la nariz, mientras que yo entre sus dedos no veía más que su gordo y amarillento dedo pulgar, que no se parecía en nada a mi nariz. Mi nariz no tenía una uña sucia, ni apestaba a tabaco.

—¿Cómo sabes que soy la persona que te corresponde? —Seguí preguntando—. ¿No habrá ahora mismo un tipo deprimido llamado Bob, sentado en un sofá, comiendo sándwiches de chocolate y preguntándose dónde demonios se habrá metido su vida, que en realidad eres tú, que estás aquí conmigo y todo esto es un gran error...?

—Simplemente, lo sé —dijo él—. ¿No tienes tú la misma sensación?

Lo miré directamente a los ojos y, de inmediato, me ablandé. Lo supe. Como lo había sabido durante cinco años, día tras día, cada vez que miraba a Blake. Había una conexión. Cada vez que miraba a la vida en un lugar lleno de gente, donde nada ni nadie tenía sentido para mí, sabía que estaba pensando exactamente lo mismo que yo. Lo sabía. Sencillamente, lo sabía.

—¿Y qué me dices de tu propia vida?

—Está mejorando mucho desde que nos conocimos.

—¿De verdad?

—Mis amigos no pueden creerse el cambio. Están convencidos de que acabaremos casándonos, por mucho que les insisto en que las cosas no funcionan así.

Se echó a reír y se produjo entonces un momento incómodo, durante el cual tuve la extraña sensación —debo admitirlo— de haber sido rechazada.

Desvié la mirada, porque no quería que notara mis sentimientos confusos, pero acabé mareada, porque la vida pasó literalmente como una exhalación delante de mis ojos. LUCY Y SAMUEL, 1986-1996. Esa carpeta era bastante fina. Mi padre y yo habíamos tenido una relación relativamente normal en esa época, si puede considerarse normal verlo una vez al mes, para la comida del domingo, cada vez que yo volvía a casa desde el internado. Las carpetas de los años siguientes se volvieron más gruesas durante un tiempo (siendo yo tan testaruda como él, a mis quince años empezamos a chocar); pero después, hacia los veinte años, volvieron a ser delgadas (pasaba largos períodos fuera de casa, estudiando en la universidad, lo que a él le parecía muy bien). La carpeta de los últimos tres años era más gruesa que cualquiera de las demás. Había una carpeta para mi relación con cada uno de los miembros de mi familia, pero yo no estaba ni remotamente intrigada por ver su contenido. Lo había vivido, sabía lo que había sucedido y prefería recordarlo con el sesgo y los malentendidos que el tiempo, la edad y la retrospectiva habían ido creando. Mi vida

seguía hablando con orgullo y entusiasmo de sus logros, sin notar en absoluto mi incomodidad.

—De todos modos, pienso conservar todos estos papeles, aunque ya he trasladado su contenido al ordenador. Puede que sea un poco sentimental al respecto. Bueno, ¿qué te parece?

Recorrió una vez más la oficina con la mirada, encantado con lo que había conseguido.

—Me alegro mucho por ti —le sonreí, sintiéndome triste por dentro—. Me hace muy feliz que todo te esté saliendo bien.

Su sonrisa se apagó un poco, cuando notó mi estado de ánimo, pero yo no quería que lo notara. No quería estropear egoístamente su gran momento y convertirlo en otro momento que girara en torno a mí.

—Oh, Lucy.

—No, por favor. Todo está bien. Estoy bien.

Animé la cara y compuse una sonrisa fingida. Yo sabía que se notaba que era falsa y que mis palabras no parecían auténticas, pero era mejor eso que decir la verdad.

—Estoy muy contenta por ti —proseguí—. Has progresado mucho. Pero ahora, si no te importa, voy a tener que irme. Tengo..., hum..., tengo que ir a ver a una chica..., que conocí en el gimnasio y que... —Suspiré. Ya no podía mentir—. No, no es cierto. No tengo que ir a ver a nadie, pero tengo que irme. Simplemente, tengo que irme.

Asintió, un poco decepcionado.

—Lo comprendo.

De pronto, la situación se había vuelto extraña y de lo más incómoda.

—Quizá podrías ir a tomar una copa con Don esta noche, ¿no? —le pregunté, más esperanzada de lo que yo misma habría reconocido, pero entonces a mi vida se le ensombreció la cara.

—No, no creo que sea buena idea.

—¿Por qué no?

—Por lo de anoche.

—Te había invitado a una cerveza y no fuiste. Tampoco es para tanto.

—Lo fue para él —dijo mi vida con mucha seriedad—. Elegiste a Blake, Lucy, y él lo sabe. No fue solamente una cerveza. Fue una decisión que tú tenías que tomar. Lo sabes muy bien.

Tragué saliva.

—Yo no lo veía de esa forma.

Mi vida se encogió de hombros.

—Da lo mismo. Él sí.

—Pero eso no significa que vosotros dos no podáis ser amigos.

—¿No? ¿Por qué demonios iba a querer pasar el tiempo conmigo, cuando lo que

quiere es estar contigo? Con Blake pasaba todo lo contrario: te quería a ti, pero no quería saber nada de tu vida. Y Don sólo puede estar con tu vida, pero contigo no. Resulta irónico, ¿verdad?

—Sí —dije yo, con una débil sonrisa—. Bueno, será mejor que me vaya. Te felicito, de verdad. Me alegro mucho por ti.

No logré ocultar la tristeza y las palabras sonaron huecas, de modo que me marché.

Compré una lata de comida para gatos y un pastel de carne y puré de patatas para calentar en el microondas, en la tienda de la esquina de mi casa. Nada más salir del ascensor, en mi piso, me quedé de piedra y quise volver a meterme. Mi madre estaba delante de mi puerta, apoyada en la pared, como si llevara mucho tiempo esperando. Mi primer impulso, como ya he dicho, fue meterme de nuevo en el ascensor, pero enseguida me di cuenta de que había algún problema y corrí hacia ella.

—Mamá.

Levantó la vista y, en cuanto le vi la cara, me sentí mal.

—¡Mamá! ¿Qué ha pasado?

Se le arrugó la cara y me tendió los brazos. Yo la abracé y la consolé, pensando que sólo necesitaba mi cariño, pero entonces oí un gemido, después otro más y a continuación un sollozo y un hipo, y me di cuenta de que estaba llorando.

—Es por papá, ¿verdad?

Su llanto se volvió todavía más intenso.

—Ha muerto. ¿Ha muerto? —pregunté, presa del pánico.

—¿Muerto? —Dejó de llorar y me miró alarmada—. ¿Por qué lo dices?

—¿Por qué? Por nada. Es sólo una suposición. Estás llorando y tú nunca lloras.

—Oh, no. No ha muerto. —Metió una mano debajo de la manga y sacó un pañuelo que ya estaba mojado—. Pero se ha acabado. Se ha acabado todo.

Empezó a llorar de nuevo.

Aturdida, le pasé un brazo por los hombros y, con la otra mano, me puse a revolver el bolso en busca de las llaves. La hice pasar al apartamento. Olía a limpio, gracias a las alfombras, y me alegré de haberme decidido finalmente a cambiar la bombilla del baño. El *Señor Pan*, que ya había oído nuestras voces, nos estaba esperando ansiosamente junto a la puerta y, en cuanto me vio, se puso a circular entre mis piernas con un entusiasmo que era incapaz de controlar.

—Es absolutamente insoportable —dijo mi madre entre lágrimas, refiriéndose a mi padre.

Sólo cuando entró en el apartamento, me di cuenta de que llevaba un bolso enorme, casi una maleta. Sin mirar a su alrededor, fue directamente a la cocina, se sentó en un taburete y apoyó la cabeza sobre las manos, en la encimera. El *Señor Pan* saltó primero al sofá, después a la encimera y, poco a poco, arrastrándose, se le fue acercando. Sin pensarlo, mi madre se puso a acariciarlo.

—Entonces ¿vuestro matrimonio se ha acabado? —le pregunté, intentando

asimilar al alienígena que se había apoderado del cuerpo de mi madre.

—No, no —dijo ella, con displicencia—. ¡Lo que se ha acabado es nuestra boda!

—Pero ¿vuestro matrimonio sigue adelante?

—¡Claro que sí! —respondió, con los ojos muy abiertos, sorprendida de que se me hubiera ocurrido semejante barbaridad.

—A ver, déjame que me aclare. —Me senté a su lado—. ¿Es tan insoportable que no vas a renovar los votos matrimoniales, pero vas a seguir casada con él?

—Me casé una vez con ese hombre, ¡pero no pienso casarme dos veces con él! —declaró con firmeza, pero enseguida gimió y se derrumbó sobre la encimera. De pronto, volvió a levantar la cabeza—. ¡Lucy! ¡Tienes un gato!

—Sí. Se llama *Señor Pan*.

—*Señor Pan* —sonrió ella—. Hola, guapo. —El gato estaba en la gloria bajo sus caricias—. ¿Cuánto hace que lo tienes?

—Dos años.

—¿Dos años? ¿Y por qué no nos lo habías contado?

Me encogí de hombros, me froté los ojos y murmuré:

—En su momento me pareció normal.

—Oh, cariño, deja que te prepare un té —dijo, intuyendo un problema.

—No, tú siéntate. Ya lo preparo yo. Ponte cómoda en el sofá.

Le echó un vistazo: un armatoste de piel marrón en forma de L, que ocupaba toda la habitación.

—Me acuerdo de este sofá —dijo, y entonces miró a su alrededor y se fijó en el resto del apartamento, como si de pronto hubiera notado que era la primera vez que lo veía. Me preparé para lo peor, pero se volvió hacia mí con una sonrisa.

—¡Qué acogedor! Has hecho muy bien. Tu padre y yo nos perdemos en ese caserón enorme.

—Gracias.

Mientras yo llenaba la tetera, empezó a sonar su teléfono y ella se limitó a apretar con fuerza el bolso para silenciarlo.

—Es él. No se da por vencido.

—¿Sabe dónde estás? —pregunté.

—No, no lo sabe, y no se te ocurra decírselo.

Se dirigió a la ventana, tratando de encontrar la manera de llegar al sofá para sentarse, pero al ver que el armatoste llegaba hasta la pared, volvió sobre sus pasos en busca de otro camino.

—Mamá, ¿me puedes contar qué ha pasado?

Cuando llegó al otro extremo del sofá y se dio cuenta de que tocaba la encimera de la cocina, hizo lo que cualquier persona normal excepto mi madre habría hecho en su situación: levantó una pierna y pasó por encima del respaldo.

—Me casé con una bestia egoísta; eso es lo que ha pasado. Y tú riéte si quieres; ya sé que somos dos vejestorios, pero te aseguro que este vejestorio todavía tiene

mucha vida por delante.

Se acomodó en el sofá, se quitó sus característicos zapatos negros de tacón y recogió las piernas bajo el cuerpo.

—Se ha acabado la leche —dije en tono culpable.

Normalmente, mi madre me servía el té en bandeja de plata, en su mejor porcelana. Era imposible estar a su altura.

—Lo tomaré solo, no importa —dijo, haciéndome un gesto para que le diera la taza.

Pasé por encima del respaldo del sofá con las tazas en la mano y me senté en el otro extremo de la L, con los pies apoyados en la mesita. Nunca nos habíamos sentado así, las dos juntas.

—¿Me vas a contar qué ha pasado?

Suspiró y sopló un poco el té para enfriarlo.

—No ha sido una única cosa, sino muchas, pero su conducta hacia ti fue la gota que colmó el vaso —dijo con firmeza—. ¿Cómo se atreve a hablarle de ese modo a mi hija? ¿Cómo se atreve a hablarle así a tu invitado? No creas que no se lo dije.

—Mamá, él siempre me habla así.

—Como el otro día, no. Así, no. —Me miró directamente a los ojos—. Hasta ese momento, se había limitado a ser el canalla que es. —No pude evitar que se me abriera la boca por el asombro—. Eso lo puedo soportar, pero lo del otro día fue demasiado lejos. La culpa la tiene esta condenada boda. Quería organizarla para unir a la familia y estrechar nuestros vínculos. Quería que él reflexionara un poco acerca de estos treinta y cinco años de matrimonio y que me ayudara a celebrarlos. Pero, en lugar de eso, toda la celebración se ha convertido en una fanfarria ostentosa, con gente que honestamente ni me gusta ni me importa.

Volví a quedarme boquiabierta. Estaba recibiendo una revelación tras otra, y la cabeza de mi madre me intrigaba mucho más que el estado de un matrimonio que no me importaba demasiado. Eran adultos; resultaba absurdo pensar que su vida hubiera sido un lecho de rosas durante los últimos treinta y cinco años.

—¡Y su madre! —Se llevó las manos al cabello para imitar la forma que tenía mi abuela de arreglárselo—. Esa mujer es peor ahora que cuando nos casamos. Siempre tiene que dar su opinión sobre cada pequeño detalle, y si he de serte franca, a mí su opinión me importa una mierda.

—¿Una mierda?

—¡De verdad, Lucy! ¡Es tan ofensiva y tú eres tan divertida cuando te metes con ella! —Se inclinó hacia adelante y me apoyó una mano en la rodilla—. Ojalá se me ocurrieran las cosas que le dices tú. —Rió entre dientes—. ¿Qué fue lo que le dijiste sobre la lactancia materna? ¡Dios! ¡Fue lo mejor que he oído en años! ¡Abrió tanto la boca que creí que se le iba a caer la dentadura! —Pero entonces volvió a ponerse seria—. Después de mi boda, dije que nunca más volvería a organizar nada. Tu abuela metió las pezuñas en todos los aspectos de la ceremonia, igual que hizo mi

madre. Pero yo quería que esta segunda boda fuera mía, toda mía. Un bonito recuerdo que compartir con mis hijos. —Me miró con suavidad y volvió a cogerme la mano—. ¡Mi querida niña! Perdóname, Lucy, por descargar todo esto sobre ti.

—No, por favor. Sigue descargando. Lo estoy pasando genial.

Pareció sorprendida.

—No me puedo creer lo que estás diciendo —le expliqué—. ¡Siempre se te ve tan compuesta y controlada!

—Ya lo sé. —Se mordió el labio y puso cara de culpa—. Ya lo sé —susurró, casi con temor, y apoyó la cabeza sobre las manos. Después, se irguió en su asiento y dijo con firmeza—: Ya lo sé. Y lo que necesito a partir de ahora es ser alguien completamente diferente a la persona que siempre he sido. Durante toda mi vida me he comportado de la misma forma. ¡Ojalá fuera un poco más como tú, Lucy!

—¿Lo dices de verdad?

—¡Tienes tanta energía! —Dio un puñetazo en el aire—. Sabes lo que quieres y no te importa lo que digan o piensen los demás. Siempre has sido así, incluso de pequeña, y yo necesito ser un poco más como tú. Nunca he sabido qué quería ser. Ahora tampoco lo sé. Solamente sabía que tenía que casarme y tener hijos, como habían hecho mi madre y mis hermanas. Y yo también quería hacer lo mismo. Entonces conocí a tu padre, me casé con él y fui su mujer. Después, tuve hijos. —Volvió a tenderme la mano, probablemente para que no me ofendiera por lo que estaba diciendo—. Y entonces fui madre. Al final, fui eso: esposa y madre. Pero no sé si servía o sirvo para algo. Ahora los chicos y tú habéis crecido; ya sois mayores. ¿Y qué soy yo ahora?

—Yo siempre te necesitaré —protesté.

—Es muy bonito lo que dices —replicó ella, acariciándome con afecto la mejilla—. Pero no es cierto —añadió, apartándose.

—Y ahora también eres una abuela maravillosa.

Levantó la vista al cielo y volvió a poner cara de culpa.

—Sí, claro, y es muy hermoso, créeme. Pero todo lo que soy o lo que hago es para otros. Soy la abuela de Jackson, de Luke y de Jemima; soy tu madre y la de Riley y de Philip; soy la mujer de Samuel. Pero ¿quién soy yo? Algunas personas saben desde siempre para qué sirven. Mi amiga Ann siempre ha sabido que quería enseñar, y es lo que ha hecho. Se fue a vivir a España, conoció a un hombre y ahora los dos beben vino, comen embutidos, contemplan la puesta de sol todos los días y trabajan de profesores. —Suspiró—. Yo nunca he sabido qué quería hacer, ni para qué servía. Todavía no lo sé.

—No digas eso. Eres una madre maravillosa.

Sonrió tristemente.

—No te ofendas, cielo, pero quiero ser algo más.

Entonces asintió, como expresando su acuerdo con algo que estaba pensando.

—Ahora estás enfadada —dije con suavidad—. Es comprensible. Yo no podría

pasar tres minutos seguidos con papá y mucho menos treinta y cinco años. Pero tal vez vuelvas a entusiasmarte con la ceremonia cuando hayas tenido tiempo de serenarte.

—No —respondió con firmeza—. Está cancelada. Lo digo de verdad.

—¡Pero sólo falta un mes! Ya se han enviado las invitaciones. Todo está programado y reservado.

—Y todo se puede cancelar. Hay tiempo de sobra. Algunas cosas tendrán un pequeño coste. Los vestidos nunca están de más y a los chicos les vendrán bien unos trajes bien cortados. Eso no me preocupa. Escribiré un mensaje personal a todos los invitados para que sepan que se ha cancelado. No pienso casarme con tu padre por segunda vez. Con una he tenido más que suficiente. Toda mi vida he hecho lo que la gente esperaba de mí. He sido responsable, consciente de mis deberes y correcta en todo momento y en todas las ocasiones, pero para celebrar mi vida (mis treinta y cinco años de matrimonio y mis tres hijos maravillosos) no necesito una ceremonia en una sala del ayuntamiento, llena de toda la gente del mundillo de los tribunales. No es lo apropiado. No representa lo que yo he conseguido en mi vida, sino únicamente lo que ha logrado tu padre en su profesión.

—¿Qué te gustaría hacer entonces?

Me miró sorprendida, pero no respondió.

—¿No lo sabes?

—No es eso. Es que nunca nadie me lo había preguntado.

—Siento no haberte ayudado. He sido muy egoísta.

—No, en absoluto. Has estado inmersa en una aventura emocionante con tu vida. Eso es importante, créeme —dijo con nostalgia—. A propósito, ¿cómo te está yendo?

—Oh —suspiré—. No lo sé.

Me miró, esperando que le contara algo más, y después de lo que había dicho acerca de no considerarse una buena madre, no pude contenerme.

—Perdí el empleo, mi coche fue al desguace, le he hecho daño a un chico muy simpático con el que tuve una aventurilla pasajera, Melanie no me habla, ni tampoco el resto de mis amigos, mi vecina piensa que soy una mala persona, fui a Wexford para decirle a Blake que lo amaba y que quería volver con él, pero cuando llegué me di cuenta de que no era así, y ahora mi vida piensa seguir adelante, pero sin mí. Ahí tienes un resumen rápido de mi situación.

Mi madre se llevó a los labios sus dedos delicados, mientras se le crispaban las comisuras de la boca. Dejó escapar un gritito agudo y, después, estalló en carcajadas.

—¡Lucy! ¡Cómo eres!

Siguió riendo, sin poder parar.

—Me alegro de que mi vida te divierta —dije sonriendo, viendo cómo caía de espaldas en el sofá, presa de un ataque de risa.

Mi madre insistió en pasar la noche conmigo, en parte por la inminencia de mi cumpleaños, pero sobre todo porque no quería molestar a Riley y a su novio, por mucho que yo le asegurara que no era gay. Mientras se duchaba, escondí al *Señor Pan* en un bolso de grandes dimensiones y lo llevé al parque de enfrente. Se suponía que el aire fresco nos haría bien, por lo que recé para que se levantara una brisa que se llevara todos los malos pensamientos de mi cabeza. Mi vecina, Claire, estaba sentada en un banco, en el parque infantil, con el cochecito al lado.

—¿Puedo sentarme contigo?

Asintió y me senté a su lado, con el *Señor Pan* sobre las rodillas. Claire lo miró.

—Lo siento. Pensé que pretendías...

—Ya lo sé —la interrumpí—. No importa.

El *Señor Pan* empezó a retorcerse y entonces lo solté para que se moviera a su gusto.

Nos quedamos sentadas en silencio.

—Le encantan los columpios —dijo ella por fin, mirando en esa dirección—. Nunca lo he oído reírse tanto como cuando se columpia.

—A mí también me encantaban los columpios —repliqué, y volvimos a guardar silencio.

—¿Cómo está?

—¿Perdona? —dijo ella, saliendo de su trance.

—Conor. Ayer dijiste que estaba enfermo. ¿Cómo sigue?

—No ha mejorado —respondió, con expresión distante.

—¿Lo has llevado al médico?

—No.

—Quizá deberías.

—¿Tú crees?

—Si no está bien de salud...

—Es sólo que... Detesto a los médicos. Los hospitales son todavía más odiosos, pero como mi madre está enferma, tengo que ir. No he vuelto a visitarla desde...

Dejó morir la frase, como si de pronto se sintiera confusa. Pasaron unos minutos antes de que volviera a hablar:

—Mi madre está mejor.

—Me alegro.

—Sí —sonrió ella—. Es curioso que tenga que pasar por todo esto para que volvamos a estar unidas.

—El otro día, en mi casa... ¿Era tu marido?

Asintió.

—No estamos juntos, pero...

—Nunca se sabe —dije yo, terminando la frase por ella.

Asintió.

—En realidad, no está enfermo.

—¿Tu marido?

—No, Conor. No está enfermo. Es sólo que está distinto.

—¿En qué sentido?

—Está más callado. —Se volvió hacia mí, con cara de preocupación y los ojos llenos de lágrimas—. Está mucho más callado. Ya no lo oigo tanto como antes.

Volvíamos la vista hacia el columpio inmóvil y yo pensé en Blake y en los sonidos de nuestros recuerdos, que se estaban volviendo cada vez más silenciosos, y en mis sentimientos hacia él, que cada vez me parecían más alejados de mi corazón.

—Quizá eso no sea tan malo, Claire.

—Le encantaban los columpios —dijo una vez más.

—Sí —repliqué yo, notando que había hablado en pasado—. A mí también me encantaban.

—Mamá, ¿estás despierta?

Eran las doce de la noche. Mi madre estaba acostada en mi cama y yo, en el sofá, completamente despierta.

—Sí, cariño —replicó ella al instante, también totalmente despierta.

Encendió la lámpara de la mesita de noche y las dos nos sentamos.

—¿Por qué no haces una fiesta en el jardín? Puedes invitar a los amigos más cercanos y a la familia, y conservar las flores que has encargado y el servicio de *catering* que has reservado.

Se lo pensó un momento y entonces aplaudió y me miró con expresión radiante.

—¡Lucy, es una idea maravillosa! —Pero enseguida se le borró la sonrisa—. El problema es que tendría que casarme de nuevo con tu padre.

—Buena observación. En eso no puedo ayudarte.

Apagó la luz y nos quedamos un rato en silencio, mientras le dábamos mil vueltas al asunto en la cabeza. Cogí mi teléfono, que estaba sobre la mesa baja, junto al sofá, y me puse a mirar fijamente la pantalla, que aún seguía dominada por los ojos de Don. No podía dejar de pensar en él. Habría querido llamarlo para pedirle disculpas, pero no se me ocurría qué decir. Lo había tratado con muy poco respeto. Había preferido claramente a Blake antes que a él y, como una cobarde, había dejado que mi vida se ocupara de decírselo. Volví a dejar el teléfono sobre la mesa, pero como si me hubiera leído el pensamiento, mi madre me preguntó de pronto:

—¿Qué ha sido de tu novio?

—¿Blake?

—No, Blake no. El chico que vino a cenar el lunes.

—Ah, Don. No era exactamente mi novio.

—¿No? ¡Teníais tanta química! Y me encantó cómo te defendió delante de tu padre. ¿No te pareció fenomenal?

—Sí —dije yo, sin mucho convencimiento, y enseguida añadí—: ¿Qué quieres decir con eso de que teníamos química?

—La manera de miraros. Era como si los dos estuvierais hechizados.

Me dio un vuelco el corazón.

—Tu padre y yo solíamos estar igual que vosotros, o al menos eso nos decía la gente. Nos conocimos en una de las fiestas de mi padre, ¿sabes? Yo aún estaba estudiando y tu padre estaba haciendo prácticas con el mío.

—Ya lo sé. Me has contado esa historia.

—Sí, pero nunca te conté cómo me abordó.

—¿Papá te abordó?

—¡Claro! Yo había ido a la fiesta con una amiga, pero en ese momento ella había

ido al lavabo y yo estaba sola. Entonces, aquel joven con bigote, de aspecto serio y austero, se me acercó. Tenía un vaso de agua en la mano y me dijo: «¿Estás sola? ¿Quieres que te haga compañía?».

—¿Ésa era la frase que usaba papá para ligar? —dije con ironía.

—Sí —respondió ella riendo—. Pero funcionó, porque en cuanto se sentó a mi lado, ya no volví a estar sola en toda la noche.

Tragué saliva y se me llenaron los ojos de lágrimas. Me di la vuelta en el sofá, volví a coger el teléfono para mirar los ojos de Don y de inmediato supe lo que tenía que hacer. Había llegado el momento de contar algunas verdades.

Al día siguiente, mi vida llegó más tarde que de costumbre. Entró con su propia llave, a la hora de comer, perdido detrás de un atado de globos multicolores con la leyenda FELIZ CUMPLEAÑOS.

—¿Qué demonios está pasando en este edificio? Huele como si... ¡Oh, Dios mío! —exclamó, mirando a su alrededor.

Yo no dejé de hacer lo que estaba haciendo, que era amasar. Tenía los brazos cansados y el sudor me perlaba la frente, pero nunca había tenido las ideas tan claras. Todo en mi vida me resultaba de una claridad cristalina. Sabía lo que tenía que hacer. Cuanto más amasaba, más claramente veía mi destino.

—¿Estás sufriendo una crisis nerviosa? —me preguntó mi vida, con fingida preocupación—. Porque si se trata de eso, tendré que volver a la oficina y ponerme a rellenar un montón de formularios. ¡Y justo ahora que había terminado de archivar todas tus crisis nerviosas! ¡Típico de ti! —resopló.

—Al contrario. Estoy en plena iluminación —respondí, aún ocupada con la masa.

—¿Has vuelto a leer libros? Ya te he dicho que no leas libros. Te dan ideas.

Seguí amasando, sin responderle.

—Bueno, ¡felices treinta años! —Me plantó un beso en la coronilla—. Te he comprado globos, pero mi verdadero regalo ha sido dejarte la mañana libre, sin mí. Eso no tiene precio.

—Gracias. —Contemplé brevemente los globos, con admiración, y volví a mi trabajo.

—¿Has hecho la más mínima pausa, especie de loca? —me preguntó, mientras apartaba una bandeja de magdalenas y las ponía en el suelo para sentarse junto a la encimera.

Por fin hice un alto para contemplar la escena a mi alrededor y me di cuenta de que él tenía razón. Todas las superficies disponibles del apartamento estaban cubiertas de pasteles y pastelitos.

Sobre la placa, hervía más fruta en un cazo: ruibarbo y manzanas. Había hecho magdalenas de arándanos, tarta de manzana y bizcocho de caramelo y nueces pecanas. Después de pasar la noche enviando mensajes de texto para que se corriera

la voz, había ido al supermercado a primera hora de la mañana en busca de comida para mi madre. Hacía años que no pisaba un supermercado de verdad, y no la tienda abierta las veinticuatro horas donde compraba mis cenas de microondas para una sola persona desde hacía dos años. Una vez allí, me había sentido directamente atraída por la sección de productos para hornear y se me había despertado la mente, como en una explosión de ideas. Pero no eran sólo pensamientos, porque siempre estaba pensando, sino auténticas decisiones. Había decidido hacer pastel de chocolate para mi cumpleaños; pero en cuanto empecé, no pude parar. Era como si preparar pasteles y bizcochos fuera suficiente terapia para mí. Todo se me estaba aclarando en la cabeza.

—Cuanto más amaso, más me doy cuenta de lo que necesito —le conté a mi vida, mientras trabajaba enérgicamente con la pasta—. Necesito amasar —añadí riendo.

Me miró divertido.

—Pero también necesito hablar con mis amigos, necesito hablar con Don, necesito encontrar un trabajo, un trabajo de verdad, que me guste y para el que esté cualificada, y finalmente, necesito seguir adelante con mi vida.

Empujé hacia él un pastel de manzanas y arándanos, y después miré mi móvil. Todos habían contestado mi mensaje, excepto Don.

—¡Vaya! Decir que has tenido una iluminación es decir poco. Entonces ¿estás lista para cambiar?

—«Lista» es mi segundo nombre —contesté, mientras seguía amasando como si ésa fuera mi única misión en la vida.

—En realidad, tu segundo nombre es Caroline, pero te entiendo.

Mi vida apoyó la barbilla en la mano y se me quedó mirando, como si todo le diera mucha pereza, aunque yo notaba que se le había contagiado el entusiasmo. Yo había cambiado y las cosas por fin empezaban a moverse.

—Ayer a medianoche recibí tu SMS.

—Me alegro —dije yo, levantando la pasta de la encimera, para depositarla sobre una bandeja de horno y estirla hasta que adquiriera la forma del molde.

—Deduzco que has enviado un mensaje similar a todos tus amigos.

—Así es.

—¿Sabían que era tu cumpleaños? ¿Por qué no planearon algo para ti?

—Querían planear algo hace meses, pero yo les dije que no hicieran nada. Les dije que estaría con mi madre en París.

—¿Vendrán todos a la cena de cumpleaños para oír el anuncio sorpresa?

—Sí. De momento, todos menos Don.

—¿Y vas a contarme qué es lo que piensas anunciar?

—No.

No pareció importarle.

—Entonces ¿qué vas a hacer con todos estos pasteles?

—Les puedo regalar algunos a los vecinos.

Guardó silencio un momento y después dijo:

—Viste aquella película anoche, ¿verdad?

—¿Qué película? —pregunté, tratando de parecer desconcertada.

—¡Lucy! —Perdió la paciencia y se levantó del taburete—. ¿Qué vas a hacer? ¿Abrir una pastelería para vender *cupcakes*, como la chica de la película?

Me sonrojé.

—¿Por qué no? A ella le funcionó.

—¡Porque era una película! En las películas, la gente toma decisiones trascendentes en montajes de veintidós segundos. Esto es tu vida, Lucy. No tienes la más remota idea de cómo se monta un negocio, no tienes dinero, no sabes nada de contabilidad y ningún banco te daría el crédito que necesitas. Solamente sabes que te gusta menear el culo mientras decoras tus pastelitos con glaseado rosa.

—Has dicho culo —repliqué, enfurruñada igual que una niña pequeña.

Mi vida puso cara de cansancio.

—Bueno, quizá pueda venderlos esta tarde en el mercadillo del canal —dije al cabo de un momento, como si se me acabara de ocurrir, aunque en realidad llevaba todo el tiempo con esa idea en un segundo plano de la mente, mientras me dejaba impulsar por la emoción de saber con claridad lo que tenía que hacer.

Estaba buscando activamente una solución. Estaba creando un puesto de trabajo para mí, cuando no tenía ninguno. ¿No era lo que todo el mundo decía que había que hacer? Mi vida tenía que enorgullecerse de mí.

—¡Gran idea! —Lo dijo sonriendo y de inmediato detecté el sarcasmo—. ¿Has contratado un seguro? ¿Te has inscrito en el registro de empresas de alimentación? ¿Cumples con las normas sanitarias? —Miró el apartamento a su alrededor—. Hum. No estoy seguro. ¿Tienes puesto de venta? ¿Has contratado un espacio para exponer tu mercancía?

—No —dije en voz baja.

Abrió su mochila y arrojó un periódico sobre la encimera.

—Sé realista. Lee esto.

Estaba abierto por la página de ofertas de trabajo, pero sólo pude fijarme en que una de las esquinas había aterrizado sobre crema pastelera. Después, mi vida metió un dedo en el cuenco del glaseado, se lo chupó y se le iluminó la cara.

—Mmm. Quizá deberías abrir una pastelería, después de todo.

—¿Lo dices en serio? —pregunté, súbitamente esperanzada.

—No —me dijo con una mueca—. Pero me llevo esto.

Cogió una bandeja de *cupcakes* y se la llevó al sofá.

Sonreí.

—A propósito, ¿te ha llamado Don?

—No, lo siento —dijo con suavidad.

—No importa. No es culpa tuya —repliqué, y volví a mi trabajo.

Mi vida se estaba atiborrando de *cupcakes* y comentando a gritos el programa de Jeremy Kyle, cuando llamaron a la puerta. Abrí y la cerré de inmediato de un golpe.

Mi vida silenció el televisor y me miró con expresión de alarma.

—¿Qué pasa?

Presa del pánico, intenté señalarle la puerta y decirle con mímica la palabra «casero». Pero él no me entendió, así que me puse a perseguir por el apartamento al *Señor Pan*, que reaccionó como si fuera un juego, mientras los golpes de mi casero en la puerta se volvían atronadores. Al final, atrapé al gato y lo metí en el baño. Mi vida me miraba, con un *cupcake* detenido a medio camino de la boca abierta.

—¿Yo soy el siguiente? Si quieres que os deje solos, no tienes más que decirlo.

—No —repliqué en tono cortante.

Le abrí la puerta a mi casero, que para entonces tenía la cara roja de ira.

—Charlie —le sonreí—. Perdona que haya tardado tanto en abrirte. Tenía algunas cosas aquí en medio. Cosas privadas femeninas, de naturaleza personal.

La desconfianza le hizo entrecerrar los ojos.

—¿Puedo pasar?

—¿Por qué?

—El apartamento es mío.

—Sí, pero no puedes irrumpir sin previo aviso. Yo vivo aquí. Tengo derechos.

—Me han dicho que tienes un gato.

—¿Un gato? ¿Yo? ¡Pero si soy completamente alérgica a los gatos! ¡Se me ponen los brazos llenos de ronchas, y los odio! Quiero decir que odio a los gatos; a mis brazos, no. A mis brazos llevo años trabajándolos con mucho cariño.

Le enseñé los músculos.

—Lucy —dijo, en tono de advertencia.

—¿Qué?

—Déjame pasar para que eche un vistazo.

Dudé un momento, y después, lentamente, abrí un poco más la puerta.

—De acuerdo, pero no puedes entrar en el cuarto de baño.

—¿Por qué no?

Entró en el apartamento y miró a su alrededor, como si fuera el hombre del saco.

—Su madre tiene diarrea —intervino mi vida, arrodillándose en el sofá—. No le gustaría mucho que entraras por la fuerza.

—No voy a entrar por la fuerza. Soy el casero. ¿Tú quién eres?

—No soy un gato. Soy su vida.

Charlie lo miró, dubitativo.

Por fortuna, el aroma de los pasteles había sustituido por completo al olor del gato, que yo nunca notaba porque estaba acostumbrada, pero que el hombre del saco habría percibido al instante. Entonces recordé la cama del *Señor Pan* y la bandeja de la arena.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Charlie, mientras observaba la profusión de pasteles que ocupaba todas las superficies.

—Nada. Estoy preparando unos pasteles. ¿Quieres probar uno?

Lo conduje hasta el punto más alejado de la habitación donde podía quedar de espaldas a mí, y le di un tenedor. Entonces, corrí a empujar la cama del *Señor Pan*, de una patada, debajo de la mía. Charlie se volvió justo cuando lo había conseguido. Entrecerró los ojos con suspicacia y me apuntó con el tenedor.

—¿Estás tramando algo?

—¿Cómo qué?

—¿Tienes licencia para esto?

—¿Necesito una licencia para preparar pasteles en casa?

—Aquí hay una cantidad impresionante de comida. ¿Quién se va a comer todo esto?

—Tiene pensado abrir una pastelería para vender *cupcakes* —dijo mi vida.

Los ojos de Charlie se estrecharon aún más.

—Vi eso mismo en una película, ayer por la noche. Pero era en Nueva York. Aquí no daría resultado. Y si el tipo de verdad quería volver con la chica, debería haber vuelto con ella antes de que tuviera tanto éxito, en lugar de irrumpir en la pastelería delante de todos los clientes. Me parecieron muy sospechosos sus motivos.

—¿En serio? —Me senté en el respaldo del sofá, feliz de que hubiera abierto el debate—. A mí me parecieron hechos el uno para el otro, y la coincidencia de que el amigo de ella y la amiga de él acabaran entendiéndose realmente demuestra que...

El *Señor Pan* empezó a maullar en el baño. En ese preciso instante, mi madre entró por la puerta abierta y yo supe que estaba totalmente perdida.

—¿Qué es ese olor tan fabuloso? ¡Lucy, qué maravilla! Si al final decido casarme con el impresentable de tu padre, ¿querrás hacerme el pastel? ¿No sería espléndido?

Entonces vio a Charlie y, creyendo que había accedido a mi mundo de secretos y amigos personales, le tendió la mano.

—Hola, soy la madre de Lucy. Encantada de conocerte.

Charlie me miró con interés.

—¿Quién está ahí dentro?

Mi madre retiró la mano, como si se la hubieran pinchado.

—¿Dónde?

—En el baño.

—Oh... Ahí está...

No pude mentir delante de mi vida, porque para entonces le debía al menos tres verdades. Pero no fue preciso que pensara nada, porque el *Señor Pan* volvió a maullar y esta vez fue un maullido claro y perfectamente audible.

—¡Es el *Señor Pan*! —dijo mi madre, atónita—. ¿Cómo se habrá metido ahí dentro?

—Un amigo de la familia —explicó mi vida en tono casual, antes de darle otro bocado a su *cupcake*.

—Así es —convino mi madre—. ¡Mirad lo que le he comprado! —Se puso a buscar entre las bolsas de las tiendas y nos enseñó un tutú rosa—. No sé por qué, pero

me parece que tiene una inclinación femenina. ¡Siempre está sentado encima de tus zapatos!

—Un amigo muy pequeño —añadió mi vida.

—O sea ¿qué tienes un gato? —dijo Charlie, mientras se disponía a engullir más pastel.

—¡Oh! —exclamó mi madre, que de pronto comprendió lo que había hecho.

Reconocí mi derrota.

—Tendrás que deshacerte de él, Lucy —dijo Charlie—. No se admiten mascotas en este edificio, ya lo sabes. He tenido quejas al respecto.

—No puedo deshacerme de él —gemí—. Es mi amigo.

—No me importa lo que sea para ti. Es un gato. Deshazte de él o vete a otra casa. Encantado de haberla conocido, señora Silchester, y también... —Miró a mi vida y después a mí—. También a ti. —Me dedicó una última mirada de advertencia—. Volveré para comprobar que todo esté en orden —añadió, y se marchó.

—¡Vaya cumpleaños! —dije yo tristemente.

Mi madre me miró con expresión contrita. Yo abrí la puerta del baño y dejé salir por fin al *Señor Pan*, que nos miró las caras, una por una, y se dio cuenta de que había sucedido algo malo.

—Me he quedado sin trabajo, sin novio, sin amigos y sin un lugar donde vivir. Realmente, has hecho maravillas conmigo —le dije a mi vida.

—No te quejes. Te he despejado un poco el panorama —replicó él y se dispuso a seguir viendo el programa de Jeremy Kyle—. Les habla como si fueran imbéciles. Yo debería hacer como él —comentó.

—No hace falta que te marches de este apartamento tan bonito —dijo mi madre—. Yo me quedaré al *Señor Pan*. Me encantará tenerlo en casa. ¡Imagina todo el espacio que tendría!

—Pero yo lo echaría de menos.

Lo cogí y me puse a acariciarlo, pero él saltó de mis brazos, disgustado por el gesto cariñoso.

—¡Una razón más para venir a visitarme! —dijo mi madre alegremente.

—No vas a convencerla, Sheila —intervino mi vida—. ¿Cómo vas a abandonar todo esto? —me preguntó.

—Me encanta mi apartamento —dije—. Durante dos años y siete meses conseguí mantenerte en secreto, *Señor Pan*.

Mi madre pareció sentirse todavía más culpable.

—Evidentemente, hoy es el día de dejar atrás todos los secretos —dijo mi vida, que por una vez se puso serio.

Mi madre aplaudió entusiasmada.

—¡Vamos a vestirnos! —exclamó.

Mientras mi madre, por pudor, se vestía en el cuarto de baño, yo me desnudé delante de mi vida.

—¿Qué vas a ponerte? —preguntó él.

Inspeccioné la barra de la cortina.

—¿Ése?

Arrugó la nariz.

—¿El rosa?

Negó con la cabeza.

—¿El negro?

—Pruébatelo. —Se encogió de hombros.

Me subí en ropa interior al reborde de la ventana y me estiré para llegar hasta la percha.

—¿Qué se siente al cumplir treinta años?

—Lo mismo que ayer, cuando tenía veintinueve.

—No es cierto.

—No, no es cierto —convine—. Anoche tuve una epifanía, que alimenté esta mañana, en el supermercado. Debería ir más a menudo, ¿sabes? Mientras miraba las uvas pasas supe exactamente lo que tenía que hacer. Pero no fue por los treinta años.

—No, solamente fue la magia del supermercado.

—Tal vez sea la disposición de las cosas: tan estructurada, tan decisiva, tan práctica. Con las frutas por aquí y las verduras por allá. Con los helados, que están fríos, expuestos en el congelador, con las otras cosas que también están...

—Lucy —me interrumpió mi vida.

—¿Sí?

—Ese vestido te hace gorda.

—Ah.

Me lo quité por la cabeza.

Él estaba tumbado en la cama, con un elegante traje de verano, apoyado en mis almohadas, con los brazos detrás de la cabeza.

Me probé otro vestido.

—Tu madre parece muy entusiasmada por lo de esta noche.

—Ya lo sé —dije frunciendo el ceño—. Cree que voy a anunciar que he ganado una medalla olímpica o algo así. Me parece que no ha entendido muy bien el tipo de revelación que voy a hacer.

—¿Qué le has dicho?

—Lo mismo que a los demás.

—¿Que querías invitar a todo el mundo «a una celebración de la verdad»? —dijo él, leyendo con solemnidad el mensaje de texto que le había mandado a su móvil—. Y también esto: «P. D. Si estáis pensando en hacerme un regalo, dadme simplemente

el dinero. Besos, Lucy». —Arqueó una ceja—. Encantador.

—Bueno, no tenía sentido andarse con rodeos, ¿no? Necesito dinero.

—¡Sí que has cambiado! Por cierto, se te ven los pezones —comentó.

—Lo creas o no, a algunos hombres les gusta que se me vean los pezones —repliqué, pero le hice caso y me quité el vestido.

—A mí no.

—Porque eres gay —dije, y los dos nos echamos a reír.

—Hablando de gays, ¿qué crees que pensará Blake de esta pequeña reunión?

—Cuando se entere, va a fastidiarle mucho —contesté, enredada en otro vestido y luchando para ponérmelo.

Finalmente, con la cabeza atrapada dentro, conseguí abrir la cremallera y el vestido me cayó por el cuerpo. Tenía el pelo hecho una maraña de electricidad estática y habría tenido que dislocarme los hombros para subirme la cremallera hasta arriba.

—Deja que te ayude —dijo mi vida, levantándose por fin de la cama.

Me subió la cremallera, me alisó el pelo, me arregló la parte de delante del vestido y contempló el efecto general. Supuse que iba a recomendarme que invirtiera en una de las operaciones de cirugía estética de Philip o algo similar.

—Estás preciosa —me dijo, de una manera que me hizo sonreír—. ¡Vamos! —añadió, dándome una palmada en el trasero—. La verdad os hará libres.

Por primera vez en dos años, once meses y veintitrés días, fui la primera en sentarme a la mesa de The Wine Bistro. Mi vida se sentó a mi lado. Al otro lado, dejé un asiento libre, porque todavía me quedaban esperanzas. Sólo esperanzas. Mi madre se sentó al lado del asiento libre. Riley fue el siguiente en llegar, trayendo para mí un ramillete de flores, un felpudo, un recipiente con ensalada de tres legumbres y un sobre. Su gesto me hizo reír, pero pasé directamente al sobre y ni siquiera me detuve a leer la tarjeta, antes de vaciarlo y contar doscientos euros en cuatro billetes de cincuenta. Grité de alegría. Mi vida me miró con desaprobación.

—¡Qué falta de delicadeza!

—¿Y qué? Estoy en la ruina. No tengo orgullo.

Riley le hizo una profunda reverencia a mi vida y le besó la mano.

—¡Mamá! No sabía que vendrías —dijo después, mientras la saludaba e intentaba sentarse en la silla vacía.

—Estoy esperando a una persona —le dije, colocando sobre el asiento el recipiente con la ensalada de tres legumbres.

—Me estoy quedando en casa de Lucy —dijo mi madre alegremente, mientras separaba otra silla para él.

—Sí, claro —rió Riley, pensando que se trataba de una broma.

—Tu padre es un imbécil —prosiguió mi madre, antes de llevarse a la boca la

cañita de su cóctel de vodka con soda y lima.

Riley la miró sorprendido y después a mí, con gesto acusador.

—¿Le has lavado el cerebro?

Negué con la cabeza.

—Entonces ¿debo suponer que papá no vendrá?

Mi madre soltó una risita irónica.

—¿Y Philip?

—Está practicando cirugía reconstructiva de emergencia en un niño víctima de un accidente —contesté, con cara de aburrimiento.

—¡Oh, por favor! —dijo mi madre, agitando una mano en el aire—. Dejemos de fingir que no sabemos que Philip arregla tetas.

Los dos la miramos asombrados y mi vida se echó a reír. Lo estaba pasando en grande.

—¿Quién eres y qué le has hecho a mi madre? —preguntó Riley.

—Tu madre se ha tomado unas vacaciones que le hacían mucha falta —contestó ella—. ¡Pero Sheila ha ocupado su puesto! —añadió con energía, y después se echó a reír y se inclinó hacia mí—. ¿Qué te ha parecido eso?

—¡Brillante, mamá!

Llegaron Jamie y Melanie, y yo me puse de pie para recibirlos. Melanie se quedó un poco rezagada, de modo que abracé primero a Jamie.

—Feliz cumpleaños. —Me abrazó con tanta fuerza que me aplastó las costillas—. Melanie tiene mi regalo para ti. Nos hemos asociado. La producción de regalos no funcionaba muy bien, así que hemos tenido que fusionarnos.

—Se te había olvidado, ¿verdad?

—Completamente.

—Siento no haberte devuelto la llamada la semana pasada.

—No te preocupes, no era nada importante. Sólo quería saber si estabas bien. ¡Eh! Melanie acaba de contarme que ese tipo es tu vida. —Tenía los ojos muy abiertos—. ¡Es increíble! Lo leí una vez en una revista. ¡Ya verás cuando Adam se entere! Por eso estamos aquí, ¿no? —preguntó, pero sin esperar respuesta se dirigió a la mesa—. ¿Dónde me siento? ¿Junto a usted, señora Silchester?

Oí reír a mi madre a mis espaldas.

A Melanie le cambió la expresión.

—¿Ha venido tu madre?

—Han pasado muchas cosas desde la última vez que te vi.

—Siento no haber dado señales de vida.

—Está bien. Me lo merecía. Lo siento de verdad, Melanie.

Asintió, para que viera que me había perdonado.

—Perdóname por haberle dicho a Jamie que Cosmo es tu vida. Ya sabes cómo soy con los secretos. ¡Ah! Y a propósito de secretos, Jamie acaba de decirme que sigue enamorado de Lisa. ¡Mierda! Lo he vuelto a hacer —dijo, tapándose la boca

con la mano.

Casi no tuve tiempo de asimilarlo, porque Lisa y David fueron los siguientes en llegar, Lisa andando como un pato, a tan sólo dos semanas de salir de cuentas. La gente tenía que arrimar las sillas a las mesas para que ella pudiera circular por el estrecho restaurante. Iba dándose golpes con la barriga enorme contra las cabezas y las espaldas de todo el mundo, mientras trataba de pasar de lado entre las sillas, lo que era un esfuerzo inútil, porque habría ocupado menos espacio si hubiera pasado de frente. Tanto David como Lisa estaban un poco raros conmigo después de nuestra última reunión, pero yo la abracé a ella con cariño y grité de alegría para mis adentros cuando me entregó un sobre cerrado. Venía henchido de promesas.

David fue a sentarse al lado de Jamie, que se puso de pie:

—¡Lisa! ¡Estás preciosa!

David lo miró con desagrado y Melanie fingió atragantarse, lo que desvió la atención de ambos, que empezaron a darle palmadas en la espalda, aunque dejó de fingir cuando yo sugerí la maniobra de Heimlich. Entonces llegó Chantelle, trayendo a remolque a un desconocido, o al menos lo era para nosotros.

—¡Hola, cumpleañera!

Me plantó un beso en la mejilla y me dio un sobre, probablemente sin recordar siquiera lo sucedido en nuestro último encuentro.

—Gente, os presento a Andrew —dijo, en voz tan alta que la oyó todo el restaurante—. Andrew, te presento a la gente.

Andrew se sonrojó y las mejillas se le pusieron del mismo color que el pelo, mientras saludaba vagamente a toda la mesa. Chantelle, en su acostumbrado tono estentóreo y prepotente, procedió a cantarle los nombres de todos los presentes, como si el chico fuera duro de oído y fuera capaz de recordarlos todos, incluso sin estar completamente abrumado por conocer tantas caras nuevas a la vez. Después, por último, llegaron Adam y Mary; Mary, de mal humor y vestida de negro, y Adam, con aspecto de estar convencido de que todas las acusaciones que alguna vez me había hecho estaban a punto de encontrar confirmación. Yo estaba ansiosa por empezar, aunque revelar que había estado mintiendo acerca de casi todo durante los últimos años no pudiera considerarse una victoria para mí. Me entregaron un sobre y una planta, y yo ni siquiera fingí alegrarme. Supuse que dentro del sobre no habría más que una tarjeta con un mensaje cortés y ni rastro de billetes.

Entonces recordé la tarta que había traído y se la llevé al falso camarero francés.

—Hola —le sonreí.

Él prácticamente no me miró.

—Hoy es mi cumpleaños.

—Ajá.

—Y he traído esta tarta para mí. De hecho, la he preparado yo misma. —No hubo respuesta. Me aclaré la garganta—. ¿Podrías llevarla a la cocina para que la tomemos de postre? —Con gesto altivo, cogió la tarta y se volvió sobre sí mismo—. Lo siento

—le dije mientras se iba, y entonces él se detuvo y se dio la vuelta otra vez hacia mí —. Siento mucho todo lo que te he dicho en francés. No era nada malo. Sólo cosas al azar, que se me ocurrían y que sabía que tú no entenderías.

—Soy francés —dijo él en tono amenazador, por si alguien me había oído.

—No te preocupes, no se lo diré a nadie. Yo tampoco soy perfecta y también he contado mentiras. Un montón de mentiras. Pero esta noche voy a decir toda la verdad.

Miró al grupo, después a mí y entonces me habló en voz baja, con su verdadero acento irlandés.

—El anuncio pedía gente que hablara francés.

—Lo comprendo.

—Y yo necesitaba el trabajo.

—Lo comprendo perfectamente. Yo también necesito trabajo y hablo francés. ¿Sabes si hay algo?

—¿Ahora quieres robarme el empleo?

Pareció horrorizado.

—¡No, no, nada de eso! No quiero robarte nada. En todo caso, trabajaría contigo.

Me miró como si hubiera preferido que le hincaran dagas por todo el cuerpo.

Volví a la mesa y, cuando llegué, la conversación murió de repente. La silla junto a la mía seguía vacía. Miré el reloj; todavía quedaba tiempo. Me senté a la cabecera y todas las miradas se centraron en mí. Era normal. Los había convocado con un dramático mensaje de texto sobre la verdad, seguido de una solicitud de dinero, y ahora se encendían los focos. Había llegado el momento de la acción. El camarero vino a la mesa y se puso a servir lentamente el agua. Iba a esperar a que se fuera, pero se movía con tanta lentitud que finalmente comprendí que no pensaba marcharse hasta que oyera lo que yo iba a decir.

—Bueno, gracias a todos por venir. Es un gran gesto para mí. Hace un tiempo, pasó algo que cambió el curso de mi vida, y ahora han vuelto a pasar cosas y mi vida ha vuelto a cambiar de rumbo.

Chantelle pareció confusa. Andrew, que no me conocía, parecía incómodo, como si sintiera que no debería estar allí; pero Mary asentía, como si lo comprendiera todo perfectamente.

—Y para poder seguir adelante, necesito compartirlo con vosotros. —Hice una inspiración profunda—. Así que...

En ese preciso instante, se abrió la puerta del restaurante y mi corazón se aceleró, con la esperanza, con la esperanza... Pero entró Blake.

—Blake.

Mi voz fue casi un susurro, pero todos me oyeron y se volvieron para mirarlo. Blake recorrió la sala con la vista y enseguida localizó nuestra mesa y después a mí. Cruzamos una mirada; había enfado en sus ojos, y en los míos, un ruego de comprensión.

—¡Entonces el asiento libre era para él! —exclamó Melanie—. ¿Volvéis a estar juntos?

Hubo murmullos de sorpresa, curiosidad y entusiasmo, pero entonces se abrió otra vez la puerta, entró Jenna en el restaurante y todos se volvieron confusos hacia mí. Le lancé una mirada de ira a Adam, suponiendo que había sido él quien había invitado a Blake sin decírmelo, pero su expresión me dijo que estaba tan asombrado como yo. Su amigo también lo había sorprendido. Todos se pusieron de pie para recibir a Blake. Había llegado su héroe.

—No me habías dicho que ibas a venir —dijo Adam, mientras le estrechaba la mano a su amigo con cara de ofendido.

—He venido sólo por esta noche. Adam, te presento a Jenna —dijo Blake, apartándose para que Jenna pudiera recibir los focos de la atención.

Ella pareció abrumada por la situación, e increíblemente incómoda por encontrarse en la celebración de mis treinta años, y con razón. Sin decidirse del todo entre las disculpas y la enhorabuena, me deseó un feliz cumpleaños y me pidió perdón por no haberme traído ningún regalo.

—Lo siento —me dijo en un susurro—. Creí que entrábamos solamente un momento para saludar a alguien.

—Sí. —Me esforcé por sonreír, aunque sentía auténtica pena por ella—. Así suele ser Blake.

Jenna siguió adelante para saludar a los demás, y yo sentí una mano que me apretaba un brazo.

—No me hagas esto —dijo Blake en voz baja.

—Blake, ni siquiera sabes lo que pienso hacer.

—Sé que estás buscando admiradores y necesitas un villano. Sé exactamente lo que piensas hacer, pero te pido que no lo hagas. Podemos encontrar otra manera de arreglar las cosas delante de ellos.

—Blake, no se trata de ellos —respondí con los dientes apretados—. Se trata de mí.

—También se trata de mí, por lo que me parece justo que yo también pueda opinar al respecto, ¿no crees?

Suspiré.

—Parece que vamos a necesitar dos sillas más —dijo Riley, que había asumido el papel de anfitrión e intentaba mantener el ambiente distendido.

Miré la silla vacía a mi lado y eché un vistazo al reloj. Habían pasado más de treinta minutos de la hora indicada. Don no iba a venir.

—No —dije tristemente—. Sólo una silla más. Ésta queda libre.

Todos se movieron un sitio y mi madre vino a sentarse a mi lado.

Blake se sentó a la cabecera opuesta de la mesa, junto a Jenna, quien a su vez quedó situada en una esquina, al lado de Andrew, como dos invitados de repuesto, destinados a simpatizar entre sí.

—Bueno, ¿qué os parece? —exclamó Chantelle, radiante—. ¡Como en los viejos tiempos! Aparte de él, claro —dijo, refiriéndose a Andrew—. En aquella época, yo salía con Derek —añadió, mientras fingía vomitar y Andrew volvía a ponerse colorado.

—¿Me he perdido algo? —preguntó Blake a la mesa, aunque en realidad me estaba mirando a mí.

—De momento, nada —dijo David, aburrido.

—Lucy estaba a punto de contarnos a todos algo importante —le dijo mi vida a Blake, con una mirada cargada de intención—, algo que significa mucho para ella.

—No, no. No era nada —dije yo, en voz baja, sin fuerzas para seguir adelante—. Olvidadlo.

—Muy bien —intervino Blake, aprovechando la ocasión—. Entonces yo os daré una noticia importante. —Todas las cabezas se volvieron hacia él, como en un partido de tenis—. Acabo de enterarme de que han aceptado la propuesta para mi nuevo libro de cocina y mi programa de televisión.

Hubo exclamaciones colectivas de alegría, sobre todo por parte de nuestros amigos. Mi familia y mi vida no mostraron excesivo entusiasmo, pero fueron corteses (excepto mi vida, que abucheó a Blake, pero de manera que sólo yo pudiera oírlo). El resto del grupo tampoco fue terriblemente entusiasta, pero no creo que Blake lo notara, y si lo notó, no hizo caso de las indirectas para que cerrara la boca y, en lugar de eso, se puso a describir un plato de pescado que había inventado a partir de unas sardinas que había probado en España y que se asaban sobre una piedra caliente, bajo el sol ardiente del verano. Adam pareció un poco preocupado por la interrupción de Blake, ya que a todos les había parecido bastante obvia. Jenna era la única de los presentes que lo escuchaba embelesada. Todos los demás lo atendían por pura cortesía y Lisa parecía a punto de estallar en cualquier momento, no sé si a causa de su incomodidad física o porque Blake no hacía más que hablar de sí mismo. Jamie había renunciado a escuchar y, en lugar de eso, contemplaba codiciosamente los pechos de Lisa, que habían alcanzado la dimensión de melones.

—Este chico no ha cambiado nada, ¿verdad? —me dijo mi madre en voz baja, volviéndose hacia mí.

Por el modo en que lo dijo, comprendí que no era un comentario positivo, y no

pude evitar sorprenderme, porque siempre había creído que Blake y sus historias la fascinaban. Quizá sólo había sido atenta y cortés cuando estábamos juntos. Empezaron a formarse islas de conversación en torno a la mesa, a medida que la gente dejaba de prestar atención a las historias de Blake (que parecían sucederse sin solución de continuidad), hasta que finalmente sólo quedó Lisa escuchándolo, y Lisa no se andaba con medias tintas.

Al cabo de unos instantes, bostezó.

—Lo siento, Blake —dijo, levantando una mano—. ¿Podrías parar?

Todas las otras conversaciones se interrumpieron para escuchar la suya.

—No quisiera ser grosera, pero no me importa nada lo que me cuentas. Estoy incómoda, disgustada y no tengo paciencia, así que voy a decirte lo que pienso. Antes de que tú llegaras, Lucy iba a decirnos algo importante, y todos estábamos muy interesados, porque Lucy nunca nos cuenta nada. Antes sí, pero ahora no. No te ofendas, Lucy, pero es la verdad. Ni siquiera nos contaste lo del pirado de tu oficina que te apuntó a la cabeza con una pistola. Me tuve que enterar a través de Belinda «Caradeculo», que vive a la vuelta de mi casa, ¿la recuerdas? Sí, mujer, esa que es madre soltera y tiene tres hijos de tres padres diferentes, y que tiene la cara exactamente como un culo, y se lo merece. No me mire de ese modo, señora Silchester, porque es cierto que se lo merece. De verdad, tendría que ver las cosas que nos hacía cuando estábamos en el colegio. Bueno, en cualquier caso, me contó que el tipo te había apuntado a la cabeza con una pistola, y yo me sentí muy mal, porque ni siquiera lo sabía. Y eso no ha sido lo único. —Lisa volvió a mirar a Blake—. Nunca nos cuenta nada. Nunca.

—Era una pistola de agua —dije yo, intentando calmarlos, mientras ellos insistían en que nunca les contaba nada y desgranaban todos los acontecimientos de mi vida que habían llegado a sus oídos por boca de otra gente, ya que por mí no se habían enterado. Blake los escuchaba, fascinado.

—¡Callaos ya! —dijo finalmente Lisa y, una vez más, el restaurante entero guardó silencio y se volvió para mirarla—. Vosotros no. Se lo digo a ellos —aclaró, señalándonos a nosotros—. Dejemos hablar a Lucy.

El camarero volvió para llenarme el vaso de agua y me miró con una sonrisa petulante. Se tomó su tiempo y pretendió pasar al siguiente vaso, pero yo lo miré fijamente y, por fin, dejó la jarra sobre la mesa y se marchó.

—Muy bien, de acuerdo. ¿Me permites, Blake?

—No es necesario que le pidas permiso —dijo secamente Chantelle—. Ya hemos oído suficiente sobre sardinas por esta noche.

Jamie sonrió irónicamente.

Blake cruzó los brazos y, bajo su duro exterior, pareció nervioso.

—Sólo quiero decir que esto lo hago por mí y que no quiero convertir a nadie en el villano de esta historia. Blake tuvo su parte de responsabilidad, pero la culpa de todo lo demás es enteramente mía. Yo soy la responsable, y no él.

Blake pareció satisfecho.

—Así que, por favor, no lo atacéis. —Hice una pausa—. Tengo que deciros... —empecé lentamente— que yo no rompí con Blake. Me dejó él.

Se quedaron boquiabiertos, mirándome en silencio, atónitos. Después, las expresiones pasaron del asombro al desprecio y las caras se volvieron hacia Blake.

—¡Eh, eh, eh! ¿Recordáis lo que he dicho? ¡No ha sido culpa suya!

Con los dientes apretados, todos volvieron otra vez la vista hacia mí, excepto Adam, que siguió mirando a Blake en busca de una respuesta, y al ver que Blake no le devolvía la mirada, dedujo que reconocía la verdad de lo dicho y de la estupefacción pasó a la rabia.

—Yo era muy feliz en nuestra relación. Estaba totalmente enamorada. No me daba cuenta de que tuviéramos problemas, pero evidentemente no debí de prestar suficiente atención, porque Blake no era feliz. Fue él quien quiso terminar, por sus propias razones, a las que tenía todo el derecho del mundo —dije con firmeza, intentando sofocar la rebelión.

—¿Por qué nos dijiste que te había dejado ella? —le preguntó Melanie a Blake.

—Lo decidimos los dos, porque yo no sabía qué hacer —respondí yo—. Estaba confusa, me preocupaba lo que fuerais a pensar, y como no tenía respuestas, pensé que si simplemente decía que no era feliz y que había decidido dejarlo, entonces todo sería mucho más sencillo. Blake sólo quiso ayudarme. Intentó que todo me resultara más fácil.

Blake tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—¿Y de quién fue la idea? —preguntó Jamie.

—No lo sé —respondí yo, tratando de restarle importancia al asunto—. Da lo mismo. Lo importante es que esa decisión puso en marcha una cadena de acontecimientos en mi vida que...

—Pero ¿quién fue el primero en sugerir la idea? —insistió Mary.

—Da igual. Ahora estoy hablando de mí —dije yo, egoístamente—. Me pareció que sería más fácil para mí, pero me equivoqué, porque todos os pusisteis en mi contra y pensasteis que había engañado a Blake. —Miré a Adam—. Te aseguro que no fue así.

—¿Y tú? —le preguntó airadamente Melanie a Blake.

—¡Eh! Os he pedido que no lo atacéis. Estamos hablando de mí.

Pero nadie me prestó atención.

—¿Recuerdas quién fue el primero en proponerlo? —le preguntó Jamie a Blake.

—Escuchad. —Blake suspiró, se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en la mesa, con las manos entrelazadas—. Puede que la idea fuera mía, pero no lo hice para eludir ninguna culpa, sino para facilitarle las cosas a Lucy...

—Y a ti —dijo mi madre.

—¡Mamá, por favor! —intervine yo en voz baja, turbada al ver que los temores de Blake se estaban cumpliendo.

—Entonces ¿fue idea tuya? —quiso confirmar Riley.

Blake suspiró.

—Supongo que sí.

—Continúa, Lucy —me indicó Riley, dándose por satisfecho.

—Bueno, el día que él..., el día que rompimos, os dije a todos que lo había dejado yo. Estaba muy confusa. Muy triste y muy confusa. Tenía el día libre. Había pedido un día libre en el trabajo, ¿recuerdas, Blake?, porque íbamos a recoger fresas silvestres con tu sobrina, en... —Miré a Blake y vi que parecía verdaderamente triste—. En cualquier caso —dije, cambiando de tema—, bebí algo de alcohol en casa. Bebí bastante.

—No me extraña —dijo Lisa, mirando con enfado a Blake.

—Entonces, llamaron de mi oficina y me pidieron que fuera al aeropuerto a recoger a un cliente. Y yo fui.

Mi madre me miró, estupefacta.

—Por cierto, papá sabe todo esto. Por eso discutimos. Y a ti, Riley, todo lo que te ha contado Gavin acerca de lo que pasó aquel día es cierto. Y a propósito, es mentira que Gavin engañe a su mujer con un hombre. Perdí el trabajo y me retiraron el carnet de conducir, pero no pude contárselo a nadie.

—¿Por qué no? —preguntó Melanie.

—Porque... Bueno, en realidad, yo lo intenté. ¿Recuerdas, Chantelle?

Chantelle puso cara de venado sorprendido por los faros de un coche.

—No.

—Te llamé y te dije que me había emborrachado terriblemente el día anterior; me preguntaste por qué, y yo te dije que porque estaba triste, y entonces tú me dijiste que por qué demonios estaba triste, si era yo la que había dejado a Blake.

Chantelle se tapó la boca con las manos.

—¡Lucy! ¿No sabes que no hay que tomarme en serio? ¿Ahora la culpa es mía?

—No —dije, negando con la cabeza—. No es culpa tuya en absoluto. Pero tu reacción me hizo comprender que estaba atrapada en esa mentira y que iba a tener que mantenerla. Vendí el coche y empecé a desplazarme en bicicleta. Necesitaba urgentemente un trabajo, porque me hacía falta el dinero, y el único que encontré fue el de Mantic. Querían a alguien que supiera español y yo dije que sabía. ¿Qué podía importar una pequeña mentira, si había contado otras mucho más grandes? Pero entonces tuve que pedirle ayuda a Mariza, porque de lo contrario habría perdido el trabajo, y no pude decírselo a nadie. Después, alquilé un apartamento del tamaño de esta mesa y no dejé que ninguno de vosotros me viniera a visitar, porque sentía vergüenza de que todo se hubiera venido abajo y de que mi vida fuera un desastre, mientras que a vosotros os iba todo tan bien. Me daba vergüenza, eso es todo, aunque después empezó a gustarme mi vida y empecé a sentirme cómoda en esa burbuja donde sólo yo sabía la verdad. Pero entonces recibí una carta de mi vida, de este hombre sentado a mi derecha, que me ayudó a comprender que yo misma me había

enredado en un nudo enorme y que la única manera de zafarme era deciros la verdad a todos vosotros, porque todo está conectado. Cada pequeña verdad estaba conectada con una gran mentira, de modo que si quería contaros alguna cosa, tenía que deciros toda la verdad, y no podía hacerlo. Entonces, no contaba nada, o contaba más mentiras, y me arrepiento de haber mentido tanto. En cuanto a ti, Blake, siento mucho haberte envuelto en esto, pero tenía que hacerlo. No se trata de ti, ni de que te conviertas en el villano de la historia; se trata de mí y de que todo vuelva a ser como debe ser.

Asintió, lleno de comprensión, con aspecto de estar triste y arrepentido, todo a la vez.

—No imaginaba nada de esto, Lucy. Lo siento. Sinceramente, en su momento pensé que era lo mejor.

—Para ti —repitió mi madre.

—¡Mamá! —la reprendí yo, molesta.

—¿Algo más? —preguntó mi vida y yo reflexioné un momento.

—No me gusta el queso de cabra.

Lisa se quedó boquiabierta.

—Ya lo sé, Lisa. Lo siento.

—¡Pero te lo pregunté cinco veces!

Se refería a una cena en su casa, dos meses antes, durante la cual me había preguntado por qué tardaba tanto en terminarme el queso de cabra.

—¿Por qué no lo dijiste?

Creo que todos en la mesa entendieron por qué no lo había dicho. Hasta una cabra se habría comido aquel queso, y Lisa me habría comido a mí si yo lo hubiera rechazado. Pero eso no era suficiente para explicar por qué había seguido pidiéndolo cada vez que cenábamos fuera, en un esfuerzo por demostrarle que verdaderamente me gustaba. Con tanta insistencia, lo único que había conseguido era aborrecerlo todavía más.

—¿Algo más? —volvió a preguntarme mi vida.

Pensé un poco más.

—¿Quieres que cuente que he estado cuidando al hijo invisible de mi vecina? ¿Es eso? ¿No? ¡Ah! Ya sé. Tengo un gato. Lo tengo desde hace dos años y medio. Se llama *Señor Pan*, pero creo que prefiere que lo llame *Julia* o *Mary*.

Todos me miraban con expresiones de asombro, intentando asimilar lo que acababa de contarles. Hubo un largo silencio.

—Bueno, así es mi vida, en pocas palabras. ¿Qué os parece? —pregunté con nerviosismo, temiendo que se marcharan todos en tromba o que me arrojaran la bebida a la cara.

Adam se volvió hacia Blake y le dijo en tono airado:

—Entonces ¿tú dejaste a Lucy?

Suspiré y aparté la ensalada a un lado, porque se me había ido el apetito.

—¿Qué pasa? —preguntó Melanie, con los ojos muy abiertos—. ¿También era mentira que te gustara la ensalada?

Las dos nos reímos juntas de nuestra pequeña broma, mientras los demás se volvían hacia Blake y lo acosaban con los reproches que llevaban tres años haciéndome a mí.

—Perdón, ¿podéis guardar silencio un momento? —dijo Jamie finalmente y todos los demás se callaron—. Aunque no hace falta decirlo, voy a hacerlo de todos modos. Creo que hablo en nombre de todos, bueno, de casi todos —añadió, echando una mirada a Andrew—, porque es evidente que a ti nunca te ha gustado Lucy. —Todos reímos, mientras Andrew volvía a sonrojarse—. Hablo en nombre de todos, Lucy, cuando digo que me resisto a creer que no pudieras contarnos nada de eso hasta ahora. Nuestra opinión de ti no habría cambiado en lo más mínimo. Siempre hemos sabido que eras un desastre, dijeras lo que dijeras.

Todos se echaron a reír.

—No, de verdad, Lucy. Habríamos seguido siendo tus amigos, sin importar el trabajo que tuvieras o el sitio donde vivieras. Nos conoces lo suficiente para saber que no nos fijamos en nada de eso.

Parecía auténticamente ofendido.

—Supongo que sabía todo eso —contesté—, pero la mentira fue creciendo y al final tuve miedo de perderos a todos, si os enterabais de que yo era una psicótica mentirosa.

—Es una buena razón —dijo Jamie con expresión sombría—, pero eso no va a pasar.

—Y yo lo confirmo —lo secundó Melanie, y todos los demás se sumaron a las protestas de amistad, excepto Andrew, Jenna y, por supuesto, Blake, que estaba demasiado ocupado sintiéndose más incómodo que nunca.

Mi vida nos observaba en silencio, tomando notas mentales para llenar la próxima carpeta en su nueva oficina. Crucé una mirada con él y me hizo un guiño, de modo que pude relajarme, por primera vez en dos años, once meses y veintitrés días.

—Y ahora, pasemos a lo importante —intervino Riley—. ¿Alguien más ha oído lo mismo que yo? Lucy, ¿has dicho que tienes una vecina con un hijo invisible? ¿No será, por casualidad...?

—Eso es lo de menos —lo interrumpió Lisa—. ¡Ha dicho que no le gusta el queso de cabra!

Dispuestos a aceptar cualquier castigo que Lisa quisiera imponerles, todos se echaron a reír. Y después de una pausa que se nos hizo larguísima, Lisa también soltó una carcajada.

Riley llevó a mi madre a su casa de Glendalough. La pobre había bebido demasiado durante la cena, se había puesto sentimental y, bajo los efectos del alcohol,

había marcado el número de mi padre, quien le dijo que volviera de inmediato, en parte porque la echaba de menos, pero sobre todo porque le producía bochorno que ella se mostrara en público en ese estado, especialmente en mi compañía. Los demás me habían insistido para que fuera con ellos al club de Melanie, a celebrar mi cumpleaños y el descubrimiento de la verdad; pero yo estaba agotada, exhausta de tantas revelaciones, y solamente quería volver a casa y pasar el resto de la velada con mi vida y mi gato. Cuando lo dije, Melanie exclamó:

—¿Ni siquiera vas a quedarte hasta el final de tu propia fiesta de cumpleaños?

Con eso me di cuenta de que aún conservaba cierto resquemor por mis horarios de Cenicienta. Blake se había escabullido antes del postre, llevándose consigo a una aliviada Jenna, por lo que sólo quedaba mi vida para acompañar a casa a la chica de la fiesta.

Pensé que íbamos a quedarnos despiertos casi toda la noche, analizando hasta el último detalle la gran revelación. Habían tenido que transcurrir años para que llegara ese momento y ahora que todo estaba hecho y arreglado, casi no sabía qué hacer con el enorme hueco mental que ocupaba el lugar donde antes tenía el estrés. Cuando salí de mi ensimismamiento, me di cuenta de que iba caminando sola y de que mi vida se había detenido bajo una farola, poco antes de llegar a mi portal. Me volví hacia él, sintiendo que el hueco de mi cabeza se estaba llenando rápidamente con una nueva preocupación. Mi vida se metió las manos en los bolsillos. Su actitud tenía todos los ingredientes de una despedida y de pronto sentí que el corazón se me aceleraba y se me encogía, todo a la vez. No había pensado que fuéramos a separarnos cuando lo hubiera arreglado todo, en parte porque no creía que yo pudiera arreglar nada, pero sobre todo porque no soportaba la idea de vivir un solo día sin pasar un rato con él.

—¿No vas a entrar? —pregunté, intentando que la voz no me saliera demasiado aguda.

—No —sonrió él—. Voy a darte vacaciones.

—No necesito vacaciones, en serio. Ven conmigo. Tengo algo así como veinte pasteles y bizcochos, y necesito que alguien se los coma.

Sonrió.

—No me necesitas, Lucy.

—¡Claro que te necesito! ¿No querrás que me los coma todos yo? —repliqué, interpretando deliberadamente mal sus palabras.

—No he querido decir eso —dijo con suavidad y me miró de esa manera, exactamente de esa manera que sirve para decir: «Adiós, amiga del alma. Estoy muy triste, pero es mejor fingir felicidad».

Sentí que el nudo en la garganta cobraba proporciones astronómicas, pero tuve que controlar las lágrimas. Aunque mi madre había quebrantado las reglas de los Silchester, yo no iba a hacer lo mismo, porque entonces habríamos caído todos como fichas de dominó, y el mundo necesitaba gente capaz de controlar sus emociones. Era un imperativo de nuestro ciclo vital.

—De entre todas las personas, te necesito a ti.

Mi vida notó mi desesperación y se portó como un caballero: desvió la mirada para darme tiempo a rehacerme. Miró al cielo, hizo una inspiración profunda y dejó escapar el aire lentamente.

—Es una noche preciosa, ¿verdad?

Yo no lo había notado. Si me hubiese dicho que era de día, le habría creído. Lo observé y en ese momento noté lo guapo y fuerte que era, y la confianza y seguridad que me transmitía, al estar siempre a mi lado, pasara lo que pasase. Sentí un deseo abrumador de besarlo. Levanté la barbilla y me acerqué a él.

—No lo hagas —dijo él de pronto, volviéndose y colocando un dedo sobre mis labios.

—No iba a hacer nada —repliqué yo, mientras retrocedía, turbada.

Guardamos silencio.

—Bueno, sí, iba a hacer algo, pero... Es que eres tan guapo, y has sido tan bueno conmigo, y... —Inspiré profundamente—. Te quiero. De verdad, te quiero.

Sonrió y se le formaron hoyuelos en las dos mejillas.

—¿Recuerdas el día que nos conocimos?

Hice una mueca y asentí.

—Te parecí odioso, ¿verdad?

—Más que cualquier persona que hubiera conocido. Me pareciste repugnante.

—Entonces, te he conquistado. Misión cumplida. Te disgustaba estar en la misma habitación que tu propia vida y ahora te gusto.

—He dicho que te quiero.

—Yo también te quiero —replicó él y mi corazón se aceleró—. Tenemos que celebrarlo.

—Pero voy a perderte.

—Acabas de encontrarme.

Sabía que tenía razón. Sabía que por mucho que en ese momento sintiera que él lo era todo para mí, lo nuestro no era romántico, ni era físico, ni era posible, y habría sido tema para un reportaje completamente diferente en aquella revista.

—¿Volveré a verte alguna vez?

—Sí, claro, la próxima vez que estés hecha un lío. Conociéndote, no creo que tengamos que esperar mucho.

—¡Eh! —protesté.

—Es broma. Pasaré a verte de vez en cuando, si no te importa.

Negué con la cabeza, incapaz de articular palabra.

—Además, tú sabes dónde está mi oficina, ¿no? Puedes visitarme siempre que quieras.

Asentí. Apreté los labios, sintiendo que se me asomaban las lágrimas. Estaban a punto de salir.

—Vine a ayudar, y he ayudado. Si me quedara ahora, no haría más que estorbar.

—Tú no estorbarías —dije con un hilo de voz.

—Sí —dijo él suavemente—. En ese apartamento sólo cabéis tú y el sofá.

Intenté reír, pero no pude.

—Gracias, Lucy. Tú también me has ayudado a resolver mis problemas, ¿sabes?

Asentí, sin poder mirarlo. Mirarlo habría significado que corrieran las lágrimas, y las lágrimas eran malas. Me concentré en sus zapatos, sus zapatos nuevos y lustrosos, que no se correspondían con el hombre que yo había conocido el primer día.

—Bueno, esto no es un adiós. Nunca es un adiós.

Me besó en la coronilla, la única parte de mí que dejé a la vista. Fue un beso prolongado, y entonces apoyé la cabeza en su pecho y sentí que su corazón latía con tanta fuerza como el mío.

—No pienso marcharme hasta que estés sana y salva dentro de casa, así que ve.

Me di la vuelta y eché a andar, sintiendo resonar cada paso en el silencio de la noche. No tuve valor para darme la vuelta en el portal. Tuve que seguir mirando hacia adelante, porque sentía que las lágrimas estaban llegando.

El *Señor Pan* me miró adormilado desde su cama, me reconoció y siguió durmiendo. Pensé que había llegado el fin de la vida que habíamos vivido juntos, los dos en el interior de nuestra burbuja. Iba a tener que irse él, o tendríamos que irnos los dos. Eso también me puso triste, pero el *Señor Pan* era un gato, y yo no iba a llorar por un gato, así que me contuve y me sentí bien por haber derrotado a las lágrimas, por ser más fuerte que ellas, que sólo pretendían hacerme sentir pena de mí misma, y yo no sentía pena por mí. Solamente quería enterrarme bajo el edredón y no pensar en nada de lo que había pasado esa noche; pero no pude, porque no llegaba a la cremallera de la espalda del vestido. Antes tampoco había podido cerrarla. Mi vida lo había hecho por mí. Sencillamente, no conseguía llegar con los brazos, por muchos ángulos diferentes que probara. Me contorsioné en diferentes direcciones, tratando de llegar a la cremallera, pero no hubo forma. Acabé jadeando, sudorosa y enfadada más allá de toda medida, por la tontería de no poder quitarme el condenado vestido. Miré a mí alrededor, en busca de ayuda o de algo que pudiera servirme. Pero no encontré nada. No encontré a nadie. Entonces me di cuenta de que estaba total y absolutamente sola.

Me metí en la cama, con el vestido puesto. Y me puse a llorar.

Me quedé en la cama dos semanas, o al menos eso me pareció, aunque probablemente no fueron más de cuatro días, lo que ya fue bastante. La mañana después de mi cumpleaños esperé a oír ruido en el apartamento de Claire y entonces llamé a su puerta para que me ayudara con el vestido. Salió a abrirme su marido, despeinado y en bóxers, por lo que comprendí que ella también se había desprendido de algo y ahora ya podía conservar a Conor en el recuerdo.

Mi vida no volvió a llegar sin anunciarse a horas inapropiadas, ni hubo cartas que aterrizaran en mi alfombra recién lavada. Recibí muchos mensajes de mis amigos para invitarme a salir, proponerme un encuentro, disculparse, tratar de recuperar el tiempo perdido o intentar sacar provecho de mi recién descubierta sinceridad, y yo no los ignoré, pero tampoco salí corriendo a verlos, ni mucho menos les mentí. Les dije que quería estar sola, que era lo que necesitaba, y, por primera vez en mi vida, no estaba mintiendo. Mi madre se había llevado al *Señor Pan* a Glendalough, y aunque yo lo echaba de menos sabía que estaba mucho mejor en su casa. No era justo para él vivir enclaustrado, y las opciones eran vivir con mi madre o vivir conmigo en una caja de cartón debajo de un puente, y yo dudaba que fuera posible meter el sofá de piel marrón en un carrito de supermercado con el resto de nuestras pertenencias. La decisión no fue tan difícil, después de todo. Fue como una de esas limpiezas a fondo que hacemos en casa en primavera. En cuanto empecé a despejar el panorama, todo lo demás fue cayendo por su propio peso.

En algún momento durante mi hibernación de cuatro días, fui a comprar comida de verdad, de la que es preciso cocinar y preparar. Como me faltaba mucha práctica, tuve que recordar que la comida de verdad requería organización y que era preciso prepararla antes de tener hambre. Además de limpiar el barro de tres años de las botas que había llevado al festival de verano, me propuse conseguir el felpudo que daban en el supermercado a cambio de cupones. Necesitaba un año entero de comprar comida de verdad, pero el incentivo era suficiente para seguir comprándola. Compré limas y limones, y los puse en un jarrón, como pequeño reconocimiento a mi amiga de la revista. Habría preferido no tener que trabajar nunca más. Seguía sin encontrar una actividad que despertara mi «pasión», esa palabra nauseabunda que la gente se empeñaba en repetirme, pero aunque no tenía idea de lo que quería hacer con mi vida (aparte del sueño poco realista de abrir una pastelería de *cupcakes*), al menos empezaba a pensar de la manera correcta. Intentaría encontrar algo que me interesara un poco y que me sirviera para pagar las facturas. Estaba progresando. Pero el dinero de mi cumpleaños no iba a durarme para siempre; de hecho, ya estaba destinado al pago del alquiler del mes siguiente, por lo que necesitaba un empleo cuanto antes. Me duché, me vestí y me aseguré de estar perfectamente preparada, con una taza de café

recién hecho, para sentarme en la cocina a leer el periódico que me había arrojado mi vida el día de mi cumpleaños. Ni siquiera lo había mirado desde que mi vida lo había tirado sobre la encimera (sólo me había fijado en el efecto de una de sus esquinas sobre la crema pastelera de un bizcocho que había preparado), pero en cuanto empecé a leerlo, ya no hubo vuelta atrás. Dentro de un círculo rojo en lo que supuse que sería la página de ofertas de trabajo, no encontré la sugerencia de un empleo adecuado para una mujer responsable, sino el anuncio de alguien que buscaba compañero de piso, en la sección inmobiliaria. Me fastidió que mi vida me hubiera sugerido abandonar el apartamento, cuando sabía cuánto me gustaba, y ya estaba a punto de arrugar la página del diario y tirarla cuando se me ocurrió una cosa. Mi vida no me pediría que dejara el apartamento. Volví a leer el anuncio. Y lo leí una vez más. Y entonces, cuando me di cuenta de lo que era, se me formó en los labios una sonrisa y quise darle a mi vida un beso enorme. Alisé otra vez la hoja del periódico y me levanté de un salto de la butaca.

Bajé del autobús y eché a andar a paso rápido, pero no tardé en perderme. Tras un momento de desconcierto, recuperé la orientación cuando encontré el faro de Don: una alfombra mágica de color rojo intenso, en el techo de la furgoneta de El Mago de las Alfombras. El coche del superhéroe me hizo sonreír. Saqué el espejo del bolso, me preparé para entrar en acción y después llamé al timbre del portal.

—¿Sí? —contestó Don, sin aliento.

—Hola —dije yo, disfrazando la voz—. He venido por la entrevista.

—¿Qué entrevista?

—La entrevista para compartir piso.

—Ah. Un momento... Yo no... ¿Quién eres?

—Hablamos por teléfono.

—¿Cuándo fue eso?

Oí ruido de papeles.

—La semana pasada.

—Puede que hablaras con Tom. ¿Se llamaba Tom la persona con la que hablaste?

Intenté no reírme, mientras lo oía insultar mentalmente a Tom.

—¿El tipo que se va a vivir con su novia?

—Sí —respondió Don, irritado—. ¿Cómo has dicho que te llamas?

Sonreí.

—Gertrudis.

Hubo una larga pausa.

—¿Gertrudis qué más?

—Guinness.

—Gertrudis Guinness —repitió él—. No consigo verte en la pantalla.

—¿No? Estoy mirando directamente a la cámara —dije, mientras tapaba con la

palma de la mano la cámara del portero electrónico.

Hizo una pausa más.

—Bueno, no importa. Sube al tercero.

Se oyó un zumbido y empujé la puerta para abrirla.

En el espejo del ascensor me acomodé el parche en el ojo y me aseguré de tener todos los dientes pintados de negro, excepto dos incisivos de arriba y dos de abajo. Después, hice una inspiración profunda, pensando que me lo estaba jugando todo. Se abrieron las puertas del ascensor y lo vi a él, de pie junto a la puerta abierta, apoyado en el marco, con los brazos cruzados. Cuando me vio, supe que habría querido mostrarse enfadado, pero no pudo evitar sonreír, y al final soltó una carcajada.

—Hola, Gertrudis.

—Hola, Don.

—Tú debes de ser la mujer desdentada, con un parche en el ojo y con diez hijos que habló conmigo el otro día por teléfono.

—Con tu número equivocado. Sí, soy yo.

—Estás loca —dijo suavemente.

—Por ti —fue mi cursi respuesta, y él volvió a sonreír, pero enseguida se le borró la sonrisa.

—Pensaba que habías vuelto con Blake. ¿No ha sido así?

Negué con la cabeza.

—¿No recibiste mi mensaje para la cena de la semana pasada? Quería hablar contigo.

—Lo recibí, pero... —Tragó saliva—. Te dije que no quería ser tu segunda opción, Lucy. Si él no ha querido volver contigo, entonces...

—Él quiso volver conmigo —lo interrumpí—, pero me di cuenta de que no era lo que yo quería. No era el hombre que yo quería.

—¿De verdad?

—No miento. Ya no. Por citar una de las frases más bellas que me han dicho en mi vida: «Yo no te quiero». —Al ver que sonreía, continué—: Pero creo que muy pronto y muy fácilmente podría quererte. Sin embargo, no puedo prometer nada. Es muy posible que todo termine en lágrimas.

—¡Qué romántico!

Nos echamos a reír.

—Siento haberte tratado mal, Don. Probablemente será la última vez que lo haga.

—¿Probablemente?

—La vida da muchas vueltas —dije yo, encogiéndome de hombros, y él se rió.

—Entonces ¿realmente has venido por lo del piso compartido?

Pareció incómodo.

—Sí —contesté, con solemne gravedad—. Nos hemos visto tres veces y hemos hecho el amor una, así que creo que ha llegado el momento de que demos el gran paso y nos vayamos a vivir juntos.

Palideció levemente.

—¡No, Don! Me encanta mi pequeña choza y pienso quedarme donde estoy. Además, no tengo ni remotamente suficiente equilibrio emocional como para irme a vivir con otro ser humano.

Pareció aliviado.

—He venido por ti.

Fingió pensárselo un momento, o al menos esperé que fuera fingimiento.

—Ven aquí. —Me cogió de las manos, me atrajo hacia él y me dio un beso prolongado, que le dejó la boca manchada del delineador de ojos que yo había usado para pintarme los dientes. Decidí no decirle nada, porque de ese modo era más divertido—. ¿Sabes? En realidad, no hicimos el amor una vez, sino dos —me corrigió—. Un número horrible. ¡Dos! —dijo, arrugando la nariz con desdén.

—Un asco de número —lo secundé yo.

—En cambio, tres... —Se le iluminó la cara—. Tres es un número mucho más bonito. ¿Y cuatro? ¡Cuatro es un número fantástico!

Me reí, mientras él intentaba quitarme el parche del ojo.

—¡No, no me lo quites! Me gusta.

—Estás loca —dijo con ternura, besándome una vez más—. De acuerdo, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que te dejes el parche, pero te quites todo lo demás.

—Hecho.

Volvimos a besarnos. Después, tiró de mí hacia el interior del apartamento y empujó la puerta con el pie para cerrarla.

EPÍLOGO

El sábado 6 de agosto fue un día estupendo en Glendalough, tal como habían pronosticado los meteorólogos. Un centenar de amigos cercanos y miembros de la familia de mis padres deambulaban por la hierba, con copas de champán en la mano, disfrutando del sol, conversando alegremente y esperando a que todo comenzara. El jardín de la casa de mis padres había sido transformado para la ceremonia de su segunda boda con cien asientos separados por un pasillo central blanco, que conducía hasta un arco adornado con hortensias blancas. A escasa distancia, había una carpa con diez mesas para diez comensales cada una, dispuestas sobre el primoroso telón de fondo de los montes lejanos, con infinitud de matices de verde. Una rosa blanca solitaria dispuesta en un jarrón alto adornaba el centro de cada mesa, y al fondo de la carpa se veía una fotografía ampliada del día en que la pareja había contraído matrimonio por primera vez, treinta y cinco años antes, antes de que Riley, Philip y yo llegáramos al mundo.

Mientras rodeaba la carpa por uno de sus lados, vi a mi padre, adecuadamente vestido para el entorno estival, con un traje blanco de lino. Estaba hablando con Philip. Me escondí detrás de un arbusto de hortensias azules y blancas para oír lo que decían, imaginando fugazmente que quizá sorprendiera un momento emotivo entre padre e hijo, pero entonces recordé que estábamos en la vida real, y no en una película sobre la dueña de la pastelería de *cupcakes* que se había reconciliado con su padre. En el preciso instante en que me di cuenta de eso, Philip se apartó de mi padre, enfadado y con la cara enrojecida, y salió en tromba en mi dirección. Mi padre ni siquiera se molestó en ver cómo se alejaba, sino que se quedó contemplando las vistas y bebiendo tranquilamente su vino blanco, con el pie de la copa sujeto con firmeza entre el índice y el pulgar. Mientras Philip pasaba junto a mi arbusto, lo agarré por un brazo y tiré de él hacia la espesura.

—¡Lucy! ¿Qué demonios pretendes? —me preguntó enfadado, pero enseguida se serenó y se echó a reír—. ¿Qué haces escondida entre las hortensias?

—Estaba tratando de presenciar una escena emotiva entre padre e hijo.

Philip resopló.

—Acabo de enterarme de que soy la vergüenza de la familia.

—¿Qué? ¿Tú también?

Meneó la cabeza, sin salir aún de su asombro, y al final tuvo el buen juicio de reírse.

—¿Ha sido por lo de las tetas?

Se rió.

—Sí, por lo de las tetas.

—Me temo que Majella, con ese vestido, te ha delatado.

Philip volvió a reír y alargó el brazo para quitarme una hoja del cabello.

—Sí, pero ha merecido la pena.

—Ha sido uno de esos regalos que satisfacen más a quien lo hace que a quien lo recibe, ¿no? —dije yo, y entonces él se rió a carcajadas. Le di un puñetazo en el brazo para que no hiciera tanto ruido, y él se tapó la boca con las dos manos, como cuando éramos pequeños. Fue como si otra vez nos estuviéramos escondiendo para no ir con la familia a un museo, o para escapar de una fiesta en casa de algún amigo de nuestros padres, donde tendríamos que sentarnos modosamente junto a los adultos, y ser vistos pero no oídos. Los dos volvimos la mirada hacia nuestro padre, que contemplaba la distancia separado de la gente que se había reunido para agasajarlo.

—No ha querido decir que fueras una vergüenza —le dije a Philip, intentando que se sintiera mejor.

—Sí, ha querido decirlo y tú lo sabes. Siempre dice exactamente lo que piensa. Es propio de su carácter ser estricto e implacable con todos menos consigo mismo.

Lo miré sorprendida.

—Creía que esa forma de ser suya la reservaba para mí.

—No te creas tan importante, Lucy. Yo nací antes y he tenido más tiempo que tú para decepcionarlo.

Traté de recordar alguna ocasión en que hubiera visto a mi padre tratar con dureza a Philip, pero no pude.

—Todo marcha bien con él, si haces lo que él quiere, pero en cuanto te desvías un poco... —Suspiró con resignación—. Quiere lo mejor para nosotros, pero no puede entender que lo mejor para nosotros desde su punto de vista no siempre es realmente lo mejor para nosotros.

—Entonces ¿Riley sigue siendo su niño mimado? —dije, aburrida—. Tendremos que hacer algo para estropearle la imagen.

—Hecho. Le diré a papá que es gay.

—Pero ¿qué os ha dado a mamá y a ti? ¿Riley no es gay!

—Ya lo sé —rió Philip—. Pero será divertido oír lo que dirá Riley para convencer a papá.

—Ya tengo una apuesta pendiente con él: le he apostado que no consigue meter la frase «elefante trascendente» en su discurso. No será un buen día para el pobre Riley.

Nos echamos a reír.

—Conseguirá salir airoso, como siempre —replicó Philip con buen humor, y después salió del arbusto y volvió al sendero—. ¿Ahora no deberías subir con mamá?

Eché un vistazo al reloj.

Yo miré otra vez a mi padre.

—Dentro de un minuto.

—Buena suerte —dijo, en tono dubitativo.

Deliberadamente dejé que se notara mi presencia para que mi padre no se llevara un susto cuando yo apareciera.

—Ya te había visto en el arbusto —dijo él, sin volverse.

—Oh.

—Pero no voy a preguntarte qué estabas haciendo. Dios sabe que no vas a encontrar un trabajo ahí dentro.

—Sí, a propósito... —empecé, sintiendo que la adrenalina de la ira me inundaba el cuerpo. Intenté controlarla y fui directamente al grano—. Siento haberte mentado acerca del modo en que dejé el trabajo.

—¿Te refieres al modo en que te despidieron?

Me miró a través de las gafas que tenía apoyadas en la punta de la nariz.

—Sí —respondí, apretando los dientes—. Estaba avergonzada.

—No me extraña. Tu conducta fue vergonzosa. Podrías haber acabado entre rejas. Y habría sido justo que te encarcelaran. —Hacía una larga pausa después de cada frase, como si cada una fuera fruto de un nuevo pensamiento y ninguna tuviera nada que ver con la anterior—. Y yo no habría podido hacer nada al respecto.

Asentí y conté hasta diez, manteniendo la ira bajo control.

—En realidad, no tiene nada que ver con lo de conducir borracha, ¿verdad? —dije por fin—. Es por mí. Tú tienes un problema conmigo.

—¿Un problema? ¿Qué problema? —masculló, irritado de que yo hubiera señalado uno de sus puntos débiles—. Yo no tengo ningún problema, Lucy. Sólo quiero que tú estés a la altura del desafío, que demuestres ser una persona responsable y que hagas algo con tu vida, en lugar de ésta holgazanería..., de esta nada que parece ser toda tu ambición.

—Yo no ambiciono la nada.

—Lo disimulas bastante bien.

—¿No te das cuenta, papá, de que tú nunca estarás contento conmigo, haga lo que haga, porque tú quieres que yo sea lo que te parece bien a ti y no necesariamente lo que es bueno para mí?

Tragué saliva.

—¿Qué demonios estás diciendo? Yo quiero que seas una persona decente —me soltó con dureza.

—Y lo soy —le dije en tono firme, pero reposado.

—Una persona que tenga algo que ofrecer a la sociedad —prosiguió, como si no me hubiera oído, y se arrancó en un discurso sobre la responsabilidad y el sentido del deber, en el que cada frase empezaba por «Una persona que...».

Conté hasta diez mentalmente, en silencio, y me funcionó. La ira y el dolor que me causaban sus palabras se aliviaron. Siendo el día que era y después de la conversación que había tenido con Philip, su falta de aprobación no me afectaba tanto como de costumbre. Aunque creía en el desarrollo de cada persona y en la evolución de la raza humana, sabía que nunca sería capaz de cambiarlo a él, ni la opinión que tenía de mí, y como me negaba a tratar de complacerlo, sabía que teníamos ante nosotros una larga sucesión de enfrentamientos. Sin embargo, los intentos deliberados

de disgustarlo ya no figurarían en mi agenda, al menos no conscientemente, ya que es imposible predecir qué caminos seguirá el subconsciente. De pronto, me sentí ligera y aliviada, porque me había liberado de la última de mis mentiras. Mi padre y yo nunca seríamos amigos.

Le di la espalda a su sermón.

—... de modo que si no tienes nada más que añadir, deberíamos poner fin a esta conversación de inmediato.

—No tengo nada más que añadir —repliqué con una sonrisa.

Entonces, mi padre se fue a hablar con mi tío Harold, al que despreciaba y que no podía quitarle la vista al pecho de Majella.

Mi madre estaba en su dormitorio, arreglándose, cuando llamé a la puerta y entré. Se dio la vuelta, delante del espejo de cuerpo entero.

—¡Mamá! ¡Estás increíble!

—¡Oh! —exclamó, abanicándose con una mano—. ¡Soy tan tonta, Lucy, que me estoy poniendo nerviosa! —rió y se le humedecieron los ojos—. Después de todo, no tengo por qué preocuparme, ¿verdad? ¡No puede pasar que el novio no vaya a presentarse!

Las dos reímos.

—Estás preciosa —me dijo.

—Gracias —le sonreí—. Me encanta el vestido. Es perfecto.

—¡Oh, seguro que lo dices para complacer a esta novia vieja y regañona!

Se sentó delante de su tocador.

Saqué un pañuelo de papel y, con mucho cuidado, le sequé las esquinas de los ojos, donde las lágrimas amenazaban con estropearle el maquillaje.

—Créeme, mamá, ya no miento más.

—¿Ha venido Don?

—Está fuera, hablando con el tío Marvin, que me ha preguntado delante de papá si soy yo la que aparece en el infocomercial de El Mago de las Alfombras. Papá ha estado a punto de caer fulminado.

—Ha sido tu mejor actuación —dijo ella con orgullo.

—Y la única —contesté, preocupada.

—Ya encontrarás trabajo.

Guardé silencio un momento.

—Don me ha propuesto que trabaje con él.

—¿Limpiando alfombras?

—Su padre tiene problemas de espalda. Don se está encargando de todo el trabajo desde hace dos semanas, y necesita ayuda.

Mi madre pareció preocupada al principio, porque lo primero que le vino a la mente fue la vieja exigencia de respetabilidad de los Silchester; pero, a continuación,

sus nuevas ideas pasaron a primer plano y me sonrió en señal de apoyo.

—Bueno, no sería mala idea, ¿sabes? No me importaría tener una hija capaz de adecentar un poco la casa, para variar. ¿Vas a aceptar el trabajo?

—A papá no le gustará.

—¿Cuándo has hecho tú algo para complacerlo? —Se asomó a la ventana—. Míralo. Será mejor que ponga fin a su sufrimiento y baje de una vez.

—No, déjalo diez minutos más. Deja que sude un poco.

Meneó la cabeza.

—¡Ay, vosotros dos!

Entonces, se puso de pie e hizo una inspiración profunda.

—Antes de que bajes, quiero hacerte un regalo, uno de verdad esta vez. ¿Recuerdas cuando dijiste que no sabías para qué servías, ni qué querías ser?

Pareció un poco turbada, pero finalmente se resignó y lo reconoció.

—Sí, lo recuerdo.

—Bueno, me hiciste pensar. Aparte de ser la mejor madre del mundo y la mejor fabricante de pan, recuerdo que solías hacernos dibujos para que nosotros los coloreásemos. ¿Te acuerdas de eso?

Se le iluminó la expresión.

—¿Tú también te acuerdas?

—¡Claro que sí! En todas partes teníamos láminas para colorear, gracias a ti. ¡Lo hacías tan bien! Así que... —Corrí al pasillo y volví con un caballete y sus accesorios, envuelto en un lazo rojo—. Te he comprado esto. Eres muchas cosas para mucha gente, mamá, y cuando yo era pequeña siempre pensé que eras una artista. Así que ya puedes empezar a pintar.

Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas.

—¡No llores! Se te arruinará el maquillaje. Te prefería cuando no llorabas.

Saqué otro pañuelo de papel y le enjuagué los ojos.

—Gracias, Lucy —dijo ella, aún llorosa.

Riley llamó a la puerta.

—¿Están listas las señoras?

—¡Listas para esta boda y para los próximos treinta y cinco años! —Sonreí—. ¡Vamos!

Recorrer el pasillo detrás de mi madre, que iba del brazo de Riley, fue la experiencia con más carga emocional positiva de toda mi vida. Los dos iban delante de mí, hacia un atildado Philip y hacia mi padre, que parecía más orgulloso de lo que nunca lo había visto. En su rostro conseguí ver al joven abogado en prácticas que le había prometido a mi madre que nunca más volvería a estar sola, y al hombre mayor que no había roto esa promesa.

Melanie me hizo un guiño desde los bancos de los invitados; Don, que estaba

sentado junto a ella, me hizo una mueca para hacerme reír; y para mi enorme sorpresa y alegría, cuando levanté la vista y vi a mi abuela, que estaba analizando a mi madre de pies a cabeza, descubrí a su lado a mi vida. Estaba sentado en la primera fila y se lo veía saludable, apuesto, bien arreglado y, por encima de todo, inequívocamente feliz. Me sonrió con orgullo y yo me entusiasmé y emocioné de verlo allí. Había pasado poco más de un mes desde que nos habíamos dicho adiós (al menos por el momento), y aunque tenía a Don para hacerme compañía, lo echaba de menos cada día. Cuando mis padres pronunciaron los votos de su unión, no pude evitar mirar a mi vida y sonreírle, como si nosotros también los estuviéramos pronunciando mentalmente: «En la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe».

Mientras estés en este mundo, también lo estará tu vida. Por eso, además de cubrir de amor a tu marido o a tu mujer, a tus padres, a tus hijos y a tus amigos del alma, debes tener las mismas atenciones con tu vida, porque es tuya, porque eres tú y porque siempre estará ahí, tomando partido por ti y animándote, incluso cuando no te sientas capaz de salir adelante. Yo abandoné a mi vida durante un tiempo, pero aprendí que cuando eso ocurre, y especialmente cuando eso ocurre, la vida nunca nos abandona a nosotros. La mía no me abandonó. Y siempre nos apoyaremos mutuamente, hasta esos últimos momentos en que nos miremos y digamos: «Gracias por estar conmigo hasta el final».

Y ésa es la verdad.

AGRADECIMIENTOS

Gracias, David, por tu apoyo incommovible y por tu fe en mí, sin los cuales no habría podido escribir este libro con tanta alegría y amor. Robin, estás para comerte y te adoro, y éste es el único libro que voy a dejar que garabatees, así que disfruta del momento. A Mimmie, Terry, papá, Georgina, Nicky, Rocco y Jay, gracias por vuestro amor y apoyo constantes.

Gracias, Marianne Gunn O'Connor, mi agente, por guiarme y animarme. Eres una de las responsables de que mi vida sea tan interesante.

Gracias, Lynne Drew, mi correctora, por tus consejos y tu habilidad para mejorar todas las historias. Agradezco a HarperCollins, una grandiosa maquinaria compuesta por gente fantástica y trabajadora. Es un honor trabajar con vosotros. Muchísimas gracias a Pat Lynch y a Vicki Satlow. Y gracias a Aslan, por dejarme usar la letra de *Down on me*.

Quiero dar las gracias a todas mis amigas. En interés de la paz mundial, no voy a mencionar a ninguna, pero gracias por vuestra amistad y, lo más importante de todo, por haberme contado vuestras historias hasta altas horas de la noche y de la madrugada, lo que ha sido una fuente inagotable de inspiración para este libro. Tranquilas, es broma. De todos modos, nunca escucho.

Y, por último, quiero dar gracias a mi vida. Ha sido estupendo conocerte. Por favor, quédate mucho tiempo a mi lado.



CECELIA AHERN nació en Dublín en 1981 y desde muy pequeña disfrutó de la privilegiada biblioteca de su padre, el primer ministro irlandés Bertie Ahern. Durante su adolescencia alternó la lectura con sus primeras narraciones y al terminar el colegio se matriculó en la universidad para cursar Periodismo y Comunicación Audiovisual. En 2002 abandonó sus estudios para escribir la que sería su primera novela. *Posdata: te amo* (2004), que arrasó en las librerías de su país antes de dar el salto a Estados Unidos, y a diversos países europeos, donde también ha cosechado un gran éxito. Mientras se prepara su adaptación cinematográfica, Ahern no ha parado de trabajar: ha publicado dos novelas más, *Rosie Dunne* y *Donde termina el arco iris*, y desde su residencia en Dublín sigue cimentando el futuro de una carrera tan fulgurante como prometedora.

Notas

[1] Si crees que tu vida es una pérdida de tiempo, si crees que tu tiempo es una pérdida de vida, ven a esta tierra y mira a tu alrededor. ¿Es una situación trágica, es una manifestación masiva? ¿Dónde nos escondemos? <<